

THE 44TH ANNUAL
BRIGHAM YOUNG UNIVERSITY
SIDNEY B. SPERRY SYMPOSIUM



La Aparición
del
**LIBRO
DE
MORMÓN**

Una obra maravillosa
y un prodigo

La aparición del Libro de Mormón

Una obra maravillosa y un prodigo

**Dennis L. Largey, Andrew H. Hedges, John Hilton III y
Kerry M. Hull, editores**

Este libro representa una valiosa contribución al estudio y la comprensión del Libro de Mormón desde perspectivas históricas, doctrinales y literarias. Editado por un equipo de académicos respetados en el ámbito de los estudios religiosos y las Escrituras SUD, esta obra no solo celebra la trascendencia del Libro de Mormón como testamento de Jesucristo, sino que también ilumina su proceso de traducción, preservación y publicación como un evento verdaderamente milagroso en la historia moderna.

El título —*Una obra maravillosa y un prodigo*— hace eco de las palabras de Isaías y Moroni, y prepara al lector para explorar cómo la restauración del Evangelio a través del Libro de Mormón es tanto un cumplimiento profético como una señal del poder de Dios en los últimos días. Cada ensayo o capítulo, escrito por eruditos como John Hilton III o Andrew H. Hedges, presenta una cuidadosa investigación acompañada de testimonios de fe, lo que equilibra la erudición con la espiritualidad.

Uno de los aportes más significativos del libro es que desmitifica el proceso de la traducción sin restarle su carácter milagroso. Se abordan aspectos prácticos y a la vez se afirma con fuerza que fue *por el don y el poder de Dios*. Este enfoque es particularmente útil para lectores modernos que buscan una comprensión más completa, sin perder de vista la divinidad del texto.

Además, el volumen da lugar a múltiples voces y perspectivas académicas, mostrando cómo el estudio serio del Libro de Mormón puede fortalecer el testimonio y profundizar la fe.

Este libro es altamente recomendable para quienes desean ampliar su entendimiento del origen y propósito divino del Libro de Mormón. Es una obra tanto informativa como edificante, que confirma que este registro antiguo restaurado no solo fue una maravilla en su momento, sino que sigue siendo un prodigo continuo en la vida de millones.

Tabla de Contenido

Introducción	5
Agradecimientos.....	9
1 La aparición del Libro de Mormón para restaurar verdades claras y preciosas	10
2 La probación de un vidente adolescente: Las experiencias tempranas de José Smith con Moroni.....	33
3 Sopesado y Manipulado: Interacciones Tangibles con los Objetos del Libro de Mormón	51
4 Relatos de testigos presenciales del proceso de traducción.....	65
5 La historia de las 116 páginas perdidas: Lo que sí sabemos, lo que no sabemos y lo que podríamos saber	78
6 La visita de Martin Harris en 1828 a Luther Bradish, Charles Anthon y Samuel Mitchill.....	94
7 Los Once Testigos	103
8 Una multiplicidad de testigos: las mujeres y el proceso de traducción	118
9 Las negociaciones de José Smith para publicar el Libro de Mormón ..	135
10 La recepción temprana del Libro de Mormón en la América del siglo XIX.....	151
11 El Libro de Mormón entre los Santos: Uso Evolutivo de la Escritura Clave.....	171
12 “A Toda Nación, Tribu, Lengua y Pueblo”	195
13 “No Han Sido Rechazados para Siempre”: El Cumplimiento de los Propósitos del Convenio.....	224
14 “Para convencer al judío y al gentil de que JESÚS es el CRISTO”	238

Introducción

“Junto con otros profetas de los últimos días,” dijo el presidente Thomas S. Monson, “testifico de la veracidad de este ‘libro más correcto sobre la faz de la tierra’, incluso el Libro de Mormón, otro testamento de Jesucristo. Su mensaje abarca toda la tierra y lleva a sus lectores al conocimiento de la verdad. Doy mi testimonio de que el Libro de Mormón cambia vidas”.

A lo largo de los años, muchos profetas han hablado sobre la importancia de este libro. Por ejemplo, el presidente Ezra Taft Benson habló del Libro de Mormón como un don “más importante que cualquiera de los inventos surgidos de las revoluciones industrial y tecnológica. Es un don de mayor valor para la humanidad que incluso los muchos y maravillosos avances que hemos visto en la medicina moderna. Tiene más valor para la humanidad que el desarrollo del vuelo o los viajes espaciales”.

Aunque este libro ha bendecido muchas vidas desde su publicación hasta el presente, no fue un don fácil de obtener. Los capítulos de este volumen relatan la historia de cómo llegó a concretarse este don extraordinario.

Este volumen narra la historia de un milagro moderno, compartiendo detalles del proceso de traducción y publicación del Libro de Mormón, el cual el profeta José Smith describió como “la piedra angular de nuestra religión”. Este libro extraordinario ha sido un elemento esencial de la Iglesia desde su fundación, pero no todos los miembros son conscientes de los desafíos que enfrentaron quienes trabajaron con tanto empeño para traerlo al mundo. Aunque muchos de nosotros estamos familiarizados con las narraciones y doctrinas que contiene el libro, a menudo pasamos por alto la importancia de su historia. Esperamos que este volumen sea un recurso invaluable para quienes deseen comprender la importancia del trasfondo del Libro de Mormón, ya sea para el estudio individual o con fines de enseñanza.

En el capítulo inicial, el presidente Merrill J. Bateman, Setenta emérito, aborda uno de los propósitos principales de la venida del Libro de Mormón:

restaurar verdades claras y preciosas. Las doctrinas y principios contenidos en el libro amplían, aclaran y complementan aquellos enseñados en la Biblia, y testifican de la realidad y divinidad de Cristo. Los relatos escritos por profetas antiguos en las Américas han sido fundamentales para la restauración y la comprensión de esas verdades claras y preciosas.

Otros capítulos analizan las experiencias de José Smith y de aquellos más cercanos a él en cuanto a la obtención y protección de las planchas de oro y otros objetos asociados con la traducción del Libro de Mormón. Los testigos brindaron evidencias, tanto para sus contemporáneos como para nosotros hoy, de que José Smith realmente obtuvo los objetos físicos vinculados con la aparición del libro. Estos capítulos se basan en relatos primarios del período de la vida de José durante el cual pasó de ser un adolescente que vio a Dios el Padre y a Su Hijo, a convertirse en un vidente escogido, encargado por el ángel Moroni del cuidado y protección del registro sagrado que llegaría a ser el Libro de Mormón.

A continuación, pasamos a la *traducción y publicación del Libro de Mormón*. Los capítulos de esta sección analizan el proceso de traducción (del cual muchos Santos de los Últimos Días tal vez no tengan un conocimiento preciso), así como la ardua travesía para lograr que el libro fuera publicado. Desde las piedras de vidente hasta las páginas perdidas, los lectores podrán conocer las pruebas soportadas, los milagros presenciados y las profecías cumplidas durante este período crucial en la historia del Libro de Mormón. Estos ensayos incluyen extractos de relatos primarios, así como pasajes de las Escrituras que describen y confirman la realidad milagrosa de la traducción del Libro de Mormón. Muchos relatos incluyen los testimonios de diversos testigos del libro —los Once Testigos y otros que simplemente tuvieron la fe suficiente para creer en el llamamiento profético de José y en su papel de traer al mundo un registro inspirado y verdadero.

Los siguientes capítulos evalúan cómo el Libro de Mormón ha ganado prominencia y aceptación como testimonio de Jesucristo desde su publicación hasta nuestros días. Tanto dentro como fuera de la Iglesia, el Libro de Mormón ha pasado por épocas de desprecio y duda, pero también ha contado con el apoyo inquebrantable de aquellos que han buscado su propio testimonio sobre la veracidad del libro. Y a medida que la Iglesia ha crecido, el libro ha llegado a estar disponible para millones de miembros que no habrían podido leer los manuscritos originales en inglés. Desde su

primera impresión de cinco mil copias, el Libro de Mormón ha servido como herramienta misional tanto en América como en decenas de otras naciones, siendo traducido a casi un centenar de idiomas.

Este volumen concluye con dos capítulos que destacan *dos propósitos centrales del Libro de Mormón*. Además de contener relatos inspiradores y mensajes consoladores, el Libro de Mormón cumple un papel crucial en la difusión del Evangelio por todo el mundo. El propósito del Señor al sacar a la luz este registro no fue simplemente educar e inspirar, sino:

“mostrar al resto de la casa de Israel cuán grandes cosas el Señor ha hecho por sus padres; y para que conozcan los convenios del Señor, que no han sido desechados para siempre—y también para convencer tanto al judío como al gentil de que Jesús es el Cristo, el Dios Eterno, que se manifiesta a todas las naciones”.

El Libro de Mormón invita repetidamente a sus lectores a “*venir a Cristo*” (véanse también Mormón 10:30, 32; 1 Nefi 6:4).

Además, el Señor hizo aparecer este libro con otros propósitos. Por ejemplo, el presidente Benson declaró:

“El Libro de Mormón desenmascara a los enemigos de Cristo. Confunde las falsas doctrinas y elimina la contención. (Véase 2 Nefi 3:12.) Fortalece a los humildes seguidores de Cristo contra los designios, estrategias y doctrinas del diablo en nuestros días.”

Ya sea que estemos buscando evidencias tangibles del Libro de Mormón o testimonios espirituales de su divinidad, este volumen ofrece información reveladora y educativa que nos ayudará en nuestra búsqueda. Los capítulos de esta obra testifican tanto de la realidad del origen e historia del libro como de la veracidad de los testimonios y doctrinas que contiene. Mientras que algunos artículos ofrecen evidencias históricas sobre la existencia del libro y su proceso de traducción, otros dan testimonio de los mensajes inspirados contenidos en su texto. Ambas formas de evidencia serán de utilidad mientras procuramos desarrollar nuestro conocimiento y testimonio del libro, y también al compartir esa luz con los demás.

Finalmente, enfatizamos que, aunque este volumen brinda pruebas significativas de la veracidad del libro, obtener un testimonio de que el

Libro de Mormón es verdadero es un proceso individual y que dura toda la vida. Como ha prometido Moroni, aquellos que busquen su propia confirmación sobre el Libro de Mormón recibirán una respuesta personal del Señor (véase Moroni 10:4). El Libro de Mormón respalda los testimonios bíblicos de Cristo y proporciona mensajes adicionales sobre Su filiación divina. Invitamos a todos los lectores de este volumen a edificar sobre su testimonio actual del Libro de Mormón, aprendiendo acerca de su historia y sus orígenes extraordinarios. Esperamos que esta obra sea un complemento valioso para su estudio del Libro de Mormón, y que provea una fuente adicional de luz y verdad proveniente del libro.

Como editores de este volumen, añadimos nuestro testimonio personal de que el Libro de Mormón es verdadero. Es un registro antiguo traído a la luz en nuestros días, traducido por el don y el poder de Dios a través de José Smith, el profeta del Señor.

Dennis L. Largey

Andrew H. Hedges

John Hilton III

Kerry Hull

Patty Smith

Comité del Simposio Sperry

Agradecimientos

Expresamos nuestro sincero agradecimiento a todos aquellos que han contribuido al Simposio Sperry de este año en cada etapa de su producción y presentación. Además de los que ya han sido reconocidos en esta obra, queremos agradecer a Patty Smith y al equipo de apoyo de Educación Religiosa, así como a los revisores anónimos que evaluaron cuidadosamente cada contribución y ofrecieron sugerencias valiosas para todos los ensayos.

También estamos agradecidos con el equipo del *Centro de Estudios Religiosos de BYU: Thomas Wayment, Devan Jensen, Alison Brimley, Shanna Clayton, Rachel Gessel, Hadley Griggs, Rebecca Hamson y Leah Welker*, quienes dedicaron tiempo y esfuerzo significativos en la revisión, edición y corrección de los artículos, mejorando así el valor profesional y académico del libro.

Asimismo, agradecemos al élder *Merrill J. Bateman*, Setenta emérito, por presentar su artículo “*La aparición de verdades claras y preciosas*” en el simposio y permitirnos publicarlo en esta obra.

La aparición del Libro de Mormón para restaurar verdades claras y preciosas

Merrill J. Bateman

*El élder Merrill J. Bateman era un miembro emérito
del Primer Cuórum de los Setenta cuando escribió
este artículo.*

El propósito principal del Libro de Mormón es ser otro testigo del Señor Jesucristo. En este sentido, el libro incluye visiones proféticas del nacimiento y la vida de Cristo en Jerusalén, de la catástrofe global que acompañó Su sacrificio expiatorio y crucifixión, así como de Su ministerio entre el pueblo de las Américas después de Su resurrección.

Sin embargo, el Libro de Mormón tiene otro propósito fundamental. El profeta Nefi registra lo que un ángel le explicó: que la venida del Libro de Mormón en los últimos días restauraría “*muchas partes claras y preciosas que se habían quitado del evangelio del Cordero... así como muchos convenios del Señor*” (1 Nefi 13:26, 28).

Los cambios doctrinales realizados por diversas sectas y concilios después de la época de Cristo y Sus Apóstoles, junto con las múltiples traducciones y retraducciones de la Biblia desde el tiempo de Cristo hasta la actualidad, resultaron en la pérdida de partes del evangelio (véase 1 Nefi 13:27). El ángel explica además a Nefi que los convenios perdidos (doctrinas y principios) hacen que muchas personas tropiecen y pierdan el camino (véase 1 Nefi 13:29). Sin doctrinas clave, las personas no comprenden el plan del Señor para Sus hijos en esta tierra, su herencia espiritual, el propósito de la vida y su potencial eterno.

Con la aparición del Libro de Mormón, estas verdades esenciales volvieron a estar disponibles y claras. En este capítulo analizaremos las verdades claras y preciosas restauradas en relación con el plan de salvación. Estas verdades restauradas clarifican la comprensión del propósito de la vida.

El plan de salvación

Una verdad importante que fue restaurada por el Libro de Mormón es que el Padre tiene un plan para Sus hijos —un plan que ya operaba antes de que viniéramos a la tierra, un plan para esta vida, y un plan que se extiende más allá de la tumba. Este plan nos enseña cómo vivir en la tierra de manera que podamos experimentar gozo y felicidad tanto aquí como en la eternidad. Habla del entorno en el que vivimos y de las acciones que debemos tomar para cumplir con los propósitos de Dios para nosotros. El plan, tal como se presenta en el Libro de Mormón, da dirección y orden a nuestras vidas, y amplía nuestra comprensión sobre la existencia y los pasos necesarios para alcanzar la vida eterna.

Por otro lado, la Biblia contiene elementos del plan, pero estos se presentan de manera menos clara. Falta la estructura del plan, lo que genera confusión respecto a la necesidad de ciertos elementos, como se discutirá más adelante.

Este plan es conocido por varios nombres en el Libro de Mormón, pero es el mismo plan, sin importar el nombre que reciba. Se le llama:

- el “plan de salvación” (Alma 42:5),
- el “plan de misericordia” (Alma 42:15),
- el “misericordioso plan del gran Creador” (2 Nefi 9:6),
- el “plan de nuestro Dios” o el “gran plan del Dios Eterno” (2 Nefi 9:13; Alma 34:9),
- el “plan de redención” (véase Alma 12:25–33; 22:13),
- el “plan de restauración” (Alma 41:2),
- y el “plan de felicidad” (Alma 42:16).

Una parte fundamental del plan es lo que se denomina la doctrina de Cristo o el evangelio de Jesucristo (véase 2 Nefi 31:5–21; 3 Nefi 27:13–21).

El plan se menciona aproximadamente treinta veces en el Libro de Mormón. La palabra “*plan*”, en relación con el plan de salvación, no aparece en la Biblia Reina-Valera ni en la versión King James, y ninguna frase parecida a “el plan de salvación” se encuentra en traducción bíblica alguna.

Los elementos principales del plan incluyen:

- **Un concilio en los cielos** de seres espirituales preterrenales, a quienes se les dio el albedrío para escoger si vendrían o no a la tierra como parte de su progreso eterno (véase 2 Nefi 2:17; Alma 13:3).
- **La creación de la tierra** para que los hijos de Dios experimentaran la mortalidad (véase 1 Nefi 17:36; 2 Nefi 2:14; Mosíah 4:9; 3 Nefi 9:15).
- **La Caída de Adán y Eva**, que abrió la puerta para que la humanidad naciera en la tierra, creciera espiritualmente mediante el uso del albedrío, y enfrentara la tentación y, finalmente, la muerte. La Caída trajo consigo dos tipos de muerte: la física y la espiritual. La muerte física ocurre cuando el espíritu y el cuerpo se separan al final de la vida mortal. La muerte espiritual ocasionada por la Caída es una separación de Dios. Cuando hombres y mujeres entran en la mortalidad, se separan de Dios y experimentan esta muerte espiritual. A esto se le llama la primera muerte espiritual. Una segunda muerte espiritual también puede ocurrir como resultado de la desobediencia a una o más leyes de Dios (véase 2 Nefi 2; Alma 12).
- **La Resurrección y Expiación del Salvador.** El Libro de Mormón enseña que la Expiación debía ser infinita y eterna. Por lo tanto, tenía que ser llevada a cabo por un ser infinito y eterno. El sacrificio expiatorio del Señor hace posible superar todas las muertes mencionadas anteriormente (véase Alma 34:10, 14; Mosíah 3; 3 Nefi 11; Helamán 14:17).
- **La doctrina de Cristo**, que incluye Sus enseñanzas y los convenios y ordenanzas que nos vinculan con la Expiación. La doctrina de Cristo también es conocida como el evangelio de Jesucristo.

- **La resurrección del cuerpo físico y su reunión con el espíritu.** La resurrección hace posible la exaltación y la vida eterna (véase Mosíah 15:20–24; Alma 40:16–18).
- **Un paso final en el plan** es un juicio justo y la asignación a un reino, a una de las muchas moradas del Señor (véase Juan 14:2; Enós 1:27; Éter 12:32).

El *Libro de Mormón* aporta nueva luz y claridad a estos elementos clave del plan que no se encuentran claramente explicados en la Biblia.

El concilio en los cielos y nuestra preexistencia

Un plan de salvación fue presentado por nuestro Padre Celestial a Sus hijos en un concilio preterrenal. El plan contemplaba la creación de una tierra donde los hijos espirituales del Padre Celestial pudieran obtener un cuerpo físico, experimentar los desafíos de la mortalidad y ser probados en cuanto a su disposición a seguir el plan. A los hijos del Padre se les daría el albedrío para escoger por sí mismos (véase Alma 13:3). El plan preveía la provisión de un Salvador que abriría el camino para que todos los hijos de Dios pudieran volver a Su presencia y ser juzgados conforme a su fidelidad.

Aquellos que se esfuerzan por seguir el plan son bendecidos con la compañía del Espíritu Santo. Sin destruir el albedrío, el Señor, a través del Espíritu Santo, ayuda a las personas a vivir los mandamientos establecidos en el plan. La recompensa suprema es ser elevados al Padre y recibir la vida eterna.

La existencia preterrenal de Jesucristo

Una verdad importante que se revela por medio del Libro de Mormón es la existencia preterrenal de Jesucristo como un ser separado del Padre. La aparición del Salvador al hermano de Jared en Éter, capítulo 3, deja en claro que Cristo existía antes de Su nacimiento, que era un ser espiritual y que era Jehová, el Dios del Antiguo Testamento.

Aunque la Biblia sugiere que Cristo era Jehová, muchas personas tienen un concepto de la Trinidad que no permite una comprensión clara de quién era y es Jehová, ni del papel que desempeñó durante los tiempos del Antiguo Testamento como el Hijo del Padre.

Un pasaje bíblico relacionado con el Salvador que indica que Él era Jehová se encuentra en Juan 8:56. Cristo, hablando con los judíos en el templo, dice: “Abraham, vuestro padre, se gozó de que había de ver mi día; y lo vi, y se gozó.” Estas palabras molestaron a los oyentes, quienes respondieron: “Aún no tienes cincuenta años, ¿y has visto a Abraham?” Jesús les dijo: “De cierto, de cierto os digo: Antes que Abraham fuese, yo soy” (Juan 8:57–58).

Los judíos entonces tomaron piedras para matar a Cristo porque había declarado que era el Gran Yo Soy, es decir, Jehová del Antiguo Testamento. Existen muchos otros pasajes, tanto bíblicos como del Libro de Mormón, que indican que Cristo —y también nosotros— existíamos antes de venir a la tierra. A pesar de estos pasajes, muchos no aceptan la idea de que Cristo y el Padre son personificaciones separadas, ni que nosotros vivimos como espíritus antes de nacer en esta vida terrenal.

Personas preordenadas a llamamientos

Otra de las doctrinas mencionadas tanto en la Biblia como en el Libro de Mormón sobre la preexistencia es la preordenación de individuos a diversos roles en la tierra. La Biblia es explícita al afirmar que Cristo fue preordenado como el Salvador del mundo antes de nacer (véase 1 Pedro 1:18–20). La Biblia también sugiere la preordenación de otras personas (véase Jeremías 1:5; Efesios 1:4), pero el Libro de Mormón es más claro en este tema. El profeta Alma declara con firmeza que los espíritus que vivían en el mundo antemortal fueron “llamados y preparados desde la fundación del mundo, conforme a la presciencia de Dios” para desempeñar llamamientos sagrados al venir a la tierra (Alma 13:3). Una vez más, existe desacuerdo en el mundo religioso respecto a esta verdad revelada. El mismo pasaje del Libro de Mormón en Alma también indica que hombres y mujeres fueron libres de escoger en la preexistencia —es decir, se les concedió el albedrío para actuar según su voluntad. El hecho de que los espíritus tenían albedrío ayuda a entender la guerra en los cielos, cuando Lucifer se rebeló contra el plan del Padre presentado en el Gran Concilio, y Satanás y los ángeles que lo siguieron fueron expulsados (véase Apocalipsis 12:7–11).

La naturaleza de los espíritus

Otra doctrina esclarecedora del Libro de Mormón en cuanto a la preexistencia es su declaración explícita sobre la naturaleza de una persona espiritual. Aunque la Biblia hace referencia a la forma y sustancia de un ser espiritual (véase Lucas 24:36–39), no lo aborda de manera clara.

Sabiendo que vivimos como espíritus antes de venir a la tierra, podríamos preguntarnos: ¿Cómo éramos?

Muchos creyentes de diversas religiones confunden la fuerza espiritual con la que Dios gobierna la tierra con el espíritu de una persona individual. En muchas tradiciones religiosas, la palabra “espíritu” se define de una de tres formas:

1. un **ser incorpóreo**,
2. una **esencia ardiente o aliento vital**,
3. o una **sustancia líquida** que conecta el cerebro con el cuerpo.

En los tres casos, no se concibe un cuerpo material o una forma tangible. Existen incluso cristianos que creen que el Señor resucitado abandonó Su cuerpo físico al ascender al cielo y que asumió una existencia inmaterial e incorpórea junto al Padre y al Espíritu Santo. Por lo tanto, para ellos, el espíritu humano también es incorpóreo e inmaterial. Pero entonces, ¿qué significa haber sido creados a imagen de Dios si Dios no tiene imagen?

El Libro de Mormón aclara los malentendidos sobre este tema. En Éter, capítulo 3, Jehová se aparece al hermano de Jared en la montaña y usa Su dedo para dar luz a un conjunto de piedras. Este evento ocurrió miles de años antes del nacimiento de Cristo. Al ver el dedo del Señor, el hermano de Jared exclama: “No sabía que el Señor tuviera carne y sangre.”

Entonces el Señor le dice: “A causa de tu fe has visto que tomaré sobre mí carne y sangre; y jamás ha venido hombre alguno delante de mí con tanta fe como tú tienes; porque si no fuera así, no habrías podido ver mi dedo. ¿Viste más que esto?” (Éter 3:8–9).

El hermano de Jared responde: “No; Señor, muéstrate a mí” (Éter 3:10).

Entonces se aparta el velo, y el hermano de Jared ve al Señor en Su plenitud. El Salvador le dice:

“He aquí, yo soy aquel que fue preparado desde la fundación del mundo para redimir a mi pueblo. He aquí, yo soy Jesucristo. [...] Este cuerpo que ahora ves es el cuerpo de mi espíritu; y al hombre lo he creado conforme al cuerpo de mi espíritu; y así como me ves ahora en el espíritu, así me manifestaré a mi pueblo en la carne” (Éter 3:14, 16).

En un solo pasaje, el Libro de Mormón deja en claro que el cuerpo espiritual tiene la misma forma que el cuerpo físico. Está compuesto de sustancia, pero de una sustancia tan refinada que el ojo natural no puede verla (véase DyC 131:7). Conocer la forma del espíritu da sentido a Génesis 1:26–27, donde se afirma que el hombre y la mujer fueron creados a imagen de Dios. Esto es verdad tanto espiritual como físicamente.

Los credos del cristianismo han tenido un costo elevado en cuanto a las verdades más importantes que una persona puede conocer:

- ¿Quién es Dios?
- ¿Cómo es Él?
- ¿Quién soy yo?
- ¿Cómo es mi espíritu?
- ¿Cuál es mi relación con el Padre y el Hijo?
- ¿Qué significa ser hijo o hija de Dios?

Las verdades necesarias para responder a estas preguntas se encuentran en el Libro de Mormón.

¿Por qué fue necesaria la Caída de Adán?

La Biblia describe los eventos que constituyen la Caída de Adán, pero no explica por qué fue necesaria. En el Libro de Mormón, Lehi explica a su hijo Jacob por qué la Caída fue esencial para el progreso de la humanidad, y cómo la Expiación fue preparada desde antes de la fundación del mundo para mitigar sus efectos (véase 2 Nefi 2).

Lehi da **dos razones principales** para la Caída:

Adán y Eva no habrían tenido hijos en el Jardín de Edén, debido a su estado de inocencia. Al participar del fruto, ocurrió un cambio en ellos: reconocieron su desnudez y sus cuerpos físicos se volvieron mortales y sujetos a la muerte. En Edén, “no hubieran tenido hijos; por tanto, habrían permanecido en un estado de inocencia, sin tener gozo, porque no conocían la miseria; haciendo lo bueno, porque no conocían el pecado” (2 Nefi 2:23).

La Biblia respalda la idea de la inocencia y la imposibilidad de procreación, ya que declara que no reconocieron su desnudez hasta que sus ojos fueron abiertos al comer del fruto prohibido (véase Génesis 3:7). También indica que Eva fue engañada, pero que Adán comió del fruto con conocimiento de causa (véase 1 Timoteo 2:14).

¿Por qué participó Adán del fruto? Llegó a comprender que, para cumplir el mandamiento mayor de multiplicar y henchir la tierra, necesitaba quedarse con Eva. Lehi explicó que sin la Caída de Adán, el resto de los hijos de Dios no habría podido venir a la tierra (véase 2 Nefi 2:25). Tanto Adán como Eva necesitaban participar del fruto y entrar en la mortalidad para poder tener hijos.

La **segunda razón para la Caída** fue proveer un entorno de opuestos fuera de la presencia de Dios, donde hombres y mujeres pudieran crecer espiritualmente mediante el ejercicio de su albedrío. Lehi explica por qué debe haber oposición en todas las cosas: “Si no fuera así,” dice Lehi, “no podría efectuarse la justicia, ni la iniquidad, ni la santidad ni la miseria, ni el bien ni el mal.”

Lehi además declara que, si no existieran los opuestos, “todas las cosas serían un solo conjunto”, lo cual significa que no habría “ni vida ni muerte, ni corrupción ni incorrupción, felicidad ni miseria, ni sentido ni insensibilidad” (2 Nefi 2:11).

Sin oposición no habría propósito en la creación de Dios (véase 2 Nefi 2:12–13). El crecimiento espiritual ocurre cuando uno toma decisiones rectas. Una persona solo puede actuar por sí misma si tiene opciones entre las que elegir (véase 2 Nefi 2:16).

El élder *Bruce R. McConkie* dijo: “Todo el plan de salvación, que incluye tanto la inmortalidad como la vida eterna para todas las huestes

espirituales del cielo, dependía de que [Adán y Eva] obedecieran este mandamiento” de multiplicarse y llenar la tierra (véase Génesis 1:28; Moisés 2:28).

Esto solo podía lograrse si participaban del fruto y caían. El élder McConkie continúa: “[Adán] cayó al quebrantar una ley menor —para que él también, habiendo transgredido, quedara sujeto al pecado y necesitara un Redentor, y pudiera trabajar por su propia salvación, tal como sucedería con aquellos sobre quienes recaerían los efectos de su caída.”

La Expiación y Resurrección de Jesucristo

La Expiación de Jesucristo es el evento más grande en la historia de la humanidad. La Expiación reconcilia a hombres y mujeres con Dios, haciendo eficaces la fe, el arrepentimiento y el bautismo. Mientras que la Caída permitió que las huestes espirituales del cielo vinieran a la tierra, la Expiación hace posible su regreso a la presencia del Padre. A través de la Expiación, los mortales se convierten en inmortales, incorruptibles —es decir, resucitan de la tumba y vencen la muerte física y espiritual gracias al sacrificio y la Resurrección del Salvador (véase 1 Corintios 15:42–44).

El Nuevo Testamento enseña claramente que Jesucristo experimentó una resurrección corporal literal, y que así también resucitarán todos los hijos e hijas de Dios (véase Lucas 24:36–39; 1 Corintios 15:21–22). Hay numerosas escrituras bíblicas que indican la resurrección del cuerpo físico. Job testificó: “Y después de deshecha esta mi piel, aún he de ver en mi carne a Dios” (Job 19:26). Cuando Cristo se apareció a Sus discípulos después de Su Resurrección, dejó claro que Su cuerpo estaba compuesto de “carne y huesos” (Lucas 24:39). Cuando el Salvador se apareció a los nefitas después de Su ascensión, los invitó uno por uno: “para que metáis vuestras manos en mi costado, y también para que palpéis las marcas de los clavos en mis manos y en mis pies” (3 Nefi 11:14). El profeta Zacarías indica que cuando Cristo regrese en la Segunda Venida, las personas verán las heridas en Sus manos y pies (véase Zacarías 13:6). En otras palabras, vendrá con un cuerpo físico resucitado.

El Libro de Mormón deja en claro que es carne y hueso lo que resucita y se une al espíritu, y que así compareceremos ante Dios para ser juzgados (véase 2 Nefi 2:8). Alma, al hablar con su hijo Coriantón, indica que hay un período entre la muerte y la resurrección en el cual el alma o espíritu del

ser humano es llevado al hogar de Dios: los justos son recibidos en un estado de paraíso y los inicuos son separados y asignados a un estado de temor (o prisión espiritual). Alma afirma que algunos han llamado a esta asignación al paraíso la primera resurrección. Luego procede a aclarar que esto no es una resurrección en el verdadero sentido de la palabra. Él declara que la resurrección es: “la reunión del alma con el cuerpo” (Alma 40:11–18).

La Expiación también permite que los hombres y mujeres superen las dos muertes espirituales El Libro de Mormón explica con claridad la primera y segunda muertes espirituales. La Biblia no lo hace de manera tan precisa. Habla de una segunda muerte espiritual (véase Apocalipsis 20:6), pero no menciona la primera ni diferencia entre ambas. Afortunadamente, el Libro de Mormón describe lo que se entiende por estas dos muertes espirituales y su relación con la Expiación.

Superar la muerte física asociada con la Caída de Adán

El plan de salvación tiene diversos objetivos que se logran mediante el sacrificio del Redentor. El primero de ellos es superar los efectos de la Caída. Como resultado de la Caída, los hombres y mujeres reciben cuerpos mortales que se deterioran y finalmente mueren. Para alcanzar la vida eterna, es necesario que haya una resurrección, es decir, la reunión de un cuerpo físico inmortal con el espíritu. La Expiación y Resurrección del Salvador permiten que todos salgan de la tumba a una nueva vida. Todos serán resucitados y vencerán la muerte física. El apóstol Juan registra: “todos los que están en los sepulcros... saldrán” (Juan 5:28–29), y el apóstol Pablo confirma esta declaración al decir que: “habrá resurrección de los muertos, así de justos como de injustos” (Hechos 24:15).

La primera muerte espiritual

La Caída también causó una separación de Adán, Eva y su posteridad de la presencia de Dios. A esto se le conoce como la primera muerte espiritual. El profeta Samuel el Lamanita, al hablar sobre la muerte de Cristo, dice: “Sí, he aquí, esta muerte efectúa la resurrección y redime a toda la humanidad de la primera muerte —esa muerte espiritual—; porque toda la humanidad, por la caída de Adán al ser apartada de la presencia del Señor, es considerada como muerta, tanto en lo temporal como en lo espiritual” (Helamán 14:16). La declaración del profeta Samuel deja en claro que la

Expiación y la Resurrección de Cristo no solo vencen la muerte física para toda la humanidad, sino también la muerte espiritual causada por la Caída. Nuevamente, en palabras de Samuel: la muerte y resurrección de Cristo “redime a toda la humanidad de la primera muerte —esa muerte espiritual—... y los devuelve a la presencia del Señor” (Helamán 14:16–17).

Como se señaló anteriormente, la Biblia no es clara en cuanto a las dos muertes espirituales. Menciona la segunda muerte espiritual en el libro de Apocalipsis, e insinúa la primera muerte espiritual en 1 Corintios 15. Juan el Revelador, al hablar de los últimos días, declara: “Bienaventurado y santo el que tiene parte en la primera resurrección; la segunda muerte no tiene potestad sobre estos, sino que serán sacerdotes de Dios y de Cristo, y reinarán con él mil años” (Apocalipsis 20:6). Aunque la Biblia enseña que quienes participen de la primera resurrección no sufrirán la segunda muerte espiritual, aún nos deja con la pregunta: ¿Qué es? ¿Cuál es la diferencia entre la primera y la segunda muertes?

La primera muerte espiritual se insinúa en la declaración del apóstol Pablo a los corintios, cuando vincula las consecuencias de la Caída de Adán con los efectos de la Expiación. Él dijo: “Porque por cuanto la muerte entró por un hombre, también por un hombre la resurrección de los muertos. Porque así como en Adán todos mueren, también en Cristo todos serán vivificados” (1 Corintios 15:21–22). Esta afirmación hace referencia tanto a la victoria de Cristo sobre la muerte física para todos, como a Su triunfo sobre la muerte espiritual causada por la Caída de Adán—la primera muerte espiritual. Los hijos de Adán no son responsables de la muerte física ni de la primera muerte espiritual. La Expiación del Salvador elimina la carga de ambas muertes.

El élder *Tad R. Callister* describe el poder de la Expiación para vencer la primera muerte espiritual con estas palabras:

“Las Escrituras enseñan que toda persona, justa o pecadora, regresará a la presencia de Dios después de la resurrección. Puede que sea solo una reunión temporal en Su presencia, pero la justicia requiere que todo lo que se perdió en Adán sea restaurado en Jesucristo. Toda persona volverá a la presencia de Dios, contemplará Su rostro y será juzgada por sus propias obras. Entonces, aquellos que hayan obedecido el evangelio podrán quedarse en Su presencia, mientras que todos los demás tendrán que ser

expulsados de Su presencia una segunda vez y así sufrirán lo que se llama la segunda muerte espiritual.”

La segunda muerte espiritual

Los hombres y mujeres están en la tierra con la expectativa de aprender a tomar decisiones sabias y crecer espiritualmente. Sin embargo, se cometen errores y pecados. El apóstol Pablo dijo a los romanos: “Por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios” (Romanos 3:23). Nefi enseñó que: “ninguna cosa impura puede morar con Dios” (1 Nefi 10:21; 15:34). Alma enseñó que los hombres y mujeres sufrirán una: “segunda muerte, que es una muerte espiritual” a menos que se limpien de sus propios pecados (Alma 12:16).

El gran plan de misericordia contempló que el Salvador pagara el precio del pecado, que tomara sobre Sí los pecados de todos aquellos que ejercieran fe en Él y se arrepintieran. El gran profeta Isaías declaró que Cristo: “llevó nuestras enfermedades y sufrió nuestros dolores”, que fue “herido por nuestras transgresiones, molido por nuestras iniquidades”, y que “por su llaga fuimos nosotros curados” (Isaías 53:4–5). Al ver al Salvador, Juan el Bautista exclamó: “He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo” (Juan 1:29).

Vencer la primera muerte espiritual es un don gratuito. Superar la segunda es condicional. Lehi explicó a su hijo Jacob que Cristo “se ofreció en sacrificio por el pecado, para cumplir los fines de la ley, a todos aquellos que tienen el corazón quebrantado y el espíritu contrito; y a ninguno más pueden cumplirse los fines de la ley” (2 Nefi 2:7). El apóstol Pablo explicó a los hebreos que Cristo “vino a ser autor de eterna salvación para todos los que le obedecen” (Hebreos 5:9). El profeta Nefi enseñó a su pueblo: “sabemos que es por la gracia por la que nos salvamos, después de hacer cuanto podamos” (2 Nefi 25:23). Para superar la segunda muerte espiritual, las personas deben hacer su parte. Una sección posterior de este capítulo explicará el proceso mediante el cual se supera la segunda muerte espiritual por medio de la Expiación de Cristo.

La Expiación infinita y eterna

Una verdad importante que el Libro de Mormón aclara es el tipo de sacrificio que debía hacerse y la naturaleza de la persona que debía

efectuarlo. En el sermón de Amulek a los pobres zoramitas, él describe así las dimensiones del sacrificio requerido: “Porque es necesario que se haga un gran y último sacrificio; sí, no un sacrificio de hombre, ni de bestia, ni de ningún tipo de ave; porque no será un sacrificio humano; sino que debe ser un sacrificio infinito y eterno” (Alma 34:10).

Luego añade: “Y he aquí, este es el significado completo de la ley, que cada parte apunta a ese gran y último sacrificio; y ese gran y último sacrificio será el Hijo de Dios, sí, infinito y eterno” (Alma 34:14).

La Expiación debe ser infinita —es decir, sin fin. Sus efectos deben extenderse a la eternidad. Debe cubrir todo pecado, todo dolor, toda aflicción, toda muerte. También debe ser atemporal —es decir, debe cubrir a todos los que vivieron antes de la venida de Cristo a la tierra, así como a todos los que vivieron después. Alma, hablando a su hijo Coriantón, declara que las almas que vivieron antes de la jornada terrenal de Cristo son tan preciosas para el Señor como aquellas que vivieron durante y después de Su tiempo (véase Alma 39:16–19). Dado que el hombre tenía albedrío en el mundo preterrenal, la Expiación debe extenderse hasta antes de la fundación del mundo (véase Alma 13:3). También alcanza el mundo de los espíritus, donde Cristo dirigió la predicación del evangelio a los espíritus en prisión durante los tres días en que Su cuerpo yacía en la tumba (véase 1 Pedro 3:18–20; 4:6). No tendría sentido que el Salvador predicara a los espíritus en prisión que vivieron en la época de Noé si no pudieran arrepentirse y recibir las bendiciones de la Expiación. El gran y último sacrificio debe abarcar a todos los hijos de Dios: antes de Cristo y después de Cristo, antes de la vida mortal y después de ella.

Infinita en poder

La Expiación debe ser infinita en poder debido a la cobertura, el alcance y la transformación que se requiere para calificar a los seres humanos para la salvación. La Expiación cubre a todo hombre, mujer y niño que ha vivido, que vive actualmente o que vivirá en la tierra. Saca de la tumba a todas las creaciones de Dios.

El apóstol Pablo enseñó que el sacrificio del Salvador cubre también la resurrección de animales, bestias, peces y aves (véase 1 Corintios 15:37–44; DyC 29:23–25).

La revelación moderna enseña que las creaciones de Dios no pueden ser enumeradas: “Y así como una tierra pasará, y sus cielos, así vendrá otra; y no hay fin a mis obras” (Moisés 1:37–38). Además, los habitantes de esos otros mundos son: “hijos e hijas engendrados para Dios”, es decir, la Expiación los cubre a ellos también (DyC 76:23–24).

Una versión poética de la sección 76 expresa el alcance y el poder infinitos de la Expiación:

“Y oí una gran voz, que testificaba desde el cielo:
‘Él es el Salvador, el Unigénito de Dios;
Por él, de él y mediante él, todos los mundos fueron hechos,
incluso todos los que giran en los vastos cielos.

Cuyos habitantes también, desde el primero hasta el último,
son salvados por este mismo Salvador nuestro;
y, por supuesto, son engendrados como hijos e hijas de Dios,
por las mismas verdades y los mismos poderes.””

No es de extrañar que Amulek dijera que la Expiación tenía que ser infinita.

Infinita en amor

Hay numerosos pasajes en el Libro de Mormón que hablan del amor del Padre y del Hijo. Uno de los relatos más poéticos y simbólicos aparece en los sueños de Nefi y Lehi sobre el árbol de la vida.

En el sueño de Nefi, un ángel le muestra un árbol cuya belleza excede toda descripción, cuya “blancura... superaba la blancura de la nieve recién caída” (1 Nefi 11:8).

Nefi desea saber el significado del árbol. Entonces se le muestra a un hombre que desciende del cielo, y se le indica que testifique que ese ser es el Hijo de Dios (véase 1 Nefi 11:7). Luego ve a una virgen en la ciudad de Nazaret con un bebé en brazos, y el ángel le explica que ese niño es “el Cordero de Dios, sí, el Hijo del Padre Eterno” (1 Nefi 11:21).

Eventualmente, Nefi es testigo de la crucifixión. Él relata: “Vi al Cordero de Dios, que fue tomado por el pueblo; sí, el Hijo del Dios eterno fue juzgado por el mundo; y... vi que fue levantado sobre la cruz y muerto por los pecados del mundo” (1 Nefi 11:32–33).

Para ayudar a Nefi a interpretar las imágenes que ha visto, el ángel le pregunta: “¿Sabes tú el significado del árbol?” A lo que Nefi responde: “Sí, es el amor de Dios, que se derrama ampliamente en el corazón de los hijos de los hombres; por tanto, es lo más deseable de todas las cosas” (1 Nefi 11:22).

El árbol es un símbolo del amor de Dios, y la mayor manifestación de ese amor es que Él envió a Su Hijo Unigénito para sufrir, morir y expiar los pecados de toda la humanidad (véase 1 Nefi 11:13–33; Juan 3:16).

Lehi, en su sueño, come del fruto del árbol, descubre su dulzura y desea que su familia también participe. El fruto representa los dones de la Expiación: perdón, misericordia, paciencia, benignidad, amor, esperanza, fe, templanza, inmortalidad, gloria y vida eterna (véase 2 Pedro 1:3–8). Cuando uno comprende la profundidad y la amplitud de la Expiación, llega a entender el amor y el poder infinitos que constituyen su fundamento.

Un testimonio del poder eterno de Dios

Obsérvese que Amulek también indicó que la Expiación debía ser eterna en su naturaleza, lo cual significa no solo que no tiene fin, sino que posee un poder semejante al de Dios. No solo se levanta el cuerpo físico de la tumba, sino que la carne es transformada de un estado corruptible a uno incorruptible, de un cuerpo natural a un cuerpo espiritual, para nunca más morir (véase 1 Corintios 15:42; Romanos 6:9).

En este mismo contexto, es importante notar que un “cuerpo espiritual” no es un “cuerpo de espíritu”. Cristo lo dejó claro cuando explicó a Sus discípulos, después de Su resurrección: “el espíritu no tiene carne ni huesos, como veis que yo tengo” (Lucas 24:39).

Amulek, en el Libro de Mormón, enseña qué es un “cuerpo espiritual”. Él dijo: “El espíritu y el cuerpo serán reunidos de nuevo en su forma perfecta; tanto miembro como coyuntura serán restaurados a su estructura propia” (Alma 11:43; véase también v. 44).

Por tanto, el “cuerpo espiritual” mencionado por Pablo es un cuerpo resucitado de carne y huesos que ha sido inmortalizado y perfeccionado. El poder para transformar el cuerpo de un estado corruptible a uno inmortal es un poder “eterno”, es decir, divino por naturaleza.

El Libro de Mormón enseña que la Expiación tiene poder no solo para cambiar el cuerpo físico, sino también para cambiar la naturaleza del espíritu del ser humano. El rey Benjamín enseñó que:

“el hombre natural es enemigo de Dios, y lo ha sido desde la caída de Adán, y lo será para siempre jamás, a menos que se someta a los impulsos del Espíritu Santo, y se despoje del hombre natural y se haga santo por medio de la expiación de Cristo” (Mosíah 3:19).

La Expiación, en combinación con la influencia del Espíritu Santo, tiene el poder de transformar el carácter y la conducta del hombre natural en una naturaleza santa o semejante a la de Dios.

En 3 Nefi se registra que el Salvador también recibió poder mediante la Expiación para atraer a todos los hombres hacia Él, a fin de que puedan ser elevados al Padre para ser juzgados (véase 3 Nefi 27:14).

A medida que uno llega a comprender el sacrificio del Salvador, sus efectos y su alcance, se da cuenta de que la Expiación debe ser infinita y eterna en su poder para salvar y exaltar a la humanidad. Tiene poder para: vencer las consecuencias del pecado de Adán, salvar al ser humano de sus propios pecados, transformar la naturaleza del carácter así como el cuerpo físico, y santificar a hombres y mujeres para que puedan ser llevados al Padre. No es de extrañar que se necesitara el poder de un Dios, el Hijo de Dios, para lograrlo.

El gran y último sacrificio debía ser realizado por el Hijo de Dios

Solo un Dios tiene el poder y la resistencia necesarios para llevar a cabo la Expiación (véase DyC 19:18). El rey Benjamín, en el Libro de Mormón, describe el sufrimiento del Salvador con estas palabras: “Y he aquí, padecerá tentaciones, y dolor corporal, hambre, sed y fatiga, tanto que no hay hombre que padezca tanto, sin que le sobrevenga la muerte; porque he aquí, sangre le brotará de cada poro, tan grande será su angustia por la maldad y las abominaciones de su pueblo” (Mosíah 3:7).

El Libro de Mormón confirma la historicidad de estos eventos y aclara que realmente Él sudó sangre y sufrió por nuestros pecados. Por lo tanto, el Libro de Mormón restaura verdades vitales, entre ellas que la Expiación comenzó en el Jardín de Getsemaní.

Como se señaló anteriormente, Cristo alcanzó la divinidad antes de venir a la tierra. Él era Jehová, el Dios Todopoderoso del Antiguo Testamento. Sus creaciones incluían los cielos y la tierra. Fue preordenado para ser el Salvador. Su poder divino y su condición de Dios continuaron en la mortalidad por medio de Su nacimiento. Su madre era mortal. Su Padre, inmortal. Él fue el Unigénito del Padre Eterno (véase 1 Nefi 11:21).

Por eso pudo declarar al final de Su vida: “Por eso me ama el Padre, porque yo pongo mi vida, para volverla a tomar. Nadie me la quita, sino que yo de mí mismo la pongo. Tengo poder para ponerla, y tengo poder para volverla a tomar. Este mandamiento recibí de mi Padre” (Juan 10:17–18).

Hablando de Cristo, el profeta Abinadí, en el Libro de Mormón, resume Su poder con las siguientes palabras: “Él es la luz y la vida del mundo; sí, una luz que es interminable, que nunca se puede oscurecer; sí, y también una vida que es interminable, que no puede haber más muerte” (Mosíah 16:9). Porque era un ser eterno que vivió sin pecado en la mortalidad, no tenía la obligación de morir. Él eligió morir, y por tanto tuvo el poder para levantarse de la tumba.

La Expiación íntima

El Libro de Mormón enseña no solo que la Expiación fue infinita, sino también íntima. Cristo experimentó el dolor, el sufrimiento, la pena y la muerte de cada persona. Uno de los pasajes más poderosos del Libro de Mormón se encuentra en las enseñanzas de Alma al pueblo de Gedeón, en Alma capítulo 7. Sus palabras acerca de Cristo no solo enseñan los elementos de la Expiación, sino que también describen su naturaleza íntima. Alma enseña que Cristo: “saldrá, sufriendo dolores y aflicciones y tentaciones de toda clase; y esto para que se cumpla la palabra que dice que tomará sobre sí los dolores y las enfermedades de su pueblo. Y tomará sobre sí la muerte, para soltar las ligaduras de la muerte que atan a su pueblo; y tomará sobre sí sus debilidades, para que sus entrañas sean llenas de misericordia, según la carne, a fin de que sepa, según la carne, cómo socorrer a su pueblo de acuerdo con sus debilidades” (Alma 7:11–12).

El Hijo de Dios efectuó la Expiación en la carne para poder comprender plenamente cómo socorrer a Sus hermanos y hermanas en sus momentos

de mayor angustia. Descendió debajo de todas las cosas para poder comprender todas las cosas (véase DyC 88:6).

En el Jardín y en la cruz, Cristo experimentó los sentimientos más profundos de cada ser humano. Sintió nuestros dolores y sufrimientos, nuestras enfermedades y pesares. Su estancia en la mortalidad y Su experiencia expiatoria le otorgaron una comprensión única de nuestros desafíos, penas y debilidades. Esa comprensión le permite socorrernos y fortalecernos en nuestras pruebas y aflicciones.

No fue una masa colectiva e impersonal de pecados lo que experimentó, sino los pecados, heridas y sufrimientos de una corriente infinita de personas individuales. Como dijo Alma, Él sabe, según la carne, cómo socorrer a cada alma.

La doctrina de Cristo

El evangelio de Jesucristo es la buena nueva, las buenas noticias que Cristo restauró durante Su ministerio en la tierra. ¿Qué son esas buenas nuevas? Una definición común del evangelio que muchos aceptan usando la Biblia es: “que Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras; y que fue sepultado, y que resucitó al tercer día” (1 Corintios 15:3–4).

Cristo mismo amplía esa definición en el Libro de Mormón. Él define el evangelio, o doctrina de Cristo, como la Expiación, la Resurrección y el Juicio, y luego amplía esa definición para incluir las responsabilidades que los hombres y mujeres tienen en el proceso de salvación.

En 3 Nefi capítulo 27, Cristo expone Su evangelio a los nefitas justos. Su definición comienza con el papel que Él desempeña en las buenas nuevas:

“He aquí, os he dado mi evangelio, y esta es la doctrina que os he dado: que vine al mundo para hacer la voluntad de mi Padre, porque mi Padre me envió.

Y mi Padre me envió para que fuese levantado sobre la cruz; y después de haber sido levantado sobre la cruz, para atraer a todos los hombres a mí, a fin de que así como los hombres me han levantado, del mismo modo serán levantados por el Padre para estar ante mí, a fin de ser juzgados según sus obras, ya sean buenas o sean malas” (3 Nefi 27:13–14).

Después de explicar Su papel, Jesús detalla los principios del evangelio que hombres y mujeres deben vivir para ser beneficiarios plenos de Su Expiación (véase 3 Nefi 27:16–21). El Salvador declara lo siguiente:

1. Debemos tener fe en el Señor Jesucristo.
2. Debemos arrepentirnos de nuestros pecados.
3. Debemos ser bautizados en el nombre de Jesucristo.
4. Debemos recibir el don del Espíritu Santo y ser santificados por Él.
5. Debemos perseverar hasta el fin.

Cada paso conduce naturalmente al siguiente. Por ejemplo, Mormón enseña:

“El primer fruto del arrepentimiento es el bautismo; y el bautismo viene por la fe para cumplir los mandamientos... y por la mansedumbre y humildad de corazón viene la visita del Espíritu Santo, el cual Consolador llena de esperanza y de amor perfecto, el cual amor permanece por la diligencia hasta la oración, hasta que llegue el fin, cuando todos los santos morarán con Dios” (Moroni 8:25–26; véase también 2 Nefi 31:5–20).

A continuación, destaco algunas de las contribuciones del Libro de Mormón respecto a la doctrina de Cristo:

Desarrollar la fe en Cristo

La Biblia enseña la importancia y necesidad de tener fe en Cristo, pero no explica el proceso mediante el cual se obtiene y se edifica esa fe. En la Biblia, uno lee sobre eventos que establecen la fe en ciertas personas. Un ejemplo es el del apóstol Pablo en el camino a Damasco (véase Hechos 9). Sin embargo, para la mayoría de las personas —e incluso para Pablo— desarrollar fe en Cristo es un proceso que se da a lo largo de la vida.

El Libro de Mormón explica cómo se puede edificar la fe en Cristo. El discurso de Alma a los zoramitas sobre cómo se desarrolla la fe es profundo y único. El camino que Alma describe comienza con un “deseo de creer”. Luego, la persona debe actuar sobre ese deseo realizando un experimento.

¿En qué consiste el experimento? En plantar una semilla en el corazón. ¿Qué es la semilla? Es la “palabra de Dios”. ¿Y qué es la palabra de Dios?

Son las sagradas escrituras, las palabras de los profetas. En última instancia, “la palabra” es Cristo. Uno debe darle lugar a Cristo en su corazón. Debe estar dispuesto a seguir al Maestro.

Entonces Alma hace una promesa: Si nos esforzamos diligentemente por aplicar “la palabra” en nuestras vidas, el Espíritu Santo producirá sentimientos en nuestras almas.

La semilla brotará y crecerá, y llegaremos a saber que la semilla es buena y que el evangelio es verdadero.

Alma luego pregunta: “Porque habéis hecho el experimento, y habéis plantado la semilla, y esta se hincha y brota... ¿es perfecto vuestro conocimiento?” (Alma 32:33–34).

La respuesta es no, apenas estás comenzando. La semilla ahora es una pequeña plántula que requiere más nutrición y cuidado. Debe seguir arraigándose, creciendo y madurando antes de que el árbol dé fruto.

A medida que el árbol continúa creciendo, nuestra creencia, fe y esperanza en el Salvador se profundizan, porque sentimos ese hinchamiento interior que viene por medio del Espíritu Santo. Nuestro compromiso con la acción se expande: pasamos de querer saber por nosotros mismos a querer servir y ayudar a los demás. El servicio y la consagración se vuelven parte de la vida. Al servir a los demás, el Espíritu Santo proporciona testigos adicionales de que la semilla es buena y de que el perdón puede obtenerse. Si con diligencia, paciencia y fe continuamos nutriendo el árbol, este se arraigará plenamente en nuestra alma y podremos comer de su fruto. Una persona llena de ese fruto: “no tendrá hambre ni... sed” (Alma 32:42; véanse también vv. 41, 43). Los frutos son las bendiciones de la Expiación: el perdón, la santificación y la vida eterna.

El bautismo

Primero, como enseñó Mormón, la fe lleva al bautismo. Entre las distintas denominaciones cristianas existe desacuerdo sobre cómo debe realizarse el bautismo y si realmente es necesario, pero tanto la necesidad como la manera del bautismo están claramente explicadas en el Libro de Mormón. Jesús fue enfático respecto a la necesidad del bautismo. Le dijo a Nicodemo, quien vino de noche para saber qué debía hacer para ser salvo:

“De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios” (Juan 3:5).

Segundo, después de definir el evangelio en 3 Nefi, el Salvador explicó la necesidad del bautismo diciendo:

“Y ninguna cosa impura puede entrar en su [del Padre] reino; por tanto, no puede entrar en su descanso ninguna cosa sino aquellos que han lavado sus vestidos en mi sangre, a causa de su fe, y del arrepentimiento de todos sus pecados, y de su fidelidad hasta el fin.

Ahora bien, este es el mandamiento: Arrepentíos, todos los extremos de la tierra, y venid a mí y sed bautizados en mi nombre, para que seáis santificados por la recepción del Espíritu Santo, a fin de que estéis sin mancha ante mí en el postrer día.

De cierto, de cierto os digo que este es mi evangelio” (3 Nefi 27:19–21).

Tercero, el Señor también enseñó a los nefitas la forma de realizar el bautismo. Poco después de Su aparición, llamó a Nefi y le dio autoridad para bautizar, e instruyó que debía descender al agua junto con la persona a ser bautizada. Luego de pronunciar una oración bautismal, la persona debía ser sumergida en el agua (véase 3 Nefi 11:23–26).

Cuarto, el Libro de Mormón es específico en cuanto al bautismo de los niños pequeños.

Esta es una contribución doctrinal significativa del Libro de Mormón; mientras que durante siglos muchos cristianos se han preocupado por las almas de los niños fallecidos sin bautismo, el Libro de Mormón enseña que: “los niños pequeños no necesitan arrepentimiento, ni tampoco el bautismo.”

El Señor reveló al profeta Mormón que Cristo “vino al mundo, no para llamar a los justos, sino a los pecadores al arrepentimiento; los sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos; por tanto, los niños pequeños son sanos, porque no son capaces de cometer pecado; por tanto, la maldición de Adán ha sido quitada de ellos en mí. [...] He aquí, te digo que esto has de enseñar—el arrepentimiento y el bautismo a los que son responsables y capaces de cometer pecado” (Moroni 8:8, 10).

El don del Espíritu Santo

El Libro de Mormón también aclara que toda persona tiene derecho al don del Espíritu Santo si sigue el camino de fe, arrepentimiento y bautismo (véase 2 Nefi 31:12). En el día de Pentecostés, Pedro prometió a la multitud el don del Espíritu Santo si se arrepentían y se bautizaban en el nombre de Jesucristo (véase Hechos 2:38).

Sin embargo, el Libro de Mormón es más explícito, al enseñar que el don del Espíritu Santo se confiere por la imposición de manos, realizada por aquellos que han recibido autoridad de Jesucristo (véase 3 Nefi 18:36–37; Moroni 2:2).

El poder del Libro de Mormón

Permíteme concluir con una historia sobre el poder del Libro de Mormón. Las verdades claras y preciosas que se encuentran en el discurso de Alma en Alma 32 impactaron profundamente a un joven soldado en Afganistán. Cuando era adolescente, proveniente de una familia SUD activa, decidió alejarse de la Iglesia, a pesar de que sus fieles padres le habían dado “toda oportunidad de aprender el evangelio de Jesucristo.” Para escapar de la desaprobación de sus padres, se alistó en el ejército y se convirtió en médico de combate. Con los años, trabajó intensamente y también llevó un estilo de vida despreocupado. Con el tiempo se casó y fue bendecido con hijos.

Llegó el momento en que su unidad fue enviada a Afganistán. Aunque al principio se adaptó bien a las exigencias extremas, con el tiempo: “la exposición constante a la muerte y a la destrucción de la guerra comenzó a afectarme”, dijo. “Aunque seguía cumpliendo con mis deberes, el miedo dominaba mis pensamientos. Temía morir y temía el juicio de Dios. Me preguntaba si volvería a ver a mi esposa y a mis hijos. Los pecados que había cometido tan a la ligera se volvieron insoportables, pero no tenía a dónde acudir en busca de alivio.”

Una experiencia cercana a la muerte y los susurros espirituales lo llevaron a comenzar a leer un ejemplar del Libro de Mormón que su madre le había regalado. Con el tiempo, se dio cuenta de que su miedo a la muerte había disminuido, aunque aún juraba no regresar a la Iglesia.

Un día leyó el discurso de Alma sobre la fe, y eso cambió su vida. El pasaje comienza así: “Ahora bien, como dije en cuanto a la fe: que no era un conocimiento perfecto, así es también con mis palabras. No podéis saber de su certeza al principio, como para conocimiento perfecto, no más que la fe es un conocimiento perfecto.

Mas he aquí, si despertáis y aviváis vuestras facultades, ejercitando una partícula de fe, sí, aun si no más que el deseo de creer, dejad que este deseo obre en vosotros, sí, hasta que creáis de tal modo que podáis dar cabida a una parte de mis palabras” (Alma 32:26–27).

Aunque tenía muy poca fe o esperanza, sí tenía un “deseo de creer” que sus pecados podían ser perdonados mediante la Expiación de Jesucristo. Continuó estudiando el Libro de Mormón en Afganistán y lo siguió haciendo al regresar a casa. Comentó que pasaron muchos meses después de su regreso para obtener un testimonio del evangelio y seguir los pasos necesarios para recibir el perdón, pero se comprometió con el patrón enseñado por Alma, y entonces llegaron la paz y el perdón. Esta historia es un ejemplo del poder claro y transformador del Libro de Mormón y del efecto que puede tener en la vida de quienes sinceramente buscan la verdad.

Conclusión

El Libro de Mormón surgió no solo como otro testigo del Señor Jesucristo, sino también como una restauración de verdades claras y preciosas, necesarias para una comprensión plena del plan del Señor. Entre ellas se incluyen: la vida preterrenal y la preordenación de Jesucristo, la existencia previa de los hijos espirituales de Dios, la naturaleza infinita y eterna de la Expiación de Cristo, y los principios del evangelio que debemos vivir para acceder plenamente a esa Expiación.

Existen otras verdades claras y preciosas restauradas por este libro que no se han tratado aquí. Su análisis queda para otros.

El Libro de Mormón es como una caja de joyas: verdades claras y preciosas para la dispensación del cumplimiento de los tiempos. Esas verdades, omitidas o no claramente explicadas en la Biblia, han sido restauradas en los últimos días para enseñarnos de dónde venimos y cómo debemos vivir.

La probación de un vidente adolescente: Las experiencias tempranas de José Smith con Moroni

Steven C. Harper

Steven C. Harper era historiador del Departamento de Historia de la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días cuando escribió este artículo.

Milenarios antes de que José Smith llegara a la adolescencia en la zona rural del estado de Nueva York, el Dios de Israel reveló que levantaría un vidente escogido de entre los descendientes de José de Egipto y que lo mandaría y le daría “poder para sacar mi palabra” (véase 2 Nefi 3:6–13). Aunque José Smith fue preordenado como vidente, tuvo que aprender y crecer a través de sus experiencias de vida, y elevarse a su llamamiento de sacar a luz la palabra del Señor—el Libro de Mormón. Sus primeras experiencias con piedras de vidente parecieron proporcionarle cierta preparación para esa obra futura, y el ángel Moroni le ofreció una valiosa instrucción durante un período de probación de cuatro años.

Los primeros años de José

La historia de José Smith de 1838–39 dice que después de su Primera Visión en la primavera de 1820, él “continuó con [su] ocupación habitual” (José Smith—Historia 1:27), lo que significa que trabajó en la granja con su padre y tomó trabajos ocasionales para ayudar a la economía familiar. José habló

acerca de sus luchas y pecados como adolescente y de sus esfuerzos por superarlos. Por ejemplo, un borrador temprano de su historia manuscrita dice:

Durante el período que transcurrió entre el momento en que tuve la visión y el año de mil ochocientos veintitrés (habiéndome sido prohibido unirme a cualquiera de las sectas religiosas de la época, y siendo yo de muy corta edad, y siendo perseguido por aquellos que deberían haber sido mis amigos y haberme tratado con bondad, y que, si suponían que yo estaba engañado, debieron haber procurado en forma apropiada y afectuosa reconducirme), fui dejado a toda clase de tentaciones, y, al mezclarme con todo tipo de sociedad, con frecuencia caía en muchos errores tontos y manifestaba la debilidad de la juventud y la corrupción de la naturaleza humana, lo cual, lamentando decirlo, me condujo a diversas tentaciones y a la satisfacción de muchos apetitos que son ofensivos ante Dios.

Unos años más tarde, mientras preparaba la historia para su publicación bajo la dirección de José, Willard Richards aclaró la confesión de José al eliminar algunas palabras y añadir las siguientes:

Al hacer esta confesión, nadie debe suponerme culpable de pecados graves o malignos. Nunca estuve en mi naturaleza la disposición de cometer tales pecados. Pero sí fui culpable de frivolidad, y a veces me asocié con compañía jovial, etc., cosas no consistentes con el carácter que debía mantener alguien que había sido llamado por Dios como lo fui yo. (José Smith—Historia 1:28)

José no fue culpable de pecados que hayan determinado irrevocablemente su destino, pero hay evidencia de que luchaba con una codicia persistente, agravada por el hecho de que su familia a menudo estaba al borde de, pero nunca alcanzaba del todo, una vida económicamente cómoda. Dios tenía una obra que José Smith debía realizar, pero Satanás estaba decidido a frustrarla. Las autobiografías de José, las memorias de su madre, las cartas históricas de Oliver Cowdery y la autobiografía de Joseph Knight nos permiten observar cómo el joven luchaba por elegir entre el plan de Dios para él y los esfuerzos de Satanás por impedir la obtención y traducción de las planchas de oro. Estos registros hacen posible observar cómo Dios envió a un mensajero (Moroni) para instruir, reprender y fortalecer a José, hasta

que este joven vulnerable y sin instrucción pudo comenzar una obra maravillosa y un prodigo: la traducción y publicación del Libro de Mormón.

Identificar a José como un adolescente tentado—e incluso, en ocasiones, necio—puede parecer contrario a los elogios justificados que se cantan al “hombre que habló con Jehová.” Pero esta es la historia de cómo llegó a ser tal, y por tanto, debe comenzar estableciendo lo que él admitió con franqueza sobre sus inicios defectuosos y su necesidad de desarrollo.

Además de su confesión anterior, escribió en 1832 que muchos días después de su Primera Visión en 1820, “caí en transgresiones y pequé en muchas cosas, lo cual trajo una herida sobre mi alma.” Agregó también: “Cuando tenía diecisiete años volví a invocar al Señor y Él me mostró una visión celestial, porque he aquí, un ángel del Señor vino y se paró delante de mí; y fue de noche, y me llamó por mi nombre y me dijo que el Señor había perdonado mis pecados.”

La fe de José en Jesucristo, su humildad y su consecuente arrepentimiento, incluyendo su decisión de responder positivamente a la repremisión, sugieren por qué el Señor llamó a José para ser el vidente que sacaría a luz el Libro de Mormón. Confiado en el Señor y respondiendo con fidelidad a Sus instrucciones, superó estos pecados y luchas para sacar adelante, en verdad, una obra maravillosa.

Contexto para José Smith el Vidente

Conocer las actividades de José y la cultura que lo rodeaba entre 1820 (cuando recibió la Primera Visión) y 1823 (cuando Moroni se le apareció) ayuda a esclarecer su crecimiento y sus experiencias con las planchas de oro.

El mundo de José estaba cambiando rápidamente de una economía agraria a un mercado capitalista e industrializado. Para muchos, eso significaba oportunidad y riqueza. Pero para muchos otros, incluida la familia Smith, significaba una dificultad tras otra. Al igual que los mercados, las iglesias se estaban volviendo más libres y abiertas, compitiendo por conversos del mismo modo que los zapateros o destiladores de whisky competían por consumidores. Muchos, incluido José Smith, luchaban con el doble fenómeno de la revolución del mercado y la multiplicación de iglesias entre las cuales elegir. Su familia vivió estos cambios como una presión, un

aumento del estrés y la ansiedad tanto por la economía del hogar como por la salvación eterna.

Este estrés financiero impulsó a un grupo considerable de colonos a una “expectativa incontenible de encontrar tesoros enterrados en la tierra.” Hay evidencia de que tanto José como su padre participaron en algunas de las actividades de un grupo de buscadores de tesoros del vecindario que buscaban riquezas enterradas mediante rituales nocturnos. Para ellos, y para muchos otros cristianos, buscar tesoros tenía sentido, aunque la mayoría de las personas “respetables”—el tipo de personas que José pensaba que deberían haber sido sus amigos si eran verdaderos cristianos—consideraban que buscar tesoros era una actividad indigna de ellos. Pero el historiador Alan Taylor explicó por qué buscar tesoros tenía sentido en esa época y lugar: respondía a las necesidades de personas que se sentían presionadas por las exigencias culturales de obtener más posesiones y más religión. En otras palabras, buscar tesoros prometía “tanto riqueza rápida como una sensación de poder sobre el mundo sobrenatural.”

Muchos buscadores de tesoros recurrían a espíritus guardianes o trazaban los ciclos de la luna para aumentar sus posibilidades de descubrir riquezas. También “comenzaron a usar con más frecuencia ‘piedras de vidente’ o ‘piedras adivinatorias’” para encontrar tesoros. Aunque tal práctica pueda parecer extraña hoy en día, ese es un escepticismo propio de la cultura moderna. No siempre ha sido la idea dominante. Como atestigua la Biblia, en el antiguo Israel ciertas piedras estaban asociadas con el oficio sacerdotal o profético y se consideraban un medio de revelación. La Biblia dice que Jacob, Moisés y Aarón tenían varas poderosas, y que José de Egipto tenía una copa “en la cual adivina” (Génesis 44:5). En el Libro de Mormón, Alma enseñó a su hijo Helamán una profecía del Señor, diciendo: “Prepararé para mi siervo Gazelem una piedra que brillará en las tinieblas para dar luz” (Alma 37:23). Y el Señor preparó dos piedras para que el hermano de Jared las enterrara con sus registros, piedras que podían usarse para traducir (véase Éter 3:22–24). Tal vez basando sus esperanzas e ideas en precedentes bíblicos como estos, varios matemáticos-magos, incluyendo a Isaac Newton, buscaron o usaron piedras maravillosas durante el Renacimiento y en la Europa de la Edad Moderna. John Dee, por ejemplo, enseñaba álgebra y navegación, intentaba comunicarse con

ángeles y utilizaba una piedra translúcida que ha estado expuesta en el Museo Británico.

José evidentemente descubrió una o más piedras de vidente después de su Primera Visión y antes de arrodillarse para orar por perdón, antes de la primera visita de Moroni en septiembre de 1823. No hay razón para rechazar la afirmación básica de que José buscó tesoros enterrados usando una piedra maravillosa, aun cuando esa afirmación provenga de algunos de sus antagonistas. José no negó dicha afirmación, y personas que lo amaban, confiaban en él y lo seguían confirmaron que tenía una piedra así. Un hombre que contrató a José relató que la búsqueda de José por una piedra de vidente fue inspirada por una experiencia previa en la que la vio a través de una piedra que pertenecía a una vecina. Otro vecino dijo que José podía ver en una piedra que encontraron mientras cavaban un pozo. La madre de José también reconoció su don de vidente, diciendo que José “poseía ciertos medios por los cuales podía discernir cosas que no podían verse con el ojo natural.” Joseph Knight, quien empleó a José en 1826 y se convirtió poco después de la organización de la Iglesia, escribió que José “miraba en su vidrio,” refiriéndose a su piedra. Brigham Young más tarde utilizó el término *piedra de vidente* para describir este objeto, llamado “medios” por Lucy y “vidrio” por Joseph Knight. (Para más información sobre el uso que hizo José Smith de piedras de vidente, véase el capítulo 4 de este volumen).

Sin embargo, el punto más importante aquí no es el objeto revelador, o lo que las Escrituras llaman repetidamente los “medios” (Mosíah 8:18; 28:13; Alma 37; D. y C. 8:9; 10:4; 20:8). El punto de énfasis aquí es el don de revelación en sí mismo. Como lo evidencian los relatos anteriores, José tenía un don similar al que se describe en este pasaje del Libro de Mormón:

Un vidente es también revelador y profeta; y un don mayor que este no puede tener el hombre. . . .

Pero un vidente puede saber lo que ha acontecido y también lo que ha de acontecer, y por medio de ellos serán reveladas todas las cosas, o más bien, se manifestarán las cosas secretas, y se darán a conocer las cosas escondidas, y las cosas que no se saben se darán a conocer por medio de ellos, y también se darán a conocer cosas que no podrían saberse de otra manera.

Así ha provisto Dios un medio para que el hombre, por la fe, pueda obrar grandes milagros; por tanto, llega a ser un gran beneficio para sus semejantes. (Mosíah 8:16–18; énfasis añadido)

Así, José, siendo aún un adolescente, poseía los “medios” por los cuales, mediante la fe, podía “obrar grandes milagros.” Pero aunque evidentemente tenía la habilidad de vidente desde temprano, se hallaba en el proceso de convertirse en el vidente del Señor, aprendiendo cómo aplicar el don de revelación (véase D. y C. 8:2–4).

Las instrucciones de Moroni

El 21 de septiembre de 1823, José se fue a la cama, pero no a dormir. “Era muy consciente,” diría más tarde sobre esa noche, “de que no había guardado los mandamientos, y me arrepentí de corazón de todos mis pecados y transgresiones, y me humillé.” Entonces, una luz inundó la habitación, haciéndola más brillante que a mediodía, y apareció un ángel, imponente, resplandeciente y de pie en el aire. José se encogió de miedo por un momento antes de que el mensajero pronunciara su nombre, se presentara como Moroni y anunciara que Dios tenía una obra para que José realizara.

Moroni le dijo a José que quien tuviera las piedras y pudiera ver en ellas era un vidente, y para José esta noticia fue tanto fascinante como en cierto modo familiar. Sabía que tenía el don del que Moroni hablaba porque ya lo había descubierto mediante el uso de piedras de vidente. Ahora, el Señor había enviado al ángel como mentor para ayudar a José a desarrollar el potencial innato del don a fin de realizar una obra maravillosa.

Moroni comenzó su primera lección: “Me habló de un registro sagrado que estaba escrito sobre planchas de oro,” recordó José, y añadió: “Vi en visión el lugar donde estaban depositadas.” Se trataba de la historia sagrada de una civilización perdida, cristianos a quienes el Salvador había visitado, dijo Moroni, y junto con ella había dos piedras—medios que Dios había preparado para su traducción. Las planchas de oro estaban ahora ocultas en una colina cercana, junto con esas piedras de vidente.

Luego Moroni “comenzó a citar las profecías del Antiguo Testamento,” empezando por Malaquías, quien describió el día venidero “ardiente como un horno” y dijo que los impíos quedarían sin raíz ni rama. Luego hizo que

la profecía lejana de Malaquías se volviera cercana: “Te revelaré a ti [José] el sacerdocio, por conducto del profeta Elías, antes de que venga el grande y terrible día del Señor. . . . Y él plantará en los corazones de los hijos las promesas hechas a los padres, y los corazones de los hijos se volverán a sus padres. Si no fuera así, toda la tierra sería totalmente asolada a su venida” (véase José Smith—Historia 1:36–39).

No está del todo claro cuánto entendía José Smith, pero con el tiempo llegó a comprender el significado de Moroni: Dios había elegido a José para restaurar las poderosas ordenanzas del sacerdocio mediante las cuales los convenios solemnes podrían sellar a las familias con Dios y, al guiarlas hacia vidas eternas, cumplir el plan de redención para el cual se creó esta tierra. De lo contrario, todo el esfuerzo y energía invertidos en la creación de la tierra serían en vano en la venida del Señor.

Eso era un conocimiento abrumador para un joven de diecisiete años. Y había más. Moroni citó Isaías capítulo 11, que predice que Cristo vendrá en gloria, poder y venganza para separar a los justos de los impíos. Pero no antes de “extender otra vez su mano por segunda vez” y reunir a “los esparcidos de Israel” levantando una “enseña a las naciones,” es decir, una bandera, o en otras palabras, una Iglesia con la comisión de predicar el evangelio a todo el mundo.

Moroni continuó citando Hechos 3:22–23, profetizando que todos los que no escucharan la voz de advertencia del Señor ni se reunieran bajo su enseña serían “destruidos.” Luego citó Joel 2:28–32: “Y derramaré mi Espíritu sobre toda carne; y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas; vuestros ancianos soñarán sueños, y vuestros jóvenes verán visiones.” Además, cataclismos y terribles juicios caerían sobre todos los que no edificaran Sion. Al final, solo los constructores de Sion serían librados. Moroni le dijo a José “que la plenitud de los gentiles estaba por llegar,” lo que significaba que la propagación a gran escala del evangelio a todas las naciones era inminente en el futuro. Entonces, explica José, “[Moroni] citó muchos otros pasajes de las Escrituras y ofreció muchas explicaciones que no pueden mencionarse aquí.”

Ahora, de pie en el aire en la habitación de José, Moroni le explicó que aún no podía recibir las planchas ni las piedras de vidente, y le advirtió que si las mostraba a otros sin permiso una vez que las tuviera,ería destruido. José

tuvo una visión del cerro donde Moroni había depositado las planchas más de mil años antes. Luego, la luz se agrupó en torno al mensajero, y este ascendió por un conducto “directamente al cielo,” dejando a José en una habitación oscura y silenciosa, “maravillado en gran manera por lo que me había dicho aquel mensajero extraordinario.”

“Permanecí meditando sobre lo singular de la escena,” recordó José, “cuando en medio de mi meditación,” Moroni reapareció. “Volvió a relatar exactamente lo mismo,” y luego añadió más detalles sobre los “grandes juicios que vendrían sobre la tierra” antes de ascender nuevamente. “El sueño había huido de mis ojos,” escribió José, “y permanecí abrumado por el asombro ante lo que había visto y oído.”

Entonces Moroni apareció una tercera vez, repitió el mismo mensaje y advirtió a José “que Satanás intentaría tentarme (debido a las escasas circunstancias de la familia de mi padre) para que obtuviera las planchas con el fin de hacerme rico. Esto me lo prohibió, diciendo que no debía tener otro propósito en vista al obtener las planchas que glorificar a Dios, y que no debía estar motivado por ningún otro deseo que no fuera el de edificar su reino, de lo contrario no podría obtenerlas.”

La madre de José escribió más tarde que Moroni añadió “unas cuantas palabras de advertencia e instrucción: a saber, que debía cuidarse de la codicia; y que no debía suponer que el registro iba a salir a luz con el fin de obtener ganancias, porque no era así; sino que se trataba de traer luz e inteligencia que habían estado perdidas por mucho tiempo para el mundo: y que, cuando fuera a obtener las planchas, debía estar en guardia, o su mente se llenaría de tinieblas.”

Como resumió el erudito Terryl Givens respecto a la situación de José: “No debía mostrar las planchas a nadie ni pensar en aliviar la aguda pobreza de su familia vendiéndolas” o vendiendo el libro que pudiera publicar a partir de ellas. Buscar fama y fortuna—dos de las tentaciones más poderosas—fue explícita y absolutamente prohibido por el mensajero de Dios. Advertido sobre las tentaciones que enfrentaría, José debía decidir si seguiría o no el plan de Dios. De hecho, durante su vida mortal, Moroni había escrito a un joven José, escogido para traducir los registros sagrados y potencialmente codicioso de la riqueza contenida en una pila de metal precioso: “Las planchas... no tienen ningún valor a causa del mandamiento

del Señor. Porque él verdaderamente dice que nadie las tendrá para obtener ganancia; pero el registro que contienen sí tiene gran valor; y al que lo saque a luz, a ese lo bendecirá el Señor” (Mormón 8:14–16).

Cuando Moroni ascendió nuevamente, José “quedó otra vez para meditar sobre lo extraño de lo que acababa de experimentar,” pero fue interrumpido por el canto de un gallo que anunciaba el amanecer. José se levantó y fue a trabajar como de costumbre.

Intento de obtener las planchas

José, Alvin y su padre comenzaron juntos la cosecha, pero José parecía distraído. “José,” le dijo Alvin, “debemos seguir trabajando o no terminaremos nuestra tarea.” José intentó volver al trabajo, pero cuando su padre vio cuán débil estaba, lo envió a casa. “Emprendí el regreso con la intención de ir a casa,” escribió José, “pero al intentar cruzar la cerca fuera del campo donde estábamos, mi fuerza me falló por completo, y caí indefenso al suelo,” inconsciente. Al despertar, José vio “al mismo mensajero” que había visto la noche anterior.

Según la madre de José, Moroni le había dicho la noche anterior que contara a su padre lo que había oído y visto, pero José no lo había hecho. “¿Por qué?” le preguntó el ángel. “Tenía miedo de que mi padre no me creyera,” respondió José. Moroni entonces le prometió que su padre creería cada palabra. “Obedecí,” escribió José, de manera reveladora. “Le conté todo el asunto. Él me respondió que era de Dios, y me dijo que fuera y que hiciera tal como el mensajero me había mandado.”

José se dirigió a una colina, conocida simplemente por la familia Smith como “una colina de tamaño considerable.” Allí, cerca de la cima, en el lado oeste, José encontró la piedra que ocultaba la caja en la que estaban depositadas las planchas. Encontró una rama de árbol, colocó un extremo “bajo el borde de la piedra, y con un poco de esfuerzo la levantó.” Recordó: “Miré dentro, y en verdad vi las planchas, el Urim y Tumim y el Pectoral tal como lo había dicho el mensajero.”

Aquí, la *Historia Manuscrita* de José es escueta: “Hice un intento de sacarlas, pero el mensajero me lo prohibió.” Oliver Cowdery escribió en 1835 que José había experimentado “las visiones del cielo durante la noche, y también el ver y oír a plena luz del día; pero la mente del hombre

fácilmente se desvía, si no es sostenida por el poder de Dios mediante la oración de fe,” y que mientras José caminaba hacia la colina, “dos poderes invisibles operaban sobre su mente... uno lo instaba con la certeza de riqueza y comodidad en esta vida, [lo cual] había obrado tan poderosamente sobre él” al momento de llegar, que las instrucciones del ángel “habían desaparecido por completo de su memoria.” Oliver no culpaba a José. “Era joven, y su mente fácilmente se desviaba de los principios correctos,” pero también, reconocía Oliver, era dócil y estaba dispuesto “a ser guiado en la gran obra de Dios y a ser preparado para llevarla a cabo a su debido tiempo.”

Según Oliver, José “había oído hablar del poder, del encantamiento y de mil historias similares, que retenían los tesoros escondidos de la tierra, y suponía que el esfuerzo físico y la fuerza personal eran lo único necesario para lograr obtener el objeto de su deseo.” Oliver había declarado antes: “Al intentar tomar posesión de los registros, una conmoción fue producida en su sistema por un poder invisible, lo cual lo privó, en cierta medida, de su fuerza natural.”

Agobiado por no poder tomar las planchas, José clamó al Señor: “¿Por qué no puedo obtenerlas?” La respuesta de Moroni fue: “No has guardado los mandamientos del Señor que te he dado.” Le explicó a José cómo sucumbir a la tentación podía enseñarle acerca del “poder del adversario”, le mandó arrepentirse y le prometió el perdón del Señor si lo hacía. José recordó lo que se le había enseñado y comenzó a orar, y el Espíritu regresó.

José era enseñable, y Moroni le dijo: “Ahora te mostraré la diferencia entre la luz y las tinieblas y la operación de un buen Espíritu y un espíritu malo[.] un espíritu malo intentará llenar tu mente con toda cosa mala y perversa para expulsar todo buen pensamiento y sentimiento de tu mente, pero debes mantener siempre tu mente fija en Dios para que ningún mal entre en tu corazón.” Según Oliver Cowdery, Moroni le mostró a José una visión del “príncipe de las tinieblas, rodeado de su innumerable séquito de asociados,” y le enseñó: “todo esto se muestra, lo bueno y lo malo, lo santo y lo impuro, la gloria de Dios y el poder de las tinieblas, para que puedas conocer en lo sucesivo los dos poderes y nunca seas influenciado ni vencido por aquel inicuo.”

Así que José regresó a casa desde la colina con las manos vacías, pero lleno de conocimiento. Admitió en su autobiografía de 1832: “había sido tentado por el adversario y busqué las planchas para obtener riquezas y no guardé el mandamiento[n]to de tener la vista puesta únicamente en la gloria de Dios; por tanto, fui reprendido.” Según Lucy, el ángel le dijo a José “que no podía tomarlas del lugar donde estaban depositadas hasta que aprendiera a guardar los mandamientos de Dios,” y aclaró que José necesitaba llegar a ser “no solo dispuesto, sino capaz de hacerlo.”

En su historia posterior, José relató el episodio de manera más directa y dijo simplemente que en esa primera visita a la colina aprendió

que aún no había llegado el tiempo para sacarlas a luz, y que no llegaría sino hasta dentro de cuatro años desde entonces; pero me dijo que debía ir a ese lugar exactamente dentro de un año a partir de ese momento, y que él se encontraría allí conmigo, y que debía continuar haciéndolo hasta que llegara el tiempo para obtener las planchas. En conformidad con lo que se me había mandado, fui al final de cada año, y en cada ocasión encontré allí al mismo mensajero y recibí de él instrucción e inteligencia en cada una de nuestras entrevistas respecto a lo que el Señor iba a hacer, y cómo y de qué manera debía conducirse su reino en los posteriores días.

Los lectores de este pasaje en la historia de José suelen suponer que él sabía en ese momento que pasarían cuatro años antes de recibir las planchas, pero no era así. Lo único que sabía era que aún no era el tiempo, y que debía regresar exactamente un año después y permanecer fiel hasta que llegara el momento, aún no especificado. José no debía simplemente dejar pasar el tiempo hasta recibir las planchas, independientemente de su comportamiento. Debía prepararse ganando experiencia en guardar los mandamientos de Dios y fortalecerse para resistir las tentaciones; debía probarse fiel a las instrucciones del Señor y obtener las planchas gracias a su obediencia.

Un período de prueba de cuatro años

El período de prueba de cuatro años de José estuvo marcado no solo por visitaciones divinas e interferencias del adversario, sino también por los altibajos de las responsabilidades familiares cotidianas, mientras procuraba mantener a su familia y, más adelante, junto a su esposa, Emma Hale. A lo largo de esos años, Dios —principalmente a través del ángel Moroni—

instruyó a José para que cumpliera su potencial como el vidente que obtendría y protegería las planchas de oro enterradas, las traduciría por el don de Dios y, finalmente, guiaría estos escritos sagrados hasta su publicación.

José trabajaba en la granja y ayudaba a su hermano Alvin a construir una casa de estructura de madera de clase media respetable para sus padres ya mayores. Al terminar el trabajo del día, la familia de José se reunía “todos sentados en círculo... escuchando con ansiedad contenida las enseñanzas religiosas de un muchacho de dieciocho años.” Les pedía que no lo contaran a nadie, temiendo el rechazo o incluso la violencia en su contra. Vecinos codiciosos —buscadores de tesoros— podían enterarse y exigir el tesoro. Los miembros de la familia Smith debían guardar en secreto lo que Moroni había revelado para probar que eran dignos de recibir más conocimiento. “Si somos sabios y prudentes con lo que [se] nos ha revelado,” les enseñaba José, “Dios puede hacernos saber todas las cosas.” Su padre estuvo de acuerdo y prometió que intentarían vivir dignamente para merecer esa confianza de Dios.

Pero la vida no estuvo exenta de dificultades. “El 15 de noviembre [de 1823],” recordaba Lucy, “Alvin se enfermó gravemente.” El médico de la familia fue llamado, pero no estaba disponible. Otro vino en su lugar y “le administró, aunque el paciente se oponía fuertemente, una fuerte dosis de calomelano.” Alvin pronto comprendió que no sobreviviría. Encargó a Hyrum terminar la casa y cuidar a sus padres en su vejez. Habló con cada uno de sus hermanos, diciéndole a José, que ya casi tenía dieciocho años: “Ahora voy a morir. El sufrimiento que siento y las sensaciones que tengo me dicen que me queda poco tiempo. Quiero que seas un buen muchacho y que hagas todo lo que esté a tu alcance para obtener los registros. Sé fiel al recibir instrucciones y al guardar todo mandamiento que se te dé.” Tras una despedida afectuosa a la pequeña Lucy, de dos años, Alvin murió.

Para la primavera siguiente, en 1824, la vida familiar volvió a su rutina. Un nuevo predicador en el pueblo enseñaba que las diferentes denominaciones debían unirse y “adorar a Dios con una sola mente y un solo corazón.” Lucy “deseaba unirse a ellos, y traté de persuadir a mi esposo de hacer lo mismo.” José padre asistió algunas veces, y los hijos —excepto José— siguieron a Lucy. José aseguró a su madre que él podía tomar su Biblia “y salir al bosque y aprender más en dos horas de lo que tú

podrías si asistieras a las reuniones durante dos años.” José iba creciendo con confianza en su llamamiento. Le dijo a su madre que no le haría daño unirse, pero profetizó que aunque el líder de esa iglesia predicaba con piedad, dentro de un año le quitaría la última vaca a una viuda con ocho hijos para saldar una deuda. Lucy, quien desde hacía tiempo percibía que su hijo tenía un don, quedó aún más impresionada cuando el predicador cumplió la profecía de José.

Esa clase de religión no podía satisfacer a José. Aunque muchos llegaban predicando diversas doctrinas, él permanecía apartado, esperando recibir más instrucción de un mensajero enviado desde la presencia de Dios.

Según Lucy, Moroni finalmente le dijo a José que podría obtener las planchas el 22 de septiembre de 1824, si las mantenía en sus manos, las llevaba directamente a casa y las aseguraba de inmediato en un baúl con buen candado y llave. Toda la familia, y sobre todo José, esperaban ansiosamente que regresara con ellas a casa.

Fue a la colina en el día señalado, levantó la piedra que cubría las planchas y las miró. Extendió la mano y levantó las planchas de su caja de piedra cuando, según su madre, “se le cruzó por la mente el pensamiento de que quizás hubiera algo más en la caja,” algo de lo que pudiera sacar provecho después de todo. Emocionado, José dejó las planchas a un lado para volver a cubrir la caja, con la intención de regresar más tarde por lo demás.

Cuando se volvió para recoger las planchas, ya no estaban, “y no sabía dónde ni por qué medio habían sido retiradas.” Alarmado, José se arrodilló y oró. El ángel apareció “y le dijo que no había hecho como se le mandó,” que aún estaba tentado “a obtener algún tesoro imaginario,” que aún era vencido con demasiada facilidad por los poderes de las tinieblas, que todavía no era lo suficientemente vigilante, ni estaba motivado exclusivamente por la gloria de Dios.

Después de la repremisión, Moroni permitió que José levantara la piedra nuevamente y viera que las planchas seguían seguras en su caja de piedra. José volvió a extender la mano para tomarlas, pero fue arrojado hacia atrás. El ángel se retiró, y José se levantó y regresó a casa, llorando, decepcionado y temiendo que su familia ya no creyera en él.

Apenas cruzó la puerta, su padre le preguntó si había obtenido las planchas. “No, padre,” dijo. “No pude obtenerlas.”

“¿Las viste?” preguntó su padre.

“Sí,” respondió José, “las vi, pero no pude tomarlas.”

“Yo las habría tomado,” dijo su padre con firmeza, “si hubiera estado en tu lugar.”

Con humildad, José replicó: “No sabes lo que dices. No pude obtenerlas, porque el ángel del Señor no me lo permitió.”

Entonces José relató toda la historia, lo cual hizo temer a sus padres que quizás nunca llegara a calificarse para obtener las planchas. “Por tanto,” recordó Lucy, “doblamos nuestra diligencia en oración y súplica a Dios, para que él pudiera ser más plenamente instruido en su deber y preservado de todas las artimañas y maquinaciones de aquel ‘que acecha para engañar.’” Aunque fue doloroso emocionalmente, el intento de José en 1824 por obtener las planchas fue una oportunidad más de aprendizaje que lo ayudó a formarse como administrador de las planchas del Libro de Mormón, y como un vidente que pudiera traducir los escritos sagrados grabados en ellas.

No existen registros detallados de lo que ocurrió en el siguiente septiembre, en 1825. Sin embargo, hay evidencia de que la tentación para José de usar su don con fines materiales se intensificó en lugar de disminuir. Con la muerte de Alvin, la carga de terminar la casa de estructura de madera y cumplir con el pago anual de la hipoteca recayó cada vez más en Hyrum y, cuando este se casó, en José. Ambos recorrían el campo en busca de trabajos ocasionales. En octubre de 1825, Josiah Stowell, un agricultor del sureste del estado de Nueva York, convenció a José y a su padre para que fueran a trabajar con él. Según José, Stowell “había oído algo acerca de una mina de plata que había sido abierta por españoles en Harmony, condado de Susquehanna, estado de Pensilvania, y antes de que yo comenzara a trabajar para él, ya había estado cavando con el fin de, si era posible, descubrir la mina.” Stowell también había oido hablar del don de José. Había sabido, como dijo Lucy, “que poseía ciertos medios por los cuales podía discernir cosas que no podían verse con el ojo natural.” Stowell “ofreció un salario alto” por tal habilidad, lo que atrajo a la necesitada familia Smith.

Ahora José enfrentaba un dilema: ¿Debía vender su reputación como vidente por catorce dólares al mes para ayudar a su familia a cumplir con el pago de la hipoteca de la granja que tanto esfuerzo les había costado mejorar? Parecía una decisión inofensiva, y José decidió seguir a Stowell al condado de Susquehanna. Pero en el invierno de 1826, el sobrino de Stowell, Peter Bridgeman, presentó una denuncia contra José ante un juez de paz en South Bainbridge, Nueva York. Evidentemente, José fue arrestado y juzgado por alteración del orden público, probablemente por usar su piedra para buscar tesoros enterrados. Un relato del juicio informa que los Smith estaban “mortificados de que el maravilloso poder que Dios le había dado tan milagrosamente... se usara únicamente en la búsqueda de lucro vil.”

La excavación cesó después de un mes, y José padre regresó a casa, mientras que José hijo permaneció trabajando para la familia Knight en Colesville, Nueva York. Según Joseph Knight Jr., José les contó a los Knight “que había tenido una visión, que se le había aparecido un personaje y le había dicho dónde había un libro de antigua data enterrado.” Ellos le creyeron y lo animaron.

Mientras trabajaba con Stowell, José se hospedó con la familia de Isaac Hale en Harmony, donde conoció a su alta y morena hija, Emma. Animado por sus padres, Josiah Stowell y los Knight, José cortejó a Emma y le pidió matrimonio. El 18 de enero de 1827, Emma Hale contrajo matrimonio con José Smith en South Bainbridge, Nueva York, en una sencilla ceremonia ante un juez de paz. Luego, Emma y José se dirigieron directamente a Manchester, donde vivieron con los padres de José.

Pero justo cuando Lucy terminó de preparar la nueva casa para su llegada, y mientras agradecía al Señor por la “perspectiva de una vejez tranquila y cómoda,” el contratista se presentó en la puerta para decirle que había llegado a un acuerdo con el agente hipotecario para comprar la casa y la granja. Algunos amigos hicieron circular una petición protestando por la venta. Finalmente, los Smith persuadieron a Lemuel Durfee de comprar el lugar y permitirles continuar allí. “Ahora éramos arrendatarios,” recordó Lucy, profundamente desanimada. Una vez más, su fortuna les había fallado.

“Poco después de esto,” escribió Lucy, José fue al pueblo a hacer un encargo para su padre. Lucy recordó que “no regresó a casa hasta bien entrada la noche,” y se preocupó porque era “consciente de que Dios lo había destinado para una obra buena e importante; por lo tanto, esperábamos que los poderes de las tinieblas lucharían contra él más que contra cualquier otro.”

“José, ¿por qué has tardado tanto?” le preguntó su padre cuando finalmente llegó. “Padre,” respondió después de un momento, “he recibido la reprensión más severa que he tenido en mi vida.” Su padre quiso saber quién se había atrevido a reprocharle algo a su hijo. “Padre,” dijo José, “fue el ángel del Señor. Me dijo que he sido negligente, que ha llegado el momento en que el registro debe salir a luz y que debo ponerme manos a la obra, que debo dedicarme a las cosas que Dios me ha mandado hacer. Pero, padre, no se inquiete por esta reprensión, porque sé qué camino debo seguir, y todo saldrá bien.”

Ese verano, Emma escribió a casa solicitando permiso para recuperar su ropa, vacas y muebles. Su padre accedió, y José partió con un vecino hacia Harmony, Pensilvania. Entre lágrimas, Isaac Hale acusó a José de haberle robado a su hija, le suplicó que la devolviera y le prometió ayudarle a empezar una vida como agricultor. Evidentemente, José también lloró y prometió dejar de usar su don con fines lucrativos y mudarse a Harmony con Emma. Pero incluso mientras José avanzaba en el carro hacia la casa de sus padres, sabía que sería difícil para él. “Todos se opondrán,” le dijo a un vecino. “Quieren que mire en la piedra para que puedan cavar [y encontrar] dinero.” El vecino testificó que “en efecto, ocurrió tal como él predijo. Lo instaron, día tras día, a retomar su antigua práctica de mirar en la piedra. Parecía muy confundido sobre el rumbo que debía tomar.” En medio de ese dilema, José recibió un ultimátum de parte de Moroni. Según Joseph Knight, durante la visita de septiembre de 1826 con el ángel, José supo que “si hacía lo correcto según la voluntad de Dios, podría obtener [las planchas] el próximo 22 de septiembre, y si no, jamás las tendría.”

A medida que se acercaba la fecha, Joseph Knight y Josiah Stowell hicieron un supuesto viaje de negocios al norte del estado con el fin de estar en Manchester el 22 de septiembre de 1827. Cerca de la medianoche, José le preguntó a su madre si tenía un baúl con cerradura y llave. Al sospechar sus propósitos, ella se preocupó, pues no tenía nada de ese tipo. José la

tranquilizó asegurándole que todo saldría bien, pero Lucy pasó la noche en vela, recordando lo que llamó el “primer fracaso” en regresar con las planchas. Emma apareció vestida con su atuendo de montar y su sombrero, y ella y José partieron en el carro de Joseph Knight. Esa noche, Moroni entregó las planchas a José, quien ahora tenía veintiún años. Aunque José aún era propenso a errores y algunos pecados incluso después de su período de prueba, claramente había ganado la confianza del Señor y la confianza de Moroni. Había enfrentado tentaciones difíciles, superando muchas de ellas y arrepintiéndose cuando cayó en otras. “Había aprendido a guardar los mandamientos de Dios” y se había vuelto “no solo dispuesto, sino capaz” de ser el custodio del registro sagrado.

A la mañana siguiente, Lucy preparó el desayuno y, cuando su esposo pidió la compañía de su hijo, ella excusó a José, que aún no había regresado a casa. Lucy también tranquilizó a Joseph Knight cuando pensó que le habían robado su carro. Cuando llegó José Smith, aseguró a su madre que todo estaba bien, pero no pudo resistir la oportunidad de prolongar la ansiedad de los demás. Después de desayunar, llamó aparte a Knight, “puso el pie en la cama y la cabeza en su mano y dijo: ‘Bueno, estoy decepcionado.’ ‘Bueno,’ dije yo [Knight], ‘lo siento.’ ‘Bueno,’ dijo él, ‘estoy muy decepcionado: es diez veces mejor de lo que esperaba.’” José finalmente había obtenido las planchas y, con ellas, aparentemente, un respiro en su lucha.

Conclusión

El recorrido de José Smith como adolescente, de 1823 a 1827, desde un joven dotado hasta convertirse en el vidente escogido por el Señor, estuvo marcado por las pruebas de ayudar a mantener a su familia en dificultades, así como por las tentaciones, reprimendas y posterior arrepentimiento, todo ello en el contexto de los esfuerzos del Señor por prepararlo para sacar a luz Su palabra, y del intento del adversario por desviar ese camino. José aprendió humildad, penitencia y perseverancia a través de sus tentaciones y pruebas. Moroni lo reprendió varias veces, y José respondió esforzándose por arrepentirse, mejorar y llegar a ser lo que Dios sabía que podía ser. Enfrentó presiones económicas intensas tanto en su familia de origen como en su nuevo hogar junto a Emma, lo cual despertaba en él un deseo natural de proveer de la mejor manera posible. Sin embargo,

aprendió a controlar sus pasiones y deseos, y a no poner su corazón en las riquezas.

Los años de juventud de José muestran a un joven que lucha, elige y llega a ser lo que fue llamado a ser, todo dentro del contexto de su misión de sacar a luz el Libro de Mormón. No hay necesidad de evitar o disculparse por los defectos confesados de José. Un Dios amoroso los convirtió en experiencias formativas que ayudaron a José a ver “la diferencia entre la luz y las tinieblas y la operación de un buen Espíritu y uno malo.”

Al finalizar el verano de 1827, José Smith, aún lejos de ser perfecto, se había calificado para obtener las sagradas planchas. En resumen, José tuvo cuatro años para “escoge[r]... hoy” a quién serviría (véase Josué 24:15). Enfrentó dilemas, fue duramente tentado, fue reprendido por un ángel y, finalmente, llegó a un punto de inflexión en su vida como el vidente del Señor. El élder Dallin H. Oaks describió este proceso. Dijo que “ningún profeta está libre de la fragilidad humana, especialmente antes de ser llamado a dedicar su vida a la obra del Señor. Línea por línea, el joven José Smith fue ampliando su fe y comprensión, y sus dones espirituales maduraron, hasta que se mantuvo con poder y estatura como el Profeta de la Restauración.”

Sopesado y Manipulado: Interacciones Tangibles con los Objetos del Libro de Mormón

Anthony Sweat

Anthony Sweat era profesor adjunto de Historia y Doctrina de la Iglesia en BYU cuando escribió este artículo.

En su historia de 1839, José Smith dijo que encontró las planchas del Libro de Mormón “bajo una piedra de gran tamaño.” Las planchas estaban “depositadas en una caja de piedra” junto con “el Urim y Tumim y el Pectoral, como lo indicó el mensajero.” Estas planchas serían desenterradas por José Smith el 22 de septiembre de 1827, y serían llevadas desde Manchester, Nueva York, hasta Harmony, Pensilvania, donde José comenzaría a traducirlas en el invierno de 1828 y producir el texto sagrado llamado el Libro de Mormón. Aunque José inicia su narración del origen del Libro de Mormón hablándonos de reliquias físicas reales, algunos rechazan la realidad física y la historicidad factual del registro del Libro de Mormón al relegar el texto a la categoría de una obra extraordinaria de mitología mística. Alegan que el Libro de Mormón podría ser una verdad inspirada—una obra sobrenatural y mágica de ficción religiosa revelada—y, sin embargo, no ser una verdad factual e histórica. Sin embargo, esta postura pasa por alto la historia fundacional de José Smith sobre los orígenes físicos del Libro de Mormón: reliquias reales sopesadas y manipuladas, tocadas y transportadas, de un lugar a otro y de una persona a otra. José Smith no describió la aparición del Libro de Mormón de la misma manera en que describió muchas de sus revelaciones

encontradas en Doctrina y Convenios: como palabras inspiradas del Señor que venían a su mente y que luego dictaba a un escriba. No, José dijo que el Libro de Mormón surgió de una colina cercana, al remover tierra, usar una palanca para levantar una gran piedra y extraer planchas grabadas reales e intérpretes sagrados para la traducción de sus inscripciones. El texto del Libro de Mormón no solo pasó por la mente reveladora de José en estado de trance; sus reliquias palpables pasaron por una túnica, un tronco hueco, un taller de tonelero, una servilleta de lino, un cofre de madera, una chimenea y un barril de frijoles. Como ha deducido con perspicacia el historiador Terryl Givens, “Este compromiso continuo, extenso y prolongado con un artefacto tangible, visible y fundamentador no es compatible con una teoría que lo convierte en un escritor inspirado que reelabora el material de sus propios sueños en un producto digno de ser llamado escritura. . . . La historia de las planchas de oro no podía ser una mitología fantasiosa y que el Libro de Mormón siguiera siendo escritura sagrada.”

Es lógicamente inconsistente afirmar que José Smith ideó de manera deshonesta la historia explícita del origen del Libro de Mormón y luego esperara que sus lectores aceptaran implícitamente la misma historia y las enseñanzas que el libro contiene. ¿Cómo puede alguien aceptar la revelación de la verdad por parte de José Smith si la historia que la produjo fue una completa invención? O la historia del origen físico del Libro de Mormón, tal como la relató José Smith, es verdadera, o no lo es. La veracidad del texto está inextricablemente ligada a su relato de origen.

El propósito de este artículo es examinar múltiples relatos históricos de personas que interactuaron con objetos reales, físicos y tangibles relacionados con la aparición del Libro de Mormón—personas que pudieron dar testimonio de la realidad de estos objetos de origen. Consideradas en conjunto, estas experiencias materiales con reliquias del Libro de Mormón ofrecen evidencia convincente de la veracidad del relato de José Smith sobre los orígenes antiguos del Libro de Mormón. Basándose en investigaciones previas de Andrew Hedges y en investigaciones recientes de Michael MacKay y Gerrit Dirkmaat, este artículo describirá múltiples relatos independientes del que quizás sea el período más material en la historia de la aparición del libro: el período de protección, desde que las planchas fueron desenterradas en septiembre de 1827 en

Manchester, Nueva York, hasta que comenzaron a ser traducidas a inicios del invierno de 1828 en Harmony, Pensilvania. (Para más información sobre los testigos, véase el capítulo 2 de Steven C. Harper y el capítulo 8 de Amy Easton-Flake y Rachel Cope.)

Tomado de una caja de piedra

Después de cuatro años de intensa preparación personal tras la Primera Visión de José Smith, había llegado el momento de desenterrar y recuperar el registro nefitas. Alrededor de la medianoche del 21 de septiembre de 1827, José le preguntó a su madre, Lucy, “si [tenía] un cofre con cerradura y llave”, para guardar las planchas una vez que las recuperara, pero ella no tenía nada que ofrecerle. Lucy notó que la esposa de José, Emma, llevaba ropa de montar y, aunque José no lo dijo explícitamente, Lucy dedujo que él iba a llevar a Emma consigo para recoger las planchas. Sin pedir permiso, José tomó el caballo y el carro de Joseph Knight, y él y Emma partieron hacia el cerro de Cumorah. Dejando a Emma al pie del cerro para que esperara, José subió a recuperar las planchas de su lugar de entierro antiguo.

A menudo se pasa por alto que la caja de piedra de la que se extrajeron las planchas constituye una de las primeras evidencias físicas del relato de José sobre el origen de las planchas y del texto del Libro de Mormón. José describió la caja en la que estaban enterradas las planchas y los intérpretes: “La caja en la que estaban colocadas se formó colocando piedras juntas con algún tipo de cemento; en el fondo de la caja se colocaron dos piedras cruzadas, y sobre estas piedras descansaban las planchas y los otros objetos que las acompañaban.” Al encontrarse con el ángel Moroni en el sitio de la caja de piedra, y después de recibir un encargo sagrado del ángel por el cual José quedaba responsable del cuidado de las planchas, él las retiró de su tumba. Debido a que aún no había preparado un lugar seguro para guardar las planchas en casa, inicialmente las almacenó dentro de un tronco hueco de abedul en el cerro. Unos días después, tras haber conseguido un cofre de madera de su hermano Hyrum para asegurar las planchas, José regresó al cerro de Cumorah y llevó las planchas a casa.

Irónicamente, aunque gran parte de la persecución posterior que sufrió José provino de personas que dudaban de la existencia y posesión de las planchas de oro, originalmente la dificultad surgió precisamente por lo

contrario: ciertas personas estaban convencidas de que en realidad había recuperado el registro. Parte de esa certeza se debía a su interacción con el lugar donde las planchas estaban enterradas. Willard Chase y Samuel Lawrence, dos amigos locales de José y compañeros en algunas de sus anteriores expediciones para buscar tesoros, estaban especialmente atentos a la recuperación de las planchas por parte de José. Según un relato de Willard Chase, antes de que José obtuviera el registro, llevó a Samuel Lawrence al cerro de Cumorah y le mostró el lugar donde las planchas del Libro de Mormón estaban ocultas en la caja de piedra. Lawrence le preguntó a José “si alguna vez había descubierto algo junto con las planchas de oro; él dijo que no; luego le pidió que mirara en su piedra para ver si había algo con ellas. Miró y dijo que no había nada; le dijo que mirara de nuevo y que viera si no había unos grandes lentes con las planchas; miró y pronto vio un par de gafas, las mismas con las que José dice que tradujo el Libro de Mormón.” Aunque ciertas partes del relato de Chase deben leerse con escepticismo, José Knight padre compartió una historia similar en su recuerdo, diciendo que Samuel Lawrence “había estado en el cerro y sabía acerca de las cosas en el cerro y estaba tratando de obtenerlas.”

Lawrence y otros buscadores de tesoros locales, como Willard Chase, probablemente fueron algunos de los que, al haber visto el lugar de donde salieron las planchas, más tarde convencieron a un hombre inquisitivo llamado David Whitmer de que José había obtenido las planchas del cerro. David Whitmer recordaría posteriormente:

“Tuve conversaciones con varios jóvenes que decían que José Smith ciertamente tenía planchas de oro, y que antes de obtenerlas él les había prometido compartirlas con ellos, pero no lo había hecho, y estaban muy molestos con él. Les dije: ‘¿cómo saben que José Smith tiene las planchas?’ Ellos respondieron: ‘vimos el lugar [de las planchas] en el cerro de donde las sacó, exactamente como nos lo había descrito antes de obtenerlas.’ Estas personas estaban tan seguras en sus declaraciones que empecé a creer que debía haber algún fundamento para las historias que circulaban por toda esa parte del país.”

En otra entrevista, Whitmer dijo a un reportero que “la comunidad en la que él [Whitmer] vivía... estaba llena de emoción respecto al descubrimiento de un gran tesoro por parte de Smith, y le informaron que

sabían que Smith tenía las planchas, ya que habían visto el lugar de donde las había sacado, en el cerro de Cumorah.”

Poco después de que José hubiera obtenido las planchas, Martin Harris y otros dos hombres también fueron al cerro de Cumorah para “buscar más cajas [de piedra].” Aunque se trata de un recuerdo posterior y no afirma con certeza si se trataba de la misma caja de la que se extrajeron las planchas del Libro de Mormón, Harris afirmó: “efectivamente encontramos una caja de piedra” que a él y a los otros dos les causó gran emoción. Tras no poder sacar la caja del cerro, tomaron una barreta y “quebraron una esquina de la caja.” Harris concluyó: “Algún día se encontrará esa caja, y verán la esquina quebrada, entonces sabrán que les he dicho la verdad. Hermanos, tan cierto como están parados aquí y me ven, así de cierto vi yo al ángel con las planchas de oro.”

La caja de piedra del cerro de Cumorah aparentemente quedó expuesta durante décadas para ser mostrada a los residentes y visitantes de Palmyra. En 1893, el élder Edward Stevenson escribió que durante un viaje a Palmyra “una mañana temprano en el verano del año 1870,” un residente local que vivía cerca del cerro de Cumorah le mostró el lugar donde había estado la caja de piedra. Stevenson dijo: “Al interrogarlo detenidamente, [el residente] declaró que había visto unas piedras planas de buen tamaño que habían rodado cuesta abajo y yacían cerca de la base del cerro. Esto ocurrió después de que se retiraran los contenidos de la caja, y sin duda estas piedras eran las que antes componían la caja. Sentí un fuerte deseo de ver estas reliquias antiguas y le dije que me complacería mucho que me informara dónde podían encontrarse. Él me dijo que hacía tiempo que las había retirado.” Testimonios y declaraciones juradas de residentes locales de Palmyra, como este hombre, Martin Harris, Samuel Lawrence y otros, corroboran el testimonio de José Smith de que las reliquias del Libro de Mormón fueron encontradas y extraídas de una caja de piedra que desenterró en el cerro de Cumorah.

Responsable de una reliquia

Volviendo a la noche en que José recuperó las planchas del cerro de Cumorah, él relató que el ángel Moroni le dio una estricta instrucción respecto al cuidado de las mismas. José escribió: “El mismo mensajero celestial me las entregó con esta encomienda: que yo sería responsable de

ellas. Que si las perdía por descuido o negligencia mía, sería cortado, pero que si hacía todo lo posible por preservarlas hasta que él (el mensajero) viniera a reclamarlas, serían protegidas.” Como no tenía un lugar seguro en casa para proteger las planchas, José las dejó escondidas en un árbol de abedul del cerro Cumorah, “a 3 millas” de la casa de los Smith, y se dirigió al oeste, a Macedon, para tomar un trabajo cavando un pozo, con el fin de ganar dinero y mandar hacer un cofre de madera donde pudiera guardar las planchas.

Mientras José estaba ausente, aparentemente se corrió la voz de que había obtenido el registro. Samuel Lawrence, Willard Chase y otros reunieron un grupo de una docena de hombres (incluido un adivino que vino de sesenta a setenta millas de distancia) para encontrar el lugar donde José había ocultado las planchas. José Smith padre se enteró de sus planes y alertó a Emma, quien montó un caballo extraviado y cabalgó hasta Macedon para advertirle a José que las planchas estaban en peligro. Milagrosamente, José supo que Emma venía en camino y salió a su encuentro en el camino. Al enterarse de que las planchas podrían estar en peligro, José consultó el “Urim y Tumim, y vio que el Registro aún estaba seguro; no obstante, decidió regresar con su esposa.” Al llegar a Palmyra, José fue al cerro de Cumorah a recuperar el registro, aún vestido con su blusón de lino de trabajo. José sacó las planchas del tronco hueco, las envolvió en su blusón y emprendió el camino de regreso a casa por el bosque. Fue atacado tres veces en el camino, dislocándose el pulgar al defenderse de uno de los atacantes. Al llegar a casa de sus padres, según su hermana Katherine, José “entró casi exhausto, llevando el paquete de planchas de oro... apretado contra su costado con su mano y brazo izquierdos, y su mano derecha estaba seriamente lastimada.” Un amigo de la familia, Josiah Stowell, que se encontraba de visita en casa de los Smith, relató que José entonces le entregó las planchas, envueltas en su blusón de lino, a través de una ventana abierta. De forma similar, Martin Harris relató que, al llegar a casa, José “entregó las planchas por la ventana,” aunque según su recuerdo, las planchas “fueron recibidas por su madre [Lucy Smith].”

Josiah Stowell, el primer testigo involuntario

Josiah Stowell afirmó que fue “la primera persona que tomó las planchas de las manos [de José Smith] la mañana en que [él] las trajo.” Así, Josiah Stowell habría sido el primer testigo en validar las afirmaciones de José

sobre la obtención de unas planchas tangibles. Sin embargo, aunque la experiencia de Stowell al levantar las planchas cuando se las entregaron— sintiendo su peso, masa y forma— constituye en sí misma un testimonio, Josiah Stowell también afirmó que vio (aunque de forma involuntaria) las planchas expuestas mientras José se las pasaba. Los historiadores Michael MacKay y Gerrit Dirkmaat resumen lo sucedido:

En el verano de 1830, después de que José Smith fuera acusado de conducta desordenada, Stowell fue llamado por la defensa y testificó bajo juramento. Declaró haber visto las planchas el día en que José las llevó por primera vez a casa. Cuando José las pasó por la ventana, Stowell alcanzó a ver una parte de las planchas, ya que una sección del lino se había retirado. Stowell dio al tribunal las dimensiones de las planchas y explicó que consistían en hojas de oro con caracteres escritos en cada hoja. La transcripción impresa del juicio dice: “el testigo vio una esquina de [las planchas]; se parecía a una piedra con un matiz verdoso.” Como Stowell también mencionó en su declaración que el registro estaba compuesto por planchas de oro, es difícil saber con precisión a qué se refería con esa descripción. Tal vez vio la banda que sellaba dos tercios de las planchas, la cual podría haber sido de cobre y haberse oxidado con el tiempo, adquiriendo un color verdoso. Alternativamente, pudo haber visto el pectoral, que también podría haber sido de cobre y tener ese mismo aspecto verdoso por la oxidación. En cualquier caso, el punto que Stowell dejó claro al tribunal fue que las planchas eran reales y que él las había visto y tocado.

De este modo, Stowell se convierte en el primer testigo involuntario, al haber tenido una experiencia semejante a la que más tarde tendrían los Ocho Testigos formales cuando se les permitió levantar y ver las planchas.

Tan tangibles como telas enceradas

Pronto, otras personas también informaron haber tenido experiencias tangibles con las planchas u otras reliquias que José había recuperado del cerro de Cumorah. Unos pocos días después de traer las planchas a casa, la madre de José relató que su hijo la llamó mientras ella trabajaba arriba pintando unas telas enceradas. Lucy contó: “Finalmente decidí bajar a ver qué quería, y entonces me entregó el pectoral del que se habla en su historia. Estaba envuelto en un pañuelo de muselina delgado, tan delgado

que podía ver el metal reluciente y distinguir sus proporciones sin dificultad.” Lucy procedió a describir el pectoral:

Era cóncavo por un lado y convexo por el otro, y se extendía desde el cuello hacia abajo, hasta el centro del estómago de un hombre de tamaño extraordinario. Tenía cuatro correas del mismo material, destinadas a sujetarlo al pecho, dos de las cuales se dirigían hacia atrás para pasar sobre los hombros, y las otras dos estaban diseñadas para sujetarse en las caderas. Tenían exactamente el ancho de dos de mis dedos (porque las medí), y tenían orificios en los extremos para facilitar el amarre. Después de examinarlo, José lo colocó en el cofre junto con el Urim y Tumim.

Lucy también relató que vio el Urim y Tumim, o intérpretes nefitas. Según ella, la noche en que José obtuvo las planchas, él le entregó las “gafas” envueltas solamente en un pañuelo de seda delgado, a través del cual ella pudo ver y distinguir su forma. “Tengo una llave [los intérpretes nefitas],” le dijo José a su madre esa noche al regresar, y ella “tomó en [sus] manos el objeto del que hablaba.” Tras examinarlo, describió las piedras víidentes como dos piedras “triangulares” montadas en “aros de plata,” unidas entre sí como unos “antiguos anteojos.” Las experiencias y relatos de Lucy constituyen otro testimonio poderoso de la realidad tangible de la historia del origen del Libro de Mormón según José. Manipular, sentir, medir y describir el pectoral y los intérpretes no fue una experiencia sobrenatural explicable por fenómenos espirituales, sino algo tan real y palpable como las mismas telas enceradas que ella había estado pintando apenas momentos antes de manejar estas reliquias.

Taller de tonelero, losas del hogar y frijoles

Cuando José recibió las planchas, el ángel Moroni le advirtió que habría personas que intentarían arrebártelas y que debía hacer todo lo posible para preservarlas. La historia del Profeta relata:

“Pronto descubrí la razón por la cual había recibido tales instrucciones estrictas para mantenerlas a salvo y por qué el mensajero había dicho que cuando hubiera cumplido con lo que se me requería, él las reclamaría, pues tan pronto como se supo que las tenía, se hicieron los más enérgicos esfuerzos para quitármelas. Se recurrió a toda estratagema imaginable con ese propósito. La persecución se volvió más amarga y severa que antes, y multitudes estaban constantemente al acecho para arrebártelas si era

possible; pero por la sabiduría de Dios, permanecieron seguras en mis manos.”

Los esfuerzos de José para mantener las planchas a salvo constituyen otro ejemplo de la realidad tangible de los objetos que obtuvo del cerro de Cumorah. No mucho tiempo después de llevar las planchas a casa, José fue alertado mediante el Urim y Tumim de que un grupo de hombres venía en busca de las planchas. José y otros levantaron las losas del hogar de la chimenea de la familia y cavaron un hoyo del tamaño suficiente para enterrar las planchas allí, volviendo a colocar las losas para ocultar lo que habían hecho, justo antes de que llegara el grupo de hombres. Según José Knight padre, poco después de esto, Samuel Lawrence y “un gran zahorí con varillas” vinieron a la casa de José Smith padre e intentaron convencer a José Smith de “repartir” con ellos las planchas. Cuando José se negó, el zahorí (a quien Brigham Young describió más tarde como un hombre perverso que “poseía tanto talento como cualquier otro que caminara sobre suelo americano”) “sacó sus varillas y las sostuvo en alto, y estas apuntaron hacia abajo, al hogar, donde estaban escondidas.” El zahorí proclamó: “están bajo ese hogar.” No existe un registro de lo que ocurrió a continuación, pero aunque el zahorí identificó correctamente el lugar donde estaban ocultas, es evidente que José logró mantenerlas fuera de su alcance.

En otra ocasión, José fue advertido de otro intento de una turba por arrebatarle las planchas. Sacó el registro del cofre de madera, lo envolvió en algunas prendas y lo escondió entre lino sin procesar en el altillo del segundo piso del taller de tonelero, justo al otro lado del camino frente a la casa de sus padres. Para desviar a la turba, José cerró con clavos la caja donde habían estado las planchas y la enterró bajo las tablas del suelo del taller. Aquella noche, la turba (guiada por las instrucciones de Sally Chase, quien había mirado en su piedra vidente de color verde) llegó y registró toda la propiedad de los Smith, incluyendo el taller de tonelero. A la mañana siguiente, “se encontró el piso del taller de tonelero levantado y la caja que estaba debajo hecha pedazos,” pero las planchas seguían a salvo en el altillo.

Otro escondite y una interacción tangible con las planchas tuvo lugar algunos meses después, cuando, para escapar del hostigamiento que sufrían en la casa de José Smith padre en Manchester, José y Emma Smith

aceptaron la oferta del padre de Emma de ir a vivir con él en su granja en Harmony, Pensilvania. José y Emma se mudarían a Harmony en diciembre de 1827. Sus planes de traslado llegaron a oídos de una turba en crecimiento, la cual amenazó a José diciéndole que “no saldría de allí hasta que mostrara las planchas.” Temiendo ser interceptado por la turba y que registraran sus pertenencias, descubriendo así las planchas, José las colocó dentro de una caja de madera, la cerró con clavos y la escondió dentro de un barril de frijoles: llenó un tercio del barril, depositó las planchas, y luego cubrió el resto llenándolo hasta arriba. Curiosamente, Martin Harris, junto con el cuñado de José, Alva Hale, podrían haber tenido una interacción tangible con las planchas en esta ocasión, ya que Alva había venido desde Harmony para llevar a José y Emma en su carro. Aunque no se sabe con certeza si Alva levantó o manipuló la caja que contenía las planchas, Harris afirmó que él personalmente ayudó a José a colocar la caja dentro del barril de frijoles. Aquellos que ayudaron a José a ocultar y proteger las planchas—levantando losas del hogar, cubriendo una reliquia envuelta, o cargando una caja dentro de un barril de frijoles—aportan testimonios adicionales y pruebas de un registro tangible que le fue realmente, y no mística o simbólicamente, confiado a José Smith para proteger y eventualmente traducir.

Sopesando las planchas

Algunos años antes de que José obtuviera las planchas del Libro de Mormón, José Smith padre había mencionado confidencialmente a Martin Harris que su hijo estaba tratando de obtener de Dios unas planchas enterradas en el cerro. Aunque receptivo a la idea, al enterarse de que José Smith había hallado un tesoro en el cerro de Cumorah, Martin Harris sugirió inicialmente que tal vez solo había encontrado “una vieja olla de bronce,” y no un registro divino. Después de obtener las planchas, José envió a su madre a casa de los Harris para solicitar el apoyo de Martin en la traducción. Unos días después, la esposa de Martin, Lucy, fue a casa de los Smith y cuestionó a José acerca del registro, pidiéndole ver las planchas, y prometiendo que, si él accedía, lo apoyaría económicamente. José se negó, diciéndole a la señora Harris que no podía mostrárselas, a lo que ella respondió: “Ahora, José, ¿no me estás mintiendo? ¿Puedes mirarme directo a los ojos y decir delante de Dios que en verdad has hallado un registro, como dices?” En su lugar, José le ofreció tanto a Lucy Harris como

a su hija un testimonio físico similar al que ofreció a otros: les permitió levantar la caja de madera que contenía las planchas. Martin Harris recordó que su “hija dijo que pesaban casi tanto como podía levantar... Mi esposa dijo que eran muy pesadas.”

Poco después de la experiencia de su esposa, Martin Harris también recibió un testimonio tangible de las planchas de oro, al levantar la caja que las contenía en la casa de los Smith. Unos días después de la visita de su esposa, Martin llegó a la casa de los Smith y entrevistó por separado a varios miembros de la familia para verificar la historia de las planchas. Más tarde ese mismo día, luego de que José le relatara a Martin su experiencia al encontrar las planchas, le permitió vivir la misma experiencia que ya había dado a la esposa e hija de Martin unos días antes: le entregó la caja con las planchas en su interior. Martin recordó: “Mientras estuve en casa del Sr. Smith, levanté las planchas, y supe por el peso que eran de plomo o de oro, y supe que José no tenía suficiente crédito para comprar tanto plomo. Salí de casa del Sr. Smith alrededor de las once y regresé a casa. Me retiré a mi dormitorio y oré a Dios para que me mostrara respecto a estas cosas, y pacté que, si era Su obra y Él me lo mostraba, haría todo lo que estuviera en mi capacidad para llevarla al mundo. Entonces Él me mostró que era Su obra.”

Harris declaró en una entrevista de 1859 que otro hombre, aparentemente Alvah Beman, o el “viejo Sr. Beman” (quien ayudó a José a ocultar las planchas y le proporcionó una caja para guardarlas), también tuvo el privilegio de levantar la caja con las planchas, y le contó a Martin Harris que “las oyó tintinear, pero no se le permitió verlas.” En esa misma entrevista, Harris afirmó que “levantó las planchas muchas veces, y calculaba que pesaban entre cuarenta y cincuenta libras.”

Tanteando y sintiendo las planchas

Los Harris y el Sr. Beman no fueron los únicos que tuvieron una interacción tangible con las planchas. Muchos miembros de la familia inmediata de José Smith también recordaron haber tenido contacto físico y experiencias sensoriales con el registro del Libro de Mormón. La hermana menor de José Smith, Katherine, relató que el día en que José llevó las planchas a casa, él se las entregó. En otra ocasión, dijo que mientras limpiaba en la casa de los Smith, “vio un paquete sobre la mesa que contenía las planchas de oro,” el

cual levantó para juzgar su peso, y notó que eran “pesadas, como el oro.” Sin embargo, la experiencia de Katherine fue más allá de quienes simplemente levantaron las planchas dentro de la caja. Dijo que, a través del envoltorio de tela, “pasó los dedos por el borde de las planchas y sintió que eran planchas metálicas separadas, y escuchó el tintineo del sonido que producían.” Su testimonio sobre la tangibilidad de las planchas no solo incluyó el peso, sino también el tacto físico y el sonido.

Además, el hermano menor de José, William, quien era un adolescente en ese entonces, también relató haber tenido una interacción palpable con las planchas del Libro de Mormón. Más adelante, William escribió que él “levantó las planchas cuando estaban sobre la mesa envueltas en una vieja blusa o chaqueta en la que José las había traído a casa.” Casi idéntico a la experiencia de su hermana Katherine, William declaró que él también tuvo un testimonio táctil y auditivo de las planchas, relatando que “las palpó a través de la tela y comprobó que eran hojas delgadas de algún tipo de metal.”

Aparte de José Smith, la persona que más interactuó con la realidad tangible de las planchas fue la esposa del Profeta, Emma Smith. Más tarde recordó que, después de que José obtuviera el registro, las planchas “estuvieron durante meses en una caja debajo de nuestra cama, pero nunca sentí que tuviera libertad para verlas.” En una entrevista posterior con su hijo José III, Emma relató que cuando ella y José llegaron a Harmony, Pensilvania, le dio a José un pequeño mantel de lino para envolver las planchas. Emma explicó que “las planchas yacían con frecuencia sobre la mesa sin ningún intento de ocultamiento,” envueltas en ese mantel. También recordó: “Una vez toqué las planchas mientras estaban así sobre la mesa, siguiendo su contorno y forma. Parecían ser flexibles como papel grueso, y producían un sonido metálico cuando los bordes se movían con el pulgar, como cuando uno hace sonar los bordes de un libro.” Aunque algunas de las respuestas de Emma sobre otros temas en esa entrevista contradicen el registro histórico, su descripción de la experiencia táctil y auditiva con las planchas es notablemente coherente con los relatos de William y Katherine.

Emma también movía las planchas dentro de su casa en Harmony, como recordó su hijo José III: “Mi madre me dijo que ella... las levantaba y las movía cuando barría y limpiaba la habitación y los muebles.” Aunque

parecería natural que Emma deseara ver las planchas (véase DyC 25:4), sus experiencias fueron más que suficientes para afirmar su testimonio de su realidad. Ella le dijo a su hijo: “Yo sabía que él [José] las tenía, y no sentía una curiosidad especial por ellas... No intenté manipular las planchas más allá de lo que te he dicho, ni las destapé para mirarlas. Estaba convencida de que era la obra de Dios, y por eso no sentí necesario hacerlo.”

Otra experiencia táctil con las planchas se describe en el testimonio del suegro de José, Isaac Hale. José y Isaac tenían una relación tensa debido a la desaprobación del Sr. Hale tanto por el pasado de José como buscador de tesoros como por su matrimonio con Emma. Al regresar a Harmony tras haberse fugado con Emma, según Isaac Hale, José le juró que había abandonado su pasado de búsqueda de tesoros y que tenía la intención de “trabajar arduamente para ganarse la vida.” Un año después de casarse, José y Emma dejaron Palmyra, Nueva York, para vivir en una pequeña casa ubicada en la propiedad de los Hale en Harmony, Pensilvania. Al llegar, Isaac Hale oyó que José había traído consigo “un libro maravilloso de planchas.” Sospechando de José por sus afirmaciones pasadas, Isaac dudaba de la realidad de que José hubiera obtenido las planchas del Libro de Mormón, y lo confrontó al respecto. José, bajo el mandato sagrado que Dios le había dado mediante el ángel Moroni de no mostrar las planchas a nadie salvo a quien el Señor designara, pero presuntamente queriendo calmar las sospechas de su nuevo suegro y convencerlo de que en verdad poseía un antiguo registro, le ofreció a Isaac Hale levantar la caja de madera que contenía las planchas, tal como ya lo había hecho con Lucy Harris, Martin Harris y Alva Beaman. Isaac Hale relató: “Se me permitió sentir el peso de la caja, y me dieron a entender que el libro de planchas se encontraba entonces dentro de la caja—a la cual, sin embargo, no se me permitió mirar.”

Aunque esta experiencia no satisfizo a Isaac Hale como lo había hecho con otros, sigue siendo un ejemplo más de alguien que tuvo una interacción física con las tangibles planchas de oro. Si se consideran en conjunto las experiencias de los muchos que levantaron, manipularon, tocaron, palparon, deslizaron los dedos y escucharon el tintineo metálico de las planchas durante el período de protección—junto con los once testigos formales que luego vieron las planchas abiertas—uno se ve lógicamente llevado a deducir, como lo hizo un eruditó, que por lo menos “lo único

indiscutible que emerge es el hecho de que José Smith [realmente] poseía un conjunto de planchas metálicas.”

Conclusión

Si bien ninguno de los relatos individuales aquí presentados confirma por sí solo con certeza absoluta que José obtuvo un registro sagrado (y mucho menos que lo tradujo correctamente), las múltiples experiencias registradas de manera independiente sugieren con evidencia convincente la existencia tangible de las planchas y reliquias del Libro de Mormón. Las descripciones y testimonios de cajas de piedra en el cerro de Cumorah, las numerosas personas que levantaron las planchas mientras yacían dentro de diversos recipientes de madera, y aquellos que las tocaron, siguieron su contorno y delinearon su forma—al igual que la del pectoral o del Urim y Tumim—a través de diversos envoltorios de tela, sin mencionar el testimonio visible y tangible de las planchas que ofrecerían los once testigos formales del Libro de Mormón, indican una innegable fisicalidad en cuanto al origen del registro sagrado.

Además, José Smith nunca explicó el Libro de Mormón como una producción meramente espiritual de un pueblo metafórico destinado a enseñar verdades divinas. Por el contrario, declaró repetida y consistentemente que el Libro de Mormón era una traducción inspirada realizada por el “don y poder de Dios”, a partir de un registro antiguo literal extraído de una caja de piedra en un cerro cercano—planchas reales, creadas, registradas y preservadas por profetas históricos, físicamente confiadas a su cuidado, que él realmente ocultó, escondió y protegió, y con las cuales otros realmente tuvieron experiencias tangibles. El Señor ha revelado que la traducción de ese registro es verdadera (véase DyC 17:6). Las experiencias, relatos y testimonios de diversas personas que interactuaron de forma tangible con las reliquias del Libro de Mormón durante el período de protección de septiembre a diciembre de 1827, consideradas en conjunto, confirman que la historia del origen del registro del Libro de Mormón es igualmente verdadera.

Relatos de testigos presenciales del proceso de traducción

Gerrit J. Dirkmaat y Michael Hubbard MacKay

Michael Hubbard MacKay y Gerrit J. Dirkmaat eran profesores adjuntos de historia y doctrina de la Iglesia en la Universidad Brigham Young cuando se escribió este texto.

Durante décadas, la mayoría de los Santos de los Últimos Días no ha tenido muchas razones para examinar el milagroso proceso de traducción del Libro de Mormón más allá de sus detalles más básicos. Sin embargo, recientemente, referencias a la traducción en la televisión nacional y en Internet han despertado la curiosidad de muchos, lo que ha resultado en un interés mucho más amplio en el proceso de traducción, a pesar de que los estudiosos han estado abordando muchas de estas preguntas durante décadas. En 2014, la Iglesia publicó una declaración de cinco páginas en su sitio web acerca de la traducción, la cual reflejaba una comprensión del proceso como se describe en la introducción de *The Joseph Smith Papers: Documents, Volume 1*. Este volumen analizaba el registro documental relacionado con el proceso de traducción y explicaba lo que los testigos dijeron sobre dicho proceso. Estas dos publicaciones marcan un esfuerzo concertado por parte de la Iglesia para ayudar a los miembros a comprender los detalles del proceso de traducción.

Este capítulo busca satisfacer el creciente interés en la traducción del Libro de Mormón mediante el análisis de lo que dijeron los testigos y asociados cercanos de José Smith sobre la manera en que tradujo las planchas de oro. Tanto creyentes como no creyentes le pidieron en múltiples ocasiones a

José y a sus colaboradores que explicaran el proceso, y José Smith y sus escribientes dejaron constancia de sus respuestas. Hemos recopilado y evaluado estos documentos históricos para ayudar a clarificar cómo experimentaron el proceso de traducción José Smith y quienes lo rodeaban. Al analizar las declaraciones de quienes presenciaron la traducción (principalmente sus escribientes), abordamos lo que ellos creían que ocurrió. Dado que vieron a José traducir, su testimonio se basaba principalmente en lo que observaron o en lo que José les explicó sobre el proceso. Los escribientes describieron un proceso que involucraba objetos físicos como piedras víidentes, un sombrero para bloquear la luz ambiental, y las planchas de oro.

Una advertencia: los Santos de los Últimos Días siempre han creído que el Libro de Mormón llegó al mundo como resultado de una serie de acontecimientos milagrosos, comenzando con la aparición del ángel Moroni y culminando con la finalización de la traducción de un registro antiguo. Como ocurre con cualquier milagro, resulta difícil reconstruir o incluso comprender lo que sucedió sin haber experimentado el acontecimiento de primera mano. Esto limita nuestra capacidad de entender la traducción más allá de lo que los testigos vieron y describieron. Por valiosas que sean las declaraciones de los testigos, no ofrecen una visión perfecta de la conciencia de José Smith. Nos centraremos principalmente en el registro histórico y evitaremos modelos teóricos o enfoques que intenten identificar la cognición o el estado mental de José durante la traducción. Lo que José estaba pensando o experimentando mientras traducía el libro pertenece esencialmente al ámbito fuera del alcance de la investigación histórica. A menos que él mismo lo haya expresado, solo podemos conjeturar o especular.

El testimonio de José (por el don y el poder de Dios)

José Smith declaró que tradujo el Libro de Mormón de un idioma antiguo (egipcio reformado) al inglés, a pesar de que él solo hablaba un idioma. Sus padres le proporcionaron una educación limitada, y aunque tenía una mente aguda, no contaba con la instrucción necesaria para traducir de un idioma a otro. Más tarde explicó que había aprendido a leer y escribir, pero que estas habilidades “constituían toda mi preparación literaria”. Su esposa, Emma, y otros, subrayaron este punto para hacer que la producción del Libro de Mormón pareciera aún más asombrosa de lo que

ya era. Emma escribió que él “no podía ni escribir ni dictar una carta coherente y bien redactada, mucho menos dictar un libro como el Libro de Mormón”. José sostenía que no poseía la capacidad para escribir el Libro de Mormón por su cuenta. Ocasionalmente, a lo largo de su vida, se refirió a su don para traducir. En cada relato dio consistentemente el crédito a Dios por la traducción y nunca afirmó que él mismo hubiera producido el Libro de Mormón por su propio esfuerzo o por iniciativa propia.

Lamentablemente, José dejó muy pocas indicaciones sobre cómo tradujo. En el prefacio de la edición de 1830 del Libro de Mormón escribió: “Os informo que lo traduje por el don y el poder de Dios”. Sus amigos y familiares proporcionaron detalles adicionales sobre el proceso, pero las declaraciones públicas de José describían constantemente la traducción en términos vagos relacionados con el poder de Dios. Sin embargo, había paralelismos con el don de José en el propio Libro de Mormón. Amón, por ejemplo, describió al rey Mosíah como una persona que también tenía el don de traducir. Amón declaró que “un don mayor que este no puede tener el hombre, a no ser que posea el poder de Dios, el cual ningún hombre puede; sin embargo, un hombre puede recibir gran poder de Dios” (Mosíah 8:16). Las declaraciones de José y Amón dicen poco sobre cómo el poder de Dios les permitió traducir registros antiguos, pero ambos enfatizaron su llamamiento como videntes y profetas.

Algunos relatos históricos afirman que José explicó el proceso con mayor detalle, pero también está claro que en ocasiones insistió en decir menos. Por ejemplo, en Orange, Ohio, durante una conferencia en el otoño de 1831, José explicó a toda la conferencia: “No estaba destinado a contarle al mundo todos los pormenores de la aparición del Libro de Mormón”. Sin embargo, en otra conferencia en Norton, Ohio, en 1834, al parecer José “relató cómo obtuvo y tradujo el Libro de Mormón”. No obstante, José continuó declarando de manera ambigua que tradujo el Libro de Mormón “por el don y el poder de Dios”, una afirmación que por sí sola deja a los lectores preguntándose acerca de la mecánica del proceso de traducción. Esta vaguedad ha permitido que muchas personas especulen sobre si parte del texto producido fue consecuencia del proceso cognitivo, la voluntad o el pensamiento propio de José.

Incluso antes de escribir el prefacio del Libro de Mormón, su revelación de julio de 1828 (DyC 3:9) proporcionó cierta visión sobre cómo fue capaz de

traducirlo. En la redacción del manuscrito más antiguo, la revelación dice: “Dios te ha dado la vista <y el poder> para traducir”. Esto sugiere que el don de José era su capacidad de ver cosas que otros no podían. Así, él era un vidente. El concepto de “vista” podría interpretarse como una metáfora de un entendimiento más amplio, pero existe un paralelo en el Libro de Mormón que puede ayudar a entender la revelación de José. El Libro de Mormón explica que el rey Mosíah era un vidente y que podía traducir porque “tiene con qué mirar, y traducir todos los anales de la antigüedad; y esto es un don de Dios” (Mosíah 8:13). Este paralelo es aún más pertinente para comprender cómo tradujo José, ya que parece que ambos pudieron haber usado el mismo instrumento para traducir los registros antiguos.

Escribientes principales

La idea fundamental que aparece en la mayoría de los relatos históricos es que José veía la traducción del Libro de Mormón en las piedras videntes, a partir de las cuales dictaba el texto a un escribiente que lo escribía. No obstante, el procedimiento parece haber variado ligeramente de un escribiente a otro, ya que los relatos de cada persona incluyen elementos únicos. Los escribientes de José son testigos sumamente importantes, ya que observaron el proceso durante horas continuas, y aunque al parecer nunca vieron las palabras aparecer en las piedras videntes, conversaron con José sobre la traducción durante meses, en 1828 y 1829. Ofrecen relatos del proceso que son profundamente personales y brindan experiencias que solo son superadas por las de José Smith mismo. Por lo tanto, será especialmente útil observar el proceso a través de los ojos de Emma Smith, Martin Harris y Oliver Cowdery—los tres escribientes principales de José Smith.

En diciembre de 1827, José y Emma se mudaron a una granja de catorce acres en Harmony, Pensilvania, donde José comenzó a traducir las planchas. La historia de José indica que en febrero de 1828 comenzó a mirar dentro de los intérpretes, donde veía las palabras de la traducción. Entre ese mes y la primavera de 1828, es posible que José Smith haya dictado a Emma hasta dos tercios de un manuscrito conocido como el Libro de Lehi.

Durante una entrevista privada con su hijo Joseph Smith III en 1879, Emma respondió preguntas sobre la traducción después de toda una vida de

reflexión y contemplación. Solo unos meses antes de su muerte, Emma le dijo a su hijo que ella “escribía con frecuencia, día tras día” en una pequeña mesa en su casa en Harmony. José no podía haberle ocultado nada a Emma, ya que ella se sentaba “junto a la mesa, cerca de él”, lo suficientemente cerca como para ver exactamente cómo ocurría la traducción. Convencida de que su esposo no podría haber producido el texto del Libro de Mormón por sí solo, Emma se asombraba tanto como cualquiera con respecto a la traducción. “Aunque participé activamente en los acontecimientos que ocurrieron, y estuve presente durante la traducción de las planchas,” dijo a un entrevistador, como se mencionó anteriormente, “para mí es maravilloso, ‘una maravilla y prodigo’, tanto como para cualquier otra persona.”

Para mediados de abril de 1828, Martin Harris comenzó a registrar la traducción. Él hablaba del proceso de traducción del Libro de Mormón con mucha más franqueza. Al igual que Emma, Harris se sentaba junto a la mesa cerca de José y escribía las palabras que este le dictaba. También mencionó que las planchas reposaban sobre la mesa, envueltas o cubiertas con un pequeño mantel. Dejó al menos veinticinco declaraciones sobre su participación, afirmando que “tuvo el privilegio de escribir directamente de la boca del Profeta José Smith.” Sabiendo que José no podía traducir los caracteres antiguos de las planchas, se maravillaba ante la complejidad del texto y lo fluidamente que José le dictaba el Libro de Mormón.

Oliver Cowdery comenzó a servir como escribiente de José Smith el 7 de abril de 1829, en Harmony, Pensilvania. Desde abril hasta finales de mayo, la traducción avanzó en la casa de José Smith en Harmony, y el resto se completó en Fayette, Nueva York, en la casa de Peter Whitmer Sr., a finales de junio. Durante ese periodo, Cowdery escribió la mayor parte del manuscrito original del Libro de Mormón, con la ayuda de otros dos escribientes no identificados (probablemente John Whitmer y posiblemente Christian Whitmer), quienes colaboraron en junio. A diferencia de Martin Harris y David Whitmer, quienes vivieron mucho más tiempo y hablaron con frecuencia en sus últimos años sobre su percepción del proceso de traducción, Oliver Cowdery murió relativamente joven, a los cuarenta y tres años, por lo que dejó solo unas pocas declaraciones.

Las piedras videntes

Los escribientes mencionaron al menos dos tipos de piedras videntes: las “espectaculares”, o intérpretes, y una o más piedras videntes adicionales que José había encontrado.

Espectaculares, o intérpretes

José explicó que Moroni, “el mismo mensajero celestial” que le entregó las planchas, también le dio un instrumento que contenía dos piedras, a las que José se refirió como “espectaculares”, y un pectoral para sostenerlas. (Para más información sobre esta historia, véase el capítulo 2 de esta obra). La descripción que hizo José de las piedras como “espectaculares” llevó a un malentendido sobre el modo en que realmente funcionaban, según los testigos. Los espectaculares eran simplemente dos piedras videntes unidas entre sí como unas gafas, pero sin las patillas; aunque no estaban diseñados para colocarse sobre el puente de la nariz ni envolver las orejas del usuario. Eran más grandes que unas gafas normales. Aunque la mayoría de las gafas miden alrededor de seis pulgadas (15 cm) de lado a lado, Harris explicó que los espectaculares medían unas “ocho pulgadas” (20 cm) de largo.

En el otoño de 1830, Cowdery describió los intérpretes como “dos piedras transparentes en forma de gafas a través de las cuales el traductor miraba los grabados y luego metía la cara en un sombrero, y la interpretación fluía entonces a su mente.” En 1831, Cowdery testificó bajo juramento que José Smith “encontró con las planchas, de las que tradujo el libro, dos piedras transparentes, parecidas al vidrio, engastadas en aros de plata”, y “que al mirar a través de ellas, podía leer en inglés los caracteres egipcios reformados que estaban grabados en las planchas.” Uno de los primeros conversos de Cowdery en Ohio escribió: “A finales de octubre de 1830, aparecieron aquí cuatro hombres... con un libro, que decían contenía lo que estaba grabado en unas planchas de oro halladas... hacía unos tres años por un hombre llamado José Smith Jr., quien lo había traducido mirando dentro de una piedra o dos piedras, cuando eran puestas en un lugar oscuro, piedras que, según dijo, fueron halladas en la caja junto con las planchas.” Explicó que Cowdery había dicho: “Mientras [José] miraba a través de las piedras en forma de gafas, otro se sentaba junto a él y escribía lo que él les decía.” Estas declaraciones pueden compararse con un artículo

de periódico, no relacionado con Oliver Cowdery, pero publicado solo unas semanas después de que se completara la obra de traducción en junio de 1829. En este artículo, Jonathan Hadley, uno de los impresores a quienes José Smith acudió en Palmyra para imprimir el Libro de Mormón, afirmaba que el “muy ignorante” José le dijo que las planchas habían sido encontradas con “un enorme par de gafas”, y que “al colocar las gafas dentro de un sombrero y mirar dentro de él, Smith podía (al menos eso decía él) interpretar los caracteres.”

No está claro si este informe se refiere al uso que hizo José del Urim y Tumim en 1829 o a lo que se hizo en 1828, antes de la época de Oliver, pero bien podría referirse a ambos. Trazando similitudes entre estas piedras y las dos piedras que constituían el Urim y Tumim bíblicos, José y otros terminaron llamando Urim y Tumim a las piedras del Libro de Mormón. Aunque Oliver Cowdery más tarde utilizó el término del Libro de Mormón “intérpretes”, este no se encuentra en muchos otros relatos, y el término “espectaculares” pasó a usarse posteriormente de forma intercambiable con Urim y Tumim. El artículo de William W. Phelps en la edición de enero de 1833 de *The Evening and the Morning Star* ejemplifica el uso y la confusión de estos términos intercambiables. Afirmaba que el Libro de Mormón “fue traducido por el don y el poder de Dios, por un hombre sin instrucción, con la ayuda de un par de Intérpretes, o gafas—(conocidas, tal vez, en la antigüedad como Terafines, o Urim y Tumim).”

Otras piedras víidentes

Martin Harris vio a José Smith usar el Urim y Tumim, pero también lo vio usar una piedra única. Harris explicó que José Smith “poseía una piedra víidente, mediante la cual podía traducir tan bien como con el Urim y Tumim, y por conveniencia usó entonces la piedra víidente,” lo cual es comprensible, ya que las gafas podrían haber sido algo incómodas de usar, haciendo que las largas horas de traducción fueran más difíciles.

Harris afirmó que sabía cómo estaba traduciendo José. Explicó que con la “ayuda de la piedra víidente, aparecían frases que eran leídas por el Profeta y escritas por [Martin], y cuando terminaban, él decía: ‘Escrito’, y si estaba escrito correctamente, esa frase desaparecía y otra aparecía en su lugar, pero si no estaba escrita correctamente, permanecía hasta ser corregida.” Harris fue aparentemente un participante activo en la traducción, y sus

intercambios audibles con José le dejaban en claro que las palabras estaban apareciendo en la piedra vidente o las piedras dentro del sombrero. Harris creía que este proceso eliminaba la posibilidad de cualquier voluntad propia por parte de José Smith. José no determinaba qué se incluía en el texto del Libro de Mormón; la traducción, al parecer, provenía directamente de lo que aparecía en las piedras videntes.

Emma Smith volvió a transcribir para José Smith en el otoño de 1828 y a comienzos de 1829, pero se desconoce qué fue lo que escribió para él en ese periodo. Emma escribió a Emma Pilgrim en 1870 que José primero “tradujo mediante el uso del Urim y Tumim [es decir, las gafas o intérpretes], y esa fue la parte que Martin Harris perdió [el libro de Lehi]; después de eso él [José Smith] usó una piedra pequeña, no exactamente negra, sino más bien de color oscuro.” Los documentos históricos no nos permiten concluir si Emma hablaba por conocimiento real o por suposición cuando sugirió que José Smith llevó a cabo el resto de la traducción con esta piedra marrón. Ella no fue escribiente durante el periodo de abril a junio de 1829, pero se encontraba en la misma casa cuando tenía lugar la traducción.

Debido a la declaración de Emma sobre la piedra marrón, algunos historiadores han concluido que José Smith usó exclusivamente una piedra vidente durante ese periodo de la traducción del Libro de Mormón, pero probablemente José también utilizó otra piedra vidente en ese momento. Por ejemplo, entrevistas con Cowdery o discursos pronunciados por él, así como un relato muy temprano cercano al momento en que Oliver trabajaba como escribiente de José, mencionan los intérpretes o el Urim y Tumim, lo que sugiere su importancia durante el tiempo en que Oliver transcribía para José.

Uso de un sombrero para bloquear la luz ambiental

De manera significativa, el uso de un sombrero aparece en declaraciones importantes de testigos relacionadas con la traducción en Harmony (Emma Smith, Martin Harris), así como en Fayette (David Whitmer, Elizabeth Whitmer Cowdery). De hecho, antes incluso de que comenzara la impresión del Libro de Mormón, en el relato más antiguo conocido sobre la traducción de las planchas, se describía que los espectaculares se usaban en conjunto con un sombrero. La mención del sombrero que usaba José

suele llevar a los intérpretes modernos a relacionar la traducción con la magia. Sin embargo, el sombrero en sí es tan insignificante para el proceso como lo fue la mesa sobre la que escribía Oliver Cowdery durante la traducción. Era simplemente una herramienta que José aparentemente usaba para bloquear toda luz externa.

Según varios relatos, cuando José usaba su sombrero, comenzaba el proceso colocando la piedra dentro del sombrero para leer las palabras que aparecían en ella. Luego, José dictaba las palabras que veía a su escriviente. José Knight Sr., quien brindó apoyo financiero a José Smith durante la traducción, relató: “Ahora bien, la forma en que él traducía era que colocaba el Urim y Tumim dentro de su sombrero y oscurecía sus ojos”, de modo que pudiera ver las palabras, una frase a la vez. David Whitmer, uno de los Tres Testigos del Libro de Mormón, ofreció muchas entrevistas sobre la traducción entre 1878 y 1888. Aunque nunca afirmó haber visto él mismo las palabras en la piedra, sus declaraciones hablaban con frecuencia de palabras que aparecían sobre algo parecido al pergamo. Sus afirmaciones generalmente testificaban con palabras como: “José Smith colocaba la piedra vidente dentro de un sombrero, y ponía su rostro dentro del sombrero, ajustándolo firmemente alrededor de su cara para excluir la luz; y en la oscuridad brillaba la luz espiritual. Así fue traducido el Libro de Mormón por el don y el poder de Dios, y no por ningún poder del hombre.”

Este proceso recuerda el relato del Libro de Mormón sobre una piedra que “resplandecerá en las tinieblas para dar luz” (Alma 37:23). Además, el hecho de que colocara la piedra vidente y su rostro en el sombrero sugiere significativamente que José no estaba leyendo de apuntes ni de un libro. De la forma en que fuera que ocurriera, David Whitmer y algunos otros comentaristas creían que los caracteres y la traducción llegaban al campo visual y a la comprensión de José, y que él era capaz de transmitir esas palabras emergentes a sus escribientes. Esto valida la falta de voluntad propia de José en el proceso y enfatiza sus declaraciones de que tradujo el Libro de Mormón “por el don y el poder de Dios”. Emma explicó que José se sentaba frente a ella “con el rostro enterrado en su sombrero, con la piedra dentro, y dictando hora tras hora sin que hubiese nada entre nosotros.” En respuesta a las críticas de que José leía de un guion preparado o de la Biblia, José III le preguntó cuidadosamente sobre su experiencia. Emma declaró: “no tenía ni manuscrito ni libro del cual leer.”

Según la comprensión de Emma, José no podía haber leído nada que no estuviera dentro del sombrero, el cual era demasiado pequeño para contener un manuscrito grande o una Biblia de tamaño considerable. “Si hubiese tenido algo de ese tipo [libros o manuscritos],” declaró Emma, “no habría podido ocultármelo.” La piedra vidente dentro del sombrero era central para la traducción; era lo suficientemente pequeña como para caber fácilmente dentro del sombrero y, según Emma, las palabras aparecían sobre las piedras. Además, explicó que las planchas “a menudo yacían sobre la mesa sin ningún intento de ocultarlas, envueltas en un pequeño mantel de lino.”

Los testigos testifican que José dependía de la ayuda divina para llevar a cabo la traducción. Al igual que con la Liahona descrita en el Libro de Mormón (véase 1 Nefi 16:26–28), todos estos objetos sagrados requerían rectitud y diligencia por parte de José para mantener la conexión con la inspiración divina. David Whitmer dijo que las piedras videntes funcionaban solo cuando José estaba “humilde y poseía el sentimiento correcto hacia todos.” Whitmer recordaba una ocasión en junio de 1829, cuando José tuvo una “acalorada disputa” con Emma. Aún molesto por el desacuerdo, José subió al piso superior para reanudar la traducción, pero descubrió que “no podía traducir una sola sílaba.” La naturaleza milagrosa de la traducción exigía que José Smith estuviera bien con Dios y con los hombres; cuando no era así, su don divino se retiraba temporalmente. Whitmer dijo que José salió “al huerto e hizo súplica al Señor [y] estuvo ausente alrededor de una hora.” Volvió a la casa, pidió perdón a Emma y reanudó la traducción con Oliver Cowdery. Las palabras comenzaron de nuevo a aparecer en la piedra.

Controversia en torno a las piedras videntes

A pesar de su importancia en el proceso de traducción, las piedras videntes se han convertido en un tema de misterio e incluso de controversia. El intento más público y exitoso de desprestigiar el uso de las piedras videntes por parte de José Smith surgió con la publicación de un libro compilado por Eber D. Howe en 1834 titulado *Mormonism Unveiled*.

Motivado por la conversión de su hermana y su esposa al mormonismo, y financiado por una sociedad antimormona en Kirtland, Ohio, Howe envió al doctor Philastus Hurlbut a Nueva York en 1833 para reunir pruebas contra

José Smith y el Libro de Mormón. Howe intentó demostrar al público en general que Solomon Spaulding escribió un manuscrito que José Smith plagió para crear el Libro de Mormón. Howe afirmaba que, con la ayuda de Sidney Rigdon, José plagió y adaptó el texto de Spaulding y fabricó el Libro de Mormón. En ese proceso, deliberadamente asoció el instrumento de la piedra vidente de Smith con la cultura de la búsqueda de tesoros en Nueva York. En lugar de considerar estos dispositivos como instrumentos preparados por Dios para José Smith, los vinculó con prácticas místicas para encontrar tesoros enterrados mediante “piedras adivinatorias.” Howe alimentó el sentimiento antimormón —y ha seguido haciéndolo durante casi dos siglos— al alentar a las personas a entender la traducción del Libro de Mormón por parte de José Smith como parte de sus prácticas folclóricas agrarias. Aunque las clases más educadas solían ridiculizar estas prácticas populares, las clases media y baja del ámbito agrícola —la mayoría de las cuales presumiblemente eran cristianas— las aceptaban abiertamente. De hecho, estas prácticas a menudo se describían en términos naturales o “científicos”, pero Howe trató de volver a asociar las piedras videntes de Smith como herramientas utilizadas para excavar en busca de dinero.

Las prácticas populares como el uso de una vara de zahorí para encontrar agua pueden representar, potencialmente, la antítesis de nuestra cosmovisión científica moderna. Sin embargo, en la época de José, usar piedras para ver objetos perdidos u ocultos era relativamente normal, de forma similar a como muchas personas hoy en día creen que los aceites esenciales ofrecen beneficios para la salud, a pesar de la respuesta escéptica de la comunidad científica. Ocasionalmente, José participaba con otros jóvenes del área en intentos de usar piedras para encontrar objetos valiosos. E. D. Howe y otros retrataron negativamente a José como un buscador de tesoros porque conocían sus aventuras en busca de tesoros con sus amigos.

Los historiadores modernos han interpretado las actividades de José como buscador de tesoros ya sea como parte de su radicalismo religioso, o bien como una etapa formativa en su llamamiento religioso como profeta. En cualquier caso, ha sido difícil para los historiadores separar el uso que José Smith hizo de una piedra vidente entre 1822 y 1826 de su uso posterior de piedras videntes después de 1827 (cuando comenzó la traducción del Libro de Mormón). Algunos historiadores han intentado restar importancia a sus

primeras experiencias como buscador de tesoros, mientras que otros han descrito esas mismas experiencias como fundamentales para sus vivencias religiosas como traductor. Estas posturas polarizadas están respaldadas tanto por el conocimiento que tenemos de la cultura de la época como por decenas de relatos tomados de *Mormonism Unveiled* y otras fuentes antimormonas producidas décadas después. Es poco probable que se logre una reconciliación definitiva entre estas opiniones divergentes, y solo el hallazgo de nuevos documentos podría permitir conclusiones firmes sobre el interés de José en la búsqueda de tesoros.

Propósito de las planchas de oro

Si José miraba dentro del sombrero hacia las piedras videntes, ¿qué necesidad había de que tuviera siquiera las planchas en su poder? Aunque la mayoría de los relatos sobre la traducción del Libro de Mormón dicen poco al respecto, es probable que las planchas cumplieran varios propósitos. Su mera existencia pudo haber infundido en José la confianza de que las palabras que aparecían en las piedras provenían realmente de un registro antiguo. Frente a la presión persistente y los constantes cuestionamientos, portar y poseer las planchas habría sostenido su confianza en que el proceso de traducción era auténtico. Su misión era “traducir los grabados que están sobre las planchas” (DyC 10:41), y dedicó algo de tiempo a examinar y transcribir algunos de los caracteres de estas. Sin embargo, la traducción usualmente se realizaba mientras las planchas permanecían cubiertas sobre la mesa (aunque algunos relatos sugieren que en ocasiones las planchas se guardaban en una caja cercana debajo de la cama o incluso estaban escondidas en el granero de los Whitmer durante la traducción). Además, las planchas fomentaban la fe en la mente de partidarios clave, como Emma, la familia Whitmer, y los Tres y los Ocho Testigos, todos los cuales relataron experiencias de haber tocado, levantado, sentido y visto las planchas. El texto del Libro de Mormón es anormalmente consciente de las planchas; una y otra vez se enfoca en el origen y las fuentes mediante las cuales Mormón y Moroni compilaron las planchas de oro. El libro sigue esencialmente el recorrido de las planchas y su material fuente de persona en persona hasta que terminan en manos de José Smith. El Libro de Mormón incluso profetiza sobre la posesión y traducción del registro por parte de José. Por lo tanto, las planchas físicas representan miles de años de preparación, y los testigos ofrecen

autenticación de la historicidad de las planchas. Las planchas fueron, por tanto, indispensables para validar la naturaleza antigua del Libro de Mormón.

Conclusión

Al reunir los relatos de los testigos y nuestra comprensión de los instrumentos sagrados usados para la traducción, ahora podemos identificar tres componentes del proceso de traducción de José Smith. Él explicó que tradujo (1) por el don y el poder de Dios (como Mosíah), (2) mediante un instrumento (las piedras videntes), (3) que funcionaba por medio de la “vista” (como se explica en DyC 3). Algunos de los asociados cercanos a José también ampliaron lo que él reveló—la mayoría de los cuales habló del uso que hacía José del término “Urim y Tumim” (ya fuera refiriéndose a las gafas o a la piedra vidente), mientras que algunos mencionan el uso de una sola piedra colocada dentro de un sombrero que se utilizaba para proteger sus ojos de la luz exterior. Dadas las distintas experiencias de los escribientes de José mencionadas anteriormente, parece posible que José Smith no se rigiera por un solo procedimiento uniforme. Parece haber alternado entre una piedra y dos. Además, mientras miraba dentro del sombrero hacia las piedras videntes, dejaba las planchas de oro cubiertas sobre la mesa o guardadas bajo llave en una caja.

Por último, aunque un análisis de la traducción basado únicamente en los testimonios de los testigos podría ser criticado por ser limitado, proporciona una base histórica sobre la cual otros pueden expandirse. La teoría literaria, los estudios sobre cognición histórica, el trabajo crítico textual y los enfoques desde la psicología continuarán generando teorías y análisis interesantes y provocadores, pero la base de esos estudios debe ser una experiencia religiosa bien documentada expresada en las palabras de quienes la vivieron.

La historia de las 116 páginas perdidas: Lo que sí sabemos, lo que no sabemos y lo que podríamos saber

J. B. Haws

J. B. Haws era profesor adjunto de Historia y Doctrina de la Iglesia en la Universidad Brigham Young cuando escribió este artículo.

Desde el principio, una cosa que sí podemos afirmar con certeza sobre la historia de las 116 páginas perdidas es que, desde el verano de 1828 hasta hoy, este episodio ha ocupado un lugar destacado en la narrativa histórica de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días.

Sería difícil imaginar una sucesión de acontecimientos más angustiosa en la vida de José Smith que la que experimentó en junio y julio de 1828. Bajo presión, permitió que Martin Harris se llevara las más de cien páginas manuscritas de la traducción del Libro de Mormón que Martin había escrito mientras José dictaba. Esas páginas representaban dos meses de trabajo. Al día siguiente de que José y su esposa Emma se despidieran de Martin, Emma dio a luz a su primer hijo. El niño nació muerto o falleció poco después de nacer. Emma estuvo a punto de morir durante el parto. Dos semanas después, y aunque Emma seguía aún muy debilitada, la ansiedad compartida por ambos respecto a las páginas del manuscrito llevó a José a dejar a su esposa al cuidado de sus padres y emprender el largo viaje a Palmyra para averiguar por qué no había recibido noticias de Martin.

José tenía buenas razones para sentirse inquieto durante el viaje. Informó que un ángel le había quitado los intérpretes incluso antes de descubrir que las páginas se habían perdido, en consecuencia de haber “cansado al Señor al pedir insistenteamente el privilegio de permitir que Martin Harris se llevara los escritos”. Esta ansiedad constante afectó tan visiblemente a José que un compañero de viaje en la diligencia insistió en acompañarlo durante el último tramo del trayecto hasta la casa de sus padres para asegurarse de que no colapsara bajo el peso de sus preocupaciones.

La simple frecuencia con la que se volvió a contar la historia de la pérdida de las páginas en entrevistas y publicaciones dice algo sobre el impacto que causó en todos los involucrados. Lo mismo puede decirse de la emoción con la que Martin Harris relató esta historia a los entrevistadores, según sus relatos. Y por difíciles que fueran las posteriores pruebas y persecuciones en la vida de José Smith, hay algo particularmente desgarrador en el dolor de la autoinculpación. “Yo fui quien tentó la ira de Dios. Debería haberme conformado con la primera respuesta que recibí del Señor”, recordó Lucy Mack Smith que exclamó su hijo al enterarse de que las páginas se habían perdido.

Esta historia también ha sido señalada como un momento decisivo en la carrera profética de José Smith por dos biógrafos que abordan esa carrera desde ángulos completamente distintos. Tal fue la importancia de los acontecimientos del verano de 1828. Esto sí lo sabemos.

Lo que no sabemos, por supuesto, es qué sucedió con esas páginas —o incluso si aún existen.

Fuera de eso, parece que el enfoque más razonable que puede tomarse aquí es hablar de las cosas que podríamos saber, con distintos grados de fundamentación y probabilidad. Por tanto, este capítulo tiene como objetivo hacer un recorrido por los estudios actuales relacionados con este momento formativo en la historia del mormonismo; basarse en investigaciones del *Proyecto de los Documentos de José Smith* y otras evidencias documentales para ofrecer una idea del “estado de la historia”; y considerar posibles interpretaciones de textos tempranos de revelaciones que surgieron de lo que fue tanto un punto de inflexión en la vida y ministerio de José Smith como un momento crucial en el desarrollo y la composición del Libro de Mormón.

Probabilidades: páginas y planes

El consenso entre los primeros críticos y seguidores de José Smith parece ser que las 116 páginas manuscritas efectivamente existieron en algún momento. Puede parecer una obviedad decirlo, pero sin embargo vale la pena afirmarlo. Incluso aquellos que consideraban a José Smith un farsante daban por hecho que Martin Harris realmente poseía un manojo de páginas escritas a mano de las cuales leía a amigos y familiares —y que luego perdió. José Smith y Martin Harris, durante la primavera de 1828, realmente produjeron algo—y ese algo era aparentemente lo suficientemente sustancial, a los ojos de Martin Harris, como para estar seguro de que disiparía las dudas de su familia sobre la veracidad de la obra que él estaba respaldando. Si acaso, fue el entusiasmo de Martin por el contenido de las páginas lo que resultó ser su perdición en este caso. Él había hecho un solemne convenio de mostrar las páginas solo a unos pocos miembros de su familia; su incumplimiento de ese juramento fue la transgresión que precipitó la devastadora pérdida. En recuerdos posteriores se relata que Martin no solo rompió su promesa, sino que también forzó la cerradura del tocador de su esposa para hacerlo, ya que las páginas estaban aparentemente guardadas allí bajo llave y Martin quería acceder a ellas para mostrárselas a un visitante.

La evidencia corroborativa de la existencia de las páginas, entonces, aun si toda esa evidencia consiste en testimonios humanos, es sólida en este punto. Martin Harris, a lo largo de su vida, afirmó los detalles básicos de la historia; José Smith relató la historia en el prefacio de la primera edición del Libro de Mormón —y ese prefacio fue escrito apenas un año después de la pérdida de las páginas. El hecho de que José Smith hiciera pública esta historia tan temprano habla del conocimiento común que existía respecto a la desaparición del manuscrito.

Igualmente reveladora, quizás, es la ausencia de testimonios contradictorios —la ausencia, por ejemplo, de afirmaciones de que nunca existió un manuscrito perdido, o la ausencia de alegatos de que la pérdida de las páginas fue un relato inventado. Esto es especialmente significativo al considerar a la principal figura en este drama —Lucy Harris— quien habría tenido mucho que ganar, en cuanto a reputación, si hubiera disputado la existencia de las páginas, si tal cosa hubiera estado en cuestión. Lucy Harris fue casi de inmediato señalada como la ladrona en

cuestión—y argumentar que las páginas nunca existieron habría sido una coartada directa para limpiar su nombre. Pero nada en el registro histórico sugiere que Lucy Harris (ni nadie más, en ese caso) haya intentado disputar la existencia de las páginas. Simplemente parece que tal cosa no estaba en discusión. En cambio, como veremos, algunos conocidos recordaban su tácita corroboración de la realidad de las páginas.

Una pregunta más controvertida es si hubo o no un complot para manipular esas páginas. José Smith dijo que no volvió a traducir el manuscrito perdido porque había aprendido por revelación que existía un plan para desacreditarlo—y la manipulación de las 116 páginas por parte de sus detractores era central en ese plan. Sin embargo, una tradición que ha surgido en los relatos retrospectivos es que Lucy Harris quemó inmediatamente las 116 páginas; un autor ha concluido recientemente que eso es “probablemente” lo que ocurrió. En esa visión, entonces, si Lucy Harris realmente quemó las páginas de inmediato, los temores de José Smith (tal como se expresan en el prefacio del Libro de Mormón) reflejarían una simple paranoia más que aprehensiones bien fundadas (o reveladas divinamente) sobre una conspiración real. Pero cuestionar la credibilidad de José Smith en ese punto parece una conclusión demasiado apresurada, una que da prioridad a ciertas fuentes mientras minimiza otras. Esto se debe a que otros relatos tempranos de la historia de las 116 páginas sugieren que un informe diferente sobre el destino de las páginas aún circulaba a solo unos pocos años de su desaparición.

Por ejemplo, E. D. Howe, en su libro *Mormonism Unveiled* de 1834—una obra que se basa en declaraciones juradas recogidas por Philastus Hurlbut—escribió: “No hemos podido averiguar los hechos con respecto al manuscrito perdido. A veces acusan a la esposa de Harris de haberlo quemado; pero ella lo niega.” Además, John Clark, un antiguo pastor de Palmyra que tuvo interacciones personales con Martin Harris en 1827 y 1828, también asumió (en una publicación de 1840) que Lucy no destruyó inmediatamente el manuscrito, sino que planeaba usar las páginas en contra de José Smith. Clark dijo que Lucy Harris “aprovechó la oportunidad, cuando [Martin Harris] estaba fuera, para apoderarse del manuscrito y entregarlo a uno de sus vecinos para su custodia. Cuando se descubrió que el manuscrito había desaparecido,” continuó Clark, “la sospecha recayó de inmediato sobre la Sra. Harris; sin embargo, ella se negó a dar cualquier

información al respecto, y simplemente respondió: ‘Si esto es una comunicación divina, el mismo ser que te la reveló puede fácilmente reemplazarla.’” El núcleo del “plan” que “ella había ideado... para exponer el engaño”, según Clark, era “conservar el manuscrito hasta que se publicara el libro [de Mormón], y luego poner esas ciento diecisésis páginas en manos de alguien que las publicara y demostrara cómo diferían de las que aparecían en el Libro de Mormón”—ya que ella “daba por sentado” que la porción retraducida/reproducida “no podría ser, de ninguna manera, idéntica palabra por palabra.”

Una pregunta más controvertida es si hubo o no un complot para manipular esas páginas. José Smith dijo que no volvió a traducir el manuscrito perdido porque había aprendido por revelación que existía un plan para desacreditarlo—y la manipulación de las 116 páginas por parte de sus detractores era central en ese plan. Sin embargo, una tradición que ha surgido en los relatos retrospectivos es que Lucy Harris quemó inmediatamente las 116 páginas; un autor ha concluido recientemente que eso es “probablemente” lo que ocurrió. En esa visión, entonces, si Lucy Harris realmente quemó las páginas de inmediato, los temores de José Smith (tal como se expresan en el prefacio del Libro de Mormón) reflejarían una simple paranoia más que aprehensiones bien fundadas (o reveladas divinamente) sobre una conspiración real. Pero cuestionar la credibilidad de José Smith en ese punto parece una conclusión demasiado apresurada, una que da prioridad a ciertas fuentes mientras minimiza otras. Esto se debe a que otros relatos tempranos de la historia de las 116 páginas sugieren que un informe diferente sobre el destino de las páginas aún circulaba a solo unos pocos años de su desaparición.

Por ejemplo, E. D. Howe, en su libro *Mormonism Unveiled* de 1834—una obra que se basa en declaraciones juradas recogidas por Philastus Hurlbut—escribió: “No hemos podido averiguar los hechos con respecto al manuscrito perdido. A veces acusan a la esposa de Harris de haberlo quemado; pero ella lo niega.” Además, John Clark, un antiguo pastor de Palmyra que tuvo interacciones personales con Martin Harris en 1827 y 1828, también asumió (en una publicación de 1840) que Lucy no destruyó inmediatamente el manuscrito, sino que planeaba usar las páginas en contra de José Smith. Clark dijo que Lucy Harris “aprovechó la oportunidad, cuando [Martin Harris] estaba fuera, para apoderarse del manuscrito y

entregarlo a uno de sus vecinos para su custodia. Cuando se descubrió que el manuscrito había desaparecido,” continuó Clark, “la sospecha recayó de inmediato sobre la Sra. Harris; sin embargo, ella se negó a dar cualquier información al respecto, y simplemente respondió: ‘Si esto es una comunicación divina, el mismo ser que te la reveló puede fácilmente reemplazarla.’” El núcleo del “plan” que “ella había ideado... para exponer el engaño”, según Clark, era “conservar el manuscrito hasta que se publicara el libro [de Mormón], y luego poner esas ciento diecisésis páginas en manos de alguien que las publicara y demostrara cómo diferían de las que aparecían en el Libro de Mormón”—ya que ella “daba por sentado” que la porción retraducida/reproducida “no podría ser, de ninguna manera, idéntica palabra por palabra.”

Los relatos de Hine y Richards son reminiscencias tardías que deben ser tratadas con el debido escepticismo como tales; sin embargo, lo mismo ocurre con los recuerdos de quienes afirmaron que Lucy quemó las páginas. En 1884, Lorenzo Saunders informó que la propia Lucy Harris le había dicho que había quemado las páginas. De hecho, Saunders también afirmó que Lucy Harris “nunca negó haber quemado los papeles.” No obstante, como se mencionó anteriormente, E. D. Howe informó en 1834 que Lucy Harris sí negó haber quemado las páginas, y es muy posible que Howe basara esta negación en información que recibió de Philastus Hurlbut, quien entrevistó a Lucy Harris en 1833. Es importante destacar que la publicación de Howe precedió a la reminiscencia de Saunders por cincuenta años. Por supuesto, el robo del manuscrito por parte de Lucy Harris —con fines conspirativos— por un lado, y la quema del manuscrito por parte de Lucy Harris por el otro, no son tradiciones mutuamente excluyentes; es posible que ambas tradiciones reflejen hechos reales. Es decir, es posible que ella (u otros) efectivamente quemaran las páginas después de que el prefacio del Libro de Mormón revelara que José Smith no volvería a traducir el Libro de Lehi, frustrando así cualquier conspiración.

Al final, parece que esta cuestión sobre el destino de las páginas, y qué motivó exactamente su desaparición, no puede responderse con suficiente certeza como para emitir conclusiones definitivas. Pero al menos debe decirse que intentar usar estas reminiscencias para descartar los temores de José Smith o las revelaciones asociadas como infundados no hace justicia a la complejidad de la evidencia, especialmente la más temprana.

Para creyentes y escépticos, la afirmación de José Smith de que existía un plan para desacreditarlo no parecía ni irrazonable ni inverosímil.

Más bien, hay varios elementos en esta narrativa que sugieren la credibilidad del relato que José Smith y sus asociados contaron repetidamente. Por ejemplo, dos historiadores Santos de los Últimos Días han descrito lo que perciben como una “voz profética” independiente evidente en Doctrina y Convenios 3, la revelación que llegó justo después de la pérdida de las páginas—y probablemente la primera revelación que José Smith consignó por escrito. Lo importante es que encuentran una autenticidad en la independencia de esa voz—y casi sorprendentemente, en la forma en que José Smith es reprendido. Richard Bushman escribió: “El hablante está por encima y separado de José, claramente diferenciado tanto emocional como intelectualmente. La repremisión a José es tan directa como la condena a Martin Harris. No hay esfuerzo por encubrir ni racionalizar, ni señal de que José intente justificarse ante futuros seguidores. Las palabras fluyen directamente del mensajero a José y tienen el único propósito de corregirlo. [...] A los veintidós años, José estaba hablando proféticamente.”

Asimismo, en esta línea de autenticidad, Jeffrey R. Holland planteó algunas preguntas penetrantes que vale la pena reconsiderar: “Si la pérdida de esas 116 páginas... fue simplemente la desaparición de una literatura reflexiva y sabia, o de unos cuantos capítulos de ficción notablemente hábil, como dirían los detractores del Libro de Mormón, ¿cuál es el problema? ¿Por qué entonces todo ese asunto de que José pasara por las profundidades del infierno, preocupado por si recuperaría el manuscrito y temiendo la repremisión de Dios? Él es un aprendiz rápido; tiene talento fronterizo. ¡Podría simplemente escribir más!”

Luego, tras citar el relato de Lucy Mack Smith sobre la desesperación de José y la desesperanza de Martin cuando se perdieron las páginas, el élder Holland dijo lo siguiente:

Bueno, cielos, eso es una historia secundaria bastante elaborada—que no tiene absolutamente ningún sentido, a menos que, por supuesto, realmente hubiera planchas, y realmente hubiera un proceso de traducción en marcha, y realmente se hubiera hecho un convenio solemne con el Señor, y realmente hubiera un enemigo que no quería que ese libro

“saliese a luz en esta generación” (D. y C. 10:33). [...] Lo que no es más que decir lo que tantos otros han dicho antes: que si José Smith —o cualquier otra persona, en ese caso— creó el Libro de Mormón de la nada, eso, para mí, es un milagro mucho mayor que la proposición de que lo tradujo de un registro antiguo por una investidura de poder divino.

Posibilidades: textos y traducción

“Trazable” y “plausible” también parecen buenas palabras para aplicar a dos preguntas reflexivas adicionales que surgen en relación con las revelaciones que José Smith recibió y la obra de traducción que realizó después de la pérdida de las 116 páginas. Aunque estos son asuntos tangenciales, ofrecen sin embargo algunas posibilidades interesantes sobre lo que podríamos aprender del ministerio profético temprano de José Smith y de su formación. La primera de estas preguntas trata sobre el contenido de las 116 páginas. La segunda pregunta trata sobre la resolución de la historia de las páginas perdidas—una resolución que vino mediante la traducción de las planchas de Nefi.

Primero: ¿Sabemos de algún detalle argumental que estuviera en las 116 páginas pero que no se encuentre en el texto actual del Libro de Mormón? Durante algunos años en la década de 1980, creímos saber más de lo que realmente sabemos ahora, gracias, lamentablemente, a Mark Hofmann, un falsificador que sacudió a la comunidad de historiadores de la Iglesia en los primeros años de esa década, antes de que se descubrieran sus engaños. En 1982, *BYU Studies* y la *Ensign* publicaron la transcripción de una supuesta carta de enero de 1829 escrita por Lucy Mack Smith, que un coleccionista había adquirido de Mark Hofmann. La carta parecía un hallazgo increíble: una ventana al desarrollo del mormonismo, escrita —según parecía— en el año anterior a la organización de la Iglesia. En esta carta dirigida a su hermana, Lucy supuestamente describía la pérdida de una parte del manuscrito de esta manera: “Por causa de negligencia, la traducción de la primera parte del registro fue sustraída por alguna persona desconocida, pero Dios es fiel y la obra está a punto de continuar.” Diez líneas más abajo, Lucy le relataba a su hermana algunos detalles de la narrativa del Libro de Mormón, incluyendo la información de que Lehi “huyó de Jerusalén con su familia y también con la familia del hermano de su esposa, pocos días antes de que Nabucodonosor sitiara la ciudad y la redujera a cenizas.” Dado que esa conexión entre Saríah e Ismael como

hermanos no está explícitamente mencionada en el texto actual del Libro de Mormón, se infirió razonablemente que Lucy había obtenido ese detalle de las 116 páginas—y así fue como la carta se presentó en las publicaciones de la Iglesia.

Pero, como bien se sabe ahora, para 1985 la procedencia de la carta de Lucy Mack Smith fue seriamente cuestionada. Resultó ser una de las extensas falsificaciones de Mark Hofmann. Su enredada red de engaños y asesinatos se desmoronó antes de que pudiera dar con los dos “hallazgos” que aún perseguía: la llamada colección de William McLellin y las 116 páginas. Como mínimo, el hecho de que Hofmann planeaba falsificar el manuscrito perdido habla de la prevalencia —y credibilidad— de los informes que sosténían que las 116 páginas no habían sido destruidas.

Aparte de esta carta falsificada, sí existe, sin embargo, evidencia de la posibilidad de que otro detalle auténtico relacionado con Lehi e Ismael de las 116 páginas haya perdurado en la tradición mormona. El apóstol del siglo XIX Erastus Snow mencionó en un sermón registrado en el *Journal of Discourses* que

el profeta José nos informó que el registro de Lehi se encontraba en las 116 páginas que fueron traducidas primero y posteriormente robadas, y de las cuales se nos da un compendio en el primer libro de Nefi, que es el registro individual de Nefi, siendo él mismo de la descendencia de Manasés; pero que Ismael era de la descendencia de Efraín, y que sus hijos se casaron con miembros de la familia de Lehi, y los hijos de Lehi se casaron con las hijas de Ismael, cumpliéndose así las palabras de Jacob sobre Efraín y Manasés en el capítulo 48 de Génesis, que dice: “Y mi nombre sea llamado en ellos, y el nombre de mis padres Abraham e Isaac; y multiplíquense en gran manera en medio de la tierra.”

El texto actual del Libro de Mormón nos informa que los hijos de Lehi se casaron con las hijas de Ismael, pero no se menciona que las hijas de Lehi se hayan casado con los hijos de Ismael, como lo describió el élder Snow. Una lectura cuidadosa de este extracto de Erastus Snow no exige necesariamente que las 116 páginas sean la fuente de la información sobre las hijas de Lehi y los hijos de Ismael, pero parece una inferencia muy probable.

Entonces, dentro de la categoría de “cosas que podríamos saber”, detalles como estos al menos entran en la categoría de posibilidades intrigantes, y son simplemente recordatorios adicionales de cuán compleja y matizada es la narrativa del Libro de Mormón. Esa complejidad y riqueza se vuelve especialmente evidente al reflexionar sobre las planchas fuente del Libro de Mormón. Es sobre ese tema que se centra nuestra última pregunta relacionada con las 116 páginas: ¿Podría la referencia a lo que parece ser solo un conjunto de “planchas de Nefi” en lo que ahora es Doctrina y Convenios 10 —la revelación que instruyó a José Smith sobre cómo compensar la pérdida de las 116 páginas— constituir una evidencia sutil de coherencia interna en la narrativa de la traducción del Libro de Mormón?

Esta pregunta gira sobre dos ejes: el orden de la traducción del Libro de Mormón y lo que José Smith habría entendido —y cuándo lo entendió— por la expresión “planchas de Nefi”. Lo que aquí se sugiere, a modo de respuesta, es que el vínculo intrincado entre el trabajo de traducción del Libro de Mormón y la revelación correspondiente en Doctrina y Convenios (sección 10) ofrece una señal más de la consistencia narrativa y la credibilidad de José Smith en todo este proceso.

Hay suficientes fragmentos de evidencia persuasiva como para presentar un argumento convincente de que José Smith tradujo lo que hoy conocemos como 1 Nefi hasta Palabras de Mormón después de haber traducido Mosíah hasta Mormón. En otras palabras, cuando Oliver Cowdery llegó a Harmony en abril de 1829, probablemente comenzó a servir como escriba mientras José Smith traducía Mosíah, justo donde José y Martin (y Emma y otros posibles escribas suplentes) habían dejado. Una de las evidencias que apoya esta idea es la aparición de la caligrafía de John Whitmer como escriba en el manuscrito original del Libro de Mormón en la sección de 1 Nefi hasta Palabras de Mormón. Parece probable, entonces, que esta sección del Libro de Mormón se tradujo al final, ya que José, Emma y Oliver no llegaron a la granja de los Whitmer hasta principios de junio de 1829, después de que José y Oliver ya habían estado trabajando en la traducción de forma constante durante dos meses. Otro indicador corroborante es que el ritmo estimado de traducción habría situado a José y Oliver en 3 Nefi a mediados de mayo de 1829, exactamente donde Oliver dijo que estaban cuando consultaron al Señor acerca del bautismo, si habían comenzado en abril con el principio de Mosíah. Este orden de

traducción parece ser algo que podemos afirmar con un alto grado de certeza.

El orden de la traducción es relevante para esta historia porque cuando José Smith recibió la revelación que ahora es Doctrina y Convenios 10 —la revelación de la primavera (probablemente abril o mayo) de 1829 que le instruyó sobre qué hacer para resolver el dilema del manuscrito perdido— él aún no había traducido la sección que va desde 1 Nefi hasta Palabras de Mormón, o esa porción que ahora comúnmente llamamos las “planchas menores de Nefi”. Por lo tanto, parece muy probable que José Smith aún no pensara en términos de “planchas mayores y menores de Nefi”— hablaremos más de esto más adelante. Lo que está en juego, entonces, es cómo José habría entendido las palabras del Señor y la intención del Señor en ese contexto.

Aquí está la versión más antigua que se conserva de esa revelación (hoy Doctrina y Convenios 10:38–42):

Y ahora, de cierto te digo, que un relato de aquellas cosas que has escrito, que han salido de tus manos, están grabadas sobre las planchas de Nefi; sí, y recuerdas que se dijo en esos escritos, que se daba un relato más particular de estas cosas en las planchas de Nefi. Y ahora, debido a que el relato que está grabado sobre las planchas de Nefi es más particular en cuanto a las cosas que, según mi sabiduría, quiero dar a conocer al pueblo en este relato, por tanto, traducirás las grabaciones que están sobre las planchas de Nefi, hasta que llegues al reinado del rey Benjamín, o hasta que llegues a aquello que ya has traducido y que has conservado; y he aquí, lo publicarás como el registro de Nefi, y así confundiré a aquellos que han alterado mis palabras.

El pasaje citado parece referirse únicamente a un conjunto de planchas: las planchas de Nefi. Sin embargo, los lectores actuales del Libro de Mormón están acostumbrados a pensar en dos conjuntos distintos de “planchas de Nefi”: un conjunto mayor y uno menor. Debido a esta lectura contemporánea tan común, no es sorprendente que un reciente e importante comentario sobre Doctrina y Convenios 10 haya sugerido lo siguiente respecto al pasaje citado: “Las dos referencias a ‘las planchas de Nefi’ en este párrafo en realidad apuntan a dos conjuntos diferentes de planchas.”

Pero, ¿y si las frases repetidas “planchas de Nefi” en Doctrina y Convenios 10:38–45 realmente se refieren solo a un conjunto de “planchas de Nefi”, tal como parece a primera vista —y ese conjunto es el que ahora conocemos como las “planchas menores”? Esta es la lectura alternativa (y quizás más directa) que aquí se propone. Esta interpretación le da mayor coherencia a la expresión porque encaja con el bien sustentado modelo de traducción en el que las “planchas menores” se tradujeron al final. Más importante aún, en consonancia con el tema de este ensayo sobre la consistencia narrativa y su credibilidad, esta lectura concuerda con lo que probablemente José Smith sabía (y no sabía) sobre la composición de las planchas de oro antes de traducir lo que hoy conocemos como 1 Nefi hasta Palabras de Mormón —recordando que recibió Doctrina y Convenios 10 antes de traducir esa porción. Esta interpretación de Doctrina y Convenios 10:38–45, por tanto, evita un posible anacronismo y refuerza la credibilidad del relato de José Smith sobre la resolución del episodio de las 116 páginas perdidas.

Por todo lo que podemos deducir acerca de las planchas que poseía José Smith, solo una sección puede denominarse con precisión “las planchas de Nefi”, y esa es la sección de las “planchas menores”. Todas las demás planchas de las que José tradujo, según las descripciones internas del Libro de Mormón, consistían en los compendios y escritos de Mormón y Moroni sobre planchas que ellos mismos confeccionaron. Por lo tanto, los estudiantes contemporáneos del Libro de Mormón entienden que el manuscrito perdido/el Libro de Lehi constituía una parte significativa del compendio hecho por Mormón de lo que ahora conocemos como las “planchas mayores de Nefi”, en lugar de una traducción directa de las planchas mayores de Nefi mismas. Pero es dudoso que José Smith y sus escribas ya pensaran en esos términos. Para empezar, los calificativos “mayores” y “menores” no provienen de Nefi ni de Mormón, sino de los escritos de Jacob que se encuentran en las planchas menores (véase Jacob 1:1 y Jacob 3:13)—y José aún no había traducido las planchas menores al momento de recibir la revelación que hoy conocemos como Doctrina y Convenios 10.

¿Cómo pudo haber concebido José el documento fuente de las 116 páginas? En el prefacio de la primera edición del Libro de Mormón, José Smith describió el contenido de las 116 páginas como “el Libro de Lehi, que

era un relato compendiado de las planchas de Lehi”—no de las planchas de Nefi. Esta caracterización sugiere un par de puntos clave. Primero, no es descabellado inferir que José extrajo esa comprensión de la manera en que el propio Mormón caracterizó o introdujo la sección inicial de su compendio. Es decir, dado que la historia de Lehi abría el registro, habría sido natural que Mormón designara esa parte como el libro o las planchas de Lehi; esto concuerda, por ejemplo, con la manera en que Mormón introdujo y agrupó libros como Alma o Helamán, a pesar de que esos libros incluyen registros compendiados de otros autores custodios posteriores a Alma o Helamán. Y el propio Nefi escribió que comenzó su registro (lo que ahora llamamos las “planchas mayores”) documentando el relato de su padre, Lehi (véase 1 Nefi 19:1).

Segundo, hasta ese punto en el proceso de traducción del Libro de Mormón—es decir, hasta la recepción de Doctrina y Convenios 10—José y Martin nunca habían traducido directamente de los escritos de Nefi (ni de Jacob, ni de Enós) ni de las planchas de Nefi, sino del compendio que Mormón hizo de esos escritos—salvo que Mormón hubiera incluido pasajes citados o extractos en sus propias planchas provenientes de Nefi, Jacob o Enós, como lo hizo con los discursos y escritos de, por ejemplo, el rey Benjamín o Alma. Pero incluso esos pasajes no habrían provenido de lo que conocemos como “las planchas menores de Nefi”, ya que antes de los días de Benjamín, las “planchas mayores de Nefi” aparentemente eran conservadas por una línea diferente de autores que las planchas menores (véase Jarom 1:14; Omni 1:25)—y Mormón mismo informó que no buscó las planchas menores sino hasta que hubo terminado de compendiar el relato “hasta el reinado de este rey Benjamín” (*Palabras de Mormón* 1:3).

Por lo tanto, si todas las referencias a las “planchas de Nefi” en la revelación que ahora es la sección 10 de Doctrina y Convenios se refieren a lo que los lectores modernos del Libro de Mormón entienden como las planchas menores de Nefi, la revelación se lee con mucha coherencia. A continuación, se presenta una posible lectura de la copia más antigua que se conserva de la revelación —el capítulo IX del *Libro de Mandamientos*— desde esa perspectiva, con interpretaciones sugeridas entre paréntesis: “Y ahora, de cierto te digo, que un relato de aquellas cosas que has escrito, que han salido de tus manos [las 116 páginas], está grabado sobre las planchas de Nefi [planchas menores de Nefi]”—en otras palabras: ‘Los

mismos elementos básicos de la historia que ya cubriste al traducir el Libro de Lehi (“un relato de aquellas cosas que has escrito”) también están narrados (“grabados”) en las planchas menores de Nefi.’ La revelación continúa:

“Sí, y recuerdas que se dijo en esos escritos [los ahora perdidos, o el compendio de Mormón del Libro de Lehi] que se daba un relato más particular de estas cosas en las planchas de Nefi [las planchas menores]. Y ahora, debido a que el relato que está grabado en las planchas de Nefi [las planchas menores] es más particular en cuanto a estas cosas, que según mi sabiduría deseo dar a conocer al pueblo en este relato: por tanto, traducirás las grabaciones que están en las planchas de Nefi [las planchas menores], hasta que llegues al reinado del rey Benjamín.”

(La redacción aquí es otro indicio de que cuando José reanudó la traducción tras la pérdida de las 116 páginas, “aparentemente retomó donde él y Harris lo habían dejado, en el libro de Mosíah”, y luego tradujo los libros de las “planchas menores” al final, según las instrucciones contenidas en esta revelación.)

Como para subrayar las diferencias entre el Libro de Lehi y las planchas de Nefi, la revelación destaca este punto:

“He aquí, ellos [quienes robaron el manuscrito del Libro de Lehi] solo tienen una parte, o un compendio del relato [obsérvese: no de las planchas] de Nefi. He aquí, hay muchas cosas grabadas en las planchas de Nefi [las planchas menores de Nefi] que arrojan grandes perspectivas sobre mi evangelio.”

Esta interpretación sugerida es significativa porque la complejidad de la relación entre los dos conjuntos de planchas de Nefi probablemente solo llegó a ser clara para José Smith después de traducir las planchas menores. Por tanto, podría muy bien haber sido anacrónico que una revelación dada en la primavera de 1829 (Doctrina y Convenios 10) se refiriera a algo más que a un solo conjunto de “planchas de Nefi”, ya que José aún no habría estado pensando en términos de tener más de un registro de Nefi, puesto que Mormón solo incluyó en su compendio un conjunto de registros que llevaba apropiadamente el título de “las planchas de Nefi”: las planchas menores.

La redacción de Doctrina y Convenios 10, por tanto, concuerda con lo que José Smith probablemente iba aprendiendo “línea por línea” conforme traducía las planchas, de modo que también se ajusta a un principio expresado en 2 Nefi y en otros lugares: que el Señor “habla a los hombres conforme a su lenguaje, para que entiendan” (2 Nefi 31:3; véase también Doctrina y Convenios 1:24).

En resumen, la evidencia sobre el orden de la traducción, la datación de Doctrina y Convenios 10, y especialmente la terminología empleada en esa revelación en cuanto a las “planchas”, todo ello en conjunto, constituye otro ejemplo —sutil pero significativo— de coherencia narrativa y autenticidad en la manera en que José Smith y sus colaboradores relataron el episodio del “manuscrito perdido” dentro de la historia más amplia de la traducción del Libro de Mormón.

Sin embargo, lo que resulta más significativo para los lectores modernos del Libro de Mormón es la forma en que Doctrina y Convenios 10 caracteriza la incorporación del material de las planchas menores: “He aquí, hay muchas cosas grabadas en las planchas de Nefi que arrojan mayores visiones sobre mi evangelio” (D. y C. 10:45).

Es este aspecto de las “mayores visiones” —esta indicación de previsión providencial— lo que añade maravilla a la inclusión de las planchas menores de Nefi, no solo en nuestra época, sino también en la de Mormón. Boyd K. Packer incluso propuso que el hecho de que Mormón buscara y luego leyera las planchas menores de Nefi, con su enfoque en las “cosas del alma” (2 Nefi 4:15), “influyó grandemente [...] en el resto de su compendio”.

Conclusión: Malentendidos y milagros

En todo caso, reflexionar sobre la compleja composición de las planchas también neutraliza una crítica dirigida a José Smith por E. D. Howe, una crítica basada enteramente en un malentendido del episodio de las 116 páginas. Ese malentendido, quizás de manera inesperada, ofrece una nota apropiada con la cual concluir esta historia.

En su *Mormonism Unveiled*, Howe interpretó erróneamente el prefacio del Libro de Mormón, el cual utilizaba el lenguaje de la revelación que ahora conocemos como Doctrina y Convenios 10. Howe no comprendió que la traducción de las “planchas de Nefi” debía ser un relato nuevo —aunque

paralelo— del mismo período cubierto por el perdido “Libro de Lehi”. Howe acusó que la instrucción de la revelación a José, de “traducir de las planchas de Nefi hasta que llegues a aquello que has traducido y que has retenido, y [...] publicarlo como el registro de Nefi”, era simplemente cambiarle el nombre al Libro de Lehi: “el registro de Nefi”. Así, acusó Howe, “el Señor, con el fin de contrarrestar las obras del Diablo, es presentado por Smith como tratando de engañar al mundo con una falsedad reconocida: los registros de Lehi deben publicarse como los registros de Nefi.”

Lamentablemente, Howe interpretó el prefacio como nada más que el Señor dando permiso para un acto creativo de manipulación. Lo que también es lamentable es que, por ello, Howe no logró percibir lo que los Santos de los Últimos Días ven como el milagro de la presciencia divina en todo esto. Howe escribió:

“Además, un registro importante que había sido hecho mediante un milagro, conservado durante siglos mediante un milagro, extraído del suelo mediante un milagro y traducido mediante un milagro, fue robado por alguien, de modo que ni siquiera un milagro pudo restaurarlo, y así los designios del Señor fueron contrarrestados por ‘Satanás poniendo en sus corazones tentar al Señor.’”

Los Santos de los Últimos Días llegan a una conclusión precisamente opuesta. Ven en la resolución de este episodio del manuscrito perdido — después de toda la introspección espiritual y la angustia emocional que trajo a José Smith y a Martin Harris— un milagro que llevaba miles de años gestándose, comenzando con la creación por parte de Nefi de un segundo registro, y luego con la incorporación de ese registro por parte de Mormón a su compendio (y tanto Nefi como Mormón escribieron que actuaron por inspiración, la cual admitieron que no comprendían del todo [véanse Palabras de Mormón 1:7; 1 Nefi 9:2, 5]).

Los Santos de los Últimos Días ven, en todo esto, evidencia de que el Señor permite que los seres humanos ejerzan su albedrío, pero que ni el albedrío humano ejercido en oposición a Su voluntad, ni la “astucia del diablo”, pueden frustrar los designios de Dios (Doctrina y Convenios 10:43). Ven en la historia de las 116 páginas una reafirmación de que “todas las cosas ayudan a bien a los que aman a Dios” (Romanos 8:28). Para ellos, y por esa razón, es una historia que vale la pena contar una y otra vez.

La visita de Martin Harris en 1828 a Luther Bradish, Charles Anthon y Samuel Mitchill

Richard E. Bennett

Richard E. Bennett era profesor de historia y doctrina de la Iglesia en la Universidad Brigham Young cuando escribió este artículo.

Pocos episodios en la historia temprana del mormonismo son tan fascinantes—y problemáticos—como la visita que Martin Harris realizó en febrero de 1828 al profesor Charles Anthon, del Columbia College en la ciudad de Nueva York. Académicos tanto dentro como fuera de la Iglesia—tanto aquellos que buscan corroborar la traducción del Libro de Mormón como los que intentan desacreditar la autenticidad de toda la historia—siguen luchando con los detalles de este acontecimiento y sus implicaciones. El propósito de este artículo es arrojar luz sobre esta antigua historia, ofrecer nuevas dimensiones e interpretaciones sobre el origen del viaje, examinar nuevamente las credenciales de Anthon y lo que dijo a Harris, así como mostrar con quiénes consultó Harris y qué confirmación recibió. Aunque hay detalles que no conocemos del todo, está claro que Harris regresó del Este con la decisión reafirmada de ayudar en la traducción e impresión del Libro de Mormón, aunque quizás por razones adicionales a las que comúnmente se han supuesto.

Los contornos generales de esta historia son bien conocidos en la historia mormona. Trabajando con las planchas de oro, José Smith comenzó la obra inicial de traducción a finales de 1827 a partir del idioma “egipcio reformado” que se encontraba en la compilación de Mormón de las

planchas mayores de Nefi. Desde el principio, transcribió algunos de los caracteres de las planchas como una especie de alfabeto o guía de referencia. Su escribiente principal fue Martin Harris, un respetado agricultor de Palmyra, un temprano y entusiasta partidario de la obra de Smith, quien más tarde llegaría a ser uno de los Tres Testigos del Libro de Mormón. Por diversas razones, Harris pidió permiso para llevar una transcripción de los caracteres que Smith había encontrado en sus intentos de traducción a la ciudad de Nueva York, como escribe el historiador B. H. Roberts, “para someterlos a hombres instruidos para su inspección.” Roberts dice que Harris presentó “dos documentos que contenían diferentes transcripciones, a los profesores Anthon y Mitch[i]ll, de Nueva York: uno que estaba traducido y otro que no lo estaba.” Según los propios relatos de Anthon, Harris buscó primero a Mitchill, quien luego escribió una carta remitiéndolo a Anthon. Harris más tarde relató que Anthon “afirmó que la traducción era correcta, más correcta que cualquiera que antes hubiese visto traducida del egipcio”, y después de observar los caracteres “dijo que eran egipcios, caldeos, asirios y arábigos, y dijo que eran caracteres verdaderos y que la traducción de aquellos que habían sido traducidos era correcta.” Incluso escribió una nota “certificando al pueblo de Palmyra que eran caracteres verdaderos.” Sin embargo, al oír que Harris le decía, en respuesta a su pregunta, que un ángel de Dios había revelado tales cosas y que parte de las planchas estaban selladas, Anthon rompió de inmediato su certificado. Negando la posibilidad de ángeles y de toda manifestación celestial, pidió a Harris que le llevara las planchas para que él las tradujera. Cuando Harris respondió que no podía hacerlo y que parte de las planchas estaban selladas, el hombre de Columbia respondió bruscamente: “No puedo leer un libro sellado.” Harris regresó entonces a Mitchill, “quien confirmó lo que el profesor Anthon había dicho con respecto tanto a los caracteres como a la traducción” (José Smith—Historia 1:65).

Lamentablemente, Harris no indicó cómo fue que Mitchill pudo haber corroborado la respuesta de Anthon. Algun tiempo después, quizá luego de informar a José Smith, todo este episodio llegó a interpretarse como un cumplimiento de la profecía del Antiguo Testamento, aquella de “las palabras de un libro que está sellado, el cual darán al que sabe leer, y le dirán: Lee ahora esto; y él dirá: No puedo, porque está sellado” (Isaías 29:11). Así, “a pesar de la limitada capacidad de Anthon y Mitchell para

emitir un juicio sobre la transcripción [del Libro de Mormón], y a pesar de las burlas de Anthon respecto a la historia de los ángeles y la destrucción de su certificado, Harris quedó lo suficientemente convencido como para endeudarse y dedicar todo su tiempo al apoyo del joven profeta.” Fuera lo que fuera que Harris obtuvo de estos eruditos prominentes, si salió de Palmyra con dudas e inquietudes, regresó a casa apoyando y defendiendo la traducción del Libro de Mormón. Quién era exactamente este profesor Mitchell y qué fue lo que realmente dijo a Harris ya no es algo desconocido, ni tampoco un simple pie de página en este episodio, y constituirá uno de los principales enfoques de este artículo.

Muchos han presumido que Harris viajó al este principalmente porque deseaba una validación académica o una corroboración independiente de los esfuerzos de traducción del joven José Smith, quien tenía muy poca educación formal. Tal motivo tiene sentido, en especial si se le iba a pedir ayuda para financiar la publicación del producto final. Sin embargo, puede haber habido otras razones por las cuales Harris buscara orientación de los eruditos. Según la historia más antigua de José Smith, escrita en 1832, Martin Harris había recibido su propia inspiración independiente y corroborativa incluso antes de hacer el viaje, como resultado de haberle dado a José cincuenta dólares para mudarse de Manchester, Nueva York, a Harmony, Pensilvania. “Y a causa de su fe y de esta obra justa, el Señor se le apareció en una visión y le mostró su maravillosa obra que estaba por realizar. Y [él] vino inmediatamente a Susquehanna y dijo que el Señor le había mostrado que debía ir a la ciudad de Nueva York [con] algunos de los caracteres, así que procedimos a copiarlos y él emprendió su viaje hacia las ciudades del este.” Tal vez, entonces, el viaje de Harris implicó tanto obediencia como búsqueda de confirmación.

Además, el relato de Lucy Mack Smith indica con precisión qué tipo de pericia debía buscar Harris. “Se acordó que Martin Harris lo seguiría tan pronto como José tuviera suficiente tiempo para transcribir el alfabeto egipcio, el cual el Sr. Harris debía llevar al este y por todo el país en todas direcciones, a todos los que se profesaran lingüistas, para darles la oportunidad de mostrar sus talentos.”

Se ha escrito mucho sobre la llamada transcripción Anthon que Harris llevó consigo a Nueva York: quién la escribió, qué tipo de caracteres representaba, si constituía una traducción real y, de ser así, qué podría

haber dicho. Hasta hace poco, la noción predominante era que este documento (véase fig. 1), ahora conservado en los archivos de la Comunidad de Cristo en Independence, Misuri, era el mismo pedazo de papel que Harris mostró a Anthon y a otros en la ciudad de Nueva York en 1828.

B. H. Roberts ha argumentado que, en el mejor de los casos, el manuscrito de la Comunidad de Cristo, que contiene solo siete líneas horizontales, era “un fragmento” de lo que se presentó a Anthon y Mitchell, y ciertamente no un manuscrito de traducción en el verdadero sentido de la palabra. Otros relatos mencionan columnas paralelas y una segunda transcripción que contenía la traducción. Según Charles Anthon, el documento que él vio mostraba letras en “columnas perpendiculares” al “modo de escritura chino”, lo que indica columnas verticales, no horizontales. También recordaba que “todo terminaba en una tosca representación del zodiaco mexicano.” Nada de eso aparece en la copia conservada por la Comunidad de Cristo. Si la memoria de Anthon es correcta, resulta prácticamente imposible afirmar con certeza que la transcripción Anthon sea la misma que él vio en 1828.

Lucy Mack Smith afirma en su relato que Harris debía buscar lingüistas “en todas direcciones.” Tres de sus contemporáneos dejan claro que primero se detuvo en Albany, la capital del Estado del Imperio, antes de continuar por el valle del río Hudson hacia Nueva York. William W. Phelps dijo que Harris “fue a la ciudad de Nueva York pasando por Utica y Albany.” Pomeroy Tucker, quien había vendido el periódico *Wayne Sentinel* y su imprenta a E. B. Grandin en 1827, recordó que Harris “buscó... la interpretación y el análisis bibliográfico de eruditos como el Honorable Luther Bradish, el Dr. Mitchell, el Prof. Anthon y otros.” John H. Gilbert, Jr., tipógrafo del Libro de Mormón en la imprenta de E. B. Grandin en Palmyra, recordó muchos años después que Harris “se detuvo en Albany y visitó al vicegobernador Bradish—con qué éxito no lo sé. Luego continuó a Nueva York y visitó al Prof. C. Anthon.”

La razón por la que Harris eligió ver a Bradish es un tema de considerable interés. Basta decir que las familias Bradish y Harris habían sido ciudadanos bien establecidos de Palmyra durante muchos años, que por tanto los dos hombres se conocían, que Bradish se había convertido en un exitoso abogado de Wall Street y miembro de la Asamblea del Estado de Nueva

York en ese tiempo, y que era un hombre de recursos e influencia, en posición de posiblemente ayudar con los costos de impresión del Libro de Mormón. Además, Bradish había vivido en Egipto como agente especial del gobierno estadounidense pocos años antes, durante la “Guerra de los Cónsules” entre las expediciones británica y francesa en el Alto Nilo. En consecuencia, sabía más que un poco sobre zodiacos, manuscritos, jeroglíficos egipcios y el estado actual de la investigación en Egipto. Cualquier transcripción que pretendiera mostrar caracteres del egipcio reformado o antiguo habría sido de interés para este conciudadano de Harris en Palmyra.

Además, Bradish conocía el negocio de la imprenta, y una palabra alentadora de su parte podía abrir muchas puertas. Por ejemplo, ahora sabemos que Bradish no solo conocía bien a la familia Grandin en Palmyra; también era agente literario de James Fenimore Cooper, autor de *The Pioneers*, *Leatherstocking* y otras novelas de la frontera que entonces gozaban de gran popularidad. También conocía muy bien a Washington Irving. En consecuencia, Bradish conocía a Isaac Carey e Isaac Lea, conocidos editores de libros en Filadelfia, y estaba en una posición ideal para ayudar a Harris con la publicación de cualquier manuscrito americano valioso, particularmente uno que hablara de los indios americanos. Si Harris estaba buscando a alguien que pudiera abrirlle puertas en Nueva York y Filadelfia, alguien que pudiera ayudarle a financiar la impresión del libro o encontrar editores para él, Bradish era el hombre perfecto a quien acudir.

Es probable que los dos hombres se hayan reunido en Albany ese mes de febrero, ya que la legislatura estaba entonces en sesión. Es razonable concluir que conversaron sobre Palmyra, Grandin, José Smith y su labor de traducción, Egipto y otros temas. Muy probablemente Harris le mostró los caracteres que José Smith había transscrito. La naturaleza precisa de su conversación aún está por descubrirse, pero no hay indicios de que Bradish haya prometido ningún tipo de apoyo financiero. Astuto abogado, político y hombre de negocios, Bradish tenía muchos amigos en Palmyra, y apoyar a Harris en una empresa editorial financieramente incierta y altamente debatida podría hacerle perder credibilidad y respaldo, especialmente cuando otros en Palmyra también le estaban solicitando ayuda financiera en ese momento. En su lugar, Bradish probablemente recomendó—ya que

conocía bien la ciudad—que, una vez en Nueva York, Harris visitara al principal naturalista del país: el profesor Samuel L. Mitchill.

Cuáquero de nacimiento, “más bien bajo y tendiente a la corpulencia”, de rostro lleno con una prominente papada y “una expresión agradable y abierta”, Mitchill era, en 1828 a sus sesenta y cuatro años, considerado por presidentes y mendigos, agricultores y pescadores, como una de las mentes y eruditos más grandes de América. Hombre del pueblo y amigo de todas las clases, poseía una curiosidad insaciable y “una inclinación hacia... los nuevos descubrimientos.” Su puerta siempre estaba abierta, pues se deleitaba en aprender de todos, sin importar su posición en la vida.

Mitchill también era ampliamente conocido por su “gabinete mitchilliano” de especímenes de plantas, semillas y animales provenientes de todo el mundo. Sus intereses científicos no conocían límites. John Randolph lo llamó “un caos de conocimiento”, y Félix Pascali lo describió como “un árbitro de todos los méritos, invenciones, descubrimientos, proyectos, artes [y] ciencias.” Entre sus colegas era conocido como el “Néstor de la ciencia americana”, una “biblioteca ambulante” y “el Oráculo délfico de Nueva York”. Incluso el presidente Thomas Jefferson se refería a él como “el diccionario del Congreso”, admirándolo profundamente por su conocimiento de las ciencias naturales.

Sin embargo, antes de ofrecer su opinión experta sobre los caracteres escritos que Harris llevó consigo, Mitchill amablemente lo remitió a su colega, el joven y prometedor erudito en lingüística, el profesor Charles Anthon (1797–1867), de treinta y un años, AB, LLD. Nacido en la ciudad de Nueva York, Anthon comenzó sus estudios de griego y latín en Columbia a la edad de solo catorce años. A los veintitrés, obtuvo un puesto como profesor de lenguas en la misma universidad. Su célebre edición del *Diccionario clásico* de Lemprière, publicada por primera vez en 1825, ya lo había posicionado como un prometedor académico clásico. Sin embargo, en 1828 no era más que profesor adjunto de griego y latín, más un consumado gramático que un prestigioso erudito. Su primera pasión eran los clásicos, especialmente las obras de Homero y Heródoto. Aunque dominaba el griego, el latín, el alemán y el francés de manera sobresaliente, hay pocos indicios de que tuviera conocimientos significativos sobre egipcio, hebreo u otro idioma del Medio Oriente. Debido a su amor por los idiomas, probablemente estaba al tanto del

creciente interés por los jeroglíficos egipcios y de los recientes desciframientos de los escritos egipcios antiguos en la Piedra de Rosetta por parte del magnífico lingüista francés Jean-François Champollion. Y, aunque es razonable concluir que pudo haber estado interesado en las lenguas del antiguo Cercano Oriente, Anthon de ninguna manera era un erudito en ese campo. Por la fuerza de su personalidad brusca, afirmaba saber más de lo que realmente sabía en esa área.

Cuando Anthon le cerró la puerta a Harris, Mitchill lo recibió nuevamente y avaló lo que Harris le mostró por al menos dos razones. Al igual que Anthon, Mitchill era un lingüista que había estudiado las lenguas orientales, los idiomas clásicos griego y latín, y era un estudioso de muchas lenguas indígenas americanas, jeroglíficos y dialectos nativos. También conocía la gran obra de Champollion.

Pero, a diferencia de su joven colega, Mitchill llevaba varios años estudiando los orígenes de los pueblos indígenas americanos y había desarrollado meticulosamente su propia teoría de las “dos razas” en la antigua América. Por lo tanto, su interés en la historia de los antiguos indígenas americanos se encontraba en su punto más alto cuando Harris le mostró las transcripciones.

El profesor Mitchill, de hecho, había llegado a la conclusión de que “tres razas —malayos, tártaros y escandinavos— contribuyen a conformar la población americana.” Creía que los tártaros (como llamaba al grupo originario) provenían principalmente del noreste de Rusia y China. También había concluido que otra gran raza de personas había coexistido antiguamente en América —una “raza más delicada”— que él creía originaria de las islas polinesias del Pacífico Sur. A este pueblo lo llamaba australasiános o malayos. Sin embargo, estos fueron finalmente dominados y exterminados por los más feroces y belicosos tártaros o asiáticos orientales del norte —los antepasados de muchos de los indígenas norteamericanos— y se habían extinguido hacia ya mucho tiempo. Mitchill había llegado a la conclusión de que ellos

probablemente fueron vencidos por las hordas más belicosas y feroces que ingresaron a nuestro hemisferio desde el noreste de Asia. Estos tártaros de las latitudes superiores han salido del gran panal de naciones y han asolado, en el curso de sus migraciones, a las tribus del sur de América, tal

como lo han hecho con las de Asia y Europa. La mayor parte de los nativos norteamericanos son de estirpe tártara, descendientes de los guerreros rudos que destruyeron a los malayos más débiles que los precedieron.

Mitchill sostenía que los indígenas “iroqueses” eran de “descendencia tártara, quienes expulsaron o destruyeron a los antiguos poseedores de las tierras fértilles que se extendían desde el Lago Ontario hacia el suroeste hasta el río Ohio.” Continuó argumentando que las grandes batallas finales entre estos pueblos en conflicto habían ocurrido en el norte del estado de Nueva York, a pocos kilómetros al sureste de Rochester y no lejos de Palmyra, el hogar de Harris.

Probablemente fue por estas razones —y quizás por otras— que Mitchill mostró un profundo interés en la transcripción de los caracteres que Harris le mostró. Si escribió algo o no para respaldar la veracidad de los caracteres, aún se desconoce; sin embargo, ahora sabemos lo que los dos hombres se dijeron mutuamente. Según el diario de 1831 del periodista neoyorquino Gordon Bennett —probablemente el relato más antiguo de la visita de Harris a Nueva York—,

Él [Harris] llevó los grabados de las planchas a Nueva York — se los mostró al profesor Anthon, quien dijo que no sabía en qué idioma estaban — Le dijo que se los llevara al Dr. Mitchell. El doctor Mitchell los examinó y los comparó con otros jeroglíficos — los consideró muy curiosos — dijo que eran los caracteres de una nación ahora extinta, la cual él nombró.

Según Bennett, los dos hombres no intercambiaron ningún tipo de traducción de los caracteres. Si Harris tenía una en su posesión, Mitchill nunca la vio. Sin embargo, ahora está claro que Harris mostró al sabio anciano de Columbia y “Néstor de la ciencia americana” los caracteres que había traído consigo desde Palmyra. Mitchill, después de estudiarlos cuidadosamente y compararlos con los jeroglíficos que tenía en su poder, los identificó como pertenecientes al lenguaje de un antiguo pueblo americano.

La declaración de Anthon de que no podía leer un “libro sellado” ganó notoriedad y difusión entre los misioneros mormones en los primeros días de la Iglesia. Además, los líderes y eruditos de la Iglesia han hecho referencia a las palabras de Anthon en muchas ocasiones desde entonces. De manera notable, LeGrand Richards, en su obra más vendida *Una obra*

maravillosa y un prodigo, una introducción a la Restauración para millones de investigadores del mormonismo, declaró con firmeza que cuando el profesor Anthon dijo: “No puedo leer un libro sellado”, no se dio cuenta de que estaba cumpliendo literalmente la profecía de Isaías que se encuentra en el capítulo veintinueve del libro de Isaías.

Además del encuentro con Anthon, aquellos interesados en la venida del Libro de Mormón deben reconocer que hay más en esta historia. Es probable que haya sido el profesor Mitchill, gracias a la recomendación tanto del licenciado Luther Bradish como del propio Charles Anthon, quien dio la corroboración académica más sólida que Harris buscaba en aquel invierno de 1828. Al regresar a casa en Palmyra, con la historia de una profecía cumplida por un lado y, por otro, con la aprobación de todo lo que Anthon pudo haber dicho por parte del principal naturalista de América, Harris estaba listo para aportar los medios financieros necesarios para publicar el *Libro de Mormón*.

Los Once Testigos

Steven C. Harper

Steven C. Harper era historiador en el Departamento de Historia de la Iglesia de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días cuando escribió este artículo.

Durante la primavera de 1829, José Smith tradujo y dictó el texto del Libro de Mormón, haciendo pausas ocasionales para predicar a vecinos que se acercaban con preguntas. Para mediados de junio de 1829, José supo del propósito del Señor de proporcionar tres testigos de las planchas de oro y, aparentemente, completó la traducción mediante las palabras de Moroni dirigidas a sus hermanos lamanitas. El escriba Oliver Cowdery había escrito lo que llegarían a ser las primeras páginas del libro, escuchando a Nefi presentarse a sí mismo, a su familia y a sus diversos juegos de planchas (véase DyC 5:11–15, 24–26; Éter 5:4).

Cuando la traducción se acercaba a su final, José aprendió más sobre el plan de largo plazo del Señor para mostrar las planchas a testigos escogidos. “En aquel día en que se entregue el libro al hombre de quien he hablado”, dijo José a su escriba, citando a Nefi, quien a su vez citaba la revelación del Señor a Isaías, “el libro será ocultado a los ojos del mundo, y nadie lo verá sino los tres testigos, por el poder de Dios, además de aquel a quien se entregue el libro; y ellos testificarán de la verdad del libro y de las cosas que en él hay”. Nadie más lo vería, continuó el Señor, “sino algunos pocos, según la voluntad de Dios, para testificar de su palabra” (véase 2 Nefi 27:12–13).

A medida que se acercaba la finalización de la traducción, Oliver Cowdery y David Whitmer, junto con Martin Harris —quien había venido desde

Palmyra hasta la casa de los Whitmer en Fayette, Nueva York, para verificar el progreso de la traducción— comenzaron a suplicar ser los Tres Testigos. José consultó al Señor y miró en las piedras, recibiendo una respuesta afirmativa: si confiaban plenamente en el Señor y comprendían que se comprometían a testificar, podrían ver. Para Martin, había una condición adicional: el requerimiento de la revelación anterior (véase DyC 5:24). “Hoy debes humillarte ante tu Dios”, le dijo José, “y obtener si es posible el perdón de tus pecados”.

José condujo a los tres hombres al bosque, donde se arrodillaron juntos y, por turnos, pidieron a Dios que les mostrara las planchas. Pero no sucedió. Ni en la primera oración, ni en la segunda. No fue sino hasta que Martin se levantó y confesó que él era la razón por la cual los cielos permanecían cerrados. Se apartó de los otros para adentrarse más en el bosque, y entonces se abrió la visión que los hombres buscaban. José testificó que un ángel se presentó ante ellos con las planchas en sus manos, pasando las hojas una por una para que pudieran ver la escritura grabada. Oliver y David declararon después: “Un ángel de Dios descendió del cielo y trajo y puso ante nuestros ojos, de modo que contemplamos y vimos las planchas y los grabados que había en ellas”.

Después, José siguió el camino de Martin y lo encontró orando, contrito, cumpliendo con las instrucciones que había recibido. Cuando Martin vio a José, le pidió que se uniera a su ferviente oración para que pudiera tener la misma experiencia. Su oración estaba apenas a medio pronunciar, dijo José, cuando “la misma visión se abrió ante nuestra vista”, y él oyó y vio al mismo ángel con las planchas grabadas, mientras Martin comenzaba a llorar de gozo, diciendo: “Mis ojos han visto, mis ojos han visto”.

Más tarde, José mostró las planchas a su padre, a sus hermanos Hyrum y Samuel, y a varios de los hermanos de David: Christian, Jacob, Peter y John, así como al esposo de la hermana de David, Catherine, llamado Hiram Page; cada uno de ellos manipuló las planchas por sí mismo, y luego testificaron que vieron las planchas que José tenía, las levantaron y examinaron sus grabados. Entonces, cuando José terminó de traducir, devolvió las planchas al ángel y reunió a los testigos y a sus familias para una velada de testificación y celebración. “Bendigo a Dios con la sinceridad de mi alma”, dijo Martin, “porque se ha dignado hacerme, incluso a mí, un testigo de la grandeza de su obra”. Oliver y David añadieron sus amén.

(Para otros testigos menos formales, véase el capítulo de Amy Easton-Flake y Rachel Cope en este volumen.)

Evaluación de los Testigos del Libro de Mormón

Los testimonios de los Tres y de los Ocho Testigos, impresos en cada ejemplar del Libro de Mormón, constituyen algunas de las evidencias más convincentes a favor de su revelación y traducción milagrosas. Es notable contar con las declaraciones juradas de once hombres sobre la existencia de las planchas de oro, incluyendo a tres que testificaron haber presenciado una visitación angélica. Los tres las vieron, y los ocho las “alzaron” con sus propias manos. Para los creyentes, eso se aproxima a una prueba de las afirmaciones milagrosas de José Smith. Sin embargo, algunos han cuestionado la naturaleza de las experiencias de los testigos, argumentando que fueron sobrenaturales y visionarias. Según este argumento, los testigos no vieron ni tocaron artefactos antiguos como vemos o tocamos árboles o sillas, sino que vieron únicamente a través de unos poco fiables “ojos espirituales”, invalidando así sus declaraciones.

Los defensores de esta tesis citan a visionarios como el propio José Smith, quien habló de ver con un “ojo de la fe” y distinguió entre los tipos de visión realizados con “ojos espirituales” y “ojos naturales”. Afirman que Martin Harris vio sólo “con el ojo espiritual” y se basan en relatos de segunda mano que afirman que Harris negó haber visto los artefactos del Libro de Mormón con sus ojos naturales. Los escépticos también señalan razones para sospechar del testimonio de los Ocho Testigos, citando la declaración de 1838 de Stephen Burnett, quien aseguró que Martin Harris dijo que “los ocho testigos nunca los vieron”. La sugerencia de que los Ocho Testigos nunca vieron ni alzaron realmente las planchas, y que los Tres Testigos las vieron únicamente de forma sobrenatural, lleva a algunos a preguntarse si los testigos vieron algo sustancial en absoluto, abriendo la posibilidad de cuestionar la existencia misma de las planchas y la veracidad del Libro de Mormón.

La evidencia que dejaron los testigos del Libro de Mormón es rica, variada e irregular, e incluye lo siguiente: La declaración documentada más temprana de los Tres Testigos —Oliver Cowdery, David Whitmer y Martin Harris— es su testimonio en la letra de Oliver Cowdery, posteriormente publicado en la edición de 1830 del Libro de Mormón. En cuanto a los Ocho Testigos, su

testimonio aparece en el manuscrito del impresor del Libro de Mormón, también en la letra de Oliver Cowdery. El registro histórico conocido incluye declaraciones directas de dos de los Tres Testigos y de tres de los Ocho Testigos que afirman sus testimonios originales. Además, existen declaraciones de personas que escucharon —o escucharon acerca de— uno o más testigos describiendo sus experiencias.

Este último tipo de evidencia es tanto el más abundante como el más problemático, porque se trata de testimonios de oídas. No es conocimiento personal de un testigo, sino filtrado a través de otra persona. Estas declaraciones fueron escuchadas, escritas y, en algunos casos, publicadas por personas con intereses personales en afirmar o desacreditar la veracidad del Libro de Mormón. Estas declaraciones tienen mayor valor como evidencia de cómo distintas personas han optado por interpretar y responder a los testigos del Libro de Mormón. Desde una perspectiva histórica, tienen menos valor como evidencia de lo que los testigos realmente experimentaron. La mejor evidencia proviene de las declaraciones directas de los testigos.

Para llegar a un juicio independiente, quienes buscan la verdad necesitan examinar la evidencia por sí mismos y sacar sus propias conclusiones sobre su significado e importancia. Este capítulo está diseñado para facilitar ese proceso al proporcionar las declaraciones de los testigos que no se encuentran en el Libro de Mormón, y luego presentar una muestra de la amplia variedad de relatos de segunda mano. Posteriormente, con especial atención a la suposición de que ver con ojos espirituales invalida el testimonio de una persona, analizaré las declaraciones como historiador que elige creer en los testimonios de los testigos del Libro de Mormón, y concluiré con una invitación a mis lectores a unirse a mí en tomar esa decisión informada.

La historia de José Smith es la fuente histórica principal que relata cómo el Libro de Mormón profetizó la existencia de testigos, cómo recibió una revelación posterior invitando a Oliver Cowdery, David Whitmer y Martin Harris a convertirse en los Tres Testigos (véase DyC 17), y cómo, después de que un ángel les mostrara las planchas, otros ocho hombres se reunieron para verlas y levantarlas por sí mismos. Las memorias posteriores de la madre de José presentan una versión más tardía del relato temprano de José.

Además de la historia de José y las declaraciones de los Tres y de los Ocho Testigos que aparecen en el Libro de Mormón, existen algunas declaraciones directas de los testigos en las que afirman su experiencia de junio de 1829 al ver las planchas. Por ejemplo, Martin Harris escribió a Hannah Emerson en 1870:

“Con respecto a las planchas, afirmo que el ángel me mostró las planchas que contenían el Libro de Mormón. Además, la traducción que llevé al profesor Anthon fue copiada de esas mismas planchas; también, que el profesor testificó que era una traducción correcta. Creo firmemente y sé que José Smith fue un profeta de Dios; porque sin ello no podría haber tenido ese don; ni podría haber traducido lo mismo. Puedo proporcionar, si así lo desea, cien testigos como prueba del Libro de Mormón.”

David Whitmer escribió *Un Mensaje a Todos los Creyentes en Cristo* en 1881 en respuesta a lo que consideraba una tergiversación de su testimonio por parte de John Murphy. Haciendo eco de la declaración de los Tres Testigos en el Libro de Mormón, David escribió:

UNA PROCLAMACIÓN. A todas las Naciones, Lenguas y Pueblos, a quienes lleguen estas palabras:

Habiéndose afirmado por parte de un tal John Murphy, de Polo, Condado de Caldwell, Misuri, que yo, en una conversación con él el verano pasado, negué mi testimonio como uno de los tres testigos del “LIBRO DE MORMÓN”.

Por tanto, con el fin de que él pueda entenderme ahora, si no lo hizo entonces; y para que el mundo conozca la verdad, deseo ahora, como si estuviera, por así decirlo, en el ocaso mismo de la vida, y con temor de Dios, hacer de una vez por todas esta declaración pública:

Que nunca he negado en ningún momento ese testimonio ni ninguna parte del mismo, que ha sido publicado desde hace tanto tiempo junto con ese Libro, como uno de los tres testigos. Aquellos que mejor me conocen, bien saben que siempre me he mantenido fiel a ese testimonio. Y para que ningún hombre sea engañado o dude de mis opiniones actuales al respecto, afirmo nuevamente la verdad de todas mis declaraciones, tal como fueron hechas y publicadas entonces.

«El que tiene oídos para oír, oiga»; ¡no fue una ilusión! Lo que está escrito, está escrito, y el que lee, entienda.

Como el último sobreviviente de los Tres Testigos, David Whitmer habló en nombre de todos ellos en 1887: "Diré una vez más a toda la humanidad que nunca en ningún momento he negado ese testimonio ni parte alguna del mismo. También testifico al mundo que ni Oliver Cowdery ni Martin Harris jamás en ningún momento negaron su testimonio. Ambos murieron reafirmando la verdad de la autenticidad divina del Libro de Mormón. Estuve presente en el lecho de muerte de Oliver Cowdery, y sus últimas palabras fueron: 'Hermano David, sé fiel a tu testimonio del Libro de Mormón'".

Además de su testimonio formal en el Libro de Mormón, tres de los Ocho Testigos dejaron constancia escrita de su experiencia. Hiram Page fue azotado en el condado de Jackson, Misuri, en 1833 por profesar el mormonismo. Abandonó la actividad en la Iglesia en 1838 y en 1847 escribió a William McLellin. En cuanto al Libro de Mormón, afirmó:

"Sería hacerme una injusticia a mí mismo y a la obra de Dios de los últimos días, decir que pude saber que algo era verdadero en 1830, y saber que lo mismo era falso en 1847. Decir que mi mente fue tan traicionera como para haber olvidado lo que vi. Decir que un hombre con la capacidad de José, quien en ese tiempo no sabía cómo pronunciar la palabra Nefi, podría haber escrito un libro de seiscientas páginas, tan correcto como el Libro de Mormón, sin un poder sobrenatural. Y decir que aquellos santos ángeles que vinieron y se mostraron ante mí mientras caminaba por el campo, para confirmarme en la obra del Señor de los últimos días —tres de los cuales vinieron a mí después y cantaron un himno en su propio idioma puro—. Sí, sería tratar con desprecio al Dios del cielo negar estos testimonios, junto con muchos otros que no mencionaré aquí".

Después de escapar de la cárcel en Liberty, Misuri, Hyrum Smith, otro de los Ocho Testigos, escribió en 1839: "Habiendo dado mi testimonio al mundo sobre la verdad del Libro de Mormón, la renovación del convenio eterno y el establecimiento del Reino de los cielos en estos últimos días; y habiendo sido sometido a grandes aflicciones y angustias por causa de lo mismo, pensé que podría ser fortalecedor para mis amados hermanos

darles un breve relato de mis sufrimientos, por causa de la verdad.” Como parte del relato que sigue, Hyrum resumió lo que había sufrido y por qué.

“Doy gracias a Dios de haber sentido la determinación de morir antes que negar las cosas que mis ojos han visto, que mis manos han tocado, y de las que he dado testimonio dondequiera que haya sido mi destino; y puedo asegurar a mis amados hermanos que fui capacitado para dar un testimonio tan firme, cuando no se presentaba otra cosa sino la muerte, como el que jamás haya dado en mi vida.”

La historia de José Smith menciona que John Whitmer, otro de los Ocho Testigos, ayudó mucho como escribiente durante la traducción del Libro de Mormón. Escribiendo posteriormente como historiador de la Iglesia, John escribió en tercera persona que su hermano “David Whitmer, Oliver Cowdery y Martin Harris fueron los Tres Testigos, cuyos nombres están adjuntos al Libro de Mormón conforme a la predicción del Libro, quienes supieron y vieron con certeza, en cuya presencia vino el ángel de Dios y les mostró las planchas, la bola, los directores, etc. Y también otros testigos, incluso ocho, a saber: Christian Whitmer, Jacob Whitmer, John Whitmer y Peter Whitmer hijo, Hiram Page, José Smith, Hyrum Smith y Samuel H. Smith, son los hombres a quienes José Smith, hijo, mostró las planchas; los nombres de estos testigos también van adelante como testimonio de la verdad de esta obra en los últimos días. Para convencimiento o condenación de esta generación en los últimos días.”

En 1836, John escribió además: “No tengo ninguna duda en decir que el Libro de Mormón es una revelación de Dios, sino que con toda confianza he firmado mi nombre como tal.” Esta fue la última editorial de John en su función como editor del periódico de la Iglesia, y pidió indulgencia a sus lectores al hablar libremente sobre el tema. “Deseo testificar”, escribió, “a todos los que lleguen al conocimiento de esta declaración, que con toda certeza he visto las planchas de las cuales se tradujo el Libro de Mormón, y que he manejado esas planchas, y sé con certeza que José Smith hijo tradujo el Libro de Mormón por el don y el poder de Dios.” Tres décadas después, John y su hermano David eran los únicos dos testigos del Libro de Mormón que aún vivían. En ese momento, apenas dos años antes de su propia muerte, John respondió a una persona que preguntó sobre su testimonio. John respondió: “Nunca he oído que alguno de los tres u ocho

testigos haya negado el testimonio que dieron sobre el Libro tal como fue publicado en la primera edición del Libro de Mormón.”

Estas declaraciones en primera persona de los testigos del Libro de Mormón son ampliamente superadas en número por testimonios de segunda mano de personas que informan lo que oyeron decir sobre los testimonios. El testimonio de oídas es una evidencia problemática. Por su propia naturaleza, no puede verificarse. Además, los relatos de segunda mano son inconsistentes. Lo que supuestamente dijeron los testigos en un relato difiere del siguiente. Los historiadores valoran el testimonio de oídas por lo que revela sobre cómo las personas y los acontecimientos fueron interpretados por otros, pero no es evidencia confiable para interpretar a las personas y los acontecimientos desde el principio. La evidencia secundaria no es confiable para reconstruir las experiencias de los testigos ni para establecer lo que realmente dijeron. Aunque gran parte del testimonio de oídas declara inequívocamente que los testigos vieron o alzaron las planchas, parte de él oscurece ese punto. Los relatos de segunda mano muestran que la fe de uno en los testigos del Libro de Mormón —o la falta de ella— no se basa simplemente en oír los testimonios de los testigos, sino en cómo uno elige recibir y comprender esos testimonios.

Los creyentes en el Libro de Mormón escucharon a los testigos declarar que las planchas eran reales y que el Libro de Mormón era verdadero. Sally Bradford Parker escribió acerca de haber escuchado a Hyrum Smith: “Dijo que solo tenía dos manos y dos ojos. Dijo que había visto las planchas con sus ojos y las había manipulado con sus manos.” Theodore Turley escribió que escuchó a John Whitmer decir: “Ahora digo que manipulé esas planchas. Había grabados finos en ambos lados. Las manipulé.” Joshua Davis escuchó a John declarar: “Yo, con mis propios ojos, vi las planchas de las cuales se tradujo el Libro de Mormón.” Daniel Tyler escuchó a Samuel Smith decir que “él las había manipulado y visto los grabados que había en ellas.” Alguien recordó haber oído a Martin Harris decir: “Sé que José Smith fue un verdadero profeta de Dios. [...] Sé que el Libro de Mormón fue traducido divinamente. Vi las planchas; vi al ángel; oí la voz de Dios; sé que el Libro de Mormón es verdadero.”

Una amplia variedad de personas no creyentes en el Libro de Mormón (incluyendo periodistas, misioneros protestantes y Santos de los Últimos

Días que habían perdido la fe) afirmaron haber escuchado a los testigos declarar algo distinto a que las planchas eran reales y que el Libro de Mormón era verdadero. En 1838, los miembros disidentes de la Iglesia Stephen Burnett y Warren Parrish escribieron haber escuchado a Martin Harris negar que hubiera visto las planchas con sus ojos naturales, o que los Ocho Testigos las hubieran visto en absoluto, o que José alguna vez las hubiera tenido. Parrish escribió que Martin Harris “por fin lo ha confesado, y dice que nunca vio las planchas, de las cuales se supone fue traducido el libro, sino en visión; y además dice que cualquier hombre que diga haberlas visto de otra forma es un mentiroso, sin excluir a José.” John Murphy escribió que había entrevistado a David Whitmer, quien reconoció que su testimonio no era más que una impresión.

Los testigos del Libro de Mormón respondieron a estos testimonios de oídas con aclaraciones. Cuando se enteró de cómo Burnett y Parrish estaban interpretando sus declaraciones, Martin Harris “se levantó y dijo que lamentaba por cualquier hombre que rechazara el Libro de Mormón, porque él sabía que era verdadero.” Él mantuvo su fe y comprendía lo que había dicho de manera distinta a como lo entendieron Stephen Burnett y Warren Parrish, como reconoció el propio Burnett. “Nadie me oyó jamás de ninguna manera negar [...] la ministración del ángel que me mostró las planchas”, escribió más tarde Harris. David Whitmer escribió y publicó un folleto en respuesta a Murphy en 1881, en el cual afirmó cuán literalmente creía en su testimonio tal como está expresado en el Libro de Mormón. Ese mismo año, Whitmer escribió “Algunas correcciones” al editor del *Kansas City Journal*, el cual lo había tergiversado.

Como un converso temprano en Ohio, Stephen Burnett sintió el Espíritu Santo y el deseo de llevar el evangelio a sus familiares. Guió a sus padres hacia la Iglesia y respondió con éxito a llamados misionales revelados (véase DyC 75:35; 80). Fue “el primero que anunció las buenas nuevas del evangelio eterno” en Dalton, Nuevo Hampshire. Pero para 1838, Burnett se sentía completamente desilusionado. Sentía que había intentado, sin éxito, recuperar el Espíritu Santo. Finalmente, “proclamó que toda revelación es mentira” y abandonó la Iglesia. Burnett escribió con franqueza a Lyman Johnson, explicando sus decisiones: “Mi corazón se enferma dentro de mí al reflexionar sobre la manera en que nosotros, junto con muchos de esta Iglesia, hemos sido guiados y las pérdidas que hemos sufrido, todo por

medio de dos hombres en quienes depositamos una confianza implícita”, escribió, refiriéndose a José Smith y Sidney Rigdon. Sentía que José había usado su influencia para obtener beneficios financieros y que había profetizado falsedades. Continuó su conmovedor relato:

He reflexionado largo y deliberadamente sobre la historia de esta Iglesia y he sopesado la evidencia a favor y en contra —reacio a abandonarla—, pero cuando llegué a escuchar a Martin Harris declarar en una congregación pública que nunca vio las planchas con sus ojos naturales, solo en visión o en la imaginación, que ni Oliver ni David tampoco las vieron, y también que los ocho testigos nunca las vieron y dudaron en firmar ese documento por esa razón, pero fueron persuadidos a hacerlo, el último pedestal cedió, a mi juicio, nuestros cimientos fueron socavados y toda la superestructura cayó en un montón de ruinas. Por lo tanto, hace tres semanas, en la Capilla de Piedra, di una historia completa de la Iglesia desde que la conocí, la predicación y profecía falsas de José, junto con las razones por las cuales tomé el rumbo que estaba resuelto a seguir, y renuncié al Libro de Mormón con todo el escenario de mentiras y engaños practicados por J. S. y S. R. en esta Iglesia, creyendo, como sinceramente creo, que todo es un engaño malvado impuesto sobre nosotros sin que lo notáramos. Fui seguido por W. Parrish, Luke Johnson y John Boynton, todos los cuales coincidieron conmigo; después de que terminamos de hablar, M. Harris se levantó y dijo que lamentaba por cualquier hombre que rechazara el Libro de Mormón, porque él sabía que era verdadero.

Burnett nos dejó una metáfora rica al describir su fe como un edificio cuyo cimiento se había hecho añicos, dejando solo un montón de ruinas. Aquellos que comparten su experiencia saben a lo que se refiere.

Una estrategia para sobrellevar la pérdida devastadora es extraer lo que queda del montón de ruinas e intentar reconstruir algo que tenga sentido. Burnett y otros desde entonces han escarbado en el cúmulo de declaraciones hechas por y sobre los testigos del Libro de Mormón y han elaborado una manera alternativa de interpretar los testimonios de los once testigos oculares. Aquellos cuya fe en sus propias experiencias espirituales se ha hecho pedazos, dudan de que los testigos hayan tenido experiencias espirituales auténticas y, por lo tanto, buscan explicaciones alternativas para sus testimonios. Reconociendo que “Harris y otros [...] aún creen en el Libro de Mormón”, Burnett escribió:

“Estoy plenamente convencido, en lo que a mí respecta, de que si los testigos cuyos nombres están adjuntos al Libro de Mormón nunca vieron las planchas —como admite Martin—, entonces no puede presentarse prueba alguna de que tal cosa haya existido jamás, pues se dice en la página 171 del libro de Doctrina y Convenios [DyC 17:5] que los tres deben testificar que vieron las planchas así como José Smith Jr., y si ellos las vieron espiritualmente o en visión con los ojos cerrados —J S Jr. nunca las vio de otra manera— y si es así, entonces las planchas fueron solo visionarias.”

Llama la atención la triple aparición de la palabra *si* en la declaración de Burnett. Construyó su interpretación de los testigos basándose en hipótesis: si los testigos nunca vieron las planchas, como él creía que Martin Harris había dicho, y si José nunca las vio, entonces eran solo visionarias. Después de escuchar a Burnett exponer ese razonamiento, Martin Harris afirmó sin ambigüedad, en contraste, que las planchas eran reales. Harris no deseaba ser entendido como lo entendía Burnett.

Los relatos de segunda mano como el de Burnett han sido útiles para otros a la hora de construir una alternativa creíble a las declaraciones directas de los testigos. Grant Palmer escribió acerca de cómo su fe juvenil fue socavada por dudas posteriores. Su capítulo sobre los testigos del Libro de Mormón expresa sus dudas sobre la autenticidad de los relatos de los testigos incluidos en el Libro de Mormón, y en su lugar se apoya en los relatos de oídas, donde encuentra ciertos indicios que le permiten concluir que los testigos creían haber experimentado las planchas, pero en realidad no lo habían hecho. Esta explicación resulta atractiva para algunos porque no descarta por completo los poderosos testimonios de los testigos del Libro de Mormón, pero los clasifica como irreales.

Aquellos que sospechan que sus propios ojos espirituales les juegan malas pasadas, encuentran difícil creer que los testigos hayan visto algo con sus ojos espirituales. Para estas personas, las promesas de que los testigos verían las planchas con ojos de fe suenan ajenas, y se consideran mejor como artefactos de una época pasada en la que mucha gente creía poder ver cosas que en realidad no eran reales. No pueden confiar en los testigos del Libro de Mormón. Literalmente, les resulta más fácil confiar en los testimonios de oídas que en las declaraciones directas. Grant Palmer y Dan Vogel, repetidamente, optan por dar mayor peso a ciertos testimonios de

oídas que a las declaraciones directas de los testigos. Tales decisiones llevaron a Palmer a concluir que los testigos “parecen haber visto los registros con sus ojos espirituales e inspeccionado los mismos en el contexto de una visión, aparentemente sin haberlos poseído ni tocado jamás” (énfasis añadido).

En sus declaraciones formales, en otras afirmaciones directas, y aun en algunos relatos de oídas, los testigos del Libro de Mormón no hablaban de esa manera. No dijeron que *aparentemente* vieron, o que *parecen haber visto*. Una y otra vez, testifican que *vieron*. Cuando sus declaraciones fueron tergiversadas, interpretadas como visionarias y por lo tanto irreales, reafirmaron la autenticidad de su experiencia. Algunos de ellos dejaron constancia escrita de su certeza respecto a la realidad de las planchas y su traducción divina. Ninguno dejó registro de dudas sobre estos asuntos. Los escépticos descartan selectivamente las declaraciones más tempranas y directas de los testigos y prefieren relatos como la hipótesis alternativa de Burnett. Rechazan la evidencia directa y aceptan selectivamente parte del testimonio de oídas. Confunden.

El registro histórico describe una combinación rica y compleja de lo que un erudito llamó la “realidad artefactual” del Libro de Mormón contemplada con ojos de fe. En efecto, las declaraciones de los Tres y de los Ocho Testigos parecen mezclar y entrelazar deliberadamente estas formas de conocer y verificar. Independientemente de cómo uno decida interpretar sus palabras, los testigos no dejaron evidencia alguna de que dudaran de la realidad de lo que experimentaron, tanto sobrenatural como física y tangiblemente. Como observó Terryl L. Givens:

Un historiador ha escrito sobre la supuesta ambigüedad de Martin Harris respecto a su visión, señalando que afirmó haber visto las planchas con sus “ojos espirituales”, en lugar de con los naturales, y por lo tanto que “reconocía repetidamente la naturaleza interna y subjetiva de su experiencia visionaria.” Sin embargo, no está claro que los visionarios de ninguna época hayan aceptado tales dicotomías tan simplistas. [...] El propio Pablo se refirió a una de sus experiencias diciendo que fue “en el cuerpo o fuera del cuerpo, no lo sé” (2 Cor. 12:3). Obviamente consideraba esa distinción irrelevante para la validez de su experiencia y la realidad de lo que vio. Es difícil imaginar un precedente más semejante a las versiones de Harris, en las que afirma enfáticamente hasta el día de su muerte la

realidad del ángel que “descendió del cielo” y que “trajo y colocó [las planchas] ante nuestros ojos, de modo que las contemplamos y vimos,” mientras que también declaró, según otros, que “nunca afirmó haberlas visto con sus ojos naturales, solo con visión espiritual.”

Givens discierne claramente la calidad de la evidencia directa frente a la de oídas. Mientras tanto, Vogel —quien elige creer más en los relatos de oídas que en las declaraciones directas— reconoce su necesidad de usar “verbos y adverbios calificativos” porque su “análisis es especulativo o conjetural.”

Cuando se trata de los testigos del Libro de Mormón, la pregunta es: ¿a qué documentos históricos está uno dispuesto a confiar? Aquellos cuya fe ha sido profundamente sacudida a veces encuentran más fácil confiar en evidencias menores antes que en las mejores fuentes o en la abrumadora preponderancia de la evidencia. Pero esa elección no es una conclusión inevitable. No es ni ineludible ni irreversible.

William McLellin creyó en los testigos. Conoció a tres de ellos —David Whitmer, Martin Harris y Hyrum Smith— cuando pasaron por su casa en Illinois en agosto de 1831. Caminó varios kilómetros con ellos y “habló mucho” con ellos y con otros Santos durante varios días ese verano. El 19 de agosto, William escribió: “Tomé a Hiram, el hermano de José, y fuimos al bosque y nos sentamos a conversar juntos por cerca de 4 horas. Le pregunté detalles sobre la venida del registro, sobre el surgimiento de la Iglesia y su progreso, y sobre los testimonios que se le habían dado.” Al día siguiente, McLellin escribió: “Me levanté temprano y me entregué a la oración ferviente a Dios para que me guiara hacia la verdad; y con toda la luz que pude obtener mediante exámenes, búsquedas e investigaciones, me vi obligado, como hombre honesto, a reconocer la verdad y validez del Libro de Mormón.” Entonces pidió a Hyrum Smith que lo bautizara.

William McLellin sirvió posteriormente en varias misiones, algunas de ellas como apóstol, antes de quedar profundamente desilusionado a fines de la década de 1830. Pasó medio siglo frustrado por aquello que simultáneamente amaba y detestaba del mormonismo, hasta que recibió una carta de un antimormón de Salt Lake City llamado James Cobb, quien le escribió suponiendo que hallaría en él un aliado. McLellin respondió:

“Cuando examino a fondo un tema y fijo mi mente, entonces debe presentarse una evidencia superior antes de que yo cambie. He estampado

mi sello de que el Libro de Mormón es un registro verdadero y divino, y se requerirá más evidencia de la que jamás he visto para que se tambalee en mi mente su pureza. He leído muchas ‘exposiciones.’ He visto todos sus argumentos. ¡Pero mis evidencias están por encima de todos ellos!”

Explicó además:

“Cuando un hombre ataca al Libro de M., toca la niña de mis ojos. Está luchando contra la verdad—contra la pureza—contra la luz—contra el libro más puro, o uno de los más verdaderos y puros sobre la faz de la tierra. ¡Tengo más confianza en el Libro de Mormón que en cualquier otro libro de este vasto mundo!”

McLellin describió sus repetidas lecturas del Libro de Mormón antes de hacer referencia a sus experiencias personales con algunos de los testigos:

“Cuando me uní a la Iglesia en 1831, pronto llegué a conocer a toda la familia Smith y a la familia Whitmer, y escuché todos sus testimonios, los cuales coincidían en los puntos principales; y los creí entonces, y aún los creo. Pero no creo en las muchas historias (contradictorias) que se han inventado desde entonces, porque sé personalmente que muchas de ellas son falsas.”

Es difícil imaginar a alguien mejor posicionado para evaluar los testimonios de los testigos del Libro de Mormón que William McLellin. Pasó buena parte de su vida apartado de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días y no tenía interés alguno en sostenerla. Sin embargo, al escribir sobre su experiencia de 1831 con el Libro y sus testigos, se sintió obligado por la evidencia a reconocer su verdad y validez. No solo conocía los testimonios de los testigos del Libro de Mormón, sino que conoció personalmente a algunos de ellos y los entrevistó en profundidad. No era un ingenuo, ni un engañado. Y estaba en posición de saber si los testigos eran ingenuos, engañados o conspiradores. Tan bien informado como estaba, McLellin eligió creer que los testimonios de los testigos eran verídicos.

¿Por qué no hacer la misma elección satisfactoria? ¿Por qué no optar por creer en las declaraciones directas de los testigos y en su compromiso manifiesto de por vida con el Libro de Mormón? Esta decisión nos invita a tener fe en lo maravilloso, en la posibilidad de ángeles, ojos espirituales,

traducción milagrosa y planchas de oro, pero no requiere que descartemos el registro histórico ni que inventemos hipótesis para reconciliar los testimonios poderosos de los testigos del Libro de Mormón con nuestro propio escepticismo.

Una multiplicidad de testigos: las mujeres y el proceso de traducción

Amy Easton-Flake y Rachel Cope

Amy Easton-Flake era profesora adjunta de Escrituras Antiguas en la Universidad Brigham Young cuando se escribió este texto.

Rachel Cope era profesora adjunta de Historia de la Iglesia y Doctrina en la Universidad Brigham Young cuando se escribió este texto.

Cuatro mujeres en la historia temprana de la Iglesia—Mary Musselman Whitmer, Lucy Mack Smith, Lucy Harris y Emma Hale Smith—desempeñaron un papel significativo en la venida del Libro de Mormón y ofrecieron su propio testimonio sobre la realidad de las planchas. Aunque sus nombres y relatos son bien conocidos, los académicos y los miembros de la Iglesia han pasado por alto en gran medida sus poderosas e importantes contribuciones a la obra de traducción, ya que no formaron parte del grupo oficial de los tres ni de los ocho testigos. Este capítulo aborda esa laguna en la erudición y en la memoria histórica al examinar una variedad de fuentes (tanto las frecuentemente citadas como aquellas en gran medida olvidadas) que relatan las experiencias de estas mujeres con las planchas. Considera las diversas formas en que ellas llegaron a conocer la temporalidad y divinidad de las planchas, y muestra la multiplicidad de testigos que emerge cuando se da prioridad a formas de conocimiento y percepción más allá de lo visual. Evaluar los recuerdos e interacciones de estas mujeres con las planchas nos ayuda a comprender

mejor el proceso de traducción y el verdadero esfuerzo comunitario que requirió.

Mary Musselman Whitmer

Mary Whitmer ha sido llamada la duodécima testigo porque su experiencia con las planchas se asemeja mucho a la de los tres y ocho testigos oficiales. Es la única mujer conocida que vio físicamente las planchas, y su experiencia con ellas, así como su papel en el proceso de traducción, ilustran acertadamente el esfuerzo familiar y comunitario que hizo posible la traducción del Libro de Mormón.

En junio de 1829, Mary y Peter Whitmer abrieron su hogar a José Smith, su esposa Emma y Oliver Cowdery para completar la traducción cuando la persecución en Harmony se volvió demasiado intensa. Allí, el proceso de traducción avanzó rápidamente, ya que José y Oliver se dedicaron por completo a la obra. La disposición de los Whitmer a encargarse de las preocupaciones temporales durante un tiempo permitió que José y Oliver se concentraran exclusivamente; como matriarca de la familia, Mary en particular cargó con el peso de esta responsabilidad. Como relata su hijo David: “Mi padre y mi madre tenían una familia numerosa, por lo que la incorporación de José, su esposa Emma y Oliver incrementó enormemente el trabajo y la ansiedad de mi madre. Y aunque nunca se había quejado, a veces sentía que su labor era demasiado, o al menos tal vez empezaba a sentirlo así.”

La vida en una granja del estado de Nueva York a comienzos del siglo XIX era laboriosa para cualquiera, pero las exigencias particularmente agotadoras recaían sobre la esposa del granjero, quien, según un estudio del Departamento de Agricultura de los Estados Unidos de 1862, “trabaja más duro, soporta más que cualquier otro en el lugar.” La esposa del granjero supervisaba el funcionamiento del hogar y normalmente era responsable de ordeñar, batir la mantequilla, recolectar huevos y cuidar el ganado; plantar, desmalezar y cosechar el huerto; esquilar ovejas, convertir la lana en hilo y coser prendas; cocinar, limpiar, hacer la colada; y la lista continúa. Gran parte del trabajo adicional de cocinar, limpiar y cuidar a los visitantes recayó inevitablemente sobre Mary, y esas cargas debieron de agotar a una mujer ya sobrecargada de tareas. En la declaración de David queda encapsulado, entonces, un recordatorio del trabajo y los bienes que

Mary, junto con otros, habían provisto para que José, un granjero pobre que dependía del trabajo de sus propias manos, pudiera dedicar su tiempo y energía al proceso de traducción. De no haber sido por la generosidad de personas como los Whitmer, Martin y Lucy Harris, y Joseph Knight y su familia, José no habría contado con los recursos para traducir las planchas. En consecuencia, su labor debe considerarse crucial para la obra de la traducción.

Que Dios reconoció y valoró su sacrificio para ayudar en el proceso de traducción se sugiere quizás con mayor claridad en el momento en que Mary Whitmer fue mostrada las planchas. Su nieto, John C. Whitmer, resumió así su experiencia:

Una noche, cuando (después de haber hecho su trabajo diario en la casa) fue al granero a ordeñar las vacas, se encontró con un desconocido que llevaba algo a la espalda que parecía una mochila. Al principio tuvo algo de miedo, pero cuando él le habló en un tono amable y amistoso, y comenzó a explicarle la naturaleza de la obra que se llevaba a cabo en su casa, se sintió llena de un gozo y una satisfacción indescriptibles. Entonces él desató su mochila y le mostró un paquete de planchas, que en tamaño y apariencia correspondía con la descripción que posteriormente dieron los testigos del Libro de Mormón. Este extraño personaje pasó las hojas del libro de planchas, una por una, y también le mostró las grabaciones que contenían; luego le dijo que tuviera paciencia y fuera fiel en soportar su carga un poco más, prometiéndole que si lo hacía, sería bendecida; y que su recompensa sería segura si permanecía fiel hasta el fin. El personaje entonces desapareció repentinamente con las planchas, y adónde fue, ella no lo supo decir.

Su hijo David también relata las palabras que el ángel dijo a Mary: "Has sido muy fiel y diligente en tus labores, pero estás probada a causa del aumento de tu trabajo; por lo tanto, es justo que recibas un testimonio para que tu fe sea fortalecida." En las palabras del ángel, parece vislumbrarse el reconocimiento de Dios hacia Mary y su labor; él reconocía lo que Mary estaba aportando a su obra, apreciaba sus esfuerzos, y la bendecía por su fidelidad y fortalecía su compromiso. Para Mary, al igual que para los testigos posteriores, la experiencia de ser testigo fue edificante para su fe. En ese momento, como informó su nieto, dicha experiencia "le permitió

cumplir con sus deberes domésticos con relativa facilidad, y ya no sintió más deseos de quejarse porque su suerte fuera dura.”

Cuando Mary fue mostrada las planchas, se convirtió en la primera persona conocida en verlas aparte de José Smith. En el transcurso de ese mismo mes, todos los miembros varones de su familia, excepto su esposo, se unirían a ella en el testimonio de la realidad física de las planchas; de hecho, siete de los once testigos oficiales del Libro de Mormón eran Whitmer por sangre o matrimonio. Toda la familia Whitmer facilitó la labor de traducción al proveer las necesidades temporales de José, Emma y Oliver; a cambio, muchos de ellos fueron bendecidos con el privilegio de ser testigos tanto de la realidad física de las planchas como de la divinidad del proceso de traducción. Richard Lloyd Anderson se ha referido a los Whitmer como “una familia que nutrió a la Iglesia”, y como lo demuestra la historia de Mary, sin duda fue así. Ellos proporcionaron el espacio para la organización de la Iglesia y para la recepción de muchas de las revelaciones durante el periodo en Nueva York, sirvieron misiones, y se unieron a los Santos primero en Kirtland y luego en Misuri, donde los hijos y yernos de Mary ocuparon muchos puestos de liderazgo. Tristemente, en 1838, durante un tiempo de grandes dificultades y apostasía, todos los Whitmer vivos abandonaron la Iglesia tras un desacuerdo con José Smith. Sin embargo, Mary, al igual que toda su familia y los demás testigos de las planchas de oro, jamás alteró ni negó su testimonio sobre su realidad, su origen divino y el mensaje contenido en el libro traducido a partir de ellas. Durante el resto de su vida, continuaría testificando del libro—un libro hecho posible gracias al esfuerzo colectivo de Mary y de toda la familia Whitmer, así como de las familias Knight, Harris y Smith.

Lucy Mack Smith

Como memorialista y participante en los acontecimientos que rodearon la traducción y publicación del Libro de Mormón, Lucy Mack Smith introduce diversas formas de testimonio más allá de lo visual, incluyendo el registro escrito, las experiencias sensoriales y las impresiones espirituales. En su relato, Lucy también amplía la definición tradicional de “testigo” para incluir a toda la comunidad de personas que contribuyeron a la venida de este texto. Según su visión, su familia y amigos—mujeres y hombres—desempeñaron papeles importantes dentro del contexto de una historia compartida.

Durante el invierno de 1844–1845, apenas unos meses después de las muertes de sus hijos José, Hyrum y Samuel, Lucy, de sesenta y nueve años, dictó sus memorias a Martha Jane Knowlton Coray, quien deseaba preservar una historia importante. Las memorias de Lucy, registradas por una mujer para una mujer, incluyen las experiencias y perspectivas de muchas testigos femeninas. El propósito de las memorias queda reflejado en la descripción original del derecho de autor, que dice lo siguiente: “La Historia de Lucy Smith, esposa de José Smith, el primer patriarca de [la Iglesia de] Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, quien fue el padre de José Smith, Profeta, Vidente y Revelador; que contiene un relato de las muchas persecuciones, pruebas y aflicciones que yo y mi familia hemos soportado al traer a luz el Libro de Mormón y establecer la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días.” Desde la perspectiva de Lucy, no fue únicamente José quien trajo a luz el Libro de Mormón y estableció la Iglesia; más bien, fue un esfuerzo familiar.

Las memorias de Lucy, que Leonard Arrington sugiere “revelan más sobre los orígenes del mormonismo que cualquier otra fuente individual,” documentan los acontecimientos que rodearon la traducción y publicación del Libro de Mormón desde la perspectiva de “una observadora estrechamente vinculada a los participantes principales” en la historia temprana de la Iglesia. Sin embargo, debido a que el marco narrativo de este texto resulta tan familiar para los miembros de la Iglesia, los lectores a menudo pasan por alto la riqueza que el relato de Lucy puede aportar a nuestra comprensión de la historia de la Iglesia. Una lectura más cercana y cuidadosa revela una narrativa rica y compleja sobre creyentes dedicados, devotos y falibles que hicieron sacrificios voluntarios para posibilitar la publicación de este texto sagrado. La narrativa de Lucy indica que la traducción del Libro de Mormón requirió y a la vez generó un esfuerzo comunitario.

La necesidad de ese esfuerzo comunitario se evidencia desde el inicio de las memorias de Lucy, donde relata la herencia religiosa de su familia. Ella destaca, por ejemplo, el papel de la búsqueda espiritual en la vida de sus antepasados, y describe e interpreta sueños poderosos—tanto suyos como de su esposo—que parecen haber anticipado la Restauración. También habla extensamente de su propio compromiso por descubrir el evangelio verdadero, y muestra cómo esa búsqueda influyó en sus hijos. Al compartir

estas historias, Lucy sugiere implícitamente que las generaciones de las familias Smith y Mack tanto se estaban preparando como fueron preparadas por el Señor para la “maravillosa obra” que llevarían a cabo.

Aunque el llamamiento de José para traducir el Libro de Mormón y restaurar el evangelio de Jesucristo desempeña un papel central en las memorias de Lucy, ella subraya la participación de su familia en estos acontecimientos. Lucy menciona que, después de que José aprendiera sobre las planchas de oro por medio del ángel Moroni, frecuentemente reunía a su familia y compartía con ellos sus experiencias. Al hacerlo, sugiere implícitamente que los convirtió en participantes activos de la Restauración. Por ejemplo, recuerda: “todos sentados en círculo—padre, madre, hijos e hijas—escuchando con ansiosa expectación las enseñanzas religiosas de un muchacho de 16 a 19 años de edad, que jamás había leído la Biblia completa en su vida.” Y continúa: “José nos daba algunos de los relatos más amenos que se puedan imaginar; describía a los antiguos habitantes de este continente, su vestimenta, su modo de viajar, los animales que montaban, las ciudades que construían, la estructura de sus edificios, cada detalle de su modo de guerra, su adoración religiosa, con tanta precisión como si hubiera pasado su vida con ellos.” Al recordar estos poderosos momentos de instrucción, William Smith simplemente expresó: “Toda la familia se conmovió hasta las lágrimas, y creyeron todo lo que dijo.” Aunque en ese momento los Smith no tenían pruebas tangibles de las planchas, experimentaron una confirmación espiritual, y por tanto esperaban ansiosamente el día en que José recibiría el importante registro que había descrito. Juntos, la familia se convirtió en testigo del Libro de Mormón, aun antes de que José obtuviera las planchas.

Después de que José obtuviera las planchas, se abrieron nuevas formas de testimonio—de naturaleza más sensorial. Aunque no vieron físicamente las planchas, Lucy y otros miembros de la familia pudieron ver su silueta a través de la tela que las cubría e incluso manipularlas en algunas ocasiones, lo cual les permitió convertirse en testigos de la naturaleza tangible del objeto que encontraron. Poco después de que José y Emma obtuvieran las planchas, por ejemplo, Lucy manipuló el Urim y Tumim “sin otra cubierta que un pañuelo de seda” mientras aconsejaba a su hijo sobre la fabricación de un cofre para protegerlos. Más adelante, Lucy vería la caja que contenía las planchas, así como la silueta de las planchas a través de su cubierta. La

hija de Lucy, Katherine Smith, también fue testigo de la tangibilidad de las planchas cuando tuvo la oportunidad de “levantar” el “paquete” que contenía las planchas y que su hermano mayor había traído a casa. Ella “las encontró muy pesadas, como si fueran de oro, y también pasó sus dedos por el borde de las planchas y sintió que eran planchas metálicas separadas, y escuchó el tintinear del sonido que producían.” Debido a su recuerdo de esos encuentros físicos y auditivos con las planchas, una persona se refirió a Katherine como “una de las elegidas dentro del pequeño círculo al que se le concedió dar testimonio directo de la veracidad de las afirmaciones del Profeta sobre la posesión de las planchas de oro.” En efecto, la variedad de experiencias que personas como Lucy y Katherine Smith tuvieron con las planchas amplía la definición de testimonio personal para incluir los sentidos del tacto y el oído, además de la vista.

Además de explicar las experiencias tangibles de ciertas personas con las planchas, la historia de Lucy demuestra que, como matriarca de la familia, estuvo involucrada y al tanto de diversos acontecimientos relacionados con la venida del Libro de Mormón. Por ejemplo, fue la única persona que sabía cuándo José y Emma fueron a recibir las planchas. De ese evento, ella recordó: “Pasé la noche en oración y al llegar una hora razonable para levantarme, me puse a preparar el desayuno, con el corazón palpitante ante cada paso que oía, pues esperaba a José y Emma en cualquier momento y temía una segunda desilusión en cuanto a obtener las planchas. Cuando los varones de la familia se sentaron a desayunar, el Sr. Smith José Smith padre preguntó por José ya que nadie más que yo sabía dónde estaba.” Al preservar esta historia, Lucy revela que tanto las mujeres como los hombres de la familia estuvieron íntimamente involucrados en los acontecimientos relacionados con la adquisición de las planchas. A medida que avanzaba el proceso de traducción, Lucy continuó siendo de las primeras y pocas personas en conocer cada aspecto de la obra. Por ejemplo, ella, junto con su esposo y Mary Whitmer, fueron los primeros en enterarse de que Oliver Cowdery, Martin Harris y David Whitmer habían visto las planchas mediante la visita del ángel Moroni. Y, tan pronto como se completó la traducción, se envió un mensajero desde Fayette, Nueva York, para compartir la buena noticia con los miembros de la familia Smith. Al citar tales historias, las memorias de Lucy dejan claro que ella sirvió

como testigo de una obra importante y sintió el deber de preservar detalles que solo ella conocía.

Lucy también contribuyó al proceso de traducción realizando sacrificios temporales que permitieron llevar a cabo la importante obra espiritual a la que su familia había sido llamada—“mientras trabajábamos con nuestras manos, procurábamos recordar el servicio de Dios y el bienestar de nuestras almas”, recordó. En efecto, ella y su familia sacrificaron tiempo, dinero y bienes para que José pudiera trabajar en este importante proyecto. Al igual que Mary Whitmer, Lucy permitió que diversas personas relacionadas con la traducción, incluyendo a José y Emma, Joseph Knight, y Lucy Harris junto con su hija, se alojaran en su casa; ella, junto con sus hijas, inevitablemente tuvo que asumir responsabilidades adicionales en las tareas domésticas de forma regular. Además de encargarse de las labores del hogar, Lucy ayudó a proteger las planchas de oro y a prepararse para la eventual publicación de un nuevo libro de escrituras. Por ejemplo, ayudó a encontrar escondites para proteger las planchas, permaneció atenta a su seguridad (o a la falta de ella), y se reunió con Martin y Lucy Harris para solicitar ayuda financiera para el proyecto. Además de participar en labores temporales, Lucy defendió con voluntad firme la obra de traducción y testificó sobre la realidad de las planchas. En una ocasión, un grupo de hombres de una iglesia local le preguntó a Lucy si podían ver las planchas de oro. Ella les declaró: “No tenemos *<ni hemos tenido nunca>* ninguna *<ninguna>* biblia de oro, pero sí tenemos una traducción de unas planchas de oro que fueron enviadas al mundo para traer la sencillez del Evangelio a los hijos de los hombres y también para dar una historia del pueblo que solía habitar este país.” Cuando los hombres cuestionaron su testimonio, Lucy continuó: “aunque me atravesaran el cuerpo con teas y me quemaran en la hoguera, yo declararía que Jose[p]h tiene ese registro y que sé que es verdadero mientras Dios me dé aliento.”

En muchos otros casos, los aspectos tangibles de la interacción de Lucy con el Libro de Mormón también adquirieron una forma espiritual. En una ocasión, accedió a ayudar a proteger las páginas del manuscrito del Libro de Mormón ante la amenaza de una turba. Después de colocar el manuscrito en un baúl, lo metió bajo su cama. Mientras Peter Whitmer custodiaba su casa, Lucy, ya acostada sobre la cama, comenzó una reflexión

que capturó su testimonio sobre la obra en la que su familia se había comprometido. Recordó:

esta obra en concreto no solo había sido el objetivo que nosotros como familia habíamos perseguido con tanto anhelo, sino que los profetas de la antigüedad y los ángeles, incluso el gran Dios, habían <puesto> sus ojos sobre ella. Y me dije a mí misma: ¿Temeré acaso lo que el hombre pueda hacer? ¿No velarán los ángeles por la preciosa reliquia de los dignos difuntos y la esperanza de los vivos? ¿Y soy yo en verdad la madre de un profeta del Dios del cielo—el instrumento honrado en llevar a cabo una obra tan grande? Sentí que estaba bajo la mirada de ángeles y mi alma se exaltó ante el pensamiento de la gran condescendencia del Todopoderoso—pasé así la noche rodeada de enemigos y, sin embargo, en un éxtasis de felicidad, y en verdad puedo decir que mi alma engrandeció y mi espíritu se regocijó en Dios mi Salvador.

Aquí, Lucy muestra cómo diversos aspectos del testimonio se combinan: mientras protegía físicamente las páginas del manuscrito, ofrecía un poderoso testimonio espiritual—en el contexto de sus memorias—acerca de una obra sagrada e inspirada divinamente, por la cual múltiples personas se habían sacrificado para hacerla posible. Debido a que Lucy nunca vio las planchas, no la consideramos una testigo oficial del Libro de Mormón; sin embargo, como lo demuestran sus memorias, estuvo íntimamente involucrada en cada acontecimiento relacionado con la venida del Libro de Mormón.

Lucy Harris

Dentro de las páginas de sus memorias, Lucy Mack Smith presenta a sus lectores a Lucy Harris. Aunque generalmente se recuerda a Lucy Harris por su actitud de antagonismo hacia el Libro de Mormón—en parte porque afirmó no haber creído jamás en las planchas de oro luego de la publicación del manuscrito—es importante reconocer que la historia de Lucy Smith revela otro lado de esta figura compleja. A pesar de que Lucy Mack Smith claramente no simpatizaba con su vecina, aún así reconocía el interés inicial de Lucy Harris y su apoyo al proyecto de traducción. También recordaba que Harris había recibido un poderoso testimonio espiritual respecto a las planchas, seguido por un testimonio tangible y audible de las mismas. Como resultado de estas experiencias, insinuaba Smith, Harris había

donado voluntariamente una suma considerable de dinero para ayudar a que se llevara a cabo la traducción del Libro de Mormón.

Poco después de que José y Emma obtuvieran las planchas del cerro de Cumorah, José pidió a Lucy Mack Smith que hablara con un conocido adinerado, Martin Harris, sobre la posibilidad de financiar el proyecto. Ella aceptó hacerlo, pero decidió primero visitar a su esposa, Lucy, “con el fin de satisfacer” la curiosidad de Lucy Harris. Según el relato de Lucy Mack Smith, Lucy Harris se sintió intrigada por la historia que Smith compartió con ella y expresó un interés inmediato en las planchas, ofreciendo donar una suma considerable de dinero de su propia “bolsa privada” para los esfuerzos de traducción de José. Luego le informó a su visitante que iría una noche de la semana siguiente a la casa de los Smith para poder hablar con José. Cuando Lucy Harris y su hija visitaron el hogar de los Smith, era comprensible que ella esperara ver las planchas antes de comprometerse a ofrecer apoyo financiero al proyecto. Aunque le suplicó a José que le mostrara las planchas de oro, él insistió en que no podía mostrárselas, explicando que el ángel que le había confiado las planchas le indicó que solo podía mostrarlas a aquellos llamados por Dios como testigos.

Insatisfecha con esa respuesta, Harris declaró: “Ahora José... te diré lo que haré. Si puedo recibir un testimonio de que hablas la verdad, lo creeré.” Harris, quien pasaba la noche en la casa de los Smith, se retiró a dormir luego de su conversación con José.

A la mañana siguiente, Lucy Harris compartió con la familia Smith “un sueño muy notable”—una práctica común en el siglo XIX—que había tenido esa noche. En dicho sueño, según relató, se le apareció un personaje que la reprendió por importunar al “siervo del Señor.” Luego, el ángel le mostró las planchas. Como resultado del poderoso testimonio recibido mediante este sueño visionario, Lucy fue capaz de describir el registro con vívido detalle, y posteriormente insistió en entregar a José veintiocho dólares (dinero que había recibido de su madre antes de su fallecimiento) para ayudar con el proyecto. Fascinado por el testimonio que Lucy Harris había dado y agradecido por su generosidad, José permitió que ella y su hija manipularan la caja de madera que contenía las planchas. Martin Harris recordaba que su “hija dijo que pesaban casi tanto como ella podía levantar... Mi esposa dijo que eran muy pesadas.” Según el registro de Lucy Mack Smith, la experiencia de levantar físicamente las planchas añadió un

testimonio tangible y audible al testimonio espiritual que Lucy Harris ya había recibido.

Aunque Lucy Harris eventualmente se volvió antagonista hacia la obra—en parte porque nunca tuvo la oportunidad de ver las planchas a pesar de su apoyo inicial al proyecto—Lucy Smith da a entender que ella continuó creyendo en su realidad física. En una ocasión, por ejemplo, Lucy Harris viajó a la casa de José Smith Jr. en Harmony, Pensilvania, e insistió en que no se iría hasta ver las planchas. Luego registró “cada rincón y esquina de la casa—baúles, alacenas, cofres, etc.”—sin éxito. Al día siguiente, Lucy buscó en los terrenos alrededor de la casa de los Smith hasta entrada la tarde. Posteriormente relató que, al descubrir un lugar donde pensó que las planchas podían estar enterradas, “una tremenda y enorme serpiente negra levantó la cabeza frente a mí y comenzó a sisearme.” Sintiéndose asustada y frustrada, Lucy abandonó su búsqueda en ese momento. No obstante, continuó creyendo en la existencia de las planchas y anhelaba evidencia del trabajo que Martin y José estaban llevando a cabo. La oportunidad posterior de ver las primeras 116 páginas manuscritas del Libro de Mormón la calmó durante un tiempo. Aunque a menudo se le culpa por la desaparición de ese manuscrito, es importante recordar que se sintió intrigada por ese testimonio visible y permitió que Martin guardara el manuscrito en su cómoda. Cuando Martin descubrió más tarde que las páginas traducidas habían desaparecido, Lucy “afirmó solemnemente” que no las había tomado. Aun cuando Lucy Harris se sintiera escéptica respecto al proyecto de traducción, el relato de Smith sugiere que continuó creyendo en la existencia de las planchas. Sus experiencias iniciales como testigo parecen haberla convencido de que José realmente tenía en su posesión el objeto físico que afirmaba tener.

Según lo recuerda Lucy Mack Smith, las experiencias de Lucy Harris demuestran algunas de las diversas maneras en que múltiples personas dieron testimonio de las planchas y ayudaron a José a lo largo del proceso de traducción. Lucy Mack Smith nos recuerda que tanto mujeres como hombres—en este caso, Lucy y Martin Harris—ofrecieron apoyo financiero para la publicación del Libro de Mormón, lo cual constituye, en sí mismo, una manifestación o testimonio de su fe y compromiso con una empresa vasta y colectiva. El hecho de que Lucy y Martin tuvieran dudas y luchas no

invalida sus experiencias iniciales como testigos, ni eclipsa los sacrificios que realizaron.

Emma Hale Smith

Como la persona que estuvo con José desde el principio hasta el final del proceso de traducción y que le brindó una ayuda invaluable de múltiples maneras, Emma Smith estuvo, sin lugar a dudas, más íntimamente involucrada en la venida del Libro de Mormón que cualquier otro individuo, aparte de José. Por lo tanto, al observar el proceso de traducción desde su propio testimonio, no solo aprendemos sobre el papel fundamental que desempeñó en la obra de traducción y su compromiso con la venida del Libro de Mormón, sino que también obtenemos nuevo conocimiento acerca del proceso mismo de traducción y de la fisicidad de las planchas. Al ver la experiencia a través de sus ojos—y los de las otras mujeres—la obra de traducción se revela como un proyecto familiar y comunitario, en el que muchas personas contribuyeron al éxito del esfuerzo.

La participación de Emma con el antiguo registro nefita comenzó cuando acompañó a José al cerro de Cumorah para recibir las tan esperadas planchas. En las primeras comunicaciones con el ángel Moroni, a José se le mandó que llevara a la persona adecuada con él al cerro. Él creyó que esa persona era Emma; y así, a la medianoche del 22 de septiembre de 1827, ambos partieron de la casa de los Smith y, con la ayuda del caballo y el carro de Joseph Knight, fueron a recuperar las planchas. Al llegar al cerro de Cumorah, José dejó a Emma en el carro y fue solo a recoger las planchas. Cuando regresó unas horas después, traía consigo un bulto envuelto en su abrigo. José volvió a dejar a Emma para ir a depositar las planchas en el tronco hueco de un abedul en el bosque. Durante los siguientes tres años, la vida de José y Emma giró en torno a la protección y traducción de las planchas.

La persecución en Palmyra comenzó de inmediato y exigió que toda la familia Smith ayudara en la protección de las planchas. Necesitando dinero para comprar una caja donde guardarlas, José partió un día o dos después de obtenerlas para trabajar cavando pozos en Macedon, al oeste de Palmyra. En su ausencia, el padre de José se enteró de un grupo de hombres que, con la ayuda de un adivino, planeaban encontrar y robar las planchas que estaban escondidas en el bosque. Cuando José padre le

informó a Emma sobre lo que había escuchado, ella montó un caballo inmediatamente y fue a advertirle a José. Juntos regresaron a Palmyra y José recuperó las planchas de su escondite. En el camino de regreso a casa fue asaltado tres veces. La persecución continuó en los días siguientes; en una ocasión, turbas llegaron a la casa de los Smith y saquearon su taller de tonelería en busca de las planchas. José y Emma pronto determinaron que debían abandonar Palmyra. Se envió un mensaje al hermano de Emma, Alva Hale, pidiéndole que viniera a Palmyra para llevarlos de regreso a Harmony. Una vez instalados en una casa ubicada en la propiedad de los padres de Emma, José y Emma comenzaron la obra de traducción. Aunque los Hale se mostraron hostiles hacia la obra, ellos—al igual que los Smith—fueron fundamentales para el proceso de traducción debido al espacio y la protección que brindaron a José y Emma.

Emma sirvió como la primera escribiente de José, y algunas fuentes sugieren que su labor en esta función pudo haber sido más significativa y extensa de lo que comúnmente se reconoce. Según Joseph Knight, Emma ayudó a “copiar los caracteres” que Martin llevó a Charles Anthon. Es posible también que ella haya registrado la mayor parte de la traducción de José correspondiente a las 116 páginas perdidas, ya que Martin Harris recordó que él escribió “alrededor de un tercio de la primera parte de la traducción de las planchas mientras José las interpretaba mediante el Urim y Tumim.” Aunque se desconoce exactamente cuánto tiempo o cuánta cantidad escribió Emma para José, la declaración de Martin plantea la posibilidad de que ella haya registrado dos tercios de las páginas perdidas, lo que la convertiría en la escribiente más prolífica de José después de Oliver Cowdery. Los propios recuerdos de Emma sobre el trabajo de traducción también indican que su tiempo como escribiente fue extenso: “Con frecuencia escribía día tras día, sentada a menudo en la mesa justo a su lado... dictándome hora tras hora, sin nada entre nosotros.”

El testimonio de Emma Smith sobre esa época también proporciona información invaluable sobre el proceso de traducción, particularmente porque ella escribió para José tanto antes como después de la pérdida de las primeras 116 páginas manuscritas. Por ella sabemos de “José sentado con el rostro enterrado en su sombrero, con la piedra dentro... No tenía ni manuscrito ni libro del cual leer.” También nos informa que, al comenzar a traducir, José usó el Urim y Tumim, pero luego “utilizaba una piedra

pequeña, no exactamente negra, sino de un color más bien oscuro.” Cada uno de estos detalles modifica las percepciones comunes sobre cómo tradujo José. En cuanto al proceso en sí, ella relata:

Cuando mi esposo estaba traduciendo el Libro de Mormón, yo escribí una parte del mismo, mientras él me dictaba cada frase, palabra por palabra, y cuando llegaba a nombres propios que no podía pronunciar, o palabras largas, las deletreaba, y mientras yo las escribía, si cometía algún error ortográfico, él podía detenerme y corregirme, aunque en ese momento le era imposible ver cómo lo estaba escribiendo. Incluso la palabra “Sarah” no la pudo pronunciar al principio, tuvo que deletrearla, y yo se la pronuncié. Cuando se detenía por algún motivo en cualquier momento, al reanudar comenzaba exactamente donde había dejado, sin vacilar en lo más mínimo; y en una ocasión, mientras traducía, se detuvo de repente, pálido como una sábana, y dijo: “Emma, ¿Jerusalén tenía murallas alrededor?” Cuando le respondí: “Sí,” replicó: “¡Oh! Temía haber sido engañado.” Su conocimiento de la historia en aquel entonces era tan limitado que ni siquiera sabía que Jerusalén estaba rodeada por murallas.

Los estudiosos han utilizado esa información para argumentar a favor de un proceso de traducción estrictamente controlado. Más importante aún, sin embargo, el testimonio de Emma también da fe repetidamente de la divinidad de la obra, ya que José corregía su ortografía sin ver lo que ella escribía, retomaba exactamente donde había dejado “sin ver el manuscrito ni que se le leyera parte alguna del mismo,” y descubría cosas que él no conocía, como el hecho de que Jerusalén estuviera rodeada por murallas, mientras traducía.

La experiencia de Emma como escribiente de José contribuyó a su perdurable testimonio espiritual respecto a la divinidad de las planchas. Casi cincuenta años después, le dijo a su hijo:

Mi creencia es que el Libro de Mormón tiene autenticidad divina. No tengo la menor duda de ello. Estoy convencida de que ningún hombre podría haber dictado la redacción del manuscrito a menos que estuviera inspirado... José Smith no podía ni escribir ni dictar una carta coherente y bien redactada, y mucho menos dictar un libro como el Libro de Mormón... Y aunque fui una participante activa en los acontecimientos que ocurrieron y estuve presente durante la traducción de las planchas, y fui testigo de lo

que sucedía, me resulta maravilloso, “una maravilla y una obra prodigiosa,” tan asombroso para mí como para cualquier otra persona.

De la persona que mejor conocía a José, aprendemos sobre sus capacidades en el momento de la traducción y lo mucho que el Libro de Mormón las superaba. La diferencia entre ambas cosas reafirmó para Emma la divinidad de la obra—un testimonio espiritual que compartiría repetidamente por el resto de su vida.

Emma contribuyó a la obra de traducción no solo a través de su labor como escribiente, sino también mediante el apoyo y cuidado que brindó a José como esposa. Emma no pudo ser la escribiente a tiempo completo que José necesitaba porque, según relatan tanto Lucy Smith como Joseph Knight, la mayor parte de su tiempo lo dedicaba a cuidar el hogar y atender las necesidades temporales. Mantener un hogar era una ocupación de tiempo completo en la América de principios del siglo XIX, y Emma, sin ninguna ayuda contratada, cumplía con ese papel esencial para ella y para José, así como en ocasiones también para Martin Harris y Oliver Cowdery. Solo gracias a que Emma atendía el hogar en Harmony, Samuel—el hermano de José—cuidaba la granja, y Joseph Knight proporcionaba comida y papel, José y Oliver pudieron dedicarse por completo a la obra de traducción. Cabe destacar que, en su papel de ama de casa, Emma seguía siendo una observadora cercana del proceso de traducción, ya que “Oliver Cowdery y José Smith escribían en la misma habitación donde ella estaba trabajando.”

Emma, como testigo presencial del proceso de traducción desde el momento en que José recibió las planchas hasta la publicación del Libro de Mormón, también ofreció un testimonio temporal de la fisicidad de las planchas. En su rol como ama de casa, “ella las levantaba y movía cuando barría y sacudía la habitación y los muebles.” En ocasiones, las planchas “permanecieron bajo su cama durante algunos meses.” Otras veces estaban dentro de un saco o “envueltas en un pequeño mantel de lino” sobre “una mesa pequeña en la sala de su cabaña.” Su testimonio de la fisicidad de las planchas adquiere una dimensión adicional cuando describe haber “trazado su contorno y forma.” Informa que las planchas “parecían ser flexibles como papel grueso, y producían un sonido metálico al mover los bordes con el pulgar, como cuando uno pasa el pulgar por el borde de un libro.” Aquí, Emma ofrece un testimonio tanto auditivo como táctil; sin embargo, muchos han cuestionado su falta de testimonio visual.

Curiosamente, ella misma no parecía cuestionarlo; como le dijo a su hijo: “No intenté manipular las planchas, aparte de lo que ya te he contado, ni las destapé para mirarlas. Estaba convencida de que era la obra de Dios, y por lo tanto no sentí que fuera necesario hacerlo.” La seguridad plena de Emma respecto a la realidad de las planchas, a pesar de no haberlas visto, es una poderosa declaración sobre la validez de otras formas de conocer y percibir más allá de lo visual.

Los acontecimientos que rodearon la pérdida de las 116 páginas ilustran bien cómo el proceso de traducción fue, en muchos aspectos, un verdadero esfuerzo conjunto entre José y Emma, y cómo ella también estaba profundamente comprometida con el proyecto. Al día siguiente de que Martin partiera con las 116 páginas, Emma dio a luz a su primer hijo, quien nació muerto o vivió solo un par de horas. Después de un parto largo y extremadamente difícil, la vida de Emma estuvo en peligro por más de dos semanas. A medida que su salud mejoraba, José se mostraba cada vez más ansioso por el manuscrito, “pero no mencionaba el tema a Emma por temor a agitar su mente en demasía y afectar la salud de su cuerpo.” Sin embargo, según relata Lucy Mack Smith, Emma—también preocupada por el manuscrito—le dijo a su esposo: “Me siento tan intranquila... que no puedo descansar y no estaré en paz hasta saber qué está haciendo el Sr. Harris con él. ¿No crees que sería prudente que fuires a averiguar por qué no ha escrito ni enviado ninguna noticia desde que se fue?” La preocupación de Emma por el manuscrito y su insistencia en que José partiera para averiguar sobre él, a pesar de su delicada situación de salud y del devastador dolor por la pérdida de su primer hijo, dicen mucho sobre su propio compromiso con la obra.

Aunque muchos estudiosos han atribuido la preocupación expresada por Emma respecto a las planchas al desánimo creciente de José por el estado del manuscrito, también debe considerarse el trabajo que Emma realizó al escribir parte de las 116 páginas y los incontables sacrificios que hizo para ayudar en la obra de traducción, así como la afirmación de Lucy sobre la agitación personal de Emma en relación con el manuscrito. Además, la reacción de José ante Martin cuando este le informa que ha perdido el manuscrito habla de la profunda implicación de Emma en el proyecto. “¿Debo entonces... regresar con mi esposa con una historia como esta? No me atrevo a hacerlo, no sea que la mate de inmediato.” Dada la delicada

salud de Emma, las palabras de José quizás no fueron una hipérbole, sino una expresión auténtica de su preocupación de que su esposa no pudiera soportar la pérdida adicional de todo aquello por lo que habían trabajado juntos. Una declaración que Emma hizo al final de su vida—que “ella fue una participante activa en los acontecimientos que ocurrieron y estuvo presente durante la traducción de las planchas, y tenía conocimiento de las cosas a medida que sucedían”—es sin duda precisa. Y gracias a su testimonio, obtenemos nuevo conocimiento sobre el proceso de traducción y sobre el poder que tienen los testimonios más allá de lo visual.

Conclusión

Cada una de estas mujeres—Mary Musselman Whitmer, Lucy Mack Smith, Lucy Harris y Emma Hale Smith—apoyó la obra de traducción y ofreció su propio testimonio de la realidad de las planchas. Al reconocer sus contribuciones, no solo devolvemos a las mujeres al relato en el que fueron actrices fundamentales, sino que también ampliamos el concepto de lo que significa dar testimonio y las múltiples formas en que se puede recibir un testimonio. El tacto, el sonido, las impresiones espirituales y las visiones pueden, como ilustran estas mujeres, producir una experiencia más duradera y poderosa que la vista. A su vez, a través de los testimonios de estas mujeres, podemos ver cómo la traducción del Libro de Mormón requirió y a la vez generó un esfuerzo comunitario; hombres y mujeres, personas jóvenes y mayores, tanto familiares como amigos, trabajaron juntos en este proyecto sagrado. Casi dos siglos después, el milagro de esta gran obra puede resonar con mayor fuerza y edificar más fe cuando reconocemos cómo Dios utilizó a hombres y mujeres dedicados para llevar a cabo su gran obra de traducción y restauración.

Las negociaciones de José Smith para publicar el Libro de Mormón

Gerrit J. Dirkmaat y Michael Hubbard MacKay

Gerrit J. Dirkmaat y Michael Hubbard MacKay eran profesores adjuntos de historia y doctrina de la Iglesia en la Universidad Brigham Young cuando se escribió este artículo.

En el verano de 1829, la larga odisea de José Smith para obtener y traducir las planchas de oro al inglés como el Libro de Mormón finalmente se acercaba a su fin. Habían pasado casi seis años desde que José viviera su primera y sorprendente visita de un ángel que se identificó como Moroni. Durante ese tiempo, había experimentado numerosos contratiempos y desilusiones, tanto personales como espirituales.

No había logrado obtener las planchas inmediatamente después de aquella primera noche de visitas angélicas en 1823, y más tarde explicó que no había podido conseguirlas al principio porque había “buscado las Planchas para obtener riquezas y no guardé el mandamiento de tener la vista puesta únicamente en la gloria de Dios”. Después de cuatro años más de arrepentimiento, preparación e instrucción celestial, José finalmente obtuvo las planchas en 1827. Rechazado por eruditos mundanos que afirmaban no poder traducir los caracteres copiados de las planchas, José procedió a usar unas piedras víidentes especialmente preparadas para, milagrosamente, traducir los caracteres a palabras en inglés que dictaba a varios escribientes, entre ellos su esposa Emma y Martin Harris. Pero una triple tragedia golpeó el hogar de los Smith en la primavera y verano de

1828, comenzando con la pérdida de las planchas de oro y de las piedras víidentes —a menudo llamadas espejuelos— que había encontrado junto con las planchas.

Después de que José solicitara repetidamente permiso para que Martin Harris llevara las páginas traducidas que constituían el Libro de Lehi para mostrarlas a su familia, el ángel regresó y confiscó las planchas y los espejuelos. Poco después, Emma dio a luz al primer hijo de la pareja, pero el bebé varón nació muerto o murió inmediatamente después del parto, lo que supuso un golpe devastador para su joven familia. Peor aún, Emma estuvo a punto de morir debido al complicado parto, y José pasó semanas cuidándola hasta que recuperara la salud. A medida que Emma comenzaba a recuperarse, José partió hacia Palmyra para averiguar por qué Harris aún no había regresado con las páginas del manuscrito que se había llevado, solo para descubrir que Harris las había perdido; casi todo el trabajo de traducción realizado en los meses anteriores se había perdido. Devastado por la pérdida de las páginas, de luto por la muerte de su hijo y en apuros económicos, José “clamó al Señor que proveyera para mí a fin de lograr la obra a la cual me había mandado”.

En este momento de desesperación y desmoralización, Oliver Cowdery apareció en escena de manera fortuita. Sin que José y Emma lo supieran, Cowdery se había estado hospedando en la casa de José Smith padre en Manchester. Aunque al principio José padre había sido reacio a compartir muchos detalles sobre las visiones y la misión de su hijo, finalmente se abrió con Cowdery respecto a las planchas de oro y las visitas de ángeles, probablemente como resultado de una revelación que José hijo había dado a su padre (D. y C. 4), en la cual se instruía a José padre a compartir el evangelio. Mientras meditaba y oraba acerca de las asombrosas cosas que José padre le había contado, Cowdery tuvo su propia visión notable en la cual el Señor se le apareció y le mostró “las planchas en visión y también la veracidad de la obra y lo que el Señor estaba por hacer”. Los dos hombres, aunque a veces se veían obstaculizados por no tener suficiente dinero para comprar papel o incluso alimentos, rápidamente reanudaron la obra de traducción con gran vigor.

Durante una primavera y un verano que trajeron más de una docena de nuevas revelaciones, más visitas angélicas y un aumento en el número de personas que seguían las nuevas enseñanzas reveladas por José, el

proyecto de traducción finalmente se acercaba a su finalización. Pero producir las cientos de páginas del manuscrito traducido era solo parte de la dificultad para sacar adelante el Libro de Mormón. Ahora José y sus amigos se enfrentaban quizás a un desafío aún más abrumador: encontrar a un editor dispuesto y pagar la suma extraordinaria que costaría imprimir el Libro de Mormón.

Los hombres fueron primero al taller de impresión más grande del pueblo, propiedad de un amigo de Martin Harris, Egbert B. Grandin. Grandin era el editor del *Wayne Sentinel*, un periódico local, y tenía un acuerdo comercial con Luther Howard para encuadrinar los libros impresos en su prensa. No se sabe con certeza cuándo comenzaron las negociaciones iniciales, pero en la edición del *Sentinel* del 16 de junio de 1829, Grandin publicó la página del título del futuro Libro de Mormón, uno de los requisitos que José Smith debía cumplir para asegurar los derechos de autor del libro. En ese punto temprano, sin embargo, Grandin parecía completamente desdeñoso con respecto a todo el proyecto. Junto a la página del título del futuro Libro de Mormón, Grandin añadió su propio comentario burlón de que “se pretende que será publicado tan pronto como se complete la traducción”.

No es de sorprender, entonces, que Grandin rechazara la oferta inicial de José Smith y Martin Harris para publicar el libro. Grandin tenía que considerar su reputación como editor y líder comunitario, y sabía muy bien que, en cuanto a la traducción de las planchas de oro, “la mayoría de la gente tiene la idea de que todo el asunto es el resultado de un engaño burdo y una superstición aún más burda”. Además, al menos según algunos relatos, Grandin aparentemente estaba preocupado por el bienestar de Martin Harris y su familia. Mientras que muchos impresores estaban dispuestos a publicar libros y luego compartir las ganancias esperadas de las ventas con el autor, este acuerdo se basaba en la creencia del impresor de que el libro se vendería lo suficientemente bien como para recuperar los costos de producción. Grandin fue tajante en que el Libro de Mormón no se vendería, y se negó a considerar tal arreglo. Cuando Harris propuso vender su granja para pagar la publicación él mismo, Grandin “de inmediato les aconsejó en contra de lo que consideraba una supuesta locura” y fue incansable en su oposición a todo el plan. Grandin aparentemente incluso trató de reunir apoyo comunitario en contra de la publicación propuesta. Acudió a los amigos influyentes de Harris y obtuvo su ayuda para intentar

convencer a Martin Harris de que abandonara su apoyo a José Smith y que “desistiera y retirara” su compromiso de pagar por el libro. Harris, con firmeza, “resistió con determinación” las súplicas de Grandin y sus otros amigos, y se mantuvo resuelto a pagar por la publicación del Libro de Mormón. Pero Grandin tampoco cedería. Aunque José Smith y Martin Harris supuestamente se reunieron con Grandin en múltiples ocasiones para intentar negociar un acuerdo, Grandin se negó rotundamente “a darle más consideración”.

Al no lograr asegurar el uso de la imprenta de Grandin para la publicación, José Smith y Martin Harris recurrieron entonces a otro impresor en Palmyra: Jonathan A. Hadley. Hadley era el editor y propietario del *Palmyra Freeman*, un periódico antimazón que desde 1828 había lanzado repetidas andanadas de ataques retóricos abrasadores contra las murallas de la imagen pública de la masonería. Hadley era un joven fogoso, de apenas veinte años, pero ya había ascendido en el mundo de la imprenta desde aprendiz hasta convertirse en editor de su propia publicación. Al igual que Thurlow Weed —el maestro impresor con quien había sido aprendiz en Rochester—, Hadley publicaba un periódico centrado en noticias políticas, con un sarcasmo editorial mordaz que nunca perdía la oportunidad de demonizar a la institución masónica. Por ejemplo, cuando otro periódico reportó la propuesta de formar una “sociedad contra el comer en exceso”, Hadley se burló sardónicamente: “Debería ser una sociedad contra la falta de ejercicio... Sospechamos que hay pocos casos conocidos de hombres trabajadores que coman en exceso.” Y como golpe final a los masones, opinó: “Preferiríamos una sociedad contra el asesinato y la traición —sin excepciones— antes que cualquiera de las anteriores.”

Hadley había anunciado repetidamente sus capacidades de impresión en su periódico, asegurando que podía realizar “todo tipo de impresiones por encargo... con la misma rapidez y a precios tan razonables como en cualquier imprenta... al oeste de la capital.” Como el inmenso costo de publicar el *Libro de Mormón* había sido la razón principal del rechazo de Grandin, José pudo haber esperado encontrar un socio más dispuesto en el competidor de Grandin, y quizás uno que hiciera el trabajo por un precio más bajo. Aunque es difícil determinar cómo fueron las negociaciones y las interacciones, Hadley afirmó más tarde que Martin Harris le había hablado con frecuencia sobre las planchas de oro y había intentado convencerlo de

aceptar las visiones de José Smith. En algún momento del verano de 1829, al menos Martin Harris —si no también José— se acercó a Hadley para hablar sobre la publicación del *Libro de Mormón*. En un relato escrito años después, durante el auge de la agitación antimormona a nivel nacional, Hadley afirmó: “*Yo era tan escéptico que me negué rotundamente a tener cualquier ‘parte ni suerte’ en el engaño, diciéndole al mismo tiempo que, si procedía con la publicación, sentiría como deber, como conductor de un periódico público fiel, el exponerlo a él y a toda la pandilla mormona.*”

A pesar de esta afirmación posterior de haber rechazado el *Libro de Mormón* por repulsión hacia su contenido, Hadley aparentemente se negó a publicarlo por razones prácticas más que morales. Aunque “Harris poseía una buena granja en ese pueblo, y ofreció hipotecarla para asegurar los gastos de impresión,” Hadley no tenía los medios para emprender un proyecto tan grande como la publicación de cinco mil copias de un libro de casi seiscientas páginas. Las acciones de José Smith y Martin Harris después de su entrevista con Hadley no indican un rechazo categórico de parte de Hadley. En cambio, la pareja emprendió el viaje de casi veinticinco millas hasta la ciudad de Rochester, pasando por alto pueblos mucho más cercanos, como Canandaigua, que contaban con varias imprentas al menos del tamaño de la de Grandin. ¿Por qué entonces viajaron a Rochester, un trayecto que al menos requería un día de viaje? La explicación más lógica para tal desplazamiento es que, aunque Hadley no contaba con las instalaciones necesarias para publicar el *Libro de Mormón* él mismo, los refirió a su antiguo maestro impresor en Rochester: Thurlow Weed.

Thurlow Weed ya era una figura renombrada en todo el oeste del estado de Nueva York, aunque no precisamente por su destreza en la impresión de libros. Más bien, este fogoso escritor era conocido por la postura militante que había adoptado en contra de la masonería. Habiendo servido anteriormente en la legislatura del estado de Nueva York, Weed utilizó su periódico, el *Anti-Masonic Enquirer*, así como sus conexiones políticas, para fomentar una revuelta estatal contra el poder y la influencia de los masones en la sociedad estadounidense. Lideró el impulso para formar una nueva organización política de antimasones en todo el estado. Su capacidad política lo convertiría más adelante en uno de los principales organizadores de los partidos Whig y luego Republicano.

Es difícil determinar con exactitud cómo reaccionó Weed a la visita inicial de José Smith y a la explicación tanto del *Libro de Mormón* como de su deseo de que Weed lo publicara. Los únicos relatos de sus negociaciones son recuerdos tardíos del propio Thurlow Weed, y en cada caso Weed publicó su versión de la historia en momentos de intenso fervor antimormón en la nación. Como hábil periodista y político, fue cuidadoso en retratar su involucramiento en los orígenes de la fe mormona de la manera más antagónica y burlona posible.

Además, para cuando Weed publicó sus relatos, ya estaba claramente influenciado por las afirmaciones de otros opositores a José Smith y al *Libro de Mormón*; por ejemplo, Weed adoptó los argumentos promovidos por Doctor Philastus Hurlbut y Eber D. Howe, y dijo a sus lectores que antes de que el *Libro de Mormón* fuera producido, Smith “se fue vagabundeando por el oeste de Pensilvania, donde, nadie sabe cómo, se hizo con el manuscrito de un clérigo medio trastornado, con el cual regresó a Palmyra.” Tras adoptar la afirmación de Howe de que el *Libro de Mormón* se originó en un manuscrito escrito por Solomon Spaulding, Weed además aseguró que José Smith intentó engañar a la gente al afirmar que había encontrado una piedra que producía las palabras del libro. Dijo a sus lectores que José supuestamente había obtenido una piedra y que era de esta piedra o de una “pizarra inspirada” que solía colocar en su sombrero, desde donde leía a los “pocos boquiabiertos” nuevas y extrañas revelaciones; y finalmente, produjo el *Libro de Mormón*, como el credo y la fe de un pueblo del cual él fue destinado por la Providencia a ser su Profeta y Gobernante.”

Después de cumplir con su objetivo de difamar y distorsionar los orígenes de la fe, Weed procedió a explicar su papel en las negociaciones sobre el *Libro de Mormón*: “El Profeta y su Converso Smith y Harris vinieron a Rochester y nos ofrecieron el honor de ser sus impresores... pero como nosotros solo estábamos en el negocio de los periódicos, nos contentamos con leer un capítulo de lo que parecía una estupidez tan miserable e incoherente, que nos preguntamos cómo ‘Joe’ había logrado engañar al primero con ello.” Para Weed, en 1845, creer en el mormonismo era una “enfermedad mental.”

Casi una década después, tras un artículo que denunciaba el mormonismo y sus prácticas matrimoniales polígamás, Weed volvió a presentar las negociaciones bajo una luz negativa:

Hace veintiocho años, “JOE SMITH”, el fundador de esta secta, y “HARRIS”, su primer converso, acudieron al editor principal del *The Journal*, que entonces residía en Rochester, para imprimir su “Libro de Mormón”, recién transscrito de la “Biblia de Oro” que Jo. había encontrado en una hendidura de una roca a la que había sido guiado por una visión. Intentamos leer el primer capítulo, pero parecía un galimatías tan ininteligible que fue descartado. Jo. era un ocioso de taberna en el pueblo de Palmyra. Harris, quien se ofreció a pagar la impresión, era un agricultor acomodado. Disgustados por lo que consideramos una “invención débil” de un impostor, y sin querer despojar a Harris de sus arduas ganancias, rechazamos la propuesta. El manuscrito fue entonces llevado a otra imprenta al otro lado de la calle, de donde, a su debido tiempo, surgió la “Biblia Mormona” original.

Aprovechando el ánimo antimormón de sus lectores, Weed argumentó que su decisión de rechazar el manuscrito fue un acto de deber moral y cívico, teñido de un altruismo que le impidió aceptar el trabajo porque Harris habría quedado arruinado financieramente. Había desaparecido su explicación inicial de que su oficina simplemente no estaba preparada en ese momento para imprimir libros.

A medida que la carrera política de Weed continuaba en ascenso durante la década de 1850, junto con la de su aliado William Seward, una vez más publicó un artículo en el que abordaba sus primeras negociaciones con José Smith. Sin embargo, este artículo de 1858 fue escrito en un clima en el que el presidente James Buchanan había enviado al ejército de los Estados Unidos al Territorio de Utah tras declarar que se encontraba en estado de rebelión, y prometió que sus habitantes “no debían esperar más indulgencia, sino prepararse para ser tratados con rigor.” Aunque Weed lamentaba lo “mortificante” que era que “el mormonismo busque y encuentre creyentes entre quienes han disfrutado de las ventajas de la civilización, y por quienes las Verdades de la Revelación han sido rechazadas”, su propósito al escribir era condenar la violencia anticipada que se dirigiría contra los llamados mormones rebeldes en Utah. Weed instaba al gobierno a “RESCATAR en vez de DESTRUIR” a los mormones engañados en Utah, ya que esperaba que el ejército “lograra una conquista moral sobre los mormones, mucho más humana y duradera que las victorias ganadas con balas y bautizadas en sangre.”

Quizás en un intento de reforzar su autoridad en la discusión sobre cómo debería actuar el gobierno frente a la situación mormona del momento, Weed volvió a relatar la visita de 1829 de José Smith y Martin Harris. Weed explicó cómo Smith llegó a su oficina “con el manuscrito de su Biblia Mormona, para que fuera impreso... pero después de leer algunos capítulos, parecía tal revoltijo de absurdos ininteligibles, que rehusamos el trabajo, aconsejando a Harris que no hipotecara su granja ni dejara en la miseria a su familia.”

Aunque Weed solía presentar sus negociaciones con José Smith como si hubiesen sido solo un breve y único encuentro, su explicación final del episodio en su autobiografía describe una entrevista que duró varios días, e incluye detalles que faltan en todas sus versiones anteriores. En este relato, Weed describe a José Smith llegando solo a su oficina en Rochester. José le dijo a Weed que “quería imprimir un libro, y agregó que había sido guiado en una visión a un lugar en el bosque cerca de Palmyra, donde residía, y que allí encontró una ‘Biblia de oro’, de la cual había sido instruido a copiar el libro que deseaba publicar.” La reacción de Weed debió de haber sido tan escéptica que José Smith intentó demostrarle la naturaleza divina del libro con lo que (si el relato de Weed es cierto) fue una manifestación sin precedentes de su poder de traducción. Weed relató que Smith colocó una piedra en su sombrero “y desde allí leyó un capítulo del ‘Libro de Mormón’.” Sin embargo, esta demostración del origen divino del libro no logró convencer a Weed, y José se marchó ese día sin llegar a ningún acuerdo. No obstante, José regresó al día siguiente, esta vez acompañado de Martin Harris. El hecho de que José regresara con Martin al día siguiente sugiere que, a pesar de las declaraciones interesadas de Weed en sentido contrario, este no había rechazado de plano el proyecto por razones morales; más bien, su decisión estuvo motivada por razones económicas. Harris insistió a Weed que si este aceptaba imprimir el libro, él “se haría responsable de los gastos de impresión.” Weed, o bien no se convenció de que Harris pudiera reunir los fondos, o, como afirmó mucho más tarde, las palabras del *Libro de Mormón* “parecían tan insensatas que pensé que el hombre José Smith estaba loco o era un impostor muy superficial, y por lo tanto rechacé ser su impresor.”

Ante esta decepción, y habiendo viajado ya la considerable distancia hasta Rochester, José y Martin buscaron otra alternativa, esta vez recurriendo a

uno de los críticos y competidores más fervientes de Weed: Elihu F. Marshall, editor del *Rochester Album*. Marshall, un impresor consumado, había escrito y publicado un libro de ortografía en 1819 que recibió elogios de figuras como el presidente del Tribunal Supremo, John Marshall. Este exitoso libro aún se vendía en Palmyra en 1829, y es probable que fuera uno de los utilizados por Oliver Cowdery en su labor docente. Para junio de 1829, Marshall había ampliado sus operaciones y estaba activamente buscando libros para publicar y vender en su tienda de Rochester.

No se sabe si José Smith acudió a negociar con Elihu Marshall por casualidad, como resultado de los anuncios de Marshall, por sugerencia de Weed, o debido a que algunas de las declaraciones públicas de Marshall lo impresionaron. Apenas unos meses antes de que José Smith y Martin Harris visitaran a Marshall en su taller para solicitar su ayuda para publicar el *Libro de Mormón*, Marshall había estado involucrado en una muy pública disputa religiosa. Fue rechazado por el cuerpo principal de la Sociedad Religiosa de los Amigos (cuáqueros) por aceptar las enseñanzas del teólogo cuáquero radical Elias Hicks; Marshall había coescrito un panfleto que ofrecía una severa reprimenda no solo a los cuáqueros, sino a cualquier grupo religioso que no permitiera el “juicio individual”. En cambio, Marshall argumentaba, Dios aceptaba a los hombres según la vida que llevaban, sin importar la obsesión protestante con credos y confesiones. La adhesión a una “religión especulativa o teología abstracta”, afirmaba Marshall, no era una razón legítima para rechazar a alguien que intentara vivir el evangelio de Cristo.

Si José Smith estaba al tanto de los sentimientos religiosos de Marshall, estas declaraciones públicas en favor de la tolerancia religiosa habrían sido un alivio bienvenido ante los constantes ataques que soportaba respecto a lo que otros percibían como herejía. Más adelante, José registró que él y Oliver Cowdery habían sido visitados en Fayette por muchas personas que atacaban sus creencias y les hacían muchas “preguntas difíciles, tratando de confundirlos”. Entre quienes intentaban refutar las afirmaciones de José sobre la revelación se encontraban “varios sacerdotes instruidos que generalmente venían con el propósito de disputar.” La disposición de José Smith a defender más adelante en su vida las creencias religiosas de otros era algo que a menudo era reconocido por quienes lo conocían. Por ejemplo, en 1843, el utópico inglés John Finch visitó Nauvoo y se sorprendió por la ausencia de pretensiones religiosas que emanaban de

José Smith. No solo lo había invitado a dirigirse al pueblo de Nauvoo en dos ocasiones diferentes, sino que Finch relató asombrado cuán generalizada era esta práctica. Escribió: "Joe Smith solía invitar a los forasteros que visitaban Nauvoo, sin importar sus inclinaciones políticas o religiosas, a dar discursos a su pueblo. Un ministro unitario de Boston iba a darles un discurso el domingo siguiente. Dijo que permitía libertad de conciencia a todos, y que no temía que ningún grupo alejara a su pueblo de él."

Ya fuera motivado por sentimientos comunes de tolerancia o no, Elihu Marshall fue el primer impresor que se reunió con José Smith y le dio una respuesta positiva. Lamentablemente, no existen registros de sus negociaciones, por lo que no se conocen los términos acordados. Lo que sí se sabe es que José Smith y Martin Harris seguían prefiriendo publicar el *Libro de Mormón* en Palmyra, si era posible. Probablemente temiendo otro desastre como el que ocurrió cuando Harris perdió el manuscrito conocido como las 116 páginas, José decidió tomar dos precauciones para proteger el texto. En primer lugar, instruyó a Oliver Cowdery que hiciera una copia del manuscrito. La intención era llevar esas páginas copiadas a la imprenta en lugar del manuscrito original. En segundo lugar, en lugar de entregar todo el manuscrito al impresor de una sola vez, José planeaba hacer llegar solo unas pocas páginas a la vez, lo que reduciría la posibilidad de pérdida o mal uso del texto y eliminaría la posibilidad de que el texto completo fuera robado. Si bien estas medidas de seguridad eran prudentes dadas las pérdidas anteriores del manuscrito del Libro de Lehi, también requerían un enfoque mucho más directo en el proceso de publicación de lo que era habitual. Oliver Cowdery, Martin Harris y Hyrum Smith tendrían que estar cerca del lugar de impresión, lo que hacía que una imprenta en Rochester, en lugar de Palmyra, presentara toda una serie de desafíos logísticos y costosos. Si el libro se imprimía en Rochester, estos hombres tendrían que conseguir alojamiento y comida durante varios meses en una ciudad desconocida. Si surgían problemas con la impresión que requerieran la intervención de José, Rochester estaba un día más lejos de su hogar en Harmony, Pensilvania.

Al regresar a Palmyra con el acuerdo de Marshall ya asegurado, José Smith y Martin Harris buscaron nuevamente una audiencia con Egbert Grandin, el editor del *Wayne Sentinel*, quien los había rechazado tan rotundamente al principio. Al explicarle a Grandin que si continuaba negándose a realizar el

trabajo, “la impresión se haría de todos modos”, Grandin finalmente cedió y “celebró un contrato para la impresión y encuadernación deseadas.”

Aunque, según se informa, Grandin había dudado en aceptar el trabajo por consideración hacia Harris —al no querer privarlo de su fortuna para pagar el libro—, para cuando los dos regresaron a la imprenta de Grandin desde Rochester, el altruismo de Grandin se había desvanecido por completo. En lugar de ofrecer condiciones favorables para suavizar el impacto sobre las propiedades de Harris, Grandin, probablemente al percibir la ganancia que podría obtener de estos hombres aparentemente desesperados, impuso términos verdaderamente duros por sus servicios. Primero, Grandin exigió que el pago por la impresión se realizara en su totalidad por adelantado. No bastarían medidas a medias ni pagos parciales. Segundo, fijó el costo de la publicación de las cinco mil copias del *Libro de Mormón* en tres mil dólares, una suma exorbitante que parecía superar ampliamente el margen de ganancia habitual que obtenían los impresores en esa época.

A pesar del costo, Smith y Harris cerraron el trato con Grandin y aceptaron el precio exigido. El esfuerzo de varias semanas para encontrar un impresor dispuesto había llegado finalmente a su fin. Los hombres se habían topado con múltiples decepciones, enfrentado duras burlas e incredulidad, pero mediante la perseverancia lograron finalmente su objetivo original: convencer a Egbert Grandin de publicar el *Libro de Mormón* en Palmyra. Aunque no se sabe con certeza cuándo se alcanzó este acuerdo, aparentemente ocurrió en algún momento antes del 11 de agosto de 1829.

Si bien José Smith debió de sentirse eufórico al ver que su búsqueda de un impresor terminaba finalmente en Palmyra, Jonathan Hadley —el editor del *Palmyra Freeman* que los había enviado a Rochester— se sintió completamente indignado. No solo Smith no iba a publicar el libro con su aliado y mentor Thurlow Weed, sino que planeaba que lo imprimiera Grandin, el rival político y económico de Hadley en la misma ciudad. La ira de Hadley lo llevó a publicar una diatriba detallada en contra de la anticipada publicación del *Libro de Mormón*, proporcionando así el relato publicado más antiguo que se conoce sobre la visita de un ángel a José Smith, el hallazgo de las planchas y de las piedras videntes, y la mecánica mediante la cual José tradujo las planchas.

La filípica de Hadley arremetía contra la totalidad de las afirmaciones de José Smith sobre revelación divina. Llamando a la “Biblia de Oro” “la mayor muestra de superstición que ha llegado a nuestro conocimiento”, Hadley procedió a relatar los detalles que rodeaban el descubrimiento y la traducción de las planchas de oro, tal como los había recibido de José Smith y Martin Harris durante sus negociaciones editoriales a principios del verano. Aunque Hadley era sin duda un antagonista, como varios otros primeros opositores del mormonismo, parecía transmitir las afirmaciones de José Smith con relativa exactitud. Afirmaba que las afirmaciones de Smith sobre visitas angelicales, traducciones milagrosas y planchas de oro que contenían escritos de antiguos profetas eran tan increíbles que no había necesidad de atacar personalmente a Smith ni de ofrecer explicaciones alternativas sobre la creación del texto del *Libro de Mormón*. Hadley concluyó que las afirmaciones de José Smith parecerían tan fantásticas y ridículas a sus lectores, que no era necesario refutar categóricamente la historia.

Escribió sobre la “Biblia de Oro”:

Sus prosélitos dan el siguiente relato de ella: En el otoño de 1827, una persona llamada José Smith, de Manchester, condado de Ontario, informó que había sido visitado en sueños por el espíritu del Todopoderoso, y se le indicó que en cierto cerro de ese pueblo estaba depositada esta Biblia de Oro, que contiene un registro antiguo de naturaleza y origen divino. Después de haber sido visitado así en tres ocasiones, según afirma, se dirigió al lugar y... ¡allí fue encontrada la Biblia, junto con un enorme par de Espejuelos!

Tras burlarse del hecho de que a José Smith se le había dicho que no mostrara las planchas a nadie, Hadley procedió a brindar detalles que simplemente no estaban disponibles para nadie que no hubiera tenido una conversación directa con José Smith. Les contó a sus lectores que: “Se decía que las hojas de la Biblia eran planchas de oro, de aproximadamente ocho pulgadas de largo, seis de ancho y un octavo de pulgada de grosor, sobre las cuales estaban grabados caracteres o jeroglíficos. Colocando los Espejuelos dentro de un sombrero y mirando dentro de él, Smith podía (al menos eso decía él) interpretar esos caracteres.” Esta descripción de las dimensiones de las planchas sería la misma que José Smith repetiría más de una década después en su famosa carta Wentworth. Que José Smith

realizaba la traducción colocando las piedras videntes dentro de un sombrero para bloquear la luz ambiental sería posteriormente atestiguado por asociados cercanos y escribas como David Whitmer, Joseph Knight e incluso la propia Emma Smith.

El relato escéptico y crítico de Hadley sobre los acontecimientos no se detuvo en el descubrimiento y la traducción de las planchas. Más bien, Hadley comenzó a informar a sus lectores con detalle que, aunque la historia “casi invariablemente fue tratada como debía ser—con desprecio”—Martin Harris, “un honesto e industrioso agricultor de este pueblo”, había llegado a creer de todo corazón. De hecho, “Tan ciegamente entusiasta era Harris, que tomó algunos de los caracteres interpretados por Smith, y salió en busca de alguien, además del intérprete, lo suficientemente instruido para traducirlos al inglés; pero todos a quienes consultó (entre ellos estaba el profesor Mitchell, de Nueva York), no poseían el conocimiento suficiente como para dejarlo satisfecho. ¡Harris regresó y puso a Smith a trabajar en la interpretación de la Biblia!” Luego, informando a los residentes de Palmyra que su nombre pronto estaría para siempre ligado al *Libro de Mormón*, Hadley escribió con una mezcla de emoción e incredulidad: “*¡La obra está por ser llevada a la imprenta en este pueblo!!*”

El relato exacto pero desdeñoso de Hadley sobre las planchas y la traducción sin duda contribuyó a aumentar la hostilidad de un público en Palmyra que ya había rechazado las afirmaciones de José Smith respecto a experiencias milagrosas. Sin embargo, el creciente rechazo popular hacia el *Libro de Mormón* no era el problema más inmediato que enfrentaba José Smith en el momento en que Hadley publicó su mordaz crítica. En cambio, José se enfrentaba a un obstáculo inesperado: una tormenta que no anticipó ni sabía cómo enfrentar.

Después de haber cerrado el trato con Grandin, la magnitud de los recursos financieros necesarios para publicar el libro se hizo completamente evidente. Tres mil dólares no solo era una suma considerable; el costo de publicación era quince veces más caro que la granja de catorce acres que José poseía en Harmony, la cual incluía una pequeña casa. Excavando pozos o trabajando como jornalero, José podría haber esperado ganar poco más de un dólar al día. Incluso si no tuviera gastos de subsistencia, ni hipoteca que pagar, ni responsabilidades familiares, a José Smith le habría tomado

casi una década reunir el dinero suficiente para pagarle a Grandin la publicación del libro. El destino de la publicación no descansaba sobre los hombros de un José casi sin recursos y cargado de deudas, ni sobre su igualmente empobrecida familia. Todas las esperanzas de publicación estaban depositadas, como siempre lo habían estado, firmemente sobre el pecho de Martin Harris.

Martin Harris había declarado en múltiples ocasiones que él sería el medio por el cual se pagaría el *Libro de Mormón*. Ya en su visita de 1828 a Charles Anthon, según se reporta, Harris “tenía la intención de vender su granja y entregar el monto recibido a quienes deseaban publicar las planchas”.

Harris se había ofrecido a pagar la impresión durante sus negociaciones iniciales con Grandin; también había asegurado a un escéptico Thurlow Weed que él asumiría el costo total de la publicación. Probablemente hizo la misma oferta desinteresada a Jonathan Hadley. Pero ahora, después de haber cerrado finalmente el acuerdo con Grandin para imprimir el libro, Harris aparentemente vaciló ante la suma exigida. Tal como se lo habían advertido tanto Weed como Grandin, el costo de imprimir el libro arruinaría financieramente a Harris. Charles Anthon informó que, en un principio, Harris creía que las copias del *Libro de Mormón* se venderían bien porque el libro “produciría un cambio total en el mundo y lo salvaría de la ruina”. Pero profesores instruidos, amigos, familiares y expertos en el comercio de impresión y venta de libros sostenían con unanimidad que un libro así no se vendería en absoluto, y mucho menos cinco mil copias. Hombres como Weed, Grandin y Anthon apelaron a su experiencia en el mundo para comunicarle a Harris, de forma directa, que enfrentaba una ruina financiera segura si realmente pagaba por la publicación.

El enorme costo del proyecto, combinado con la negativa rotunda con la que los expertos recibieron la iniciativa, aparentemente hizo vacilar a Harris. Aunque se había cerrado el acuerdo con Grandin para imprimir los libros probablemente a fines de julio o principios de agosto, pasaron semanas sin que Grandin comenzara el trabajo. Pagar toda la impresión por adelantado requería prácticamente todos los activos importantes de Harris. Como recordaría más tarde el yerno de Grandin, “Harris por un tiempo quedó algo tambaleante en su confianza; pero no se podía hacer nada en cuanto a la impresión sin su ayuda.” Y así, los días —y luego las semanas— comenzaron a pasar sin que iniciara el trabajo de impresión, ya que

Grandin, quien había despreciado el proyecto desde el comienzo, se negó rotundamente a componer la primera línea de texto antes de recibir el pago por adelantado.

En esta ocasión, un frustrado José Smith recibió una solución sobrenatural, más que temporal, a su dilema. En algún momento durante el estancamiento con Martin Harris respecto al pago de la impresión en el verano de 1829, José Smith recibió una de sus revelaciones más conocidas, dirigida al ahora repentinamente reacio Harris. El texto de la revelación hablaba a Harris con la voz de Jesucristo: *“Por tanto, te mando por mi nombre, y por mi poder Omnipotente, que te arrepientes: arrepiéntete, no sea que te hiera con la vara de mi boca, y con mi ira, y con mi enojo, y tus sufrimientos sean grandes: ¡Cuán grandes no lo sabes! ¡Cuán exquisitos no lo sabes! ¡Sí, cuán difíciles de soportar no lo sabes!”*

Después de llamar a Harris al arrepentimiento y describir vívidamente el sufrimiento absoluto de Cristo durante Su expiación por los pecados del mundo, la revelación entonces declaró: *“Te mando que no codicies tus propios bienes, sino que los impartas libremente para la impresión del libro de Mormón que contiene... la palabra de Dios.”* La revelación no solo ordenaba a Harris entregar su propiedad para pagar la impresión, sino que además le explicaba con exactitud lo que eso significaba: *“Imparte una porción de tus bienes; sí, incluso parte de tus tierras y todo, salvo lo necesario para el sustento de tu familia. Paga la deuda del impresor. Libérate de la esclavitud.”* Las líneas que preceden estas instrucciones advertían a Harris que *“recibirás aflicción si desatiendes estos consejos; sí, incluso la destrucción de ti mismo y de tus bienes.”*

A pesar de sus evidentes reservas y del creciente coro de voces que se burlaban de semejante decisión, Harris obedeció las palabras de la revelación y dio el valiente paso de financiar el costo total de la publicación del *Libro de Mormón*. Tal como se le había indicado en la revelación, hipotecó la mayor parte de sus propiedades a favor de Egbert Grandin por los prometidos tres mil dólares el 25 de agosto de 1829, poniéndose en riesgo de una ruina financiera casi total. Asegurado su beneficio, Grandin partió inmediatamente hacia la ciudad de Nueva York para adquirir el tipo necesario y comenzar el trabajo del proyecto.

Con la hipoteca de Harris, la difícil odisea de José Smith para encontrar un impresor dispuesto a publicar el libro llegó finalmente a su fin. Aunque José aparentemente esperaba que el libro estuviera listo para el 1 de febrero de 1830, no fue sino hasta finales de marzo que las copias estuvieron finalmente disponibles para la venta. Y aunque los pronosticadores del mundo tenían razón al afirmar que el público general rechazaría el libro y que no habría una venta acelerada, se equivocaron al decir que no se vendería en absoluto. En el transcurso de la siguiente década, el inventario de cinco mil copias de la primera impresión eventualmente se agotó, y ya en 1833 se estaban haciendo planes para una nueva impresión del *Libro de Mormón*. Y aunque los cínicos como Weed y Grandin estaban seguros de que Harris lo perdería todo —y Harris en efecto perdió la mayor parte de sus propiedades en Palmyra como resultado de su difícil decisión de cumplir con su compromiso y pagar la publicación—, finalmente fue reembolsado a medida que se vendían los libros. Más tarde dijo a un entrevistador: “*Nunca perdí ni un centavo. El hermano Smith... me pagó todo lo que adelanté, y más aún.*”

En última instancia, José Smith y Martin Harris hicieron grandes sacrificios para traducir y publicar el *Libro de Mormón* porque creían en aquello de lo que los detractores se burlaban: que la obra provenía de “un registro antiguo de naturaleza y origen divino” y que, en efecto, como Charles Anthon había descartado con tanta ligereza, “*produciría un cambio total en el mundo y lo salvaría de la ruina.*”

La recepción temprana del Libro de Mormón en la América del siglo XIX

Jeremy J. Chatelain

Jeremy J. Chatelain fue maestro en el Seminario Fremont en Ogden y redactor de currículo de campo para Seminarios e Institutos. Era candidato doctoral en la Universidad de Utah cuando escribió este texto.

No mucho después de que el Libro de Mormón fuera impreso por primera vez, llegó a manos de un hombre que declaró con vacilación: “Esperen... esperen un poco; ¿cuál es la doctrina del libro y de las revelaciones que el Señor ha dado? Permitidme aplicarme a ellas de corazón.” Finalmente, después de examinar “el asunto cuidadosamente durante dos años”, decidió “recibir ese libro.” ¿Quién era este hombre cuidadoso y contemplativo que “deseaba tiempo suficiente para probar todas las cosas” por sí mismo? No era otro que Brigham Young, quien más tarde dijo: “Sabía que era verdadero, así como sé que puedo ver con mis ojos, o sentir con el tacto de mis dedos, o ser consciente de la demostración de cualquier sentido.”

Sin embargo, aproximadamente al mismo tiempo, los periódicos de Nueva York *Rochester Daily Advertiser* y *Rochester Republican* publicaron: “BLASFEMIA—‘LIBRO DE MORMÓN’, alias LA BIBLIA DE ORO. El ‘Libro de Mormón’ ha llegado a nuestras manos. Nunca se ha practicado una impostura más vil. Es una evidencia de fraude, blasfemia y credulidad, que resulta escandalosa para el cristiano y el moralista.” Al menos diez

periódicos más en Massachusetts, Rhode Island, Nueva York, Maryland y Vermont reimprimieron este artículo durante abril y mayo de 1830.

Además, para el momento en que se publicaron estos artículos, no menos de cuarenta y un artículos sobre el Libro de Mormón y José Smith ya habían sido publicados el año anterior. La llegada del libro, tanto célebre como infame, influiría de manera irreversible en el curso de la humanidad.

La recepción del Libro de Mormón en la primera mitad del siglo XIX revela una dicotomía fascinante entre el ridículo y la desestimación, y el discernimiento silencioso y profundo de la palabra de Dios. Los editores de periódicos, filántropos y religiosos fueron rotundamente críticos de la nueva escritura por diversas razones: desde la exasperación provocada por el revivalismo del Segundo Gran Despertar, hasta el temor de perder miembros de su propio rebaño ante el mormonismo. Por otro lado, aquellos que buscaban la restauración de la Iglesia de Cristo a menudo sintieron el impacto del libro sin siquiera haber conocido al profeta José.

Este capítulo considerará la reacción al Libro de Mormón en sus primeros tres años: desde su publicación iniciada en 1829 hasta fines de 1831. El Libro de Mormón fue tratado con mayor frecuencia en los periódicos durante esos tres años que en los siguientes nueve años combinados. Las fuentes primarias utilizadas para este estudio provienen de una colección recientemente compilada de más de 10,000 artículos sobre el mormonismo en más de 660 periódicos entre 1829 y 1844. Entre estas fuentes hay al menos 583 artículos que mencionan al Libro de Mormón por su nombre. Más de dos tercios de esos artículos fueron escritos en los primeros tres años. Las actitudes y percepciones respecto al Libro de Mormón que se encuentran en estos periódicos serán revisadas en cuanto a su contenido y evolución en el tiempo, y contrastadas con relatos de personas como Brigham Young, quienes tenían la sincera intención y fe para obtener el testimonio prometido de que el libro es verdadero, algunos incluso antes de que el libro fuera encuadrado.

Desde sus inicios inciertos, el Libro de Mormón ha sido impreso en más de 100 idiomas, ha superado los 150 millones de ejemplares, ha sido reconocido como uno de los libros más influyentes en la historia de los Estados Unidos, y hoy en día es llevado por todo el mundo en las manos de más de 83,000 misioneros. La venida del Libro de Mormón es una obra maravillosa y un prodigo.

El Libro de Mormón entra a imprenta, 1829

A diferencia de los contemporáneos religiosos de José, cuyos ministerios comenzaron con un sentimiento de predicar, la llegada de José a la escena religiosa comenzó con un libro. Para la familia Smith, el libro fue “la fuente de tanto gozo secreto,” pero a causa del libro serían vilipendiados y difamados en miles de páginas de periódicos. No menos de veinticuatro artículos que mencionaban algún aspecto del Libro de Mormón aparecieron en periódicos entre junio y diciembre de 1829, antes incluso de que el Libro de Mormón estuviera disponible para la venta. Este período incluyó, entre otras cosas, la finalización de la traducción, la búsqueda de una imprenta en Palmyra y Rochester, la obtención del derecho de autor, los arreglos formales con E. B. Grandin, el testimonio de los once testigos sobre las planchas, la revelación dirigida a Martin Harris para que no codiciara sus bienes y pagara la deuda con el impresor, el inicio del manuscrito para impresión, la recepción de las primeras pruebas de imprenta, y el comienzo de la composición tipográfica y la impresión. Una de las primeras referencias conocidas al Libro de Mormón en los periódicos se encuentra en el ejemplar del 26 de junio de 1829 del periódico *Wayne Sentinel* de Palmyra, Nueva York, editado por E. B. Grandin:

En esta región en particular, desde hace algún tiempo, ha existido mucha especulación en torno a un supuesto descubrimiento, mediante medios sobrenaturales, de un antiguo registro de naturaleza y origen religiosos y divinos, escrito en caracteres antiguos, imposibles de interpretar por cualquiera que no haya recibido el don especial mediante inspiración. Generalmente se le conoce y se habla de él como la “Biblia de Oro.” La mayoría de las personas cree que todo el asunto es el resultado de una grosera impostura y una superstición aún más grosera. Se pretende que será publicado tan pronto como se complete la traducción. Mientras tanto, se nos ha proporcionado lo siguiente, que se nos presenta como el contenido destinado a la portada de la obra — lo ofrecemos como una curiosidad.

Grandin inicialmente había rechazado la solicitud de José para imprimir el libro. Su renuencia es evidente en su referencia pasiva a la publicación de la obra y en su declaración distante de que “la mayoría de las personas cree que todo el asunto es el resultado de una grosera impostura y una superstición aún más grosera.” No obstante, la solicitud de derechos de

autor para el Libro de Mormón fue presentada en la oficina de Richard R. Lansing, secretario del Tribunal del Distrito Norte en Utica, Nueva York, el 11 de junio de 1829, y Grandin accedió a imprimir cinco mil ejemplares por tres mil dólares.

Los periódicos locales de julio y agosto de 1829 incluyeron algunas alusiones vagas al Libro de Mormón, pero fue el *Palmyra Freeman* del 11 de agosto de 1829 el que perpetuaría las siguientes reacciones y rumores significativos. El artículo contiene una variedad de detalles sobre cómo José obtuvo las planchas, incluyendo tres visitas divinas, el descubrimiento de las planchas enterradas “junto con un enorme par de gafas,” las dimensiones de las planchas, la advertencia de no mostrarlas a otros, y una descripción de cómo se colocaban las gafas dentro de un sombrero durante el proceso de traducción. El artículo también relata la visita de Martin Harris al profesor Mitchell, “quien era lo suficientemente instruido como para traducirlas al inglés,” pero que “resultó no poseer los conocimientos suficientes como para brindar satisfacción.” (Para más detalles sobre esta visita, véase el capítulo de Richard E. Bennett en este volumen). El comentario incrédulo del redactor era llamativo y contagioso. El artículo ingresó al sistema de “intercambio de periódicos” del siglo XIX en Estados Unidos y se difundió rápidamente. Al menos seis periódicos adicionales reimprimieron el artículo, o variaciones del mismo, entre agosto de 1829 y enero de 1830, repitiendo pullas cáusticas como “el mayor ejemplo de superstición,” “el tema el Libro de Mormón fue tratado casi invariablemente como debía serlo — con desprecio,” y “Es ciertamente una ‘novedad’ en la historia de la superstición, el fanatismo, la incoherencia y la necedad. Debería, y sin duda será, tratado con el desdén que merece. El público no debería ser víctima de esta obra.”

Determinar en qué medida tales artículos moldearon la recepción del Libro de Mormón en la mente de los estadounidenses es difícil de evaluar. Sin embargo, los historiadores de la imprenta han reconocido el poder de la “cultura nacional de la impresión” que tomó forma a principios del siglo XIX, y uno de estos estudiosos declaró: “Una prensa en expansión fue una fuerza visible de cambio en la nueva nación, y su impacto se dejó sentir en todas las áreas de la vida estadounidense.” En cuanto al aluvión de prensa negativa dirigido a José y al Libro de Mormón, el historiador Richard L.

Bushman escribió: “Los periódicos elevaron a José de ser un simple buscador de tesoros de fama local a un impostor religioso consumado.”

Para septiembre de 1829, otro editor local llamado Abner Cole comenzó a manipular la recepción del Libro de Mormón, aún en proceso de impresión. Cole, escribiendo bajo el seudónimo de Obadiah Dogberry, imprimía su periódico de Palmyra, *The Reflector*, por las noches y los domingos en la misma imprenta que estaba produciendo el Libro de Mormón. Al componer los tipos para su periódico rodeado de hojas recién impresas y sin encuadrinar del Libro de Mormón, Cole estaba, sin duda, al tanto de las historias y rumores que circulaban en el pequeño pueblo acerca de las planchas y del joven y pretencioso “José Smith,” y Cole no estaba impresionado. Pero su cercanía física al proceso de impresión de las controvertidas escrituras le dio un acceso sin precedentes y conocimiento de primera mano. El hecho de que Cole hojeaba el texto del Libro de Mormón en las oficinas de Grandin es evidente en su referencia sarcástica a la notoria frecuencia de la frase “y aconteció que” en el Libro de Mormón. Imprimió: “Se espera que el Libro de Mormón esté listo para su entrega en el transcurso de un año.—Grandes y maravillosas cosas ‘acontecerán’ por esos días.” “La Biblia de Oro,” escribió, “por José Smith, hijo, autor y propietario, está actualmente en prensa y aparecerá en breve. ¡El sacerdocio fraudulento tiene corta vida!” Esta fue la primera mención que hizo Cole del libro, y la única vez que honró a José utilizando una versión formal de su nombre. Irónicamente, Cole acusó al editor del citado *Palmyra Freeman* de examinar “los misterios ocultos” del Libro de Mormón sin terminar — algo que él mismo estaba haciendo. Cole, el primer escritor prolífico sobre José y el mormonismo temprano, escribió otras bromas inofensivas en septiembre de 1829. “Entendemos,” imprimió con fingida preocupación, “que los Anti-Masones han declarado la guerra contra la Biblia de Oro. — ¡Oh! ¡Qué impiedad!”

Mientras Abner Cole descartaba la posibilidad de que Dios hubiera vuelto a hablar en la tierra, Solomon Chamberlain andaba inquirendo “por el país... si había alguna obra extraña de Dios, como no se había visto en la tierra desde los días de Cristo.” Guiado por el Espíritu hasta Palmyra, un pueblo que le era desconocido, le preguntaron si había oído hablar de la Biblia de Oro. “Cuando dijeron ‘Biblia de Oro,’” escribió, “hubo un poder como electricidad que fue desde la coronilla de mi cabeza hasta la punta de mis

pies.” Pronto llegó a la casa de la familia Smith, donde recordó: “El Señor me reveló por el don y poder del Espíritu Santo que esta era la obra que yo había estado buscando.” Solomon acompañó a Hyrum Smith a la imprenta donde, “tan pronto como imprimieron 64 páginas,” Solomon “las tomó con su permiso” y viajó a Canadá para predicar el Libro de Mormón. Solomon estuvo presente la siguiente primavera cuando el Libro de Mormón salió a la venta; compró “8 o 10 ejemplares” y reanudó rápidamente su misión.

Thomas B. Marsh tuvo una experiencia similar. Incapaz de hacer que su fe metodista “correspondiera” con la Biblia, escribió que “se mantenía alejado de los sectarios” hasta que un día una “dama le preguntó si había oído hablar del Libro de Oro hallado por un joven llamado José Smith.” Estando “muy ansioso por saber del asunto,” Thomas viajó a Palmyra y encontró a Martin Harris en la imprenta, donde acababan de salir las pruebas de las primeras diecisésis páginas. Después de conocer las experiencias de José, llevó la hoja de prueba a su esposa, quien “quedó muy complacida, creyendo que era la obra de Dios.”

Para octubre de 1829, por otro lado, el sarcasmo de Abner Cole había aumentado, junto con su familiaridad con el Libro de Mormón. “El ‘Reflector de la Nueva Jerusalén’ declara que la construcción del TEMPLO DE NEFI comenzará alrededor del inicio del primer año del Milenio. Miles ya están acudiendo al estandarte de José el Profeta. ¡Se espera que el Libro de Mormón asombe a los nativos!” El enfoque de Cole se intensificó en diciembre, cuando ofreció un tentador vistazo del libro controvertido, quizás aprovechando la oportunidad para aumentar su audiencia e intentar difamar a José. Citando la “gran curiosidad” en la zona respecto al Libro de Mormón y la “solicitud de muchos de sus lectores,” Cole prometió en la edición del 9 de diciembre “comenzar a publicar extractos del mismo” en enero de 1830. Fiel a su palabra, toda la portada de la edición del 2 de enero de 1830 del *Reflector* contenía texto sustraído de 1 Nefi 1:1 hasta 2:3, y concluía con la promesa de que sería “Continuado.”

El presidente Ezra Taft Benson describió con destreza en 1988 lo que ya comenzaba a manifestarse en las páginas de los periódicos y en los corazones de hombres y mujeres en 1829. “He notado,” proclamó, “una diferencia en discernimiento, percepción, convicción y espíritu entre aquellos que conocen y aman el Libro de Mormón y aquellos que no. Ese libro es un gran separador.” Aquellos como Cole, que meneaban la cabeza

con burla, jamás experimentarían lo que ganaron aquellos como Solomon Chamberlain al inclinarla con humildad.

El Libro de Mormón en imprenta, 1830

Los historiadores han cuestionado las motivaciones de Cole para copiar del Libro de Mormón y han escrito sobre su personalidad pendenciera. Más recientemente, los académicos han encontrado evidencia de que Cole era un librepensador, parte del movimiento de Librepensamiento estadounidense entre 1825 y 1850. Poco inclinado a la ortodoxia ni a las ministraciones angélicas, Cole se deleitaba más bien en sus atrevidos intentos de “levantar el velo, arrancar el manto y despojar del ropaje al vano pretendiente, y exhibirlo al ridículo público para que el dedo del desprecio lo señale.” Su naturaleza intransigente lo llevó a los conocidos enfrentamientos con Hyrum, Oliver y José por su impresión no autorizada del Libro de Mormón. Según el recuerdo posterior de Lucy Mack Smith, Hyrum, actuando por un presentimiento inquietante, llevó a Oliver a Palmyra un domingo por la tarde, donde descubrieron a Cole trabajando arduamente en su periódico y negando beligerantemente la ilegalidad de sus actos. José, que entonces vivía en Harmony, Pensilvania, fue llamado. Fue al pueblo a confrontar al irascible Cole. El editor de mayor edad esperaba una pelea a puños, pero “José no pudo evitar sonreír ante la grotesca apariencia” de Cole y su comportamiento ridículo. La infracción de derechos de autor se resolvió mediante arbitraje, aunque no antes de que Cole publicara extractos en otras dos ediciones de enero de su periódico.

El arbitraje pudo haber tenido efectos suavizantes, o al menos legalmente obligatorios, sobre Cole. Adoptando una posición inusualmente objetiva respecto al Libro de Mormón, Cole incluyó en la misma edición que el *Primer Libro de Nefi* una opinión en la que afirmaba no tener intención de “discutir los méritos o deméritos de esta obra.” Afirmaba estar “asombrado” de que ciertos ciudadanos se sintieran tan incómodos por “el Libro... que debe sostenerse o caer, según los caprichos y fantasías de sus lectores.” Aunque decía no haber “examinado aún muchas de sus páginas” (lo cual es dudoso), estaba preparado para declarar que no podía “descubrir nada que fuera traición, o que tendiera a subvertir nuestras libertades.” Luego, más característicamente irónico, declaró: “En cuanto a su carácter religioso, por ahora no tenemos medios para determinarlo, y si

los tuviésemos, estaríamos bastante renuentes a entrometernos con las tiernas conciencias de nuestros vecinos.”

Once días después, Cole publicó una continuación en portada de *Primer Nefi y*, una vez más, adoptó un profesionalismo atípico respecto a José y al libro: “Inadvertidamente descuidamos en nuestros comentarios de la semana pasada, respecto a esta obra maravillosa, acompañarlos de las explicaciones necesarias para su correcta comprensión.” Luego aclaró que la “denominación de ‘Biblia de Oro’” es una forma inapropiada del nombre correcto, “El Libro de Mormón,” que es una compilación de libros en jeroglíficos antiguos escritos sobre planchas de oro por un tal Mormón. Cole no dio indicios de qué motivó su cambio de temperamento. No obstante, aún puede percibirse su desprecio irreprimible incrustado en el texto. Su tercera entrega, un extracto de Alma 27, apareció en el *Reflector* sin comentario alguno.

Molesto por las restricciones legales, Cole recurrió a la sátira durante los siguientes meses. Su “Libro de Pukei” se burlaba del “profeta José,” de su “libro, y su espada oxidada, y su piedra mágica.” Para junio de 1830, Cole había abandonado toda moderación y reanudado su condena directa: “Ningún profeta... ha realizado ni la mitad de las maravillas que se le han atribuido a ese ignorante patilargo Jo Smith... quien parece poseer la quintaesencia del descaro.” Siendo el primer agitador serio en la prensa, Cole abordó algún aspecto del Libro de Mormón y de José Smith en no menos de cincuenta y tres artículos desde 1829 hasta la conclusión del *Reflector* en 1831.

Mientras tanto, el *Wayne Sentinel* del 19 de marzo de 1830 anunciable la inminente disponibilidad del Libro de Mormón. Al menos treinta y seis artículos se habían publicado en los nueve meses transcurridos desde el primer reconocimiento cauteloso del *Sentinel* sobre el Libro de Mormón. Una semana después, el 26 de marzo de 1830, con una sorprendente falta de alarde considerando todo lo que se había escrito hasta ese momento sobre el libro, el *Sentinel* reimprimió la portada del Libro de Mormón con la siguiente nota adicional: “La obra precedente, que contiene unas 600 páginas, en formato duodécimo grande, está ahora a la venta, al por mayor y al por menor, en la Librería de Palmyra, por HOWARD & GRANDIN.”

La tranquilidad con la que el Libro de Mormón salió a la venta se rompió menos de una semana después. El *Rochester Daily Advertiser* del 2 de abril de 1830 publicó un artículo que superó en número de reimpresiones en periódicos de intercambio, cobertura geográfica y burla, al reproche anterior del *Palmyra Freeman*. Al menos once periódicos, con ligeras variaciones, replicaron el siguiente grito: “Blasfemia—... El ‘Libro de Mormón’ ha llegado a nuestras manos. Nunca se ha perpetrado una impostura más vil. Es una prueba de fraude, blasfemia y credulidad, escandalosa para el cristiano y el moralista.” Los editores se mostraban horrorizados de que “un sujeto” llamado José Smith, hijo, hubiera logrado, “por algún tipo de ardid”, ejercer tal influencia sobre un rico granjero del condado de Wayne Martin Harris, que este último hipotecara su granja por \$3,000 que pagó para la impresión y encuadernación de 5,000 ejemplares de esta obra blasfema.” Los editores incluyeron luego una sorprendentemente precisa y breve descripción de los libros contenidos en el Libro de Mormón, y reprodujeron, sin alteración, el prefacio relacionado con las 116 páginas robadas y los “testimonios” de los tres y los ocho testigos.

El prefacio de 1830, preparado por José aproximadamente ocho meses antes, en agosto de 1829, revelaba el plan nefasto de quienes robaron las 116 páginas del Libro de Lehi en el verano de 1828:

Como muchos informes falsos se han difundido respecto a la obra siguiente, y también se han tomado muchas medidas ilegales por parte de personas de malas intenciones para destruirme a mí y también la obra, les informo que... ciertas personas han robado y retenido ciento diecisésis páginas... porque Satanás puso en sus corazones tentar al Señor su Dios, alterando las palabras, para que leyeren diferente de lo que yo traduje y mandé escribir.

José había recibido instrucción, en una revelación que actualmente se encuentra publicada como Doctrina y Convenios 10, de guardar este conocimiento para sí mismo, de “guardar su paz hasta que el Señor juzgue conveniente dar a conocer todas las cosas al mundo concernientes al asunto.” Así, aquellos que habían calculado desacreditar a José y al Libro de Mormón al intentar divulgar versiones contradictorias del libro, vieron frustrados sus planes. No está del todo claro por qué los editores de estos periódicos habrían seguido su atrevida denuncia de la “credulidad,... la

estafa,... y la blasfemia” con, ocho meses después, una reimpresión casi comprensiva de la ilegalidad perpetrada contra José y los audaces testimonios de once testigos. Sea cual fuere la razón, José aprendió que la omnisciencia del Señor era concluyente: “No permitiré que destruyan mi obra; sí, les mostraré que mi sabiduría es mayor que la astucia del diablo.” Quizás el diablo aún no aprendía que incluso en la década de 1830, la mala prensa sigue siendo prensa.

Cinco periódicos más reprodujeron simultáneamente, de abril a junio de 1830, un resumen bastante objetivo del Libro de Mormón que reconocía el artículo de la “vil impostura”, pero se centraba en cambio en las cartas de “once individuos, exponiendo la excelencia de la obra y la existencia de las ‘planchas’ de oro originales, en las cuales estaban grabados los contenidos del volumen, en un idioma que el traductor aprendió por inspiración.” Las palabras más duras fueron las siguientes: “Adjuntamos, con cierta vacilación, uno de los certificados [el testimonio de los tres testigos], que tiene un marcado sabor a lo que en otros tiempos se habría llamado blasfemia.” Independientemente de si las intenciones de los editores mencionados eran positivas o negativas, ayudaron a cumplir la responsabilidad de los testigos “de testificar al mundo lo que [ellos] habían visto” al reimprimir ese testimonio en al menos veinticuatro artículos periodísticos, en siete estados y diecinueve ciudades.

Aquellos que creyeron

Samuel H. Smith, el hermano menor de José, partió entusiasmado en el verano de 1830 para tener la oportunidad de declarar la veracidad del Libro de Mormón. Sin embargo, según los recuerdos posteriores de Lucy Mack Smith, Samuel luchó por encontrar un oyente sincero. Decepcionado, dejó un ejemplar con el predicador metodista John P. Greene, quien lo desestimó como una “fábula sin sentido.” Su esposa, Rhoda Young Greene, por otro lado, creyó en el libro y “rompió en llanto” cuando Samuel volvió a recogerlo. Samuel se conmovió por su emoción y sintió el impulso de dejárselo como obsequio. Sin conocer el futuro del libro, Samuel regresó “abatido de corazón” junto a José tras su misión, afirmando que había fracasado. Mientras tanto, Rhoda finalmente convenció a su esposo de leerlo con seriedad, y luego lo entregó a sus hermanos: Phineas, Lorenzo, Brigham y Joseph Young. El libro siguió su recorrido indirecto y llegó a manos de la suegra de Heber C. Kimball. “Así fue este libro,” escribió Lucy,

observando la mano del Señor en el asunto, “el medio para convencer a toda esta familia y llevarla a la Iglesia, donde han permanecido como miembros fieles desde el inicio de su trayectoria hasta ahora. Y, gracias a su fidelidad y celo, algunos de ellos se han convertido en hombres tan grandes y honorables como los que jamás hayan pisado la tierra.”

Muy pocos comentarios neutrales o positivos sobre el Libro de Mormón pueden encontrarse en los periódicos durante 1829 y 1830. Por lo general, es necesario recurrir a relatos personales o autobiográficos para encontrar el poder transformador del libro. Parley P. Pratt sintió, en agosto de 1830, el impulso de detenerse en una región desconocida del estado de Nueva York por razones que no comprendía, pero que le fueron “claramente manifestadas por el Espíritu.” Después de visitar a “un anciano diácono bautista,” le hablaron “de un libro, un libro extraño, ¡un LIBRO MUY EXTRAÑO!” Parley comentó: “Sentí un interés extraño por el libro... A la mañana siguiente fui a su casa, donde, por primera vez, mis ojos contemplaron el ‘LIBRO DE MORMÓN’, —ese libro de libros... que fue el medio principal, en las manos de Dios, para dirigir todo el curso de mi vida futura.” Parley continuó:

Lo abrí con avidez y leí su portada. Luego leí el testimonio de varios testigos con respecto a la manera en que fue hallado y traducido. Después de esto, comencé a leer su contenido de corrido. Leí todo el día; comer era una carga, no tenía deseo de alimento; dormir era una carga cuando llegó la noche, pues prefería leer a dormir.

Mientras leía, el espíritu del Señor estuvo sobre mí, y supe y comprendí que el libro era verdadero, tan clara y manifiestamente como un hombre comprende y sabe que existe. Mi gozo entonces fue completo, por así decirlo, y me regocijé lo suficiente como para compensar todas las penas, sacrificios y fatigas de mi vida.

Parley decidió encontrar a José Smith pero, al no hallarlo en casa, pasó la noche conversando con Hyrum. A la mañana siguiente, partió para cumplir un compromiso de predicación con un ejemplar del Libro de Mormón en mano. Mientras caminaba, reflexionaba sobre el gozo que llenaba su alma y ensanchaba su corazón, valorándolo más que “todas las hermosas granjas, casas, pueblos y propiedades” que, según él, “pasaban ante mis ojos durante el trayecto.” El libro lo había transformado. “Después de

ponderar debidamente todo el asunto en mi mente, vi claramente que estas cosas eran verdaderas,” escribió en su autobiografía. Poco sabía él hasta qué punto ese libro “[dirigiría] todo el curso de [su] vida futura”: Parley murió como mártir a los cincuenta años mientras cumplía una misión testificando del Libro de Mormón.

De igual manera, en el otoño de 1830, en medio de los insultos e ironías impresas, un constructor de puentes y molinos llamado Ezra Thayre sintió físicamente el poder del Libro de Mormón. Inicialmente, Ezra se sintió “lleno de ira” respecto al Libro de Mormón—tanto que ofreció prestar “un par de caballos [para llevar a José Smith] a la cárcel.” Sin embargo, al escuchar hablar a Hyrum, Ezra recordó: “Cada palabra me tocaba el alma hasta lo más profundo... Las lágrimas rodaban por mis mejillas... Cuando Hyrum terminó, levantó un libro y dijo: ‘aquí está el Libro de Mormón.’ Yo dije: déjame ver. Entonces abrí el libro, y recibí una sacudida con un gozo tan exquisito que ninguna pluma puede escribir ni lengua expresar... Lo abrí de nuevo, y sentí una doble porción del Espíritu, que no sabía si estaba en el mundo o no. Sentí como si realmente estuviera en el cielo.” Ezra vio al profeta José el siguiente domingo y le relató su experiencia. José le preguntó qué lo detenía “para ir al agua [a bautizarse]. [Ezra] dijo: Estoy listo y dispuesto en cualquier momento.”

Ezra le dijo a su hermano, quien también creía en el Libro de Mormón, que “cuando Dios le muestra a un hombre tal cosa por el poder del Espíritu Santo, él sabe que es verdad. No puede dudarlo.” Ezra se regocijó cuando el Señor lo llamó a tocar la trompeta de la veracidad del Libro de Mormón “a una generación torcida y perversa.”

Otros buscadores sinceros, como John y Julia Murdock y William W. Phelps, tuvieron encuentros igualmente poderosos con el Libro de Mormón. El poder y el espíritu del Libro de Mormón influyeron tan profundamente en algunos de los primeros santos que incluso los periódicos críticos tomaron nota. Los primeros misioneros mormones declaraban la obra maravillosa y prodigiosa con tanto entusiasmo como el que usaban los editores para denunciarla. Al igual que Solomon Chamberlain, estos misioneros incansables a menudo llevaban hojas de prueba de imprenta porque no podían esperar a que las copias encuadradas estuvieran listas para predicar sobre la Restauración. Tal celo apareció en los periódicos. Un ciudadano preocupado escribió: “Señor Editor—Por favor, aconseje a

hyrum smith y a algunos de sus asociados mal educados que no sean tan impertinentes cuando la gente decente denuncia la impostura de la ‘Biblia de Oro.’ Las anatemas de tales desgraciados ignorantes, aunque no se temen, no son del todo del gusto de algunas personas—Los apóstoles deberían mantener la calma.” Aparentemente, el período de espera impuesto por el Señor a Hyrum un año antes para “obtener [la] palabra [del Señor]” antes de predicar ya se había cumplido. Hyrum ahora tenía el “Espíritu, y [la] palabra [del Señor]; sí, el poder de Dios para convencer a los hombres,” tanto que los ciudadanos escribían a los periódicos al respecto.

El primer año del Libro de Mormón publicado concluyó con algunas descripciones objetivas, informes de misioneros predicando, críticas adicionales y el gruñido de Abner Cole: “Ya es hora de que se desenmascare a ese miserable [José Smith] y se exhiba su forma horrenda.” Cualquiera que haya sido su recepción hasta entonces, el Libro de Mormón no podía retirarse.

El abundante comentario de 1831

El año 1831 incluyó más de 115 artículos sobre el Libro de Mormón, superando en número la suma de los dos años anteriores, así como el número combinado de los seis años siguientes. Los artículos se volvieron más elaborados y más virulentos, y fueron reimpressos con mayor frecuencia en el sistema de intercambio que antes. El año comenzó, sin sorpresa, con Abner Cole aplicando su “látigo censor.” El 1 de enero de 1831 bromeó: “Se nos ha informado que una de las Biblias de Oro de Jo Smith fue quemada recientemente en la hoguera en el pueblo de Newark, condado de Wayne.” Sin embargo, el humor no duraría mucho. En los últimos tres meses antes de que su periódico fracasara en marzo de 1831, Cole escribió una serie de editoriales improvisados sobre la Biblia de Oro. “Es nuestra intención,” declaró en su introducción, ofrecer “una exposición sencilla y sin adornos de los hechos... [relacionados] con el origen, surgimiento y progreso del libro en cuestión; para que nuestros lectores puedan... juzgar... los asuntos por sí mismos.” Seis artículos de considerable extensión fueron publicados aproximadamente cada dos semanas durante tres meses. El contenido de los artículos vagaba a través de una historia fantasiosa de la familia Smith, Mahoma y el Corán, Joanna Southcott, y una crítica a las supuestas variaciones en los detalles históricos de los testimonios de los testigos del Libro de Mormón. Dos periódicos de Ohio, el

Ashtabula Journal y el *Painesville Telegraph*, reimprimieron tres de los artículos de la serie, quizás como resultado de la llegada de José y los santos de Nueva York a la cercana Kirtland, Ohio, a principios de 1831.

Más impactante en su capacidad para moldear la recepción del Libro de Mormón que la serie de la “Biblia de Oro” de Cole fue la reacción del *Ashtabula Journal* hacia sus nuevos vecinos. “Los creyentes en la autenticidad sagrada de esta miserable producción,” denunciaba, “son conocidos con el nombre de ‘mormonitas’” y están guiados por una “revelación adicional del profet[a] prolífic[o], Smith.” El artículo reportaba que la población mormona en los condados colindantes era de cuatrocientas personas. Luego narraba una revelación dada a un joven “escrita en el cielo por el dedo de Dios... [con] letras de oro,” pero tan pronto como intentó copiar ese llamado etéreo al ministerio, las letras desaparecieron por completo. Le seguía la descripción de “un hombre de color, un hombre principal,” que al parecer creía que podía volar y, “a veces tomado por extrañas fantasías y ocurrencias,” saltó desde un risco de siete metros pero cayó sin daño en un árbol. El artículo fue rápidamente absorbido por el sistema de intercambio de periódicos, y sus variaciones fueron reimpresas catorce veces entre febrero y junio de 1831. Llegó de regreso al *Wayne Sentinel* en Palmyra y, por primera vez, más de mil cuatrocientos kilómetros al suroeste, a *Little Rock*, en el Territorio de Arkansas.

Febrero de 1831 marcó el inicio de las primeras censuras exhaustivas y metódicas del Libro de Mormón. El primer panfleto antimormón fue también el primer panfleto específicamente anti-Libro de Mormón. Escrito por el clérigo reformista Alexander Campbell, *Delusions* (Delirios) contenía un resumen sorprendentemente conciso de las 590 páginas del Libro de Mormón. La crítica más conocida de Campbell fue que José intentó responder en el Libro de Mormón “a todo error y casi toda verdad debatida en Nueva York durante los últimos diez años. Decide todas las grandes controversias:—el bautismo infantil,... la Trinidad,... la caída del hombre, la expiación, la transsubstanciación,... la resurrección general, el castigo eterno,... la cuestión de la masonería, el gobierno republicano y los derechos del hombre.” *Delusions* se publicó por primera vez en la reconocida *Millennial Harbinger* (Bethany, VA) de Campbell, el 7 de febrero de 1831. Periódicos como el *Painesville Telegraph* y el *Cleveland Herald*

anticipaban la oportunidad de reimprimir la reseña “de la hábil pluma de Alexander Campbell... [que] inequívocamente y con triunfo deja zanjada para siempre, ante toda mente racional, la cuestión de la autenticidad divina del ‘Libro.’” *Delusions* seguía circulando en el sistema de intercambio periodístico al menos dieciocho meses después, y un periódico, el *Essex Gazette* de Haverhill, Massachusetts, incluso lo imprimió dos veces, ocupando la portada entera durante dos semanas consecutivas.

Campbell no había tomado a la ligera la deserción de Sidney Rigdon hacia el mormonismo, y la fuente de esa conversión—el Libro de Mormón—recibiría el peso de su ataque. La amargura entre las facciones se volvió lo suficientemente notoria como para emerger en la prensa. Un artículo publicado el 22 de marzo de 1831 en el *Vermont Telegraph* (Brandon, VT) reimprimía una carta dirigida al *Baptist Register* de Utica, Nueva York, sobre el tema: “El campbellismo... está en declive. Muchos de sus adeptos han abrazado el mormonismo, o la nueva revelación. La guerra ha cambiado de apariencia y ahora parece estar entre campbellistas y mormonitas.” José Smith y el Libro de Mormón habían despertado la ira de uno de los religiosos más reconocidos de la época. Cuando José lamentó en su historia de 1838 que sus “circunstancias en la vida [eran] tales que hacían de [él] un muchacho sin importancia en el mundo, y sin embargo hombres de alta posición prestaban suficiente atención como para agitar la mente pública en contra [suya] y crear una [ardiente] persecución,” bien pudo haber tenido en mente a personas como Alexander Campbell.

Campbell no fue el único escritor que analizó sistemáticamente el Libro de Mormón. Los editores del *Observer and Telegraph* de Hudson, Ohio, accedieron a “aclarar [las] dudas” de un lector “ansioso por conocer la verdad” respecto al “volumen de tontas imposturas”, y presentaron un discurso en cinco puntos que definía por qué era imposible que existiera nueva revelación. Quienes están familiarizados con el Libro de Mormón pueden reconocer fácilmente en ese argumento la profecía de Nefi para los últimos días, cuando “muchos de los gentiles dirán: Una Biblia, una Biblia. Ya tenemos una Biblia, y no puede haber más Biblia.” Parte del artículo fue reimpreso dos semanas después en el *Hartford Connecticut Observer*.

La recepción del Libro de Mormón en sus primeros tres años fue constantemente moldeada por las descripciones de los mismos santos. Una carta enviada a un periódico de Ohio “firmada por diez individuos de la más

alta respetabilidad”, declaraba que los seguidores de la “biblia de oro... [eran] pocos y generalmente de lo más bajo de la comunidad, y las personas más ignorantes que se puedan encontrar en cualquier parte.” Los santos eran constantemente clasificados e identificados en las páginas de los periódicos mediante pequeñas burlas sobre su creencia en el Libro de Mormón.

Los creyentes en el Libro de Mormón tampoco se libraron de los apodos. Desde 1829, los artículos incluyeron una ráfaga de epítetos que usaban la palabra “mormón.” Los devotos religiosos de la época de José, al igual que los pueblos del Libro de Mormón, eran frecuentemente designados con el sufijo “-itas” a partir del nombre de su líder. Los seguidores de José fueron denominados en al menos un artículo como “smithitas.” El creciente interés y escepticismo en torno al nombre “mormón” hacia 1831 llevó al uso regular del apelativo “mormonitas,” que luego se acortó a “mormones.” Sin embargo, no se usaba con bondad. El *Brockport Free Press*, de Nueva York, del 6 de abril de 1831, ayudó a difundir una distorsión del desconocido nombre: “Se oye mucho en estos días sobre los mormonitas, la Biblia mormona, el Libro de Mormón, y la gente tiene gran deseo de saber qué significa ‘mormón’... La palabra mormón proviene de la palabra griega *mormoo* [y significa:] ‘espantajo, duende, cabeza sangrienta y huesos sangrientos.’” Los editores aseguraban que la definición provenía de un diccionario inglés “de fecha bastante antigua” y que, convenientemente para ellos, “muy pocas copias existen ahora”—y solo en Londres. No obstante, los editores tranquilizaban a sus lectores asegurando que habían visto una copia del diccionario y verificado la definición. Luego concluían que la elección de la palabra *mormón* por parte de José “fue sin duda con el propósito de llevar su experimento sobre la credulidad humana al máximo grado—hasta darle al libro un nombre que, además de su contenido, llevara en sí mismo la naturaleza de su verdadero carácter: una ficción de espantajos y duendes.”

Esa definición permaneció en el sistema de intercambio de periódicos a lo largo de los años y finalmente resurgió trece años después en el *New Hampshire Patriot and State Gazette* (Concord, NH). Sin embargo, el editor afirmó aumentar la “credibilidad” de la definición citando textos griegos antiguos y añadió al final de la definición la frase: “un espectro horrible, una máscara espantosa, algo para asustar a los niños.” Incluso la aclaración

de José en *Times and Seasons* (Nauvoo, IL) de que el nombre Mormón literalmente significa “más bueno” fue trivializada por el editor, quien alegó que José “ignorantemente [fingía] que Mormón era un nombre judío sagrado... y [había] intentado revestir la palabra ‘Mormón’ con un significado sagrado.”

Los meses de mayo, junio y julio de 1831 presentaron lo que debió haber sido una sorpresa especialmente dolorosa cuando José y Emma (y John Murdock) abrieron sus periódicos. “La esposa de un tal Sr. Murdock... y creyente en el mormonismo,” reportaba con avidez, “murió entre ellos durante el parto, por falta de asistencia profesional. La esposa del profeta Smith apenas escapó del mismo destino; estuvo en trabajo de parto durante tres días, durante los cuales intentaron en vano con sus conjuros, hasta que finalmente llamaron a un accoucheur, y fue asistida en el parto de los cuerpos sin vida de dos hermosos niños. La madre apenas sobrevivió.” El editor fue cuidadoso de no pasar por alto el hecho de que los mormones afirmaban poseer el don de sanidad y añadió este ejemplo sarcástico y punzante a los casos impresos regularmente sobre supuestos milagros fallidos del mormonismo. ¿Qué nuevas heridas causó esto, particularmente para Emma, al ser reimpresso en al menos cuatro periódicos de intercambio distintos en cuatro estados diferentes, incluidos Ohio, Nueva York, Pensilvania y Massachusetts?

Ocasionalmente, los editores exhibían un raro grado de profesionalismo y objetividad al informar sobre el Libro de Mormón. La controvertida librepensadora y reformadora social Francis (Fanny) Wright publicaba un destacado periódico en la ciudad de Nueva York llamado *The Free Enquirer*. El editor, Robert Dale Owen, imprimió el 10 de septiembre de 1831 una comparación de casi una página completa titulada “comparación entre el Libro de Mormón y las Escrituras del Antiguo y del Nuevo Testamento, o la Biblia de Oro vs. la Santa Biblia”, escrita por su hermano. Él, “después de una lectura bastante cuidadosa”, escribió que “la Biblia de Oro resiste muy bien la comparación con la Santa Biblia. No hallo en la primera nada que sea inconsistente con las doctrinas ni que se oponga a la creencia en la segunda; por el contrario, una parece corroborar a la otra; y no puedo descubrir una buena razón por la cual la mayoría de los cristianos debería burlarse, como generalmente los he visto hacer, y abuchear la idea de creer en un libro tan monstruosamente absurdo.” Estas conclusiones resultan

sorprendentes, considerando cuántos editores estaban reimprimiendo afirmaciones contrarias, alegando que José había armado el Libro de Mormón plagiando la Biblia.

El año 1831 terminó con un beneficio inesperado y contraintuitivo. El apóstata Ezra Booth escribió nueve cartas difamatorias sobre el mormonismo que fueron publicadas en el *Ohio Star* (Ravenna, OH) entre el 13 de octubre y el 8 de diciembre de 1831, centradas en su desilusión con el viaje de dedicación a Sion en junio y julio de 1831. Su segunda carta denunciaba la supuesta idea de que el Libro de Mormón era la “prueba por la cual ha de juzgarse la fe de todo hombre”—que aquellos que lo rechazan “son amenazados con la condenación eterna,” y serán “barridos como con escoba de destrucción.” Reiteraba así la frecuente acusación publicada de que los mormones consideraban el Libro de Mormón muy superior a la Biblia, una imputación incriminatoria en la América profundamente bíblica. Las cartas, al principio, tuvieron un efecto preocupante. Ambrose Palmer, miembro de la Iglesia, escribió a Oliver Cowdery y describió las cartas de Booth como dando al Libro de Mormón tal tinte y apariencia de falsedad que algunos observadores temían que el mormonismo fuera derribado por ellas. Las cartas fueron reimpressas principalmente por tres periódicos en Ohio, aunque llegaron a circular hasta a unos 160 kilómetros de Kirtland. Volverían a aparecer dos años más tarde en el primer libro formal antimormón, *Mormonism Unveiled*, escrito por el editor del periódico *Painesville Telegraph*, Eber D. Howe.

El efecto de las cartas fue lo suficientemente potente como para que, el 1 de diciembre de 1831, el Señor llamara a José y Sidney (y a otros) a dejar su obra de traducción de la Biblia para emprender “una misión por un tiempo.” Debían “confundir a [sus] enemigos... tanto en público como en privado” y se les prometió que aunque los detractores “expongan sus fuertes razones contra el Señor,” ellos “serán confundidos.” Sidney Rigdon desafió a Ezra Booth y a Symonds Rider “en público” en las páginas del mismo periódico *Ohio Star* a un debate escrito u oral en diciembre de 1831 y enero de 1832. Booth y Rider declinaron, y las misiones resultaron efectivas en refutar los rumores y propagar la verdad. Una vez más, el intento del adversario por frustrar la obra acabó impulsándola. Después de unas seis semanas, José declaró: “Hicimos mucho por apaciguar los

sentimientos exaltados que se estaban generando a causa de las escandalosas cartas.”

En cuanto a Ezra Booth, José no fue condescendiente. Las cartas de Booth, “por su matiz, falsedad y vanos cálculos para derribar la obra del Señor,” bramó José, “exhibieron su debilidad, su maldad y su necesidad, y lo dejaron como un monumento de su propia vergüenza para que el mundo lo contemple con asombro.” El historiador Richard L. Bushman observó: “Booth luego desapareció de la escena. Solo sus cartas... quedaron como marca de su paso por la vida de José.”

El año concluyó con una reafirmación no intencionada de la propagación imparable de esta obra maravillosa y prodigiosa. El *Philadelphia Album and Ladies' Literary Gazette* del 18 de diciembre de 1831 marcó el crecimiento de la oleada: “El libro que estos hombres han pretendido traducir de esas planchas de oro ha sido impreso, y ahora están ocupados distribuyendo ejemplares del mismo por todo el país.”

Conclusión

Los tres primeros años de publicación del Libro de Mormón incluyeron más de 208 artículos que mencionaban el Libro de Mormón en 88 periódicos identificados hasta la fecha. El Libro de Mormón fue tratado con mayor frecuencia en los periódicos entre 1829 y 1831 que en los siguientes nueve años combinados. Las actitudes y percepciones del Libro de Mormón encontradas en estos periódicos fueron abrumadoramente negativas. No obstante, los buscadores sinceros y diligentes ignoraron los dedos acusadores provenientes del grande y espacioso edificio (véase 1 Nefi 8:26–27, 33) y sintieron tanto poder espiritual como físico al meditar con oración sobre sus páginas. Desde el primer anuncio en el *Wayne Sentinel* de que el Libro de Mormón estaba a la venta, el libro siguió su lento pero firme recorrido hacia aldeas, caseríos y poblados de todo el país—hasta los márgenes de la frontera siempre en expansión.

¿Cuánto del destino de este libro, escrito sobre planchas de oro y depositado en la cercana Cumorah, habría podido imaginar José la noche en que Moroni lo mencionó por primera vez? La aparición de este libro que susurra desde el polvo (véase Isaías 29:4; 2 Nefi 3:19–20; 33:13) fue un proceso turbulento de separación y discernimiento para la América del siglo XIX. Sin embargo, la resaca de la recepción negativa en la prensa

nunca pudo detener la marea provocada por el Libro de Mormón. Lo peor que la lengua, la pluma o la imprenta del siglo XIX pudiera vociferar no pudo frenar el surgimiento de la obra maravillosa conocida como el Libro de Mormón.

El Libro de Mormón entre los Santos: Uso Evolutivo de la Escritura Clave

Casey Paul Griffiths

Casey Paul Griffiths era profesor asistente visitante de historia y doctrina de la Iglesia en la Universidad Brigham Young cuando escribió este artículo.

Como piedra angular de nuestra religión, el Libro de Mormón siempre ha desempeñado un papel importante en la cultura y el pensamiento de los Santos de los Últimos Días, pero las formas en que los Santos han utilizado el Libro de Mormón han evolucionado a lo largo de la historia de la Iglesia. Aunque la historia de la aparición del Libro de Mormón se convirtió en una narrativa central de la Restauración durante las primeras décadas de la historia de la Iglesia, el contenido del Libro de Mormón se ha usado de maneras diversas. Quienes se han convertido al evangelio restaurado han defendido y atesorado desde hace mucho tiempo el libro como prueba de la divinidad del llamamiento profético de José Smith. La historia de la venida a la luz del Libro de Mormón fue citada con frecuencia —y todavía lo es— como la prueba milagrosa principal del llamamiento divino de José Smith. En un discurso, el élder Jeffrey R. Holland declaró: “O el Libro de Mormón es lo que el profeta José dijo que era, o esta Iglesia y su fundador son falsos, fraudulentos, un engaño desde el primer momento. No todo en la vida es blanco o negro, pero parece que la autenticidad del Libro de Mormón y su papel como piedra angular en nuestra creencia es precisamente así.” Aunque el Libro de Mormón siempre ha ocupado un

lugar especial en nuestro testimonio de la Restauración, uno de los aspectos vitales de su aparición es la historia de cómo pasó de ser apreciado no solo como un artefacto, sino como una herramienta plenamente utilizada en la enseñanza del evangelio puro de Jesucristo.

A medida que avanzaba el siglo XX, el Libro de Mormón realmente alcanzó su lugar como guía doctrinal, literaria y espiritual para los Santos. La influencia del Libro de Mormón en el mundo en general ha ido en aumento, al punto de figurar incluso entre los libros más influyentes según *The New York Times*. Tan solo en los últimos años, el Libro de Mormón ha inspirado canciones, películas e incluso un musical de Broadway.

Este estudio se centrará principalmente en la historia del Libro de Mormón entre los miembros de la Iglesia e intentará rastrear su influencia, su uso y la conciencia general de la Iglesia con respecto a este texto sagrado. Es una historia en la que millones han desempeñado un papel, aunque solo se puedan tratar aquí las experiencias de unos pocos. Lo más importante es que se trata de una historia sin final, pues la aparición del Libro de Mormón entre los Santos es una parte continua y vital de la obra del Señor en los últimos días.

Este trabajo se basa en la excelente labor de varios otros estudiosos, principalmente Noel B. Reynolds y su estudio de 1999 titulado *“The Coming Forth of the Book of Mormon in the Twentieth Century”* (“La aparición del Libro de Mormón en el siglo XX”). El trabajo de Reynolds fue pionero en la manera en que analizó el uso del Libro de Mormón entre los miembros de la Iglesia. Estoy en deuda con Reynolds por haber proporcionado el marco y una gran cantidad de excelente investigación para este estudio. Su conclusión general fue que “el Libro de Mormón fue subutilizado por la mayoría de los Santos de los Últimos Días hasta que el interés por él se disparó durante la segunda mitad del siglo XX.” Es evidente que la forma en que se ha utilizado el Libro de Mormón ha cambiado con el tiempo. Desde su comienzo como una prueba objetiva del llamamiento profético de José Smith, el Libro de Mormón pasó a ser más utilizado como herramienta doctrinal, teológica y literaria entre los Santos.

Un objetivo secundario de este estudio es destacar a algunas de las personas que desempeñaron un papel en el avance de nuestro enfoque hacia el Libro de Mormón. El estudio anterior de Noel Reynolds se basó en

análisis estadísticos de eruditos como Grant Underwood y Alton Merrill, quienes examinaron literatura de la Iglesia para estudiar el uso del Libro de Mormón. Detrás de esas estadísticas hay historias que ilustran el poder del Libro de Mormón en el proceso de conversión; este estudio también ofrecerá una mirada a algunas de esas historias.

Uso temprano del Libro de Mormón

Aun antes de su publicación, el Libro de Mormón fue importante para reunir el apoyo de los amigos y la familia de José Smith en su causa. Según relata en su historia, el joven profeta primero reclutó a su padre para la obra al contarle las instrucciones que el ángel Moroni le dio para localizar las planchas en la cercana colina de Cumorah. A medida que José continuó su formación profética bajo la dirección de Moroni, relató a otros miembros de la familia sus experiencias con la obra. Uno de los recuerdos más conmovedores que emergen de los Smith durante esos años se encuentra en la muerte de Alvin Smith, el hermano mayor del Profeta. En su lecho de muerte, Alvin aconsejó a su hermano menor: “haz todo lo que esté en tu poder por obtener el Registro.” Lucy Mack Smith comentó más adelante que Alvin Smith “siempre manifestó un mayor celo y ansiedad, si fuera posible, que cualquiera de los demás con respecto al registro que le había sido mostrado a José.” Aun antes de que el registro saliera a la luz por completo, poseía un poder que atraía a las personas: primero, a la familia del Profeta, y más adelante, a un pequeño grupo de seguidores que formarían el núcleo de la nueva religión. Cuando Samuel H. Smith, el primer misionero oficial de la Iglesia, emprendió su misión, llevaba consigo una mochila llena de ejemplares de la nueva escritura, presentándola como “una historia del origen de los indios.” Fue recibido mayormente con rechazo, pero logró colocar un ejemplar con John P. Greene, cuñado de Brigham Young—posiblemente contribuyendo a la conversión del segundo Presidente de la Iglesia.

Cuando el Libro de Mormón fue publicado y la Iglesia organizada, los Artículos y Convenios de la Iglesia (ahora Doctrina y Convenios 20) declararon que el libro era “un relato de un pueblo caído, y también la plenitud del evangelio de Jesucristo para los gentiles y también para los judíos, probando a ellos que las santas Escrituras son verdaderas, y también que Dios inspira a los hombres y los llama a su santa obra en estos

postreros días, así como en días antiguos, para que sea el mismo Dios para siempre.”

En los meses posteriores a la organización de la Iglesia, el Libro de Mormón tuvo un impacto dramático en los conversos que alcanzó. Entre los casos más impactantes y más citados de aquellos conmovidos por el Libro de Mormón se encuentra el de Parley P. Pratt. Introducido al libro por un conocido, Pratt escribió memorablemente: “Comenzó a hablarme de un libro, un libro extraño, ¡un LIBRO MUY EXTRAÑO!” Y continúa: “A la mañana siguiente fui a su casa, donde por primera vez mis ojos contemplaron el ‘LIBRO DE MORMÓN’—ese libro de libros—ese registro que revela las antigüedades del nuevo mundo.” Describiendo su afán por aprender más, Pratt escribió: “Leí todo el día; comer era una carga, no tenía deseo de alimento; dormir era una carga cuando llegaba la noche, pues prefería leer a dormir.”

Parley P. Pratt fue solo uno entre docenas que se sintieron profundamente conmovidos por su encuentro con el libro. Thomas B. Marsh, quien más tarde sería el primer presidente del Cuórum de los Doce Apóstoles, escuchó rumores de un “Libro de Oro hallado por un joven llamado José Smith” y eventualmente fue guiado hasta la imprenta en Palmyra, de donde se llevó a casa las primeras diecisésis páginas del libro. En el plazo de un año, se mudó a Palmyra para encontrar compañerismo con otros miembros de su nueva fe. Historias similares a esta se multiplicaron en los primeros días de la Restauración. Brigham Young, quien obtuvo un ejemplar del Libro de Mormón apenas unas semanas después de su primera impresión, recordó más tarde haberse dicho a sí mismo: “Espera un poco; ¿cuál es la doctrina del libro, y de las revelaciones que el Señor ha dado? Permíteme aplicarme a ellas de corazón.” Luego de examinar el libro “con esmero” durante dos años, concluyó: “Sabía que era verdadero, así como sabía que podía ver con mis ojos, o sentir con el tacto de mis dedos, o ser consciente de la demostración de cualquier sentido.”

El Libro de Mormón pronto se convirtió en una herramienta clave en la obra de predicar el evangelio. La información sobre cómo se usaba el Libro de Mormón en la obra misional es fragmentaria, pero se menciona con frecuencia durante los primeros años de la Iglesia. William McLellin escribió en su diario acerca de Parley P. Pratt reprendiendo a un predicador metodista que rechazaba el libro debido a sus “provincialismos [sic] o

yankeeísmos”, leyendo parte del discurso de Moroni en que “los gentiles se burlarán de estas cosas, por nuestra debilidad en escribir”, añadiendo probablemente la advertencia contundente: “los necios se burlarán, y llorarán” (Éter 12:23, 26). En otra ocasión, el élder McLellin relató que Pratt leyó varias páginas sobre “el ministerio personal de Cristo” en el continente americano, según se presenta en el Libro de Mormón.

No todos los misioneros parecían enseñar el Libro de Mormón con tal entusiasmo. Con un tono de leve fastidio, McLellin anotó el sermón de un compañero diferente, escribiendo: “Fue un excelente discurso, pero no mencionó el Libro de Mormón ni una vez.” El Señor también expresó su disgusto con el uso que hacían los élderes del libro, reprendiendo a los misioneros en una revelación dada los días 22–23 de septiembre de 1832 (Doctrina y Convenios 84). El Señor advirtió a los élderes: “En tiempos pasados vuestras mentes se oscurecieron por motivo de la incredulidad, y porque habéis tratado a la ligera las cosas que habéis recibido—las cuales, a causa de la vanidad y la incredulidad, han traído toda la iglesia bajo condenación. Y esta condenación pesa sobre los hijos de Sion, sí, sobre todos. Y permanecerán bajo esta condenación hasta que se arrepientan y recuerden el nuevo convenio, el Libro de Mormón y los mandamientos anteriores que les he dado, no sólo para que los digan, sino para que los hagan conforme a lo que he escrito.”

El Libro de Mormón en las Publicaciones Tempranas de la Iglesia

¿Fue subutilizado el Libro de Mormón? Aunque la historia del Libro de Mormón siguió siendo una parte central del mensaje del mormonismo, los estudios revelan que, en ciertos aspectos, el libro fue poco utilizado. Una revisión exhaustiva de los periódicos de la Iglesia impresos antes de 1846 revela que hubo 1,489 citas a la Biblia y 77 al Libro de Mormón, lo que representa una proporción de 19 a 1. Esto es comprensible, dada la novedad del Libro de Mormón y la composición de la Iglesia en ese entonces, integrada casi exclusivamente por conversos sin formación ni enseñanza sobre cómo utilizar el Libro de Mormón como texto doctrinal. Aunque existen numerosos ejemplos en las actas de reuniones de la Iglesia en los que los miembros testificaban sobre la veracidad del Libro de Mormón, la mayoría de los primeros santos se sentía más cómoda compartiendo doctrina basada en pasajes bíblicos.

Al mismo tiempo, los periódicos de la Iglesia desempeñaron un papel vital al acercar la nueva escritura tanto a los miembros como a los conversos potenciales. *The Evening and the Morning Star*, un periódico de la Iglesia impreso en Independence, Misuri, publicó varios pasajes del Libro de Mormón y anunció a sus lectores: “No son pocos los que con honestidad desean saber la verdad del libro de Mormón. Nuestro deber es poner a su disposición tal testimonio que pueda conducirlos a la verdad.” Ediciones posteriores del *Star* imprimieron extractos de los libros de 1 Nefi, Jacob, Éter y Moroni. W. W. Phelps, editor del *Star*, citaba con generosidad el Libro de Mormón, declarando que el libro “abrió un torrente de luz y bien podría llamarse un volumen maravilloso.” Los responsables del *Star* originalmente tenían la intención de publicar el libro completo en el periódico, pero en su lugar declararon su intención de publicarlo nuevamente como un volumen independiente.

En un contexto teológico, los pasajes del Libro de Mormón citados con frecuencia por los primeros santos difieren considerablemente de los que se utilizan con mayor frecuencia en la actualidad. El conjunto de versículos más citado en la literatura mormona temprana fue Éter 13:4–8, que contiene una profecía “de que se edificaría una Nueva Jerusalén sobre esta tierra, para el remanente de la descendencia de José.” Este énfasis refleja la preocupación de los primeros santos por la edificación de la ciudad de Sion, un tema frecuente en las revelaciones dadas a José Smith. Otro pasaje citado con frecuencia era 3 Nefi 21, con especial atención a los versículos 1 al 7, incluyendo la profecía dramática del Salvador: “una señal, para que sepáis el tiempo en que estas cosas estén por suceder—que recogeré, de su larga dispersión, a mi pueblo, oh casa de Israel, y estableceré de nuevo entre ellos mi Sion” (3 Nefi 21:1). La señal dada por el Salvador era la venida del Libro de Mormón mismo. La frecuencia con que se citaban estos pasajes demuestra la mentalidad milenaria de los santos y su esperanza en la ciudad venidera de Sion. Para ellos, el Libro de Mormón era más que un texto escritural; era una señal literal del cielo del advenimiento del Salvador.

Incluso el profeta José Smith, el instrumento mediante el cual se trajo a luz el libro, mostró una tendencia a favorecer los pasajes bíblicos en sus enseñanzas. Un estudio de los discursos de Nauvoo de José Smith reveló alusiones a 451 pasajes bíblicos diferentes, en comparación con 22

referencias al Libro de Mormón, lo que arroja una proporción de 21 a 1. Esto no debe interpretarse en lo más mínimo como una falta de seguridad por parte del Profeta respecto a la veracidad del Libro de Mormón. Durante ese mismo período, Wilford Woodruff registró en su diario: “José dijo que el Libro de Mormón era el más correcto de todos los libros sobre la tierra y la piedra angular de nuestra religión, y que un hombre se acercaría más a Dios al seguir sus preceptos que con cualquier otro libro.” La marcada propensión de José a usar la Biblia probablemente se debió a su crianza y a su deseo de edificar sobre las creencias comunes que la mayoría de los nuevos conversos ya compartían. El descubrimiento del Libro de Mormón como joya doctrinal aún estaba en proceso durante la primera generación de la Iglesia, incluyendo al propio Profeta.

Al mismo tiempo, José Smith reconocía el poder del Libro de Mormón como testimonio de la Restauración. Parley P. Pratt fue testigo de una de las ilustraciones más dramáticas de la convicción de José Smith con respecto al libro durante una reunión celebrada en Filadelfia, a la que asistieron unas tres mil personas. Pratt relata: “El hermano [Sidney] Rigdon habló primero y se centró en el Evangelio, ilustrando su doctrina con la Biblia. Cuando terminó, el hermano José se levantó como un león a punto de rugir; y estando lleno del Espíritu Santo, habló con gran poder, dando testimonio de las visiones que había visto, del ministerio de ángeles que había recibido, y de cómo había hallado las planchas del Libro de Mormón y las había traducido por el don y el poder de Dios.” Según Pratt, José comenzó su discurso con una suave reprensión a la timidez de Rigdon. Pratt escribió: “Si nadie más tenía el valor de testificar de un mensaje tan glorioso del cielo, y del hallazgo de un registro tan glorioso, él sentía que debía hacerle justicia ante el pueblo, y dejar el resultado en manos de Dios.”

Más evidencia de las convicciones de José con respecto al Libro de Mormón se encuentra en los últimos días antes de su martirio, cuando él y sus amigos cercanos leyeron y marcaron Éter 12:36–38, que dice en parte: “Y ahora yo... me despido de los gentiles, sí, y también de mis hermanos a quienes amo, hasta que nos volvamos a encontrar ante el tribunal de Cristo, donde todos los hombres sabrán que mis vestiduras no están manchadas con vuestra sangre.” El élder Jeffrey R. Holland señaló la convicción en la veracidad del Libro de Mormón demostrada por el Profeta

y sus compañeros en la cárcel de Carthage, diciendo: “Les pregunto: ¿blasfemarían estos hombres ante Dios al continuar basando sus vidas, su honor y su propia búsqueda de la salvación eterna en un libro (y por implicación, en una iglesia y un ministerio) que hubieran inventado por completo de la nada?”

Del Siglo XIX al Siglo XX

Después del martirio de José Smith, continuó el patrón de utilizar el Libro de Mormón principalmente como un testimonio milagroso del llamamiento profético de José Smith. Un estudio de la literatura de los Santos de los Últimos Días entre 1830 y 1855 encontró 232 referencias al Libro de Mormón. Un análisis detallado de estas referencias muestra veintiséis casos distintos en los que se menciona únicamente la traducción de las planchas, un número casi igual a las treinta y dos veces que los líderes de la Iglesia de ese período hicieron referencia a doctrinas enseñadas en el libro.

Aunque el Libro de Mormón no fue ampliamente utilizado como herramienta teológica en los primeros días de la Iglesia, es importante destacar la centralidad del libro en la nueva fe. No es una exageración decir que, para los primeros santos, la aparición del libro trascendía la teología; su existencia era un testimonio de la existencia de Dios y una prueba de que había revelación moderna. Los acontecimientos de la Restauración temprana crearon una nueva fusión de historia y teología, en la que los eventos históricos—como la Primera Visión y la traducción inspirada del Libro de Mormón—se convirtieron en parte integral de las creencias de los santos. Era tan importante contar la historia de cómo el libro llegó a las manos de José Smith como examinar lo que el libro enseñaba. El libro era revelación nueva, y la historia del libro en sí era tan conmovedora como cualquier otra encontrada en la literatura sagrada.

Al mismo tiempo, parte de la razón por la cual las enseñanzas doctrinales de esta nueva revelación recibieron menos atención radicaba en su función como defensora de revelaciones anteriores. Al cumplir su propósito de “probar a ellos que las santas Escrituras son verdaderas,” el Libro de Mormón fue utilizado a menudo por los primeros santos como prueba de la veracidad de la Biblia. Al hacerlo, muchos líderes de la Iglesia enfatizaron la similitud entre las doctrinas del Libro de Mormón y las de la Biblia. En un discurso de 1870, Brigham Young enseñó: “Nosotros sí creemos en el

Antiguo y el Nuevo Testamento, y también tenemos otro libro, llamado el Libro de Mormón. ¿Cuáles son las doctrinas del Libro de Mormón? Las mismas que las de la Biblia. . . . ‘De qué les sirve, santos de los últimos días?’ Prueba que la Biblia es verdadera, . . . y ambos se prueban mutuamente como verdaderos.”

Durante la última parte del siglo XIX, el líder de la Iglesia que más enseñó utilizando el Libro de Mormón fue Orson Pratt. Habló con mayor frecuencia y énfasis sobre el Libro de Mormón que la mayoría de sus contemporáneos, aunque siguió su ejemplo al utilizar el libro como segundo testigo de las doctrinas bíblicas, más que como fuente principal. En un discurso de 1859, el élder Pratt desafió a sus oyentes: “Pongan a prueba su [del Libro de Mormón] doctrina y verán que el evangelio enseñado en la antigua América hace 1800 años es como el enseñado en la antigua Judea y las regiones circunvecinas. . . . Los antiguos apóstoles organizaron la iglesia con milagros y dones, con poder para sanar a los enfermos, expulsar demonios, obrar milagros y con dominio sobre los elementos. El Libro de Mormón nos dice que los israelitas en la antigua América organizaron una de igual manera.” El élder Pratt fue autor de una serie de folletos recopilados bajo el título *La Autenticidad Divina del Libro de Mormón*. Dejando claro su postura respecto al libro, el élder Pratt declaró: “La naturaleza del Libro de Mormón es tal que, si es verdadero, nadie puede salvarse y rechazarlo; si es falso, nadie puede salvarse y aceptarlo. Por lo tanto, cada alma en todo el mundo está igualmente interesada en averiguar si es verdadero o falso.”

Luego procedió a argumentar casi exclusivamente desde fuentes bíblicas la autenticidad del Libro de Mormón. Hacia el final de su vida, el élder Pratt hizo quizás su contribución más valiosa al avance de los estudios del Libro de Mormón al dividir el libro en capítulos y versículos, y añadir notas al pie con comentarios escriturales. Hasta ese momento, el Libro de Mormón existía en un formato de capítulos y párrafos similar al de una novela, lo cual dificultaba la localización y el uso de pasajes doctrinales.

Durante la segunda mitad del siglo XIX, la Iglesia sufrió severas persecuciones debido a la práctica del matrimonio plural, y creció la paranoia en la sociedad estadounidense respecto a las creencias y prácticas de los Santos de los Últimos Días. Irónicamente, estas cruzadas antimormonas estimularon algunos de los primeros estudios serios centrados en el Libro de Mormón. Mientras se encontraba encarcelado en

la penitenciaría estatal de Nebraska por cohabitación ilegal, el élder George Reynolds ocupó su tiempo realizando y escribiendo una serie de estudios sobre el Libro de Mormón. Sus artículos llevaban títulos como “Nombres propios de los nefitas” y “Ciencia y literatura entre los nefitas.” También escribió una serie de trece perfiles biográficos de personajes del Libro de Mormón, y otros artículos centrados en la historia del mismo. Después de haber producido aproximadamente ochenta artículos, un día, movido por una “desesperación psicológica”, se le ocurrió la idea de redactar la primera concordancia completa del Libro de Mormón. Pasó los meses siguientes en un estudio intensivo del libro, llegando a copiar hasta 350 referencias por día. Al finalizar su labor, había producido un manuscrito con cerca de 25,000 entradas extraídas del texto del Libro de Mormón.

Después de ser liberado de prisión, Reynolds continuó su análisis del libro, convirtiéndose en un entusiasta defensor de su estudio. Escribió *La historia del Libro de Mormón*, una versión simplificada del relato, que incluyó algunas de las primeras ilustraciones del libro. *La historia del Libro de Mormón* contenía algunos de los intentos más tempranos por representar visualmente su contenido, con ilustraciones que mostraban la visión de Nefi sobre la virgen María, a Moroni enarbolando el estandarte de la libertad, y otras escenas que representaban la cultura mesoamericana antigua.

Más adelante, con la ayuda de Janne M. Sjodahl, Reynolds redactó un comentario de siete volúmenes, el primer estudio extenso del Libro de Mormón. La obra de Reynolds empezó a orientar la conciencia pública hacia la idea de que el Libro de Mormón era una obra independiente de literatura y doctrina, capaz de sostenerse por sus propios méritos. En la introducción de su comentario, Reynolds escribió: “Todo libro tiene, o debería tener, un propósito. Puede no ser impartir conocimiento religioso, histórico, genealógico o de otro tipo; puede ser edificar mediante meditaciones y ensayos; o instruir a través de poesía y paráboles. El Libro de Mormón, en verdad, abarca todos estos propósitos y más, pero su objetivo principal, de principio a fin, es similar al de la Biblia: acercar a Dios y al hombre mediante el gran Mediador, Jesucristo.”

Con la ayuda de Reynolds y otros defensores dentro de la Iglesia, el Libro de Mormón avanzó lentamente hacia convertirse en una fuente más reconocida de enseñanza e inspiración dentro del mormonismo, pero este

camino apenas comenzaba. En su estudio de 1999, Noel Reynolds sostuvo que en el currículo de la Escuela Dominical, el Libro de Mormón no se convirtió en “un elemento principal hasta la década de 1970.” Tal vez no era aún un “elemento principal”, pero el análisis del currículo producido por la Iglesia muestra un reconocimiento lento pero creciente en las primeras décadas del siglo XX. Por ejemplo, las lecciones de 1889–1890 sobre la vida de Cristo producidas para la Escuela Dominical incluían treinta lecciones del Nuevo Testamento y una del Libro de Mormón. Varios años más tarde, el Libro de Mormón obtuvo su propia clase con cinco lecciones. Para 1901, la Escuela Dominical ya producía un curso completo, con cincuenta y una lecciones centradas únicamente en el Libro de Mormón.

Alrededor de esa misma época, comenzaron a surgir indicios de una creciente sofisticación en el enfoque hacia el Libro de Mormón. Más allá de ser solo una señal del llamamiento profético de José Smith, el libro empezó a ser estudiado como una obra doctrinal significativa por derecho propio. Alrededor del cambio de siglo, la Iglesia operaba una red de academias en todo el oeste intermontano. Una muestra de los cursos impartidos en estas escuelas revela un curso riguroso sobre el Libro de Mormón, centrado en la “historia de su aparición” y en la “evidencia externa de su autenticidad divina”, pero que también prometía que “se hará especial énfasis en los aspectos doctrinales de sus enseñanzas.”

Las enseñanzas del Libro de Mormón en las academias de la Iglesia condujeron, sin quererlo, al establecimiento de otra forma única de educación en el seno de los Santos de los Últimos Días: el programa de seminarios. En 1912, Joseph F. Merrill, recientemente llamado como consejero en la presidencia de la Estaca Granite en el Valle del Lago Salado, asistía a una noche de hogar en la que su esposa, Laura, contaba a sus hijos historias de la Biblia y del Libro de Mormón. Al terminar, Merrill le preguntó de dónde había aprendido todas esas historias. Ella le explicó que las había aprendido en las clases de religión impartidas por James E. Talmage en la Academia de la Estaca Salt Lake.

Preocupado por el creciente número de estudiantes de su estaca que asistían a escuelas públicas en Utah, Merrill concibió la idea de construir un seminario teológico cerca, donde los alumnos pudieran asistir a clases de religión durante el horario escolar bajo un sistema de horario liberado (*released time*). Trabajando en conjunto con Thomas Yates, un miembro de

la Estaca Granite elegido como primer maestro, Merrill elaboró un plan de estudios para la primera clase basado en el estudio de la Biblia, el Libro de Mormón y la historia de la Iglesia. Merrill negoció con la Junta Estatal de Educación de Utah y logró obtener créditos escolares para los estudios del Antiguo y Nuevo Testamento, lo cual fue un gran beneficio para la naciente institución. La mayoría de los primeros programas de seminario combinaban el estudio de la historia de la Iglesia y del Libro de Mormón en una sola clase sin crédito académico, tomada por los estudiantes en su último año de secundaria. Lamentablemente, esto tendía a restar énfasis al Libro de Mormón. Los libros de texto utilizados en las primeras clases de seminario se centraban en la historia de la aparición del Libro de Mormón, pero se utilizaba poco como texto doctrinal. Un manual de seminario de principios del siglo XX dedicaba solo seis de sus cien capítulos al Libro de Mormón. De esos seis capítulos, uno abordaba la historia del libro, otro su mensaje doctrinal, y los cuatro restantes se enfocaban enteramente en la traducción, publicación y testigos del libro.

Los folletos misionales usados a principios del siglo XX se dedicaban principalmente a argumentos bíblicos en favor de la Restauración. *“Una conversación amistosa”*, el folleto más usado en las misiones durante las primeras décadas del siglo, consistía en un diálogo ficticio entre varios hombres en una galería. El Libro de Mormón solo se menciona de forma periférica, en relación con José Smith y la Restauración. Una excepción notable durante ese período la constituye German E. Ellsworth, presidente de la Misión de los Estados del Norte. En un discurso de conferencia general, Ellsworth compartió una experiencia espiritual que grabó en su mente la importancia del Libro de Mormón en la obra misional: “Recuerdo que, mientras estaba de pie en la colina de Cumorah, oí estas palabras: ‘Impulsa la distribución del registro que fue tomado de esta colina, porque ayudará a traer al mundo a Cristo.’” Fortalecido por esta experiencia, Ellsworth organizó una nueva campaña para distribuir el Libro de Mormón, llegando a colocar 130,000 ejemplares en todo el norte de los Estados Unidos durante su misión. Sin embargo, cuando Ellsworth terminó su servicio como presidente de misión, el uso del Libro de Mormón en la obra misional se redujo considerablemente, ya que los misioneros volvieron a métodos más tradicionales de proselitismo.

Uno de los Autoridades Generales más prominentes que lamentó el estado de los estudios sobre el Libro de Mormón a principios del siglo XX fue el eminente historiador Santos de los Últimos Días B. H. Roberts. Dentro de la primera década del siglo, produjo *New Witnesses for God* (*Nuevos Testigos para Dios*), una breve defensa del Libro de Mormón y sus orígenes. Más tarde, en una acción que aún hoy está rodeada de controversia, Roberts emprendió un estudio sobre asuntos difíciles relacionados con el Libro de Mormón. Posteriormente presentó dicho estudio a la Primera Presidencia y al Cuórum de los Doce. Roberts enfrentó sin titubeos las teorías sobre orígenes alternativos del libro. Analizó especulaciones literarias e históricas comunes en el siglo XIX y se preguntó si José Smith podría haberlas absorbido y luego reproducido en el Libro de Mormón. Roberts actuaba como abogado del diablo al presentar estos argumentos, y aunque nunca dudó de la autenticidad divina del libro, sí le preocupaba la falta de estudio serio que se había hecho sobre él. En una carta al presidente de la Iglesia, Heber J. Grant, escribió con urgencia: “No es necesario que sugiera que el mantenimiento de la veracidad del Libro de Mormón es absolutamente esencial para la integridad de todo el movimiento mormón, pues es inconcebible que el Libro de Mormón sea falso en su origen o carácter y que la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días sea una Iglesia verdadera.” En otra carta escribió: “Estoy absolutamente convencido de la necesidad de que todos los hermanos... se familiaricen con estos problemas relacionados con el Libro de Mormón y encuentren la respuesta para ellos, ya que es un asunto que afectará la fe de la juventud de la Iglesia ahora y también en el futuro.”

Comienzos del Segundo Advenimiento del Libro de Mormón

Roberts expresó preocupaciones legítimas respecto al uso del Libro de Mormón en la Iglesia. El descuido del libro no fue deliberado, sino simplemente una deriva gradual lejos de uno de los documentos fundamentales de la Restauración. Es probable que esta desviación también surgiera como un efecto secundario no intencionado del periodo de transición que siguió al fin de la práctica del matrimonio plural en 1890, y del acercamiento gradual de la Iglesia a la cultura estadounidense predominante. En ambientes públicos, particularmente en programas educativos, los líderes quizás eran menos propensos a mencionar algo tan ajeno al público general como el Libro de Mormón. Las discusiones que

suscitó Roberts dentro de la jerarquía de la Iglesia parecen indicar no una falta de fe en el libro mismo, sino una ansiedad sobre cómo defenderlo y utilizarlo, particularmente en círculos académicos.

Sin embargo, aproximadamente en la misma época en que Roberts lamentaba el estado de los estudios sobre el libro, comenzó a surgir un renacimiento en la erudición y enseñanza del Libro de Mormón. Empezó gradualmente, pasando de un goteo a un flujo constante, y eventualmente a un torrente. Si bien es imposible nombrar a todos los individuos responsables de este resurgimiento en el uso del Libro de Mormón, hay varios que merecen una atención especial.

Sidney B. Sperry era un misionero recién retornado del sur de los Estados Unidos cuando fue invitado, en 1922, por el director de las escuelas de la Iglesia, Adam S. Bennion, a enseñar en el seminario. Su labor como maestro de seminario le permitió dedicar su tiempo al estudio del evangelio, y pronto comenzó a preocuparse por el estado de los estudios escriturales dentro de la Iglesia. Por iniciativa y cuenta propia, se inscribió en la escuela de divinidad de la Universidad de Chicago, donde obtuvo su maestría en 1926. Al regresar, fue invitado a enseñar a todo el cuerpo de maestros de seminario durante sus capacitaciones de verano. Impresionados por su formación académica, los líderes de la Iglesia solicitaron a Sperry y a otros maestros que viajaran a la Universidad de Chicago para recibir preparación en estudios religiosos. Los métodos de crítica bíblica superior habían sido introducidos en la enseñanza de la Iglesia en la Universidad Brigham Young en 1911, lo cual resultó en una controversia que culminó con el despido de varios profesores, pero Sperry estaba decidido a utilizar las herramientas académicas en defensa de la Restauración. Mientras estuvo en la universidad, participó en intensos debates con sus compañeros estudiantes de divinidad. Más tarde comentó: "Como 'mormón'... o bien me ganaba amigos entusiastas o enemigos entusiastas." Pero Sperry se sentía entusiasmado ante la posibilidad de encontrar soluciones a asuntos críticos relacionados con las escrituras de la Restauración, escribiendo a un colega: "Tú y yo vamos a disfrutar muchísimo trabajando en los problemas del Libro de Mormón y de la Perla de Gran Precio."

Después de su incorporación al recién formado Departamento de Religión de la Universidad Brigham Young en 1932, Sperry inició una carrera notablemente fructífera aplicando métodos académicos al estudio de las

escrituras de la Restauración. *Nuestro Libro de Mormón* (1947), su primer libro importante sobre el tema, marcó el inicio de una rigurosa exploración del Libro de Mormón como obra histórica, literaria y doctrinal. Sus escritos no solo abordaron los orígenes del libro, sino que también incluyeron un estudio profundo de sus enseñanzas. Su investigación presentó tratamientos exhaustivos de doctrinas clave contenidas en el libro, incluyendo “La Iglesia entre los profetas del Libro de Mormón”, “El concepto de Dios en el Libro de Mormón” y “La enseñanza sobre la muerte y la vida venidera en el Libro de Mormón.” También enfrentó cuestiones de larga data que los críticos utilizaban para atacar el libro, como el uso que hace el Libro de Mormón de pasajes bíblicos como Isaías y 1 Corintios 12 y 13. Desde su prefacio, Sperry declaró: “Al presentar este volumen, lo hago con la firme convicción de que el Libro de Mormón es la traducción de un documento de procedencia semítica... Las Escrituras nefitas no necesitan defensa; su mensaje es uno del cual todo Santo de los Últimos Días puede sentirse orgulloso.”

El trabajo de Sperry resulta aún más admirable si se considera que tuvo lugar en una época en la que incluso algunos eruditos dentro de la Iglesia descuidaban o sentían abierto desprecio por el libro. A medida que crecía el número de estudiantes deseosos de tomar clases sobre el Libro de Mormón, un maestro de instituto comentó con pesar a un colega: “También noto que hay mucha más demanda por el Libro de Mormón que por la ‘Biblia’. Logramos con éxito desplazar a los verdaderos volúmenes.”

Ante las dudas presentadas por otros académicos, Sperry permaneció firme en sus convicciones. Uno de sus alumnos recordó haber estado en su oficina cuando entró un visitante escéptico. Al enterarse de que Sperry estaba escribiendo sobre el Libro de Mormón, el escéptico preguntó con cinismo: “Oh, Sid, ¿tú no crees en esas cosas del Libro de Mormón, verdad?” “El Dr. Sperry,” recordó el alumno, “de manera cortés y respetuosa, pero con términos firmes e inequívocos, dio un testimonio resuelto sobre el Libro de Mormón.” Cuando otro colega escribió un libro sobre el Antiguo Testamento sin incluir ningún comentario o conexión con el Libro de Mormón, Sperry le escribió: “Dado que el Libro de Mormón es una de las piedras fundamentales de la Iglesia, no puedo entender cómo un hombre que profesa ser un Santo de los Últimos Días puede dejar de usarlo

como fuente, cuando tiene tantos puntos valiosos que ofrecernos con respecto al Antiguo Testamento.”

La obra de Sidney Sperry fue emblemática de una creciente ola de estudios sobre el Libro de Mormón en las décadas de 1930 y 1940. En 1938, apareció el primer curso de instituto dedicado al Libro de Mormón, el cual prometía como uno de sus objetivos “familiarizar al estudiante con el plan del Evangelio presentado en el libro y sus evidencias destacadas de que Jesús es el Cristo.” El manual de la Escuela Dominical para los cursos de adultos producido por la Iglesia en 1947 fue escrito por Sperry y se enfocó completamente en un estudio secuencial del Libro de Mormón.

La primera clase de seminario dedicada exclusivamente al Libro de Mormón surgió como un feliz accidente. En el distrito escolar de Salt Lake City, no se permitía liberar a los estudiantes durante el horario escolar para estudios religiosos, por lo que los alumnos Santos de los Últimos Días asistían a clases por la mañana. En la escuela West High School, un maestro voluntario, Marion D. Hanks, comenzó a impartir un curso utilizando el Libro de Mormón. La clase se volvió tan popular que llamó la atención del comisionado de educación de la Iglesia, Franklin L. West. El recuerdo que tenía Hanks del interrogatorio del comisionado West respecto a la clase destaca cuán grata fue la sorpresa del creciente entusiasmo por estudiar el Libro de Mormón. Él recordó: “‘¿Cuántos vienen?’ preguntó [el comisionado] West. ‘Sesenta’, dijo el hermano Hanks. ‘¿Qué les enseñas?’ preguntó West. ‘El Libro de Mormón’, dijo el hermano Hanks. ‘¿Cómo lo enseñas?’ preguntó West. ‘Simplemente abro el libro, leemos y discutimos lo que leemos.’ ‘¿Cuántos vienen cada día?’ preguntó West. ‘Todos’, respondió el hermano Hanks.”

En la obra misional también, el Libro de Mormón comenzó a volver al primer plano. Mientras servía como presidente de la Misión Europea, el apóstol Joseph F. Merrill—antiguo comisionado de educación de la Iglesia—aconsejó a los presidentes de misión que usaran el Libro de Mormón en mayor medida en su labor. “La aparición del Libro de Mormón para la Iglesia de los últimos días es análoga a la resurrección de Cristo para la Iglesia primitiva,” escribió Merrill. Y continuó: “Nos mantenemos o caemos con la autenticidad del Libro de Mormón. Debemos usarlo más de lo que lo hemos hecho.” Merrill estaba tan preocupado por la falta de materiales sobre el Libro de Mormón que envió a un joven misionero

recién retornado, Gordon B. Hinckley, a reunirse con la Primera Presidencia para comenzar el desarrollo de presentaciones con diapositivas y otros medios que permitieran contar más eficazmente la historia del Libro de Mormón.

Conciencia Acelerada

La chispa encendida por Sidney Sperry y sus contemporáneos se convirtió en una llama gracias al trabajo de Hugh Nibley y una nueva generación de eruditos. Nibley llegó a la Universidad Brigham Young en 1946 y de inmediato comenzó a publicar una serie de estudios innovadores sobre el Libro de Mormón. Nibley ya sentía interés por el Libro de Mormón desde su juventud. Mientras servía en el ejército durante la Segunda Guerra Mundial, escribió a su madre: "Cuando logró robarme un momento, lo dedico a un solo tema absorbente: a estas alturas he descubierto el Libro de Mormón y vivo en un estado de emoción perpetua—esa producción maravillosa eclipsa por completo todo lo que se ha hecho en nuestra época." El trabajo de Nibley redirigió la apologetica SUD, alejándola de sus enfoques tradicionales centrados en la aparición del libro y en búsquedas arqueológicas, para enfocarse en las evidencias internas del libro mismo. Su primer estudio, "*El Libro de Mormón: un espejo del Oriente*", apareció en *Improvement Era* en abril de 1948, destacando similitudes entre el Libro de Mormón y las culturas del Medio Oriente antiguo. Dio seguimiento a este trabajo con una serie de artículos titulados "*Lehi en el desierto*", centrados en los paralelos del Medio Oriente encontrados en el viaje de la familia de Lehi en 1 Nefi. Posteriormente presentó una segunda serie, "*El mundo de los jareditas*", comparando el libro de Éter con otras culturas asiáticas antiguas.

El trabajo de Nibley pronto llamó la atención del presidente de la Iglesia, David O. McKay, quien sugirió una serie de lecciones sobre el Libro de Mormón para el manual del Sacerdocio de Melquisedec de 1957. El manual casi no llegó a publicarse, pues algunos miembros del comité de revisión sentían que el enfoque intelectual de Nibley era demasiado sofisticado para una audiencia laica. Sin embargo, el presidente McKay intervino y el manual fue publicado con gran aceptación. El propio Nibley comentó: "Las evidencias del Libro de Mormón son simplemente abrumadoras; me dejan sin aliento." Los estudios de Nibley generaron entusiasmo y elevaron el nivel académico en torno al Libro de Mormón. Comentando sobre el ritmo

acelerado de los estudios sobre el libro, Nibley declaró: “Esto es solo el comienzo de la investigación sobre el Libro de Mormón, no el final... ¡A la lucha!”

El trabajo de Nibley tuvo lugar en medio de una ola creciente de entusiasmo por el Libro de Mormón dentro de la Iglesia. En Brigham City, Utah, otro joven maestro de seminario llamado Boyd K. Packer comenzó a impartir una clase matutina especial para alumnos del último año de secundaria, utilizando el Libro de Mormón como texto. Packer describió más tarde su enfoque respecto al uso del libro como texto doctrinal: “Anuncié desde el principio que si querían saber acerca de guerras y rumores de guerras, de migraciones de pueblos, de ciudades y del cuello estrecho de tierra y todo lo demás relacionado con el Libro de Mormón, esta no era la clase adecuada. Les dije que abordaríamos el tema con la pregunta: ‘¿Quién está hablando a través de este libro y qué es lo que quiere decírnos?’” A los pocos años, Packer se convirtió en uno de los supervisores del programa de seminarios, integrando el Libro de Mormón en el currículo oficial. En 1961, la Junta Educativa de la Iglesia aprobó una nueva política según la cual “todos los estudiantes, tanto a nivel de seminario como de instituto, deben tomar un año completo de Libro de Mormón para poder graduarse.” Un movimiento similar tuvo lugar por esa misma época en la Universidad Brigham Young, donde se instituyó el curso de Libro de Mormón como requisito para los estudiantes de primer año. En su tercera década como maestro, Sperry contribuyó a impulsar este cambio. Uno de los profesores de la época recordaba sobre Sperry: “Él creía plenamente en el Libro de Mormón, y más que nadie nos animó a seguir adelante.”

Durante ese mismo período, el Libro de Mormón se volvió más central en la obra misional de la Iglesia. Cuando aparecieron por primera vez las charlas misionales oficiales a nivel de toda la Iglesia, en 1952, estas presentaban siete temas secuenciales, y el cuarto se centraba por completo en el Libro de Mormón. Una década más tarde, una nueva revisión de las lecciones misionales colocó el Libro de Mormón como tema de la segunda charla.

Entre el liderazgo de la Iglesia, el uso del Libro de Mormón también aumentó de manera notable. En 1949, el élder Marion G. Romney pronunció un discurso clave en la conferencia general, comenzando con la advertencia del Señor respecto al Libro de Mormón contenida en Doctrina

y Convenios, y añadiendo: “Recomiendo que toda persona que escuche mi voz lea el Libro de Mormón... Enriquecerá la vida de toda persona que lo lea, a menos que esté en rebelión contra la verdad; y, en tal caso, le advertirá de su terrible destino a menos que cambie sus caminos.” Los discursos centrados en la doctrina del Libro de Mormón comenzaron a aparecer con mayor regularidad en la conferencia general, con mensajes ofrecidos por los líderes Milton R. Hunter, Mark E. Petersen, Gordon B. Hinckley y Bruce R. McConkie, quienes a lo largo de las décadas de 1950 y 1960 dedicaron enseñanzas enfocadas en el Libro de Mormón. También se le citó con mayor énfasis no solo como testimonio del llamamiento de José Smith, sino como una fuente de testimonio de Jesucristo. En un discurso de conferencia de 1961, el líder McConkie declaró: “El Libro de Mormón es un testigo nuevo, vivo y moderno de la filiación divina de Cristo. Da testimonio de Él y de las doctrinas del evangelio.”

A comienzos de la década de 1970 ocurrió otro acontecimiento clave cuando las organizaciones auxiliares de la Iglesia comenzaron a enfatizar las Escrituras como fuente directa para la enseñanza del evangelio. Truman G. Madsen, miembro de la junta general de la Escuela Dominical, recordó: “Estábamos decididos, a principios de la década de 1970... a colocar las Escrituras en el centro del currículo de la Doctrina del Evangelio y a reescribir los manuales de modo que complementaran, en lugar de reemplazar, las Escrituras... Repetíamos el punto una y otra vez en conferencias y publicaciones: ‘Los manuales son las Escrituras mismas.’” Esta decisión benefició el estudio de todas las obras canónicas.

El Énfasis del Presidente Benson en el Libro de Mormón

El creciente interés por el Libro de Mormón alcanzó nuevas alturas gracias, en gran medida, a la influencia del líder Ezra Taft Benson. Bien conocido fuera de la Iglesia por su servicio como secretario de agricultura bajo la presidencia de Dwight D. Eisenhower, el líder Benson nunca tuvo reparos en expresar sus convicciones respecto al Libro de Mormón, y no temía combinar lo secular con lo religioso. Una carta del presidente Eisenhower enviada al líder Benson decía: “Gracias por recurrir a su amplio conocimiento del Libro de Mormón para enviarme ciertas profecías y revelaciones. Las citas que he leído me han interesado profundamente, especialmente por su aplicación al crecimiento y los problemas de América.” Uno de los hijos del líder Benson recordó más tarde que un

conocido empresario le comentó cuántos ejemplares distintos del Libro de Mormón había recibido en diversas ocasiones por parte del élder Benson.

En 1975, Benson, entonces presidente del Cuórum de los Doce Apóstoles, pronunció un discurso fundamental en la conferencia general titulado “*El Libro de Mormón es la palabra de Dios.*” En su mensaje, volvió a enfatizar la amonestación del Señor a la Iglesia dada en la sección 84 de Doctrina y Convenios (vv. 54–57) y añadió su propia voz de advertencia: “Ahora bien, no hemos estado usando el Libro de Mormón como deberíamos.” El presidente Benson veía el libro como una herramienta eficaz para “combatir los falsos conceptos educativos, políticos, religiosos y filosóficos de nuestro tiempo.”

El presidente Benson también subrayó el uso del Libro de Mormón como medio para llevar a las personas a Cristo. Enseñó que el libro “contiene las palabras de Cristo, y su gran misión es llevar a los hombres a Cristo; todo lo demás es secundario. La pregunta de oro del Libro de Mormón es: ‘¿Quieres aprender más sobre Cristo?’” También declaró que “nuestros hogares no son tan fuertes a menos que lo usemos para llevar a nuestros hijos a Cristo.” Cuando se publicaron nuevas ediciones de las Escrituras en 1979 y 1981, incluyeron un extenso sistema de notas al pie que conectaba el Libro de Mormón con las otras obras estándar. Además, al Libro de Mormón se le añadió un nuevo subtítulo: “*Otro Testamento de Jesucristo.*”

Cuando Ezra Taft Benson fue sostenido como presidente de la Iglesia en 1985, reiteró de inmediato su consejo sobre el Libro de Mormón, esta vez con autoridad profética. Durante los primeros años de su presidencia, casi cada conferencia general incluyó un discurso del presidente Benson sobre el Libro de Mormón. Aun cuando su salud comenzó a declinar, el presidente Benson continuó promoviendo la distribución y el estudio del Libro de Mormón. Publicó una recopilación de mensajes titulada *Testigo y amonestación*, y acordó con los editores destinar sus regalías a cubrir los costos de distribución, de modo que el libro pudiera venderse al precio más bajo posible. Además, desarrolló el programa *Libro de Mormón de familia a familia*, en el cual los miembros de la Iglesia entregaban ejemplares del Libro de Mormón con mensajes personalizados escritos en su interior, para ser utilizados en el campo misional.

En uno de sus últimos discursos, el presidente Benson habló de su lucha por hacer resaltar el Libro de Mormón: “Moisés nunca entró en la tierra prometida. José Smith nunca vio redimida a Sion. Algunos de nosotros quizás no vivamos lo suficiente para ver cuando el Señor levante Su condenación (DyC 84:54–58). Pero, si Dios lo permite, pienso dedicar todos mis días restantes a ese esfuerzo glorioso.”

La Presidencia de Ezra Taft Benson: Culminación de un Largo Viaje

La presidencia de Ezra Taft Benson fue la culminación de un largo camino para llevar al Libro de Mormón desde la oscuridad hasta la primacía en la doctrina y enseñanza de la Iglesia. En parte como resultado de sus exhortaciones, se produjo una explosión en el uso del Libro de Mormón dentro de la Iglesia. El estudio de 1999 realizado por Noel Reynolds mostró el uso vertiginoso del Libro de Mormón al analizar tres categorías: en primer lugar, antes de la presidencia de Ezra Taft Benson, el número de escrituras del Libro de Mormón citadas en la conferencia general rondaba constantemente el 12 por ciento. Después del primer llamado del presidente Benson en 1986, esa cifra se disparó al 40 por ciento, para luego estabilizarse gradualmente en torno al 25 por ciento. Otras estadísticas—que miden no solo las referencias a escrituras, sino los temas de los discursos en sí—también mostraron un auge en los temas relacionados con el Libro de Mormón entre 1986 y 1989, cuando el presidente Benson impulsó un nuevo énfasis en el libro. Incluso antes de su presidencia, la cantidad de publicaciones—tanto en defensa como en crítica—experimentó un aumento dramático a fines de la década de 1980.

Entre los materiales misionales de la Iglesia, el Libro de Mormón volvió aemerger como herramienta principal para la conversión. En 1973, el Libro de Mormón fue incluido como parte de la primera charla con los investigadores. Cuando se introdujo una nueva serie de lecciones en 1986, el Libro de Mormón, junto con el desafío de comenzar a leerlo, constituyó la primera lección impartida por los misioneros. El libro se utilizaba como parte integral de todas las interacciones, y se instruía a los misioneros a dar seguimiento y alentar a sus investigadores a continuar su estudio.

Los sucesores del presidente Benson continuaron enfatizando el Libro de Mormón, destacando especialmente el desafío emitido en agosto de 2005 por el presidente Gordon B. Hinckley: “un desafío para los miembros de la

Iglesia en todo el mundo y para nuestros amigos en todas partes de releer el Libro de Mormón.” Añadió: “Si leen un poco más de un capítulo y medio al día, podrán terminar el libro antes de que acabe este año.” El desafío produjo nuevamente resultados notables. Un profesor de BYU encuestó a estudiantes del campus y descubrió que el 62 por ciento completó el libro entero antes de fin de año, y el 36 por ciento hizo una lectura parcial. Aunque muchos no terminaron el Libro de Mormón antes del plazo, la misma encuesta reveló que solo 12 de los 1,303 estudiantes encuestados no leyeron absolutamente nada del libro. Una encuesta similar entre adultos de una congregación cercana arrojó resultados alentadores: el 41 por ciento completó el libro, y el 56 por ciento realizó una lectura parcial.

El Libro de Mormón alcanzó otro hito durante la administración del presidente Hinckley cuando se imprimió la copia número cien millones del libro en febrero del año 2000. Ese mismo año, el Libro de Mormón fue traducido a su idioma número cien. De los cien millones de copias, la mayoría se imprimieron en inglés, aunque se produjo una cantidad significativa en otros idiomas. Para fines del siglo XX, las traducciones del Libro de Mormón estaban disponibles en todos los idiomas principales de Europa. También se encontraba en una multitud de otros idiomas como árabe, hindi, dialectos africanos como efik, lingala, shona y urdu, e incluso en lenguas indígenas exclusivas de México y Centroamérica, como tzotzil, mam y kekchí.

Más recientemente, un cambio en la edad de elegibilidad para que tanto hombres como mujeres sirvan en misiones de tiempo completo — anunciado por el presidente Thomas S. Monson en 2012— resultó en un aumento significativo en la población misional de la Iglesia. Esta creciente fuerza misional, junto con el continuo énfasis en el Libro de Mormón como herramienta principal de proselitismo, ofrece la promesa de un número cada vez mayor de jóvenes profundamente familiarizados con el contenido del libro. Además, en 2014 se presentó un nuevo conjunto de cursos obligatorios para la educación religiosa en los institutos y universidades de la Iglesia. El nuevo plan de estudios proponía reemplazar los dos cursos entonces impartidos sobre el Libro de Mormón (que seguirían disponibles como electivos) con una clase centrada en las enseñanzas doctrinales del Libro de Mormón (en lugar de un estudio secuencial del texto). Las discusiones en torno a este cambio demostraron cuán central se ha vuelto

el Libro de Mormón en la mente de los educadores religiosos de la Iglesia. Solo una generación atrás, se luchaba por incluir el Libro de Mormón en el currículo de las universidades de la Iglesia; ahora, un número considerable de maestros expresaba su preocupación por si este cambio significaba un retroceso en el énfasis del Libro de Mormón. Con estas inquietudes en mente, las conversaciones en torno al nuevo curso se centraron en definir la mejor manera de fomentar una comprensión más profunda de la doctrina contenida en el Libro de Mormón. Según uno de los participantes, “el principio rector en todas las discusiones curriculares fue: ‘¿Qué elevará el nivel de comprensión y erudición del Libro de Mormón?’”

Chad Webb, administrador de los seminarios e institutos, consideró que la enseñanza del Libro de Mormón dentro de la Iglesia ha progresado hasta el punto en que los estudiantes universitarios pueden sumergirse directamente en las enseñanzas doctrinales del libro. “Queríamos edificar sobre lo que ya tienen... Han asistido al seminario, han servido en misiones y han estudiado las Escrituras en la Iglesia y por su cuenta. Sus experiencias previas los han llevado al punto en el que podemos decir: ‘Vayamos directamente a los sermones de Lehi y sus hijos, y estudiemos realmente las doctrinas del Libro de Mormón.’” Brent L. Top, decano de Educación Religiosa en la Universidad Brigham Young, añadió que la intención de este cambio era ayudar a los estudiantes a comprender el texto del Libro de Mormón “a un nivel más profundo,” más profundo “de lo que jamás lo hemos hecho.” La creciente alfabetización espiritual en el Libro de Mormón entre los jóvenes de la Iglesia, combinada con nuevos enfoques para su estudio, ofrece la posibilidad de un énfasis aún mayor en el libro en el futuro.

El Desafío Futuro del Libro de Mormón

El uso del Libro de Mormón a lo largo de la historia de la Iglesia refleja, en muchos sentidos, la forma en que una persona podría acercarse al libro a lo largo de su vida. Una primera lectura revela un mundo dramático de héroes y villanos, batallas emocionantes y grandes aventuras. Con el tiempo y a través del estudio repetido, el lector llega a apreciar no solo la vívida historia del Libro de Mormón, sino también las sublimes enseñanzas doctrinales y filosóficas contenidas en sus páginas. Cuando yo era joven, me emocionaban las hazañas heroicas del capitán Moroni. Ahora, el razonamiento de Jacob, la filosofía de Alma el Joven y el discurso

esperanzador de Mormón me commueven de igual manera. De forma semejante, como pueblo, los Santos han madurado en su comprensión del Libro de Mormón. Nuestros primeros escritos y enseñanzas se centraban en el drama épico de su narrativa. Con el paso del tiempo, comenzamos a descubrir el Libro de Mormón como un libro plenamente vivo de filosofía, literatura y teología.

Al mismo tiempo, debe señalarse que ningún líder profético de la Iglesia ha recibido aún revelación indicando que la condenación emitida por el Señor al comienzo de la Restauración haya sido levantada. Aunque este estudio resalta algunos de los acontecimientos más impactantes en la vida del Libro de Mormón entre los Santos, el trasfondo es un aumento constante en la conciencia y el uso del libro y de sus enseñanzas. Sin embargo, tomó generaciones para que los Santos realmente comprendieran el valor del Libro de Mormón como fuente de inspiración, doctrina y testimonio de que “Jesús es el Cristo, el Dios Eterno, que se manifiesta a todas las naciones” (portada del Libro de Mormón).

Pero, ¿qué significa realmente la venida del Libro de Mormón? Una de las profecías favoritas de los primeros miembros de la Iglesia se encuentra en 3 Nefi 21. El Salvador dijo a los nefitas: “He aquí, os doy por señal—porque de cierto os digo que cuando estas cosas que os declaro... sean dadas a conocer a los gentiles... será por señal para ellos, para que sepan que la obra del Padre ya ha comenzado para cumplir el convenio que ha hecho con el pueblo que es de la casa de Israel” (3 Nefi 21:2, 7). En ese mismo espíritu, la condenación pronunciada por el Señor en 1832 y reiterada por el presidente Benson exhortaba a los Santos “no solo a decir, sino a hacer conforme a lo que he escrito” (DyC 84:57; énfasis añadido). De todas las métricas posibles para medir la venida del Libro de Mormón, el cambio más significativo es uno imposible de cuantificar: el número de personas transformadas, convertidas y motivadas a actuar por el Libro de Mormón. Ya se han contado millones de historias sobre cómo el Libro de Mormón ha cambiado vidas, y aún quedan millones más por contar. El milagro de la venida del Libro de Mormón ocurre una persona a la vez, cuando hombres y mujeres aceptan la invitación eterna que el libro extiende: “venid a Cristo y perfeccionaos en él” (Moroni 10:32).

“A Toda Nación, Tribu, Lengua y Pueblo”

Po Nien (Felipe) Chou y Petra Chou

Po Nien (Felipe) Chou era educador religioso y gerente de la Oficina de Investigación del programa de Seminarios e Institutos (S&I) de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días cuando se escribió este capítulo. Petra Chou era ama de casa y enseñaba en el programa de Inmersión en Chino del Distrito Escolar de Alpine cuando se redactó este texto.

El Libro de Mormón fue traducido por primera vez al idioma inglés por el profeta José Smith en 1829. El objetivo ahora es ponerlo a disposición de “toda nación, tribu, lengua y pueblo” (Mosíah 15:28). Este capítulo explora los esfuerzos de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días por llevar el Libro de Mormón a otros idiomas y hacerlo accesible a todo el mundo. Aunque no se ofrecerá una revisión exhaustiva de las 110 traducciones (87 del libro completo y 23 de selecciones) distribuidas por la Iglesia hasta la primavera de 2015, se examinarán varias traducciones, versiones y ediciones, junto con los esfuerzos por llevar este volumen sagrado a “todas las naciones, tribus, lenguas y pueblos” (DyC 42:58).

Los profetas antiguos declararon que en los últimos días el Señor “comenzará su obra entre todas las naciones, tribus, lenguas y pueblos, a fin de efectuar la restauración de su pueblo sobre la tierra” (2 Nefi 30:8). El Libro de Mormón habría de “guardarse y preservarse” para que el conocimiento del Salvador y de su evangelio saliera y se enseñara a “toda nación, tribu, lengua y pueblo” como preparación para la Segunda Venida del Señor (véase 1 Nefi 13:40; Mosíah 3:20; Alma 37:4; DyC 42:48; DyC

133:37). Juan el Revelador vio en visión que un ángel “volaba por en medio del cielo, teniendo el evangelio eterno para predicarlo a los moradores de la tierra, y a toda nación, y tribu, y lengua, y pueblo” (Apocalipsis 14:6; DyC 88:103). Después de que José Smith tradujera el Libro de Mormón al idioma inglés en 1829, la Iglesia recurriría a numerosos otros traductores para ayudar a cumplir el mandato de las Escrituras de llevar esta escritura de los últimos días a todas las naciones del mundo con sus múltiples lenguas e idiomas.

Ediciones en Inglés del Libro de Mormón

Es importante considerar primero las diversas ediciones en inglés del Libro de Mormón para luego explorar su traducción a otros idiomas. Por lo general, los traductores utilizan la traducción al inglés realizada por José Smith como documento fuente original. En términos generales, los traductores consultan la edición en inglés más reciente disponible.

Antes de la muerte del profeta José Smith, se publicaron cuatro ediciones en inglés del Libro de Mormón. La edición de 1830, impresa por E. B. Grandin en Palmyra, Nueva York, se tomó generalmente del manuscrito del impresor, una copia que Oliver Cowdery hizo del manuscrito original que él (y unos pocos más) habían escrito como escribas. La edición de 1830 incluía un prefacio del profeta José Smith y el Testimonio de los Tres y de los Ocho Testigos. John H. Gilbert, tipógrafo de Grandin, estructuró en párrafos y puntuó el manuscrito, además de realizar cambios para corregir lo que consideraba errores gramaticales. La edición de 1837 fue publicada por Parley P. Pratt y John Goodson en Kirtland, Ohio, e introdujo cambios gramaticales tras comparar la edición de 1830 con el manuscrito del impresor. La edición de 1840, publicada para Ebenezer Robinson y Don Carlos Smith en Nauvoo, Illinois (por Shepard and Sterns en Cincinnati, Ohio), corrigió errores encontrados entre el manuscrito del impresor y el original. Finalmente, la edición de 1841, publicada para Brigham Young, Heber C. Kimball y Parley P. Pratt (por J. Tompkins en Liverpool, Inglaterra), fue básicamente una reimpresión de la edición de 1837 con ortografía británica. Esta fue la primera edición europea. Ediciones británicas adicionales se publicaron en 1849 y 1852, editadas por Orson Pratt y Franklin D. Richards, respectivamente (Richards también agregó numeración a los párrafos).

Ediciones posteriores recibieron ediciones menores pero incorporaron cambios importantes de formato. Orson Pratt, al editar la edición de 1879, dividió capítulos largos y añadió notas al pie con referencias escriturales. La edición de 1920, editada por James E. Talmage, incorporó nuevo material introductorio, columnas dobles, resúmenes de capítulos y nuevas notas al pie (también se incluyó la edición menor de 1905 y 1911). La edición de 1981, editada por un comité presidido por miembros del Cuórum de los Doce Apóstoles, incluyó material introductorio actualizado, resúmenes de capítulos y notas al pie. Los editores de esta edición también corrigieron errores textuales que descubrieron al comparar el manuscrito del impresor con la edición de 1840 y el manuscrito original.

Además de estas ediciones impresas, a lo largo de los años se han producido diversos formatos del Libro de Mormón. Se han realizado versiones en audio y video en casetes de video, DVD, CD, formato de audio mp3, entre otros. El sistema braille se publicó en 1936 (y se revisó en 1994), seguido por la Lengua de Señas Americana (ASL) en video en 2001, en DVD en 2006 y en línea en 2011. La Iglesia ha lanzado grabaciones de audio, ediciones por internet y aplicaciones de las Escrituras para dispositivos móviles en inglés y en idiomas seleccionados, permitiendo que más personas que nunca accedan a las Escrituras en múltiples formatos digitales. La editorial Doubleday Publishing Company de Nueva York publicó una edición comercial del Libro de Mormón en 2004, y en 2008 el Libro de Mormón apareció como un clásico de Penguin. En 2013 la Iglesia publicó una edición en inglés actualizada de las Escrituras en formato digital (y luego impresa), con nuevas fotografías, ayudas de estudio actualizadas, mapas, y encabezados de capítulos y secciones. [El presidente Thomas S. Monson dijo que “el Señor sacó a luz el Libro de Mormón en un periodo [que] favorecería su distribución de forma extensa,” y, como dijo el presidente Ezra Taft Benson, todas estas plataformas para acceder a las Escrituras “en esta era de medios electrónicos y distribución masiva de la palabra impresa” están permitiendo “mover el Libro de Mormón de una manera monumental.”

Las Traducciones por Idioma Siguieron a la Obra Misional

El profeta José Smith dijo: “. . . me complacería saber que [el Libro de Mormón] se imprimiera en todos los diferentes idiomas de la tierra.” En términos generales, las traducciones del Libro de Mormón a otros idiomas

han seguido el curso de la obra misional de la Iglesia. A medida que los misioneros salían a predicar el evangelio a las diversas naciones y pueblos del mundo, necesitaban materiales traducidos, especialmente el Libro de Mormón. Estos esfuerzos comenzaron en Europa y en el Pacífico durante el siglo XIX, que en ese momento eran los campos misionales internacionales más fértiles.

Danés, la Primera Traducción No Inglesa

En agosto de 1850, el élder Erastus Snow del Cuórum de los Doce Apóstoles y Peter Olsen Hansen llegaron a Copenhague, Dinamarca, y de inmediato comenzaron los esfuerzos para traducir el Libro de Mormón. El hermano Hansen era originario de Dinamarca, pero tuvo dificultades para trabajar en la traducción debido a que su danés estaba oxidado. El élder Snow comenzó a aprender danés y viajó a Inglaterra para explorar opciones de publicación, pero no tuvo éxito en encontrar a alguien que pudiera ayudar con la traducción, incluso después de entrevistar a varios profesores.

Poco tiempo después, los misioneros encontraron a una hermana danesa cuyo nombre no se menciona, y que hablaba con fluidez inglés, francés y alemán, para que ayudara en el proceso. Un corrector de pruebas revisó el manuscrito tres veces, seguido por una revisión personal del propio élder Snow, quien para ese momento sentía que había dominado lo básico del idioma danés. En una carta a Brigham Young fechada el 10 de julio de 1851, el élder Snow escribió que “con la bendición de Dios, después de ocho meses . . . [hemos] logrado la traducción y publicación del Libro de Mormón en el idioma danés. . . . Siento que he hecho lo mejor que podía dadas las circunstancias, y que el Señor lo ha aceptado y añadirá Su bendición.” En 1851, esta edición en danés se convirtió en la primera traducción del Libro de Mormón a un idioma que no fuera el inglés.

Otros Idiomas Europeos

El élder John Taylor, del Cuórum de los Doce Apóstoles, llegó a París en junio de 1850 para abrir y presidir la Misión Francesa. Designó a Curtis E. Bolton, compañero misionero y consejero en la presidencia de la misión, para comenzar la traducción del Libro de Mormón al francés. Bolton fue asistido por dos nuevos conversos que se unieron a la Iglesia en diciembre de 1850: Louis A. Bertrand y un tal señor Wilhelm. Lazare Auge, un no miembro, fue contratado por Bertrand para reemplazar a Wilhelm, quien

abandonó la Iglesia en febrero de 1851. Bolton se convirtió en presidente de misión cuando el élder Taylor salió de Francia debido a la agitación política. Poco después, el 22 de enero de 1852, estuvo disponible la primera traducción al francés del Libro de Mormón.

El élder Taylor también reunió un equipo de traductores para trabajar en la traducción del Libro de Mormón al alemán. El élder Taylor llegó a Hamburgo, Alemania, en septiembre de 1851 para encontrarse con George P. Dykes, un misionero escandinavo que sabía alemán, y George Viett, un maestro de escuela alemán que se había bautizado en Francia. Más tarde bautizaron a John Miller, quien se unió al equipo de traducción. Daniel Carn, un converso alemán que vivía en los Estados Unidos, fue enviado a Alemania como presidente de misión justo cuando el élder Taylor tuvo que huir del país para evitar ser arrestado. El propio Carn fue arrestado varias veces, pero trabajó junto con Dykes, Viett y Miller para completar la traducción al alemán en mayo de 1852.

En marzo de 1851, el élder Lorenzo Snow reclutó a un erudito inglés, cuyo nombre no se registra, para trabajar en la traducción del Libro de Mormón al italiano. La traducción se terminó en octubre de 1851 y la impresión, realizada por William Bowden en Londres, se completó en abril del año siguiente.

En 1845, Dan Jones, un nuevo misionero en Gales, comenzó a imprimir traducciones galesas de folletos de la Iglesia en la imprenta de su hermano. John S. Davis, quien trabajaba en la imprenta, se unió a la Iglesia y más tarde tradujo Doctrina y Convenios al galés en 1850. Vendía suscripciones a su revista, que publicaría semanalmente partes del Libro de Mormón en galés para recaudar fondos destinados a los esfuerzos de traducción. El 17 de abril de 1852 se publicó la trigésima primera y última entrega, completando así la traducción de todo el Libro de Mormón al galés.

Posteriormente se realizaron otras traducciones a idiomas europeos: sueco en 1878, holandés en 1890, checo en 1933, armenio occidental en 1937, noruego en 1950, finés en 1954, griego en 1979, islandés en 1981, entre otros. También se llevaron a cabo traducciones del Libro de Mormón para Europa Central y del Este, incluyendo croata en 1979, húngaro en 1979, búlgaro en 1980, polaco en 1981, rumano en 1981, ruso en 1981, ucraniano en 1997, albanés en 1999, estonio en 2000, letón en 2000, armenio oriental

en 2000, lituano en 2000, esloveno en 2002, serbio en 2008 y eslovaco en 2013.

Tres ejemplos de Europa ilustran los esfuerzos de nuevos conversos llamados a traducir el Libro de Mormón a sus idiomas nativos. La hermana Sveinbjörg Gudmundsdóttir fue bautizada en 1976 en Islandia y poco después se convirtió en traductora para la Iglesia. Ella dijo: “Mi primera asignación fue traducir el Libro de Mormón... Sabía que no estaba calificada... Sabía que no podía hacerlo sin la ayuda del Señor.” Como otros traductores, oró por ayuda y fue guiada por el Espíritu durante el proceso de traducción. Sus esfuerzos resultaron en la publicación del Libro de Mormón para el pueblo de Islandia en 1981.

Otro ejemplo de los esfuerzos en Europa fue la experiencia de la hermana Ledia Kita. La Iglesia aún era joven en Albania cuando Paul Kern, entonces gerente de traducción del área en Europa, viajó a Albania en busca de un miembro que hablara con fluidez tanto inglés como albanés. Kern encontró a Kita y le enseñó a usar una computadora. Kita traducía materiales de la Iglesia “en las primeras horas de la mañana durante unos 30 minutos antes de que se cortara la luz y la energía.” Fue fundamental en la traducción del Libro de Mormón al albanés, publicado en 1999. Igualmente, los esfuerzos de Maria Krolikowska permitieron la publicación del Libro de Mormón en polaco. Nacida y criada en Polonia, Krolikowska se unió a la Iglesia en Inglaterra en 1966. Su trabajo previo como traductora y su misión posterior la prepararon para traducir el Libro de Mormón al polaco, publicado en 1981.

A las Islas del Pacífico

Cuando era un joven misionero de veintitrés años, el élder George Q. Cannon fue llamado por Brigham Young a servir en las islas Sándwich (Hawái) en 1850. Pasó parte de su misión traduciendo el Libro de Mormón al hawaiano y señaló que “el Espíritu de traducción descansó sobre [él].” Otros, incluyendo a William Farrer y Jonatana H. Napela, trabajaron con Cannon en la traducción hawaiana del Libro de Mormón. Despues de regresar de su primera misión, Brigham Young lo llamó a una segunda misión para viajar a California y publicar el Libro de Mormón en hawaiano, lo cual se completó en 1855.

La traducción de 1889 al idioma maorí fue el resultado del crecimiento de la Iglesia en Nueva Zelanda. Siendo un joven misionero, el élder Matthew Cowley ayudó con la traducción revisada del Libro de Mormón al idioma maorí en 1917. Más tarde regresaría como presidente de misión en Nueva Zelanda, y posteriormente fue llamado al Cuórum de los Doce. El élder Cowley reconoció la importancia tanto de la cultura como del idioma entre los santos del Pacífico en el milagro del proceso de traducción. Dijo: “He aprendido mucho de [la gente de las islas del Pacífico]... Tienen algún tipo de poder... Aceptan los milagros como algo natural.” Daniel T. Miller recibió permiso de la Primera Presidencia para traducir el Libro de Mormón al tahitiano (1904) porque los católicos estaban “maltraduciendo” partes del mismo para engañar al pueblo. Los misioneros que participaron en estos esfuerzos de traducción reconocieron la importancia de tener una traducción correcta para enseñar las verdades del evangelio. El Libro de Mormón apareció luego en samoano en 1903 y en tongano en 1946.

Los Diversos Idiomas del Lejano Oriente

La Iglesia expandió su labor misional hacia Japón a principios de 1900, aunque estos esfuerzos iniciales se vieron obstaculizados por dificultades significativas debido a las diferencias culturales y religiosas. Traducir el Libro de Mormón al japonés (y posteriormente a los diversos idiomas del Lejano Oriente) presentó un nuevo conjunto de desafíos. A diferencia de la mayoría de los idiomas europeos con su alfabeto y gramática familiares, los idiomas asiáticos presentaban una notable diversidad de escrituras, sintaxis y estructuras que eran ajenas para los occidentales. La presencia de personal militar Santos de los Últimos Días después de la Segunda Guerra Mundial ayudó a restablecer la obra misional en Asia.

El élder Alma O. Taylor era un joven agricultor de diecinueve años y uno de los primeros cuatro misioneros enviados a Japón en 1901, junto con el élder Heber J. Grant del Cuórum de los Doce, quien dedicaría Japón para la predicación del evangelio. Aprender japonés fue muy difícil para Taylor. Pero durante una reunión de testimonios, el élder Grant profetizó que Taylor sería el principal instrumento del Señor para traducir el Libro de Mormón al japonés. El servicio de Taylor como joven misionero y como presidente de misión estuvo acompañado de su diligencia en aprender tanto el idioma como las costumbres japonesas. En julio de 1904, a Taylor se le asignó la dirección de la traducción del Libro de Mormón al japonés.

Taylor dijo que esta “fue la respuesta directa al ferviente deseo de mi corazón.” Además del desafío de lograr una traducción fiel al texto original, surgieron complicaciones adicionales debido a las diferencias entre el idioma japonés hablado y escrito. Por ejemplo, después de traducir el texto al japonés usando caracteres romanizados, los traductores necesitaban convertirlo a kanji, los caracteres de estilo chino.

Taylor tuvo que decidir entre traducir el libro en un estilo más coloquial o hablado, comprendido por el pueblo, o usar el estilo literario clásico característico de los textos sagrados, entendido solo por unos pocos. Taylor optó por el estilo hablado, pero los hablantes nativos que revisaron la traducción, Zenshiro Noguchi y Genta Suzuki, regresaron con revisiones alineadas con el estilo clásico moderno utilizado en el lenguaje bíblico. Se adoptó el estilo clásico moderno, y Taylor trabajó con Hiroharu Ikuta, quien fue contratado para revisar la traducción de Taylor. En octubre de 1909 se publicó el primer Libro de Mormón en japonés. A mediados de la década de 1950, en Japón comenzaba a ganar terreno un estilo de escritura contemporáneo destinado a unificar el lenguaje hablado y escrito, pero no fue sino hasta 1995 que se publicó una versión completa del Libro de Mormón en estilo coloquial.

La Traducción del Libro de Mormón al Chino y al Coreano

La traducción del Libro de Mormón al chino y al coreano se llevó a cabo en 1965 y 1967, respectivamente, seguida por el tailandés en 1976 y el indonesio en 1977. Otros idiomas del sudeste asiático llegaron en la década de 1980, incluyendo el vietnamita en 1980, el camboyano y el lao en 1982, y el hmong en 1983. Las diferencias culturales, la falta de dominio del idioma por parte de los misioneros estadounidenses y el conocimiento limitado del evangelio entre los nuevos conversos locales crearon desafíos de traducción. Por ejemplo, hubo dificultades en el intento de ofrecer una única traducción al chino de las Escrituras que pudiera servir tanto para hablantes de cantonés en Hong Kong como para hablantes de mandarín en Taiwán, respectivamente. Sin embargo, misioneros como el élder Vernon Poulter fueron guiados a encontrar a futuros traductores como Hu Wei-I. El élder Gordon B. Hinckley, entonces miembro del Cuórum de los Doce, llamó y puso apartados a Larry Browning, ex misionero, y a Hu Wei-I para ayudar con la traducción del Libro de Mormón al chino. Los malentendidos y las diferencias culturales acentuaron los desafíos del proceso de

traducción al chino. Browning deseaba mayor flexibilidad y estaba dispuesto a considerar ciertas licencias literarias para transmitir mejor el significado, mientras que Hu deseaba una traducción más literal, la cual finalmente prevaleció. A pesar de estos desafíos, la primera edición en chino del Libro de Mormón (en caracteres tradicionales) se publicó finalmente en 1965.

La primera traducción al coreano del Libro de Mormón se completó con la ayuda del élder Han In Sang, quien fue bautizado en 1957 y se convirtió en el primer misionero coreano nativo en servir en la Misión Corea en 1964. Mientras padecía hepatitis, su presidente de misión le asignó traducir el Libro de Mormón al idioma coreano. El élder Han señaló que fue una tarea difícil durante su enfermedad, pero confió en el Señor para cumplir con este gran privilegio y bendición. A la edad de 26 años, el élder Han completó la traducción del Libro de Mormón y, en 1967, se publicó la primera edición del Libro de Mormón en coreano. Además de ser el primer coreano en servir una misión de tiempo completo, también sería el primer coreano en servir como presidente de misión, representante regional y Autoridad General, al ser llamado al Segundo Cuórum de los Setenta en 1991. Han también fue contratado como jefe del Departamento de Servicios de Traducción creado en Corea en 1967. Como el “primero” en tantos aspectos del servicio en la Iglesia, sus logros destacan una vida de fe y dedicación.

La Hermana Srilaksanaa “Sri” Suntarahut

La hermana Srilaksanaa “Sri” Suntarahut nació en Bangkok, Tailandia, en 1924. Su padre era médico de la familia real tailandesa, y la reina solicitó permiso para criar a la pequeña Sri cuando tenía seis años. Sri fue criada por la reina en el palacio real de Tailandia, desarrollando habilidades lingüísticas mientras estudiaba con monjas europeas, y más tarde al servir como secretaria financiera de altos funcionarios del gobierno. El élder Larry R. White registró lo siguiente sobre la conversión de la hermana Sri:

[La hermana Sri] estaba esperando salir con unas amigas cuando notó el Libro de Mormón en el estante. Como había pagado diez baht (alrededor de 50 centavos) por él, sintió que al menos debía leer un poco. Tomó el libro del estante casualmente y lo abrió al azar. Tan pronto como sus ojos se

posaron en el primer pasaje, comenzó a temblar, y sintió algo que nunca antes había sentido. Inmediatamente supo que el libro era verdadero.

Unirse a la Iglesia implicó un gran sacrificio personal para Sri. Perdió, por ejemplo, su asociación con la realeza tailandesa y la élite social del país. No obstante, después de recibir su testimonio del Libro de Mormón, Sri fue bendecida al ser llamada como traductora principal para el pueblo de Tailandia. Sri dijo: “Amo tanto a mi Padre Celestial por derramar sobre mí este don de lenguas y del idioma.” El Libro de Mormón en tailandés se publicó en 1976, y se realizó una revisión en 2010.

En Vietnam, la hermana Cong Ton Nu Tuong Vy, descendiente directa de la familia imperial y exprofesora universitaria, fue bautizada después de traducir el folleto *Testimonio de José Smith*. En 1970, fue apartada por el presidente de misión W. Brent Hardy para servir como traductora principal del recién establecido comité local de traducción. Ella ayudó a llevar adelante la traducción vietnamita del Libro de Mormón. Su vida ilustra el sacrificio de muchos de los primeros conversos que fueron llamados a la obra de la traducción. Ella registró lo siguiente:

En 1970 o 1971, se me extendió un llamamiento para traducir el Libro de Mormón... Oré: “¿Cómo podré traducir este libro y al mismo tiempo ganarme la vida?” Poco después, mi hijo... vino a mí temprano una mañana. Para mi gran sorpresa, me dio un regalo de 400,000 piastras que acababa de ganar en un concurso gubernamental. Cuando recibí el dinero... busqué un lugar tranquilo... [y] construí una cabaña y planté un jardín... Me tomó dos años terminar [la traducción vietnamita del Libro de Mormón]... Los norvietnamitas tomaron Saigón en abril de 1975... [y] confiscaron mis propiedades. También quisieron encarcelarme por mis contactos anteriores con estadounidenses... Tomé todas mis escrituras, traducciones y libros, y los enterré en la playa... La policía me puso en prisión...

Vy intentó huir de Vietnam en varias ocasiones sin éxito y fue encarcelada muchas veces. Finalmente, pasó su vida escondida como ermitaña en una cueva o “Guarda del Tigre,” rapándose la cabeza para disfrazarse como una pobre monja budista durante muchos años. Diez años después de haber perdido contacto con la Iglesia, logró restablecerlo gracias a miembros de la Iglesia y a través de la organización *Veterans Assisting Saints Abroad Association* (VASAA) pudo salir de Vietnam. En 1988,

finalmente visitó Salt Lake City y comentó: “La primera vez que vi la Manzana del Templo no pude evitar llorar por mis bendiciones. En la Guarida del Tigre, mi mayor deseo era ver el templo. Finalmente, pude recibir mi investidura en la casa del Señor.” Su vida destaca la fe y el sacrificio de los primeros conversos y traductores que ayudaron a llevar la traducción del Libro de Mormón a “toda nación, tribu, lengua y pueblo” (DyC 133:37).

Nuevas Fronteras e Hitos

La traducción del Libro de Mormón a los idiomas de África y del Medio Oriente comenzó con el afrikáans en 1972. La Iglesia contrató a un erudito —no miembro de la Iglesia— de la Universidad de Pretoria en Sudáfrica para traducir el Libro de Mormón al afrikáans, y profesores de la Universidad de Utah trabajaron en su traducción al árabe en 1980. Una traducción al suajili (hablado en el sureste de África) llegó en 1982, al malgache en 1986 (Madagascar), al zulú en 1987 (Sudáfrica), al lingala en 1988 (República Democrática del Congo y República del Congo), al amárico en 2000 (Etiopía), al xhosa en 2000 (Sudáfrica y Zimbabue), al igbo en 2000 (Nigeria), al setsuana o tswana en 2003 (África austral), al twi en 2005 (Ghana), y al yoruba en 2007 (Nigeria).

Aunque en muchos países africanos también se usaban el inglés, el francés y el portugués, los santos africanos observaron que la traducción del Libro de Mormón a sus idiomas nativos profundizaba su comprensión del evangelio y expandía la obra misional local. Gemedu Wariyo Goja, del barrio de Addis Abeba en Etiopía, dijo: “Hoy me convertí en el primer miembro etíope en recibir el Libro de Mormón en amárico, y estoy muy, muy feliz. . . . Cuando distribuí las primeras copias a los miembros con quienes trabajé en la traducción del libro, todos vitorearon y saltaban de alegría. Acabo de traer mi propio ejemplar a casa, y... [lo estamos] leyendo entre nosotros en amárico. Es maravilloso.”

Deben destacarse varios hitos importantes del Libro de Mormón (véase el apéndice A). En 1982, la Primera Presidencia y el Cuórum de los Doce Apóstoles aprobaron la decisión de agregar el subtítulo “Otro Testamento de Jesucristo.” Esto enfatizó aún más el mensaje central del Libro de Mormón para el mundo. Otros hitos importantes incluyeron la traducción del Libro de Mormón al idioma número 100 en el año 2000, coincidiendo

con la dedicación del templo número 100 en funcionamiento de la Iglesia. Además, la impresión de su copia número 50 millones en 1990, 100 millones en el año 2000 y 150 millones en 2011 fueron hitos significativos en el esfuerzo por “inundar la tierra con el Libro de Mormón.”

En el año 2000, la Iglesia informó que más del 99 por ciento de los miembros y el 87 por ciento de las personas del mundo podían leer o escuchar el Libro de Mormón o selecciones del mismo en su propio idioma. La revista *Book* lo nombró uno de los “20 Libros que Cambiaron a Estados Unidos” en 2003. Se siguen agregando versiones en audio, digitales y móviles del Libro de Mormón en varios idiomas en línea, lo cual aumenta el acceso para más personas en todo el mundo. El idioma del Espíritu trasciende costumbres, culturas e idiomas; sin embargo, un estudio cuidadoso y una mayor apreciación del Libro de Mormón pueden fortalecerse cuando se lo estudia en el idioma nativo de cada persona.

La Traducción del Libro de Mormón

La traducción del Libro de Mormón a los numerosos idiomas del mundo es un esfuerzo por cumplir el mandato escritural de que en los últimos días “acontecera... que todo hombre oirá la plenitud del evangelio en su propia lengua y en su propio idioma” (DyC 90:11). El presidente James E. Faust, entonces Segundo Consejero de la Primera Presidencia, dijo: “La multiplicidad de idiomas y culturas es tanto una oportunidad como un desafío para los miembros de la Iglesia. Hacer que todos escuchen el evangelio en su propio idioma requiere un gran esfuerzo y recursos.” Por esta razón, el proceso de traducción está cuidadosamente regulado.

Dirigido por la Primera Presidencia y el Cuórum de los Doce

La aprobación para proporcionar una traducción nueva o revisada es dirigida por la Primera Presidencia y el Cuórum de los Doce. Tal como explica un artículo de la revista *Ensign*:

El Consejo de la Primera Presidencia y del Cuórum de los Doce Apóstoles considera las recomendaciones de las presidencias de área para nuevas traducciones del Libro de Mormón. Antes de que se traduzca el Libro de Mormón, se traducen los *Principios del Evangelio* y otros elementos doctrinales básicos como los *Artículos de Fe* (si aún no han sido traducidos), con el fin de establecer una terminología estándar. El trabajo de traducción

del Libro de Mormón es llevado a cabo por miembros dignos y calificados que son asignados específicamente a esa tarea.

Desde el comienzo del proceso de traducción hasta su finalización, se tiene gran cuidado para asegurar que la traducción sea precisa. El manuscrito pasa por numerosas revisiones antes de ser aprobado e impreso. Una vez que los libros están disponibles en los centros de distribución, se envía una carta de la Primera Presidencia a los barrios y ramas del área de idioma correspondiente anunciando el nuevo libro.

A medida que se hacen disponibles nuevas traducciones o revisiones, los líderes de la Iglesia “animan a los miembros a obtener sus propios ejemplares de las Escrituras y a usarlos en el estudio personal y familiar regular, así como en las reuniones y asignaciones de la Iglesia.” Las cartas de la Primera Presidencia que anuncian las Escrituras recientemente traducidas también indican que al “aprender y enseñar de las Escrituras con espíritu de oración, su testimonio se fortalecerá, su conocimiento aumentará, su amor por la familia y los demás se expandirá, su capacidad para servir se ampliará, y recibirán mayor fortaleza para resistir la tentación y defender la verdad y la rectitud.”

Mientras servía como presidente del Comité de Escrituras de la Iglesia, el élder M. Russell Ballard, del Cuórum de los Doce Apóstoles, dijo que “todo lo que hacemos tiene el propósito de ayudar a llevar a los hijos del Padre a Jesucristo. Los proyectos que emprendemos son seleccionados y planificados tras una consideración reflexiva y con oración en los consejos más altos del sacerdocio de la Iglesia. Bajo esta dirección del sacerdocio, se ha logrado mucho, pero aún queda más por hacer, y la obra continuará.”

De su Segundo Idioma a su Lengua Materna

En algunas regiones, cuando no había materiales traducidos al idioma nativo o principal, los misioneros comenzaban con un ejemplar del Libro de Mormón traducido a un segundo idioma hablado en el área. Como se señaló anteriormente, los santos en África tenían el Libro de Mormón en inglés, francés y portugués antes de que se tradujera a sus diversas lenguas africanas nativas. “Antes de que el Libro de Mormón se tradujera al mongol, por ejemplo, muchos miembros en Mongolia estudiaban la edición en ruso.” Antes de que el Libro de Mormón se tradujera al bahasa indonesio en 1977 mediante los esfuerzos del hermano Budi Darmawan en

Indonesia y Arne Hallam en Salt Lake City, los santos indonesios utilizaban las ediciones en neerlandés, chino e inglés del Libro de Mormón. La traducción al bahasa indonesio fue importante, ya que era el idioma hablado por el 70 por ciento de la población de Indonesia. En la India, los misioneros comenzaron con ejemplares en inglés del Libro de Mormón, a pesar de que había 16 idiomas oficiales en el país. Con el tiempo, el Libro de Mormón se tradujo a algunos de esos idiomas oficiales, incluidos el hindi, el telugu y el tamil en 1982, el bengalí en 1985 y el urdu en 1988.

Los misioneros en Filipinas comenzaron con ejemplares del Libro de Mormón en inglés, y muchos asumían que el inglés era suficiente para los filipinos. El inglés resultó práctico y útil para el rápido crecimiento de la Iglesia en Filipinas. Sin embargo, también dejó fuera a millones de personas en Filipinas que no sabían inglés. Los líderes de la Iglesia pronto reconocieron la necesidad de proporcionar las Escrituras y otros materiales de la Iglesia en los idiomas locales, para llevar el evangelio a toda nación, tribu, lengua y pueblo (véase DyC 42:58). Algunos miembros de la Iglesia en Filipinas asumían incorrectamente que debían leer y hablar inglés para prestar servicio en la Iglesia. Pero con el tiempo, esa idea desapareció a medida que llegaron traducciones para varios de los 14 idiomas principales hablados por los filipinos. Estas incluyeron el tagalo en 1987, el ilocano en 1991, el cebuano en 1992, el hiligaynon en 1994, el pampango en 1994, el waray en 1996, el pangasinán en 1998 y el bicolano en 1998. El élder John H. Groberg señaló: “Nuestra función principal... no es enseñar inglés a las personas... Las normas del evangelio y el mensaje de la Expiación y la Restauración no varían de idioma en idioma... Creemos que hay valor en enseñar el evangelio en los idiomas de la tierra, porque la lengua materna es el idioma del corazón.”

Un ejemplo de Eslovenia ilustra la diferencia entre tener el Libro de Mormón en un segundo idioma en lugar de tenerlo en el idioma nativo o materno. Los misioneros en Eslovenia tuvieron un éxito limitado al utilizar el Libro de Mormón en croata o en inglés. Pero cuando estuvo disponible el Libro de Mormón en esloveno en 2002, los misioneros hallaron un mayor éxito al compartir el evangelio.

Antes de que el Libro de Mormón estuviera disponible en esloveno... la obra era difícil... Los misioneros llevaban ejemplares del Libro de Mormón en serbocroata e inglés, que la mayoría de los jóvenes habían estudiado en

la escuela. Pero, con frecuencia, las personas rechazaban el libro... [Meses después] llegó el primer envío de ejemplares del Libro de Mormón en esloveno... Con el Libro de Mormón en esloveno en mano, no solo tuvieron más éxito los misioneros al acercarse a las personas, sino que también contaban con una forma de reavivar los testimonios de miembros menos activos que no asistían a la Iglesia desde hacía años.

La hermana Mojca Zhelezničar fue bautizada en Eslovenia después de obtener un testimonio de la Iglesia. Estudió el Libro de Mormón en croata e inglés antes de que estuviera disponible en esloveno. Pero una vez que pudo leerlo en su idioma natal, dijo: "Sentí que la verdad se expandía ante mí con clara simplicidad y profunda pureza... La voz de mi Creador [me habló] en mi propio idioma, el idioma que mi madre me hablaba."

Evolución del Proceso de Traducción de las Escrituras

El proceso de traducción de las Escrituras ha evolucionado desde los primeros días de la Iglesia. En aquel entonces, la labor de traducción era generalmente realizada por una sola persona o un pequeño grupo de individuos. Dependiendo de las circunstancias, se llamaba a misioneros, nuevos conversos e incluso a personas que no eran miembros de la Iglesia para ayudar en la traducción de las Escrituras. En algunos casos, los misioneros no dominaban completamente el idioma al que estaban traduciendo, o los nuevos miembros podían tener un conocimiento limitado del evangelio al preparar los manuscritos traducidos. No obstante, muchos misioneros y miembros decididos contribuyeron en gran medida a la obra de traducción en esos primeros días de la Iglesia.

A medida que la Iglesia maduró y la membresía creció en distintas partes del mundo, el trabajo de traducción pasó a ser realizado por comités de miembros fieles, dignos y calificados, en lugar de por un solo individuo. Hoy en día, la Iglesia llama a miembros que son tanto dignos como competentes para servir como traductores. Su trabajo es revisado por líderes locales con madurez en el evangelio y coordinado con el Departamento de Servicios de Publicación de la Iglesia.

Por lo general, los traductores usan como texto fuente la versión en inglés del Libro de Mormón traducida por el profeta José Smith. Diversos estudiosos han ofrecido análisis detallados sobre las distintas ediciones en inglés, lo cual no se describirá aquí. Sin embargo, era común que los

traductores de los distintos idiomas utilizaran la edición en inglés más actual del Libro de Mormón disponible en el momento en que comenzaban su labor, ya que ofrecía las actualizaciones más “correctas”. Un traductor en Sudáfrica señaló que, para resolver cuestiones de traducción, consultaba la versión en inglés porque era “una traducción inspirada del original.”

Herramientas y ayudas para la traducción

Hoy en día existen herramientas y ayudas para la traducción. El élder Robert K. Dellenbach, del Segundo Cuórum de los Setenta, escribió: “A diferencia de la época de José... muchos de nuestros traductores modernos utilizan computadoras y procesadores de texto, léxicos y enciclopedias para ayudarles y guiarles en su sagrada tarea. La obra moderna es extensa, y cada paso debe ser analizado minuciosamente por expertos en traducción de la Iglesia.” Por ejemplo, se ha establecido una lista de palabras clave para cada idioma, con el fin de garantizar la coherencia en la terminología utilizada durante el proceso de traducción para palabras como sacerdocio, templo, Primera Visión, Brigham Young, Oliver Cowdery, Kirtland, Nauvoo, entre otras. Estas ayudas ayudan a reducir discrepancias, como en el caso del carácter chino para Kimball, que anteriormente se había traducido de forma diferente en el nombre de Heber C. Kimball y en el de Spencer W. Kimball.

Estas ayudas para la traducción incluyen el *LDS International Glossary* (Glosario Internacional SUD) para la traducción oficial y definición de la terminología de la Iglesia, el *LDS Translation Index* (Índice de Traducciones SUD) de materiales ya traducidos, la *LDS Church History Word List* (Lista de Palabras de la Historia de la Iglesia SUD, con eventos, nombres y lugares), y la *Scripture Comparison List* (Lista de Comparación de Escrituras). Cuando corresponde, se utiliza la misma terminología para traducir frases bíblicas que se encuentran en el Libro de Mormón. Además, continúa el desarrollo del uso de la traducción asistida por computadora para facilitar el proceso de traducción. Las computadoras han ayudado a reducir el tiempo total requerido para producir una traducción del Libro de Mormón.

Además de estas ayudas modernas, varios traductores a lo largo de diferentes épocas han señalado la ayuda celestial que recibieron. Estos traductores han buscado el don de traducción y la ayuda del Espíritu Santo

en su labor. Después de completar la traducción del Libro de Mormón al chino, Hu Wei-I dijo que “la traducción se realizó con mucha oración y ayuno... mediante el Espíritu Santo y el poder de lo alto.” Srilaksana “Sri” Suntarahut, quien tradujo el Libro de Mormón al tailandés, dijo que aprendió a traducir “por el don del idioma, por el Espíritu Santo, por el Señor.” El élder Boyd K. Packer, entonces miembro del Cuórum de los Doce Apóstoles, señaló que “existe ese idioma universal: el idioma del Espíritu.”

Consideraciones lingüísticas y culturales

Existen cuestiones lingüísticas y culturales únicas que los traductores deben considerar y adaptar. En la mayoría de los idiomas del Pacífico, por ejemplo, no existe una palabra que distinga entre colinas y montañas, ni una palabra para nieve, por lo que debe crearse una palabra sustituta. En algunas culturas, no hay una palabra para “hermano,” y el traductor debe decidir si traducirlo como “hermano mayor” o “hermano menor.” Por ejemplo, en chino, el hermano de Jared se traduce como “hermano mayor.”

Además de traducir las palabras, los traductores también consideran “los muchos matices del idioma... asegurándose de captar todo el significado, todas las emociones, toda la cultura y todo lo demás que afecta la forma en que decimos las cosas.” Considera la tarea de traducir el Libro de Mormón al español para los diversos países y culturas de habla hispana en España o América Latina, o la traducción de las Escrituras al chino para hablantes de cantonés en Hong Kong y de mandarín en Taiwán. Los traductores trabajan para encontrar palabras que tengan sentido para los distintos países y culturas que comparten el mismo idioma.

En algunos casos, cuando no existía una palabra, los traductores han buscado inspiración para crear una nueva. Esto es especialmente cierto en muchos idiomas de Asia, donde los conceptos cristianos aún no se habían introducido. Por ejemplo, en tailandés no existía una palabra para *Salvador*, y terminó traduciéndose como “el Santo que ayuda.” Al traducir el Libro de Mormón al tailandés, la hermana Srilaksana “Sri” Suntarahut tuvo dificultades con la palabra *sacerdocio*. Después de mucho ayuno y oración, tuvo una visión y vio la palabra *thana purohit* o “en el aire, en el techo.” Esta palabra se convertiría en la palabra oficial para *sacerdocio* en la Iglesia en Tailandia.

Otro ejemplo es la palabra *consagración* en bahasa indonesio. Esta única palabra puede significar ordenar a alguien, entregar todo al Señor, apartar a alguien, entre otros conceptos. “No hay una sola palabra en bahasa indonesia que signifique todas estas cosas—y para algunos de estos significados ni siquiera existe una palabra! Las expresiones figuradas como ‘harrowing up’ [atormentar el alma] también presentan este tipo de problema.” A pesar de estos desafíos, varios traductores han reportado ayuda del mundo invisible. La hermana Cong Ton Nu Tuong Vy, de Vietnam, quien tradujo el folleto *El testimonio del profeta José Smith* antes de traducir el Libro de Mormón, escribió lo siguiente:

Mientras leía, me ocurrió algo extraño. Era como si alguien invisible me estuviera ayudando a comprender. El primer traductor lo había traducido palabra por palabra; pero cuando finalmente comprendí parte del testimonio [de José Smith], lo dejé a un lado y escribí la traducción con mis propias palabras. Traduje de acuerdo con los pensamientos y sentimientos que se me imprimían. En ese momento no lo sabía, pero estaba traduciendo por medio del Espíritu... Me aparté y estudié intensamente. Leí muchos libros sobre la vida del Salvador y, como mi francés era mejor que mi inglés, estudié un Libro de Mormón en francés. Leí el Libro de Mormón en inglés muchas veces... Cuando intentaba traducir las partes difíciles, meditaba y oraba. A menudo soñaba con ellas y veía dónde podía encontrar ayuda en mi biblioteca... Y mientras traducía, reflexionaba. Me olvidaba de mí misma. Era casi como si alguien más me estuviera ayudando a escribir... No sé cómo fui capaz de traducir el libro, pero el Padre Celestial me ayudó. La traducción es buena—muchos la han estudiado y así lo han dicho. Me tomó dos años terminarla.

Los traductores también deben considerar el nivel del idioma y el equilibrio entre un lenguaje formal o informal. Una traducción que resulte en jerga callejera común es inapropiada, pero traducir las Escrituras con un lenguaje demasiado formal que solo entiendan los eruditos muy educados puede hacer que la traducción sea inaccesible para el pueblo. Así lo aborda el Manual 2 de la Iglesia:

Cuando un texto sagrado se traduce a otro idioma o se reescribe en un lenguaje más familiar, existen riesgos importantes de que este proceso introduzca errores doctrinales u oscurezca las evidencias de su origen antiguo. Para protegerse de estos riesgos, la Primera Presidencia y el

Consejo de los Doce supervisan personalmente la traducción de las Escrituras del inglés a otros idiomas y no han autorizado intentos de expresar el contenido doctrinal del Libro de Mormón en inglés moderno o familiar. (Estas preocupaciones no se aplican a publicaciones de la Iglesia para niños.)

Maria Krolikowska, quien tradujo el Libro de Mormón al polaco, habló sobre encontrar el equilibrio adecuado:

Como traductora, creo que el lenguaje utilizado debe ser familiar y cómodo para las personas, de modo que pueda hablar a su corazón... Cuando traducimos las Escrituras, intentamos ser muy estrictos. La traducción debe ser literal, pero también debe permitir que las personas comprendan el espíritu de las Escrituras y así reconozcan y acepten su veracidad. Al traducir las Escrituras, aprendí mucho más sobre el entendimiento del evangelio, sobre el entendimiento del Libro de Mormón. Llegué a saber lo que significa saber con todo el corazón que es la palabra de Dios. Mi mayor satisfacción y recompensa es que mi pueblo podrá comprender este libro de Escrituras y decir: "Es verdadero."

Revisión y Selecciones

La labor y el sacrificio de quienes ayudaron con las primeras traducciones del Libro de Mormón serán por siempre honrados y reverenciados. Sin embargo, no existen traducciones perfectas. En algunos casos, ha sido necesario proporcionar una traducción revisada de publicaciones anteriores, como en los casos mencionados anteriormente cuando las primeras traducciones fueron realizadas por no miembros, nuevos conversos o misioneros que aún no dominaban el idioma.

A lo largo de los años, se han realizado revisiones en varios idiomas para proporcionar una traducción mejorada. Se alienta a los miembros de la Iglesia a utilizar la edición más reciente de las Escrituras en su idioma. Las traducciones actualizadas se encuentran en las ediciones más nuevas, ofreciendo un texto escritural más alineado con el espíritu e intención de la traducción que nos fue dada por el profeta José Smith. Aunque las correcciones y los cambios suelen acompañar a las nuevas ediciones traducidas, en la mayoría de los casos estos cambios son generalmente correcciones de traducción más que cambios doctrinales. Por ejemplo,

Robert J. Morris señaló lo siguiente con respecto a la traducción china del Libro de Mormón:

El Libro de Mormón [en chino] se publicó por primera vez en Hong Kong en enero de 1966, y cada edición sucesiva ha incluido muchas correcciones en la redacción y el concepto, “aclarando el lenguaje en algunos casos”, como me dijo el traductor Hu Wei-I en una entrevista. Él las considera puramente como correcciones de traducción, no como cambios doctrinales.

En algunos idiomas, solo se tradujeron *Selecciones del Libro de Mormón* en lugar del texto completo en un principio. Esta práctica, que hoy ya no se realiza, ocurrió en varios idiomas, comenzando con el español en 1875 y en varios otros idiomas entre 1977 y 1998. Las *Selecciones* fueron aprobadas por el Cuórum de los Doce Apóstoles y proporcionaban traducción de pasajes clave del Libro de Mormón en idiomas hablados solo por un número reducido de miembros de la Iglesia. La traducción y publicación de las *Selecciones* ofrecía pasajes básicos de las Escrituras con rapidez, mientras que una traducción completa del Libro de Mormón podría tomar años en completarse. Tal como explicaba un artículo celebrando la traducción del Libro de Mormón a nuevos idiomas:

En algunos de los idiomas... tanto los traductores como los miembros son pocos, lo que hace que el proceso de traducción sea bastante difícil y prolongado... Las *Selecciones* pueden producirse mucho más fácilmente y permiten recibir retroalimentación y realizar revisiones con mayor facilidad que el libro completo... Las selecciones aprobadas permiten que los nuevos miembros e investigadores tengan acceso a las enseñanzas básicas del evangelio contenidas en el Libro de Mormón.

Tomando a la India como ejemplo, el texto completo del Libro de Mormón fue traducido al hindi, el idioma local principal, mientras que solo se realizaron *Selecciones* en telugu y tamil. Un miembro de la Iglesia, Daniel K. Shanthakumar, ayudó a traducir las *Selecciones* al tamil. Sin embargo, las traducciones al telugu y al hindi fueron realizadas por no miembros, el reverendo P. Sreenivasam y Vijendra Sharma, respectivamente.

Sreenivasam conoció el Libro de Mormón después de que su hija Elsie y su esposo Dharmaraju Edwin se unieran a la Iglesia en Samoa Occidental. Sreenivasam tradujo las *Selecciones* al telugu y los Edwin mecanografiaron y entregaron el manuscrito de 700 páginas a la Iglesia. Ellos señalaron que

esta fue su “mayor y más humilde contribución a La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días en la India.”

Muchos años antes, el Libro de Mormón fue traducido al español, primero en selecciones y luego en texto completo. Daniel Webster Jones, un nuevo converso, fue enviado a México en una misión por Brigham Young para aprender español y traducir extractos del Libro de Mormón al mismo. Melitón Trejo nació en España, se graduó de una academia militar y obtuvo su doctorado en la Universidad de Burdeos. Tras escuchar sobre un grupo de “santos” dirigidos por un profeta en las Montañas Rocosas, sintió un profundo deseo de conocer a ese pueblo. Trejo viajó una larga distancia para visitar a Brigham Young y expresó su deseo de ayudar a traducir el Libro de Mormón al español para llevarlo a su gente. Jones y Trejo trabajaron juntos en las *Porciones Seleccionadas del Libro de Mormón* en 1875. Luego, Trejo y James Z. Stewart ayudaron a completar la traducción completa al español en 1886. Los cambios ortográficos condujeron a una edición revisada por Rey L. Pratt en la década de 1920 con la ayuda de Eduardo Balderas, quien llegaría a ser el traductor principal al español para ediciones futuras. Balderas sería fundamental en la revisión y actualización de la traducción al español del Libro de Mormón. El presidente Gordon B. Hinckley, entonces Segundo Consejero de la Primera Presidencia, dijo lo siguiente sobre Balderas: “Pronto llegué a apreciar su gran habilidad como traductor, así como su integridad como hombre y su fidelidad como miembro de la Iglesia.”

Quizás el mayor ejemplo de la utilidad de las *Selecciones* se ilustra con los diversos idiomas filipinos. El Libro de Mormón en inglés fue el primero en utilizarse en Filipinas hasta que los líderes de la Iglesia reconocieron la necesidad de proporcionar las Escrituras en los numerosos idiomas locales. En 1995, la Iglesia informó que, de los cincuenta idiomas en los que se ofrecían *Selecciones*, el 84.1 por ciento de los ejemplares adquiridos eran en idiomas locales filipinos. El élder Rubén G. Gapiz, entonces Representante Regional, quien fue asignado a dirigir un comité para la traducción de las *Selecciones del Libro de Mormón* al tagalo (*Mga Piniling Bahagi Mula sa Aklat ni Mormon*), dijo: “Nuestra intención era tener una selección que fuera completa y comprensible para todos los niveles sin sacrificar su contexto escritural.”

En 1998, la Iglesia suspendió la práctica de traducir *Selecciones* y anunció que en adelante cada nueva traducción sería una edición de texto completo. Así, la obra de traducción continúa adelante, incluyendo la expansión de algunas *Selecciones* a traducciones completas del Libro de Mormón, así como ediciones revisadas con traducciones mejoradas.

A “Toda Tribu, Lengua y Pueblo”

El profeta Mormón dijo que el Libro de Mormón “saldrá a luz desde las tinieblas y llegará al conocimiento del pueblo” (Mormón 8:16). Los miembros en todo el mundo se regocijan cuando el Libro de Mormón se encuentra disponible en sus propios idiomas. El hermano Zoltán Horváth, del Barrio Dunaújváros en Budapest, dijo: “Moroni 10:3–5... penetró mi corazón como si esas frases hubieran sido escritas para mí personalmente. Oré y supe, por medio del Espíritu Santo, que el Libro de Mormón era verdadero.” La hermana Hwei Chi Hsu, del Barrio Segundo de Taipéi en Taiwán, dijo: “Nuestro amoroso Padre Celestial... envió misioneros que compartieron conmigo las enseñanzas del Libro de Mormón. Esta escritura de los últimos días fue como una luz al amanecer en mi vida que se apagaba, trayéndome la paz y el consuelo preciosos que necesitaba.” En una conferencia misional en Japón, el entonces presidente de misión Joseph H. Stimpson dijo: “El valor de las escrituras nefitas como instrumento en la obra misional eficaz es reconocido por todos los misioneros y santos.”

Siete años después de unirse a la Iglesia, la hermana Mari Timakov, del Barrio Tartu en Estonia, recibió un ejemplar del Libro de Mormón en su idioma natal y dijo: “He estado esperando el día en que pudiera leer el Libro de Mormón en estonio. Tenerlo en tus manos, con sus páginas llenas de consejo divino, todo en tu lengua materna—eso es otra cosa.” El presidente Dominique Andriamanantsoa, presidente de la Estaca Antananarivo Madagascar, señaló que desde que el Libro de Mormón está disponible en malgache, la conversión y la permanencia han mejorado, porque los miembros pueden leer y comprender las enseñanzas que se encuentran en el Libro de Mormón. En Tanzania, el presidente William Gideme, del Barrio Chang’ombe, dijo lo siguiente sobre la traducción al suajili: “Finalmente puedo leer el Libro de Mormón a toda mi familia con comprensión completa. Estoy muy agradecido.”

En 2014, el Libro de Mormón en malayo se convirtió en la traducción número 109 del Libro de Mormón. El presidente Bradley Mains, presidente de la Misión Singapur, dijo:

Los misioneros y miembros de la Iglesia en Malasia han esperado con gran anticipación el día en que presenciarían el cumplimiento de la profecía de que la plenitud del evangelio, contenida en el Libro de Mormón, estaría disponible en su propia lengua y en su propio idioma... Ahora que el Libro de Mormón está disponible en malayo, tengo la certeza de que la obra avanzará con mayor poder para convencer a muchos del evangelio de salvación... en la nación de Malasia.

El 26 de marzo de 1830, E. B. Grandin publicó la primera versión impresa del Libro de Mormón. Casi 185 años después, el 18 de marzo de 2015, la Iglesia publicó el Libro de Mormón en kosraeano, su traducción número 110 (véase el apéndice B). La traducción al kosraeano (un idioma hablado en la isla de Kosrae, en Micronesia) se lanzó primero en versión digital, antes de que estuvieran disponibles las ediciones impresas. La Oficina de Asuntos Públicos de la Iglesia informó que desde 1830 se han distribuido más de 168 millones de ejemplares, y en marzo de 2015 las versiones digitales estaban disponibles en 40 idiomas diferentes en línea. El élder D. Todd Christofferson, miembro del Cuórum de los Doce Apóstoles y presidente del Comité de Escrituras de la Iglesia en 2015, dijo que “los miembros pueden esperar varios desarrollos emocionantes en cuanto a los libros canónicos.” Estos desarrollos incluirán varias nuevas traducciones, más idiomas disponibles en formato digital, y un “estilo y diseño actualizados reflejados en la edición en inglés de 2013... Estas actualizaciones están destinadas a hacer que las Escrituras digitales sean más personales, más fáciles de usar y que proporcionen una experiencia de estudio más profunda.” El Comité de Escrituras de la Iglesia ha estado actualizando la mayoría de las traducciones existentes para hacerlas disponibles en línea hacia fines de 2016.

Se ha dedicado gran esfuerzo y servicio consagrado para ayudar a “inundar la tierra” con el mensaje del Libro de Mormón. Innumerables traductores dedicados han trabajado arduamente para cumplir con el mandato escritural de llevar adelante este volumen sagrado de las Escrituras al mundo. Aunque ahora está disponible para más personas en su propio

idioma que nunca antes, la obra continuará adelante hasta que esté traducido y disponible para “toda tribu, lengua y pueblo.”

Apéndice A: Hitos del Libro de Mormón

1830 Primera traducción al inglés publicada por E. B. Grandin en Palmyra, Nueva York, traducida por el profeta José Smith.

1837 Edición en inglés publicada por Parley P. Pratt y John Goodson en Kirtland, Ohio, que incorporó correcciones gramaticales tras comparar la primera edición con el manuscrito del impresor.

1840 Edición en inglés publicada para Ebenezer Robinson y Don Carlos Smith en Nauvoo, Illinois (por Shepard and Sterns en Cincinnati, Ohio), que corrigió errores encontrados entre el manuscrito del impresor y el manuscrito original.

1841 Primera edición británica/europea. Esta edición en inglés fue publicada para Brigham Young, Heber C. Kimball y Parley P. Pratt (por J. Tompkins en Liverpool, Inglaterra). Fue básicamente una reimpresión de la edición de 1837 con ortografía británica. Ediciones británicas adicionales se publicaron en 1849 y 1852, editadas por Orson Pratt y Franklin D. Richards, respectivamente, con ediciones menores (Richards agregó numeración de párrafos). Las ediciones subsiguientes en inglés recibieron ediciones menores pero incorporaron cambios importantes de formato.

1851 Primera edición en idioma no inglés: danés.

1855 Primera edición en idioma del Pacífico: hawaiano.

1875 Primera edición publicada como *Selecciones del Libro de Mormón* en lugar del texto completo: español.

1879 Edición en inglés editada por Orson Pratt; dividió capítulos largos y agregó notas al pie con referencias escriturales.

1909 Primera edición en idioma asiático o del Lejano Oriente: japonés.

1920 Edición en inglés editada por James E. Talmage; añadió material introductorio, columnas dobles, resúmenes de capítulos y nuevas notas al pie (también se incluyeron ediciones menores de 1905 y 1911).

1972 Primera edición en idioma africano: afrikáans.

1981 Edición en inglés editada por un comité presidido por miembros del Cuórum de los Doce Apóstoles; actualizó material introductorio, resúmenes de capítulos y notas al pie. También corrigió errores textuales encontrados al comparar el manuscrito del impresor con la edición de 1840 y el manuscrito original.

1982 Para aclarar y enfatizar el propósito del Libro de Mormón, se añadió un subtítulo. El título completo pasó a ser: *El Libro de Mormón: Otro Testamento de Jesucristo*.

1990 Se imprimió la copia número 50 millones.

1998 La Iglesia anunció que dejaría de traducir *Selecciones del Libro de Mormón* y que en adelante cada nueva traducción sería una edición de texto completo.

2000 El Libro de Mormón estuvo disponible en 100 idiomas, y se imprimió la copia número 100 millones. La Iglesia informó que más del 90 por ciento de los miembros y el 87 por ciento de la población mundial podían leer o escuchar *Selecciones* o el texto completo del Libro de Mormón en su propio idioma.

2003 Nombrado por la revista *Book* como uno de los “20 Libros que Cambiaron a Estados Unidos”.

2004 Edición comercial en inglés publicada por Doubleday Publishing Company en Nueva York.

2011 Se imprimió la copia número 150 millones.

2013 Se lanzó una edición en inglés en formato digital con nuevas fotografías, ayudas de estudio actualizadas, mapas, encabezados de capítulos y secciones, acompañada de versiones móviles en línea. También disponible en formato impreso.

Apéndice C: Preguntas y respuestas seleccionadas sobre la traducción a otros idiomas

Respuestas proporcionadas por el Departamento del Sacerdocio de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días

P: ¿Qué edición en inglés utilizan actualmente los traductores?

R: Los traductores utilizan un texto en inglés denominado “Copia para Traductores” (*Translator’s Copy*), basado en la base de datos más actualizada del inglés. Las ayudas de estudio en la “Copia para Traductores”, como los encabezamientos, notas al pie de página y la Guía para el Estudio de las Escrituras, no siempre han sido exactamente iguales a las ayudas de estudio en inglés. Cuando se publicó la edición en inglés de las Escrituras de 2013, muchas —si no la mayoría— de las actualizaciones de encabezamientos fueron armonizadas de modo que las Escrituras en inglés y en otros idiomas coincidieran entre sí.

P: ¿Cómo incorpora el texto fuente en inglés los conocimientos recientes de los estudios académicos?

R: Los equipos de traducción, revisores y supervisores de proyectos consultan herramientas preparadas por la Iglesia para ayudarlos en la traducción y revisión de las Escrituras. Estas herramientas reflejan muchos de los conocimientos que han sido compartidos por académicos tanto dentro como fuera del empleo de la Iglesia.

P: ¿Cuáles traductores son miembros de la Iglesia y cuáles no lo son?

R: La práctica actual establece que todos los que trabajan en la traducción de las Escrituras sean miembros dignos del templo. En algunos casos del pasado distante, algunos traductores o revisores no eran miembros de la Iglesia, pero ese no es el caso hoy en día, aunque en ocasiones puedan ser consultados en ciertos asuntos.

P: ¿Los traductores actuales sirven sin remuneración como parte de llamamientos en la Iglesia, o son empleados contratados y remunerados? ¿Es una combinación de ambos?

R: Los miembros del equipo de traducción pueden ser voluntarios, contratistas o empleados de tiempo completo de la Iglesia, dependiendo de diversas circunstancias. Aquellos que realizan la certificación doctrinal de la traducción, llamados “revisores eclesiásticos”, son todos llamados y apartados para ese servicio, y no reciben compensación económica por sus servicios.

P: ¿Por qué algunos traductores no son nombrados? ¿Es esa una decisión deliberada por parte de la Iglesia?

R: La traducción de las Escrituras y las revisiones asociadas son realizadas

por muchos miembros. Por tanto, la obra no pertenece a un solo colaborador.

P: ¿Por qué el orden de traducción en los idiomas europeos? La pregunta más general es: ¿cómo se decide cuál será el siguiente idioma?

R: En la Iglesia actualmente, las Presidencias de Área tienen la responsabilidad de atender las necesidades lingüísticas de sus respectivas áreas. Ellos presentan solicitudes a la Primera Presidencia y al Cuórum de los Doce para su aprobación, quienes consideran las necesidades globales de la Iglesia, los recursos disponibles y la priorización antes de otorgar la aprobación.

P: Varios traductores mencionados en el capítulo usan la palabra “literal”; afirman que la traducción debe ser “literal”. ¿Qué significa eso en este contexto? ¿Cómo interpreta el equipo de traducción de la Iglesia las traducciones “literales”? ¿Cuál es el estándar para juzgar lo que es “literal”?

R: La labor de traducción se guía por una política establecida por la Primera Presidencia y el Cuórum de los Doce. Esta política a veces se conoce como la “política de literalidad” debido a su énfasis en procurar mantener ciertas figuras retóricas y características textuales del inglés original de la manera más literal posible. No siempre es factible hacerlo, especialmente si mantener esa literalidad produce una traducción excesivamente forzada o que disminuye la aceptabilidad del texto traducido. En ocasiones, se emplea una literalidad modificada que conserva el significado correcto.

P: ¿Los traductores suelen trabajar simultáneamente con versiones del Libro de Mormón en inglés y en otros idiomas, si están familiarizados con esos otros idiomas? (Por ejemplo, ¿los traductores al estonio o letón trabajaron a partir del inglés y del ruso?) ¿Esto aún ocurre hoy?

R: Los equipos de traducción y los revisores suelen consultar otras traducciones, especialmente si los idiomas pertenecen a la misma familia lingüística. Pueden utilizar esos otros idiomas como recursos, pero lo normal es traducir a partir del texto maestro en inglés.

P: ¿Cómo supervisan la Primera Presidencia y el Cuórum de los Doce Apóstoles el proceso de traducción de las Escrituras?

R: La Primera Presidencia y el Cuórum de los Doce aprueban los idiomas para la traducción de las Escrituras. Los revisores eclesiásticos, quienes son

llamados y apartados para esta labor, revisan las traducciones. Estos comités de revisión elaboran un informe que certifica que las traducciones cumplen con los requisitos establecidos por la Primera Presidencia y el Cuórum de los Doce.

P: ¿Quién toma la decisión final sobre qué palabras usar cuando es necesario inventar palabras, o sobre qué tono/tiempo verbal/términos son demasiado familiares o coloquiales?

R: Los equipos de traducción y los revisores eclesiásticos toman decisiones sobre la traducción, siguiendo las políticas y procedimientos establecidos por la Primera Presidencia, el Cuórum de los Doce y el Comité de Escrituras.

P: ¿Cómo se toman las decisiones para escoger palabras como “hermano mayor” en chino, o la palabra para “sacerdocio” en tailandés? ¿Por qué se toman esas decisiones?

R: Cuando el significado del texto en inglés no es claro o es ambiguo y un idioma requiere una especificación, se realiza una investigación que se presenta a los consejos presididos para recibir orientación y dirección en relación con ese idioma específico. También se consideran declaraciones previas hechas por líderes de la Iglesia sobre el pasaje en cuestión. Se presentan posibles opciones a los consejos presididos de la Iglesia, quienes a su vez ofrecen orientación sobre estos asuntos. Sus decisiones se convierten en guías para asistir el esfuerzo de traducción a nivel mundial; sin embargo, estas decisiones no deben considerarse declaraciones doctrinales definitivas ni comentarios sobre las Escrituras. Este es el caso con los pasajes de “hermano mayor” en las Escrituras, donde el propio texto es poco claro o ambiguo.

P: Se utiliza la misma terminología para traducir frases bíblicas que aparecen en el Libro de Mormón. Antes de comenzar la traducción del Libro de Mormón, ¿la Iglesia designa una edición estándar de la Biblia para cada idioma?

R: Sí. Siempre que es posible, la Iglesia evalúa las traducciones existentes de la Biblia para encontrar aquella que represente de mejor manera una traducción fiel a los idiomas originales y que esté redactada en un estilo de lenguaje digno. Esa Biblia sirve como recurso para la selección de terminología en las Escrituras de la Iglesia, pero no necesariamente determina el uso exacto de esa misma terminología si esta no comunica con precisión las doctrinas de la Restauración.

P: ¿La Iglesia comienza ahora con una traducción generada por computadora que luego es revisada y editada por traductores, o cada traducción comienza desde cero?

R: No. La Iglesia no comienza con una traducción generada por computadora.

P: ¿Cuál es el tiempo típico que toma una traducción del Libro de Mormón actualmente? ¿La Iglesia tiene un plazo meta para ello?

R: Las traducciones del Libro de Mormón varían entre 2 y 7 años, con un promedio de aproximadamente 4.6 años. Se requiere tiempo adicional para la investigación inicial y la producción final. Se están considerando e implementando métodos y procesos para acortar ese periodo.

“No Han Sido Rechazados para Siempre”: El Cumplimiento de los Propósitos del Convenio

Jared W. Ludlow

Jared W. Ludlow era profesor asociado de Escrituras Antiguas en la Universidad Brigham Young cuando se escribió este artículo.

Uno de los primeros propósitos del Libro de Mormón que podríamos considerar es su propósito de convencer tanto a judíos como a gentiles de que Jesús es el Cristo. Aunque ese ciertamente es un propósito principal del Libro de Mormón, la página del título también declara que este registro sagrado mostrará “al remanente de la casa de Israel cuán grandes cosas el Señor ha hecho por sus padres; y para que conozcan los convenios del Señor, para que no sean desechados para siempre”. El objetivo de este artículo es examinar las referencias del Libro de Mormón que muestran cómo el remanente de Israel será enseñado respecto a los convenios del Señor y sus tratos con sus antepasados. El conocimiento de estos convenios ofrece al remanente de Israel esperanza de redención. Los escritores originales del Libro de Mormón eran conscientes de al menos uno de los sabios propósitos de Dios para la aparición de su registro: enseñar al remanente de la posteridad de Lehi los convenios de Dios, a fin de que guardaran dichos convenios, permanecieran fieles a Él y fomentaran la fe en su Hijo. Al llegar a conocer este registro, el poder de Dios se les revelará y sabrán que no han sido desechados para siempre. Para mostrar cómo el Libro de Mormón cumple estos propósitos, primero examinaremos los fundamentos de estos convenios con la casa de Israel, luego veremos cómo fueron entendidos por los escritores del Libro de Mormón y, finalmente,

examinaremos las profecías concernientes a la entrega del registro a los descendientes de Lehi por medio de los gentiles.

La Casa de Israel

El Libro de Mormón habla frecuentemente de la casa de Israel al referirse a la relación de convenio entre Dios y sus hijos. El término “casa de Israel” se remonta a los descendientes de Jacob, cuyo nombre fue cambiado a Israel (véase Génesis 32:28; 35:10). Estos hijos de Israel fueron el pueblo del convenio en el Antiguo Testamento. Sin embargo, debido a su maldad y rebelión, los castigos del Señor recayeron con frecuencia sobre ellos, y fueron expulsados de la tierra del convenio de Israel y esparcidos entre las naciones de la tierra. A pesar de estos episodios, el Señor prometió reunir a la casa de Israel a fin de cumplir sus propósitos eternos para con sus hijos y a causa de los convenios previamente hechos con Abraham, Isaac y Jacob (véase 1 Nefi 19:15–16; 22:3–12).

Dado que los pueblos principales del Libro de Mormón son descendientes de los hijos de Jacob, o Israel, el libro pertenece a la historia de la casa de Israel. Aquellos que viajaron con Lehi alrededor del año 600 a.C. eran descendientes de José por medio de sus hijos Manasés y Efraín (véase 1 Nefi 5:14–16; Alma 10:3), y por tanto comparten la mayoría de las mismas responsabilidades y promesas de la casa de Israel bíblica. Sin embargo, su exilio de la tierra prometida de Israel podría haberlos llevado fácilmente a creer que habían sido desechados de la familia del convenio de Dios. No obstante, Jacob (el hermano de Nefi) explicó que Dios los había guiado a una tierra escogida “sobre todas las demás tierras” como herencia y animó a su pueblo a no bajar la cabeza, “porque no hemos sido desechados; sin embargo, hemos sido echados fuera de la tierra de nuestra herencia; mas hemos sido conducidos a una tierra mejor” (véase 2 Nefi 10:19–20). Jacob alude a la idea de que se sentían rechazados—pero como en realidad eran un pueblo del convenio, Dios tenía otro plan para este remanente de la casa de Israel.

La alegoría de Zenón explora aún más los tratos de Dios con la casa de Israel, mostrando cómo Dios a veces desecha aquellas ramas que se han vuelto impías, pero siempre recuerda al remanente y preserva a los fieles (véase Jacob 5:74–75). En el caso de la rama, o remanente, de Israel de Lehi, no fueron esparcidos ni alejados de su hogar en Jerusalén por causa

de su propia maldad, sino por la maldad y los castigos venideros de Dios sobre los impíos en Jerusalén (véase 1 Nefi 1:13; 2:2; 21:1; 2 Nefi 1:3–4). En esto, el Señor preservó un remanente de la descendencia de José. Este remanente de Israel estaba destinado a heredar otra tierra prometida, una tierra lejana en las Américas. Los profetas del Libro de Mormón entendían que su propósito incluía fomentar la fidelidad a los convenios para que su pueblo no se desechara a sí mismo de Dios. Una de las formas en que estos profetas cumplieron esta misión fue recordando a su pueblo las grandes cosas que Dios había hecho y seguiría haciendo por ellos debido a las promesas y convenios hechos a sus antepasados Abraham, Jacob y José.

Promesas a Abraham, Jacob y José

El Libro de Mormón preserva promesas hechas a Abraham, a Jacob/Israel y a su hijo José durante sus vidas. Aunque la frase “convenio abrahámico” nunca se utiliza en el Libro de Mormón, ciertamente se alude a ella. Como parte de ese convenio, a Abraham se le prometió una posteridad numerosa, tierras de herencia y las bendiciones del sacerdocio. Su posteridad debía “llevar este ministerio y el Sacerdocio a todas las naciones” (véase Abraham 2:9–11), convirtiéndose así en una bendición para todas las naciones (véase Génesis 12:3; 22:18). El convenio hecho con Abraham se cumpliría en los últimos días (véase 1 Nefi 15:18), y el registro del Libro de Mormón ayudaría a dar a conocer los convenios que el Padre hizo con Abraham (véase 1 Nefi 22:9). En la mayoría de los pasajes que hacen referencia a los convenios hechos con Abraham, los escritores vinculan esos convenios con los convenios transmitidos por medio de la casa de Israel. Por ejemplo, Mormón 5:20 declara que después de que la posteridad de Lehi sea esparcida por los gentiles, el Señor recordará el convenio “que hizo con Abraham y con toda la casa de Israel”. El Señor resucitado se apareció en las Américas y dijo al pueblo: “Vosotros sois hijos de los profetas; y sois de la casa de Israel; y sois del convenio que el Padre hizo con vuestros padres, al decir a Abraham: Y en tu simiente serán bendecidas todas las familias de la tierra” (3 Nefi 20:25). Jesús declara además que después de ser bendecidos, “entonces el Padre cumple el convenio que hizo con Abraham, diciendo: En tu simiente serán bendecidas todas las familias de la tierra” (3 Nefi 20:25, 27). Esto conecta a los pueblos del Libro de Mormón con las promesas hechas anteriormente a Abraham.

Jacob (Israel) también recibió promesas significativas relacionadas con su posteridad. El capitán Moroni cita las propias palabras de Jacob, contándonos sobre la promesa de preservar un remanente de la descendencia de su hijo José: “Así como este resto del vestido de mi hijo ha sido preservado, así será preservado por la mano de Dios un resto de la descendencia de mi hijo, y será tomado para sí, mientras que el resto de la descendencia de José perecerá, así como [el otro] resto de su vestido. Ahora bien, he aquí, esto llena de pesar mi alma; no obstante, mi alma se regocija en mi hijo, a causa de aquella parte de su descendencia que será tomada por Dios” (Alma 46:24–26).

El Salvador resucitado también menciona a Jacob durante su visita en la tierra de Abundancia, cuando declara que establecerá “a este pueblo” en “esta tierra” para cumplir el convenio previamente hecho con Jacob (véase 3 Nefi 20:22).

Junto con las promesas registradas a Jacob, se encuentran aquellas dadas a su hijo José. Estas promesas se hallan en 2 Nefi 3. Dentro de este capítulo, Lehi declara que “grandes fueron los convenios del Señor que él hizo con José” (v. 4). Estas bendiciones o promesas del convenio incluyen la preservación de una rama justa. Esta rama sería desgajada, pero sería recordada en los convenios del Señor al hacer que el Mesías “se manifieste a ellos en los posteriores días, con el espíritu de poder, para hacerlos salir de las tinieblas a la luz, sí, de las tinieblas ocultas y del cautiverio a la libertad” (v. 5). Como parte de esta manifestación para sacar al remanente de José a la luz, el Señor levantaría un vidente escogido—José Smith—de entre el fruto de los lomos de José (véase v. 6).

El Señor prometió al José bíblico que este vidente escogido haría una obra valiosa entre sus descendientes para llevarlos al conocimiento de los convenios hechos con sus padres (véase v. 7). A este vidente se le daría poder no solo para sacar a luz la palabra de Dios para los descendientes de José, sino también para convencerlos de las palabras o escrituras (el registro bíblico) que ya habían sido dadas entre ellos (véase v. 11). Así, las palabras de los lomos de Judá se unirían con las palabras de los lomos de José para confundir falsas doctrinas, establecer la paz y llevarlos, en los posteriores días, al conocimiento de sus padres y de sus convenios (véase v. 12). El Señor prometió que la debilidad del futuro vidente escogido sería fortalecida en el día en que el Señor comenzara a restaurar la casa de Israel

(véase v. 13). José el bíblico también profetizó que el registro que sería traído por la mano del futuro vidente llevaría a su pueblo a la salvación (véase v. 15). Lehi concluyó prometiendo a su hijo José que “a causa de este convenio tú eres bendecido; porque tu descendencia no será destruida, pues escuchará las palabras del libro” (v. 23). Al aprender los convenios del Señor, abrazarlos y venir a Cristo, no serían “desechados para siempre” (véase la página del título).

“Preservado con un Propósito Sabio”

Los encargados de llevar los registros del Libro de Mormón comprendían que su obra no era propia, sino que seguía los sabios propósitos de Dios. Al acercarse al final de su ministerio terrenal, Alma el Joven compartió sus sentimientos sobre cómo cosas aparentemente pequeñas, como estos registros (las Escrituras nefitas), podían confundir a los sabios y, al final, lograr grandes cosas, tales como la salvación de muchas almas (véase Alma 37:5–7). Alma prosiguió explicando que estos registros ya habían llevado a muchos a la fe en Cristo mediante la obra misional de los hijos de Mosíah entre los lamanitas, pero expresó la esperanza de que llevarían a muchos más al conocimiento de su Redentor (vv. 9–10). Entonces Alma declaró: “se conservan por un sabio propósito, el cual es conocido por Dios; ... para que él manifieste su poder a las generaciones futuras” (vv. 12, 14). Como uno de los guardianes del registro del Libro de Mormón, Alma podía vislumbrar la importancia y el papel del registro entre las generaciones futuras. Sabía que este registroería preservado conforme al sabio propósito de Dios y de acuerdo con las promesas hechas a sus antepasados. Previo a que el testimonio del Libro de Mormón saliera a la luz, él previó que sería un medio por el cual se manifestaría el poder de Dios al ayudar a muchos a conocer la fuente a la que podían acudir para su redención: Jesucristo, su Redentor. Varios escritores del Libro de Mormón rogaron a Dios que preservara su registro para que fuera una bendición para su posteridad futura, el remanente de la casa de Israel, aun cuando esos descendientes se hubieran desviado. Mormón imploró: “Y mi oración a Dios es concerniente a mis hermanos, para que una vez más lleguen al conocimiento de Dios, sí, a la redención de Cristo; para que vuelvan a ser un pueblo deleitable” (Palabras de Mormón 1:7–8).

¿Cómo se respondería la oración de Mormón en cuanto a sus hermanos? La respuesta principal es una secuencia relacionada con la venida misma del Libro de Mormón:

- la preservación del registro para que no fuera destruido por los lamanitas
- el registro siendo enterrado en la tierra y luego clamando desde el polvo (en cumplimiento de las profecías de Isaías y del José bíblico—por ejemplo, Isaías 29:4; 2 Nefi 3:19)
- los gentiles sacando a luz este registro y entregándolo al remanente de la casa de Israel
- el Libro de Mormón iniciando y siendo una señal de la recogida final de los remanentes de la casa de Israel hacia las tierras de su herencia, cumpliendo así los convenios de Dios

Preservado de Ser Destruido por los Lamanitas

Para que el registro de Mormón pudiera salir a la luz, primero tenía que ser preservado a través de los siglos hasta el tiempo del profetizado “vidente escogido”, José Smith. La promesa del Señor de preservar el registro fue hecha y profetizada a lo largo del Libro de Mormón. El Señor prometió a Nefi que lo que él escribiera sería preservado y transmitido a su descendencia. Su posteridad sería preservada no solo físicamente (véase Alma 46:24–27), sino también espiritualmente (véase 2 Nefi 25:21; véase también 2 Nefi 3:23).

Enós, después de haber recibido la promesa del perdón de sus pecados, oró por sus hermanos los lamanitas. Su deseo era que el registro nefitas fuera preservado para que, aun si su pueblo fuera destruido, este “fuese sacado a luz en algún día futuro para los lamanitas, a fin de que tal vez fuesen llevados a la salvación” (Enós 1:13). Dios hizo convenio con Enós de que los registros serían sacados a la luz para los lamanitas en el debido tiempo del Señor (véase Enós 1:16; véase también DyC 3:19–20; 10:48–52). A pesar del deseo de los lamanitas de destruir los registros y las tradiciones de los nefitas, los registros fueron guardados con seguridad.

Samuel, un lamanita, más tarde describió que, aun si los lamanitas llegaban a decrecer en incredulidad, el Señor prolongaría sus días hasta el momento

de su restauración al conocimiento de la verdad, específicamente “el conocimiento de su Redentor, y su gran y verdadero pastor” (Helamán 15:11–13). Ammarón, siendo constreñido por el Espíritu Santo, escondió los registros sagrados para el Señor, para que Mormón pudiera más adelante recuperarlos, a fin de que “vinieran otra vez al remanente de la casa de Jacob, conforme a las profecías y a las promesas del Señor” (4 Nefi 1:48–49). Mormón oró y recibió la seguridad de que los registros serían preservados debido a las grandes cosas que se hallaban escritas en ellos, por las cuales serían juzgados sus descendientes y sus hermanos (véase Palabras de Mormón 1:11). En todas estas profecías se puede ver un hilo conductor que recorre todo el Libro de Mormón. En respuesta al deseo de los escritores de preservar este registro, Dios prometió hacerlo, para luego sacarlo a luz por medio de su poder. Por una gran caridad, estos profetas deseaban que el registro fuera preservado de sus enemigos, para que tal vez pudiera ser un medio para bendecir incluso a los descendientes de sus enemigos. No solo es el registro preservado una gran bendición para los remanentes vivientes de la casa de Israel, sino que nosotros, como lectores, también somos grandemente bendecidos al ser los recipientes de este testimonio espiritual divinamente protegido.

Preservado para Salir de la Tierra

Como parte de esta preservación del registro, muchos profetas del Libro de Mormón comprendieron que sería necesario enterrar literalmente estos registros y esconderlos para preservarlos para un tiempo futuro (véase 1 Nefi 13:35; Mormón 8:14–16). Nefi enseñó a su pueblo que las oraciones de los fieles (por ejemplo, Enós, Mormón, etc.) serían escuchadas, y que el remanente de Israel no sería olvidado. Luego citó al profeta Isaías, relacionando sus palabras con su pueblo: “Los que serán destruidos les hablarán desde la tierra, y su habla será débil desde el polvo, y su voz será como de un espíritu que habla desde el sepulcro; porque el Señor Dios le dará poder, para que susurre tocante a ellos, como si fuera desde la tierra; y su habla susurrará desde el polvo” (2 Nefi 26:15–16; véase también Mormón 8:23–26). Orson Pratt declaró:

Jamás se ha cumplido una profecía de manera más literal que esta, con la aparición del Libro de Mormón. José Smith sacó esa historia sagrada “de la tierra”. Es la voz de los antiguos profetas de América hablando “desde la tierra”; su habla es “débil desde el polvo”; habla de manera muy familiar

sobre los hechos de épocas pasadas; es la voz de aquellos que yacen en el polvo. Es la voz de profetas hablando desde los muertos, clamando arrepentimiento a los oídos de los vivos. ¿De qué manera podría una nación, después de haber sido abatida y destruida, “hablar desde la tierra”? ¿Podrían hablar sus cuerpos muertos o su polvo, o sus cenizas? En verdad, no: sólo pueden hablar mediante sus escritos o los libros que escribieron mientras vivían. Su voz, su habla o sus palabras solo pueden “hablar desde la tierra” o “susurrar desde el polvo” cuando sus libros o escritos sean descubiertos.

Mormón recibió el mandamiento de esconder sus registros para el Señor hasta que Él decidiera sacarlos a la luz (véase Mormón 5:12–13). Al sellar los registros por última vez, Moroni habló “a todos los confines de la tierra”, y advirtió especialmente a aquellos que rechazarían el poder y los dones de Dios que lo verían ante el tribunal de Dios. En ese momento, Dios les diría: “¿No os declaré mis palabras, que fueron escritas por este hombre, como uno que clama desde los muertos, sí, como uno que habla desde el polvo?” (Moroni 10:24, 27). Es, sin duda, un milagro y una responsabilidad tener el registro del Libro de Mormón sacado de la tierra para que podamos oír los poderosos testimonios de profetas antiguos como si hablaran desde el polvo.

El Papel de los Gentiles en Sacar a Luz el Libro de Mormón

Eventualmente, los gentiles, mediante la Restauración de la Iglesia y el programa misional subsiguiente, serían los instrumentos para descubrir estos registros y compartirlos con el mundo, donde “silbarán hasta los extremos de la tierra, por estandarte a mi pueblo, que son de la casa de Israel” (2 Nefi 29:2; véase también 2 Nefi 3:19–20; Moroni 10:28).

El uso del término “gentil” en el Libro de Mormón varía ligeramente del uso que se le da en la Biblia. En lugar de referirse estrictamente a las naciones que no eran israelitas, los gentiles en el Libro de Mormón “son generalmente todos aquellos que no son judíos o que no provienen del pueblo judío. Por tanto, según esta definición, los gentiles pueden incluir a aquellos que son de la sangre de Israel pero que han perdido su identidad y han sido asimilados en naciones no judías”. En otras palabras, para los profetas del Libro de Mormón que contemplaban el futuro, los gentiles aparecían como pueblos que no vivían conforme al convenio y que

habitaban lejos de la tierra de Judá (lo que constituía ser “judío” para los nefitas), aunque en realidad podían ser descendientes literales de la casa de Israel. Por ejemplo, sabemos que José Smith, la figura gentil clave profetizada para sacar a luz este registro, era en realidad descendiente del José bíblico y, por lo tanto, miembro de sangre de la casa de Israel (véase DyC 109:60). Pero José Smith era un gentil cultural o geográfico, que encabezaba la obra en los “tiempos” o la “plenitud de los gentiles”. El Libro de Mormón también declara que “tantos gentiles como se arrepientan son el pueblo del convenio del Señor” (2 Nefi 30:2), de modo que, en última instancia, la relación de convenio es más importante que la descendencia lineal. Uno de los propósitos del Libro de Mormón, por lo tanto, es ayudar a todos a recibir las bendiciones prometidas a la casa de Israel por medio de convenios, ya sean originalmente judíos o gentiles.

En la visión temprana de Nefi sobre los tratos futuros de Dios con su pueblo y su tierra de herencia (las Américas), aprende del ángel que lo acompaña que los gentiles serán llevados a las Américas y dispersarán a sus descendientes (véase 1 Nefi 13:12–14). Nefi profetizó que después de que su descendencia fuera dispersada, el Señor realizaría una obra maravillosa por medio de los gentiles para nutrirlos en el evangelio, bendiciendo así a sus descendientes, a los gentiles y también a toda la casa de Israel (véase 1 Nefi 22:8–9). Como parte de esta obra maravillosa, estos gentiles de los últimos días sacarían a luz los escritos de los descendientes de Lehi, escritos que fueron “escondidos para salir a luz entre los gentiles, por el don y el poder del Cordero” (1 Nefi 13:35). Por medio de este registro llevado por los gentiles, la posteridad de Nefi no solo aprendería acerca de sus padres, sino que también obtendría conocimiento sobre Jesucristo: “y entonces el remanente de nuestra descendencia sabrá de nosotros, de cómo salimos de Jerusalén, y que son descendientes de los judíos. Y el evangelio de Jesucristo será declarado entre ellos; por tanto, serán restaurados al conocimiento de sus padres, y también al conocimiento de Jesucristo, que tuvieron sus padres” (2 Nefi 30:4–5; véase también 1 Nefi 13:38–42; 15:12–14; Éter 12:22). Además, llegarían al conocimiento de “los convenios del Padre Celestial con Abraham, diciendo: En tu simiente serán benditas todas las familias de la tierra” (1 Nefi 22:9). Así, como “gentiles” de los últimos días, tenemos la grandiosa oportunidad misional de difundir estos libros de escritura y los convenios que contienen a todos los pueblos.

Uno de los primeros esfuerzos misionales de la Iglesia restaurada en sus inicios fue entre las tribus de indígenas americanos en el Territorio de Kansas, en América del Norte, en 1830. Terry Givens ha señalado: “Al predicar el Libro de Mormón a estas tribus indígenas, los primeros misioneros comenzaron la obra de transmitir al ‘linaje’ de esa multitud del Nuevo Mundo descrita en 3 Nefi el registro de sus propios antepasados, cumpliendo así la profecía y confirmando la llegada de los últimos días.” La obra que comenzó como una pequeña piedra cortada del monte sin mano continúa llenando la tierra y bendiciendo a todas las naciones (véase Daniel 2:45; DyC 65:2). El “apresuramiento de la obra” acelera aún más los esfuerzos de la Iglesia por llevar a todos al conocimiento de los convenios de Dios y así cumplir el papel profetizado de los gentiles en el Libro de Mormón.

El Señor promete a lo largo del Libro de Mormón que recordará su convenio con la casa de Israel incluso después de (y a pesar de) la función que los gentiles desempeñan inicialmente al espaciarlos. Se dan fuertes advertencias a los futuros gentiles de que “el Señor [recordará] el convenio que hizo con Abraham y con toda la casa de Israel. Y también el Señor recordará las oraciones de los justos que se han elevado a Él por ellos. Y entonces, oh gentiles, ¿cómo podréis resistir ante el poder de Dios, si no os arrepentís y os apartáis de vuestros malos caminos?” (Mormón 5:20–22). Cristo, por mandamiento del Padre, habló a la posteridad de Lehi sobre las bendiciones iniciales de sus descendientes como remanente de la casa de Israel, así como de la advertencia a los gentiles de no rechazar su evangelio, no sea que pierdan la oportunidad de recibir esas mismas bendiciones. Si pecan contra la plenitud de su evangelio, les será quitado, y entonces el Señor recordará su convenio con la casa de Israel y les llevará a ellos el evangelio. “Mas si los gentiles se arrepienten y se vuelven a mí, dice el Padre, he aquí, serán contados entre mi pueblo, oh casa de Israel” (3 Nefi 16:13; véase también 2 Nefi 6:12 para las bendiciones prometidas a los gentiles arrepentidos). El énfasis de Cristo en estas bendiciones del convenio para los descendientes de Lehi (véase 3 Nefi 16; 20–22) les ayuda a darse cuenta de que nunca han sido desechados para siempre, sino que son herederos de bendiciones tanto espirituales como temporales.

Tierras de Herencia

Una manifestación milagrosa de que los descendientes de Lehi no han sido desechados para siempre es que, después de que el evangelio haya sido llevado de los gentiles a la casa de Israel, entonces toda la casa de Israel podrá regresar a las tierras de su herencia. Es importante notar que los pasajes del Libro de Mormón con frecuencia hablan de múltiples tierras de herencia en lugar de una sola tierra de herencia (la de Israel), ya que la descendencia de Lehi, un remanente desgajado, recibe su propia tierra prometida. Cuando el Libro de Mormón salga a la luz entre los gentiles, será una señal de que la obra de recogimiento de la casa de Israel está comenzando. Mormón declaró que cuando “estas palabras lleguen a los gentiles conforme a su palabra, entonces sabréis que el convenio que el Padre ha hecho con los hijos de Israel, concerniente a la restauración de ellos a las tierras de su herencia, ya empieza a cumplirse” (3 Nefi 29:1; véase también 3 Nefi 21:1–7). El élder Russell M. Nelson declaró: “De hecho, si no existiera el Libro de Mormón, el recogimiento prometido de Israel no ocurriría.” El Libro de Mormón no solo contiene profecías del recogimiento; también ayuda a realizarlo al influenciar a sus lectores a “venir a Cristo” y abrazar los convenios del evangelio (véase Moroni 10:30, 32; 2 Nefi 31:17–20; 3 Nefi 27:13–21).

El Señor dijo por medio de Jacob que, una vez que los judíos creyeran en Él, entonces, a causa de sus convenios con los padres, serían restaurados en la carne a las tierras de su herencia, y los gentiles serían instrumentos para llevarlos a esas tierras (véase 2 Nefi 10:7–8). En una profecía sobre la futura Nueva Jerusalén que se construiría sobre el continente americano, Éter vio que no solo sería reconstruida la Jerusalén antigua para la casa de Israel, sino que una “Nueva Jerusalén sería edificada en esta tierra, para el remanente de la descendencia de José” (Éter 13:6; énfasis añadido).

Nefi resumió las enseñanzas de su padre sobre este tema, las cuales incluían un regreso a una tierra de herencia así como una restauración del conocimiento. Después del esparcimiento de la casa de Israel, serían recogidos tras haber recibido los gentiles la plenitud del evangelio. Entonces “llegarán al conocimiento del verdadero Mesías, su Señor y su Redentor” (1 Nefi 10:14; véase también 1 Nefi 15:12–16; Jacob 5:60; 3 Nefi 5:23–26). Durante su ministerio en la tierra de Abundancia, el Señor resucitado recordó a los habitantes que ellos eran “hijos de los profetas,”

“de la casa de Israel,” e “hijos del convenio” (véase 3 Nefi 20:25–26). Como tales, ayudarían a cumplir la promesa hecha a Abraham: “en tu simiente serán benditas todas las familias de la tierra” (3 Nefi 20:27), al ser “esparcidos” y establecidos en una nueva tierra prometida con una Nueva Jerusalén, donde los poderes del cielo estarían entre ellos, e incluso Cristo estaría en medio de ellos (véase 3 Nefi 20:22). Mientras tanto, otros miembros de la casa de Israel serían recordados por medio de convenios previos, y serían recogidos en el debido tiempo del Señor y recibirían “nuevamente la tierra de sus padres por herencia, la cual es la tierra de Jerusalén, que les es tierra prometida para siempre” (3 Nefi 20:29).

En última instancia, el recogimiento no sería solo un recogimiento físico hacia tierras, sino una unificación de todas las palabras de Dios dadas a sus hijos: a los judíos, a los nefitas y a las tribus perdidas, cada uno contribuyendo con sus respectivos libros de escritura. El Señor prometió por medio de Nefi que cada grupo tendría las palabras de los otros, y no solo serían recogidos en las tierras de sus posesiones, sino que la palabra de Dios también sería recogida en una sola. Es otro recordatorio de que Dios cumplirá su antiguo convenio con Abraham y recordará a su descendencia para siempre (véase 2 Nefi 29:13–14).

Conclusión

El Libro de Mormón es una obra maravillosa y un prodigo. No solo relata las grandes cosas que Dios hizo por su pueblo durante la vida de los encargados del registro y por sus antepasados, sino que su aparición es una señal de las grandes cosas que Dios está haciendo por la casa de Israel, especialmente por los descendientes de Lehi, en los últimos días. Así, el Libro de Mormón fue preservado y guardado como sagrado para los sabios propósitos de Dios, de modo que aquellos remanentes de la casa de Israel que entren en contacto con él puedan conocer los convenios del Señor y saber que no han sido desechados para siempre. Una de las promesas clave del convenio es el compromiso repetido hecho a profetas y escribas (Isaías, José el bíblico, Nefi, Enós, etc.) de que este registro saldría a la luz en los posteriores días como instrumento para volver el corazón de la casa de Israel a su Redentor. Para que este registro sagrado saliera a luz, tuvo que ser preservado de los lamanitas, escondido, y más tarde sacado a la luz por medio de los gentiles para el remanente de su descendencia. De esta manera, todos—ya sean gentiles o de la casa de Israel—tendrían la

oportunidad de participar en los propósitos de convenio de Dios para la casa de Israel.

Estos propósitos se centran en el Mesías prometido y en el cumplimiento de su misión de librar a los hijos de Dios de la muerte física y espiritual. Sin fe en Cristo, ni la casa de Israel ni los gentiles pueden recibir la plenitud de las bendiciones del convenio que Dios les ha ofrecido. Moroni, el último de los escribas, declaró que escribieron para que sus hermanos fueran restaurados al conocimiento de Cristo; y esto es “conforme a las oraciones de todos los santos que han habitado en la tierra.” Luego continuó orando: “Que el Señor Jesucristo conceda que sus oraciones sean contestadas conforme a su fe; y que Dios el Padre recuerde el convenio que ha hecho con la casa de Israel; y que los bendiga para siempre, mediante la fe en el nombre de Jesucristo” (Mormón 9:35–37).

El objetivo final de los escritores del registro del Libro de Mormón fue ayudar a otros a venir a Cristo y recibir su poder redentor mediante la realización y el cumplimiento de los convenios. Estas escrituras proporcionan el conocimiento de los convenios de Dios, recordatorios de las grandes cosas que Dios ha hecho por sus hijos, y un testimonio de que no han sido desechados para siempre—que aún pueden participar de las bendiciones eternas del plan de salvación por medio de la aceptación de Cristo.

Nefi lo resumió bien al declarar: “Y en aquel día el remanente de nuestra descendencia sabrá que son de la casa de Israel, y que son el pueblo del convenio del Señor; y entonces sabrán y llegarán al conocimiento de sus antepasados, y también al conocimiento del evangelio de su Redentor, que fue ministrado a sus padres por él; por tanto, llegarán al conocimiento de su Redentor y de los mismos puntos de su doctrina, a fin de que sepan cómo venir a él y ser salvos” (1 Nefi 15:14).

El Libro de Mormón ha sido preservado para nuestros días en cumplimiento de las promesas y visiones dadas a sus antiguos escribas. La invitación y responsabilidad de cada lector del Libro de Mormón, ya sea de la casa de Israel o gentil, es aceptar los convenios contenidos en él por medio de la fe en Cristo. Solo entonces podrán cumplirse los propósitos de Dios y revelarse su poder. Entonces podremos obtener la seguridad de que,

gracias a nuestro libertador, Jesucristo, nosotros tampoco hemos sido desechados para siempre.

“Para convencer al judío y al gentil de que JESÚS es el CRISTO”

Shon D. Hopkin

Shon D. Hopkin era profesor asistente de Escrituras Antiguas en la Universidad Brigham Young cuando escribió este artículo.

En el texto del Libro de Mormón se identifican muchos propósitos para su aparición (véase 1 Nefi 13:40; 15:12–18; 2 Nefi 3:12; 33:4; Éter 8:23–26; Mormón 9:31). Sin embargo, su propósito central se halla en la portada: “para convencer al judío y al gentil de que Jesús es el Cristo, el Dios Eterno”. Los lectores pueden examinar cada parte de esta declaración — “Jesús es el Cristo”, “judío y gentil” y “para convencer” — para obtener una mayor comprensión del contexto y propósito de los escritores del Libro de Mormón. Desde la primera página hasta la última, es fácil discernir que Jesús es el personaje central del libro y que su divinidad es el mensaje central. Verdaderamente, el Libro de Mormón es “Otro Testamento de Jesucristo”.

“Jesús es el Cristo”

El texto del Libro de Mormón contiene aproximadamente cien títulos para Jesús. Utiliza el nombre “Jesús” aproximadamente setenta veces y el título “Cristo” casi cuatrocientas veces. ¿Qué querían decir los autores del Libro de Mormón cuando afirmaban que Jesús es el Cristo o el Mesías?

Los escritos del Libro de Mormón son inequívocos al definir cómo debe entenderse la palabra Mesías, y más tarde, Cristo (el equivalente griego del

hebreo Mesías); también son claros respecto al tipo de Mesías que la gente debía esperar. Los profetas nefitas conocían a su Mesías no como un líder poderoso que restauraría sus esperanzas políticas, sino como el “Redentor” (1 Nefi 10:5) y el “Salvador del mundo” (1 Nefi 10:4). Depositaban sus esperanzas futuras de salvación únicamente en él (véase Mosíah 3:17). Los profetas del Libro de Mormón no deseaban simplemente testificar que Jesús es el Cristo; querían que quienes oyieran y leyieran sus palabras supieran que él los salvaría de sus pecados si confiaban en él.

El Libro de Mormón contiene enseñanzas de profetas del antiguo Israel como Zenós, Zenoc y Neum, quienes enseñaron verdades claras acerca de la naturaleza y el papel del Mesías. Estas enseñanzas proveen evidencia de que el conocimiento sobre el Mesías existía en el antiguo Israel (véase 1 Nefi 19:10–16 y Alma 33:13–19). Además, los profetas nefitas declararon que todos los profetas santos de Israel enseñaron acerca del Mesías (véase 1 Nefi 10:5; Jacob 4:4–5; Mosíah 13:33; Alma 33:14; Helamán 8:11–23). El entendimiento que tenía la familia de Lehi se obtuvo mediante revelación directa, ya fuera para reforzar el conocimiento existente o para proporcionarles verdades que la mayoría de los israelitas de esa época no conocían. Antes de que Lehi saliera de Jerusalén (alrededor del año 600 a.C.), fue bendecido con una visión del Mesías (véase 1 Nefi 1:9). Posteriormente, Lehi profetizó sobre el momento de la venida del Mesías, su bautismo, muerte, resurrección y misión como Salvador y Redentor del mundo (véase 1 Nefi 10:4–11).

Estas enseñanzas tempranas formaron la base del entendimiento nefita sobre el Mesías. Las visiones y revelaciones dadas a Nefi (véase 1 Nefi 11:20–33) y a Jacob (véase 2 Nefi 10:3) reforzaron y ampliaron las enseñanzas de Lehi, e influyeron en la manera en que los profetas nefitas leían y enseñaban las palabras de profetas israelitas como Isaías (véase 1 Nefi 19:23; 2 Nefi 11:2). Profetas posteriores como el rey Benjamín (véase Mosíah 3), Alma (véase Alma 33), Samuel (véase Helamán 13), Mormón (véase Mormón 7), Moroni (véase Mormón 8–9), y otros continuaron edificando sobre ese fundamento inicial. La visita personal de Jesús a los pueblos del Libro de Mormón en 3 Nefi cumplió todas las esperanzas y expectativas mesiánicas anteriores.

Existen muchas explicaciones de por qué las enseñanzas nefitas acerca del Mesías son mucho más claras y directas que las que se encuentran en el

Antiguo Testamento. Nefi explicó que vio la pérdida de muchas “cosas claras y preciosas” del registro bíblico (1 Nefi 13:28). Expresó una preferencia por la “claridad” (2 Nefi 25:4) en la enseñanza, lo que probablemente influyó en los profetas posteriores del Libro de Mormón. Sin embargo, tal vez la mayor influencia en las enseñanzas cristocéntricas del Libro de Mormón sea su naturaleza orientada al futuro. Los principales profetas-escritores del Libro de Mormón—Nefi, Mormón y Moroni—vieron nuestro tiempo y escribieron directamente para los lectores modernos (véase 1 Nefi 14:23–28; Mormón 7:1–10; Mormón 8:34–35), anticipando sus necesidades más urgentes y las mejores formas de llegar a ellos. Como declaró el presidente Ezra Taft Benson: “Una de las razones por las que debemos hacer del Libro de Mormón el centro de nuestro estudio es que fue escrito para nuestra época. Los nefitas nunca tuvieron el libro; tampoco los lamanitas de la antigüedad. Fue destinado a nosotros. [...] Cada uno de los escritores principales del Libro de Mormón testificó que escribió para las generaciones futuras.” Los autores del Libro de Mormón identificaron principalmente a esta audiencia moderna, como se describe en la portada, como “judío y gentil”.

“Judío y gentil”

¿Qué significaban los títulos “judío” y “gentil” para los autores del Libro de Mormón? Aunque el Libro de Mormón fue escrito “para convencer al judío y al gentil”, en otras partes de la portada y en el mismo texto del Libro de Mormón, esta designación dual se amplía para incluir tres grupos distintos: judíos, gentiles y descendientes de Lehi (conocidos en los últimos días bajo el título de “lamanitas”; véase la portada; 1 Nefi 13:39). Juntos, estos tres grupos constituyen “a todos los hombres” (1 Nefi 6:4). Esta división triple puede verse claramente en las enseñanzas de Nefi (véase 1 Nefi 13:38–39; 2 Nefi 25–26, 30), Mormón (véase Palabras de Mormón 1:8; 3 Nefi 29–30; Mormón 7:1–10) y Moroni (véase Mormón 8–9).

El título “judíos” en el Libro de Mormón se aplica a individuos de Jerusalén que serían destruidos y llevados cautivos por los babilonios (véase 2 Nefi 6:8; 25:9–10), a individuos que serían liberados del cautiverio babilónico y regresarían a edificar Jerusalén (véase 2 Nefi 6:9; 25:11), y a individuos que rechazarían al Mesías y, como consecuencia, serían esparcidos por todo el mundo (véase 2 Nefi 6:9–11; 25:12–16). El Señor haría que saliera a luz el Libro de Mormón para “convencerlos del verdadero Mesías”, aquél a quien

primero rechazaron (2 Nefi 25:17–18). La posteridad de Lehi, que eran descendientes de José de Egipto, también puede ser legítimamente identificada como judía, puesto que eran ciudadanos del Reino de Judá—salieron de Jerusalén (véase 2 Nefi 33:8). En este sentido, la posteridad de Lehi puede identificarse como un “subgrupo” de los judíos, y la designación “judío y gentil” representaría entonces a todos los hijos de Dios.

Los “gentiles” están asociados con aquellos que fueron guiados por Dios hacia las Américas (véase 2 Nefi 13:12–19), aquellos que persiguieron a los descendientes de los judíos y a los lamanitas (véase 1 Nefi 13; 2 Nefi 29:5; 3 Nefi 29:8), aquellos que vivirían en una época de maldad y apostasía (véase 2 Nefi 27:1; 28), aquellos que recibirían la plenitud del evangelio y llevarían el Libro de Mormón a otros (véase 1 Nefi 13:38; 15:13–16; 2 Nefi 30:3), y aquellos que hoy serían identificados como cristianos (véase 1 Nefi 13:19–23; 2 Nefi 26:20). A los gentiles se les manda “escuchar las palabras de Jesucristo, el Hijo del Dios viviente” para que puedan “ser contados entre [su] pueblo que es de la casa de Israel” (3 Nefi 30:1–2). Dentro de las últimas palabras registradas por Nefi en el Libro de Mormón, él escribió: “Y como hablé tocante a la convicción de los judíos de que Jesús es el Cristo verdadero, es necesario que también los gentiles se convenzan de que Jesús es el Cristo, el Dios Eterno” (2 Nefi 26:12). Para algunos de entre los gentiles, este convencimiento consiste en clarificar y ampliar su conocimiento del verdadero Cristo de la Biblia, un Dios que continúa obrando grandes milagros conforme a la fe de los hombres (véase Mormón 9:6–7).

“Para convencer”: ¿Por qué?

¿Por qué era necesario un relato escritural para convencer al mundo de la misión de Jesucristo? El Libro de Mormón anticipa proféticamente un tiempo en el que “judíos y gentiles” o bien no creerían en Cristo, o bien creerían en un Cristo cuya identidad se habría diluido y distorsionado. Sus profetas reconocieron la necesidad de “convencer” a esa audiencia sobre la verdadera naturaleza de Jesucristo. Como receptores del Libro de Mormón y de las enseñanzas de los profetas modernos, la mayoría de los Santos de los Últimos Días entienden la identidad bíblica de Cristo a través de esa perspectiva. Aunque saben que la mayoría de los judíos no cree en Jesús como el Cristo, algunos Santos de los Últimos Días no están al tanto de cómo parte de la erudición moderna ha llegado a conclusiones variadas

respecto a la veracidad y el significado de los relatos bíblicos, basándose en parte en evidencia de problemas con los primeros manuscritos bíblicos.

En su libro más vendido *Misquoting Jesus: The Story Behind Who Changed the Bible and Why* [Jesús malinterpretado: La historia detrás de quién cambió la Biblia y por qué], el influyente erudito bíblico Bart Ehrman describe abiertamente el desafío que enfrentó su fe en el mensaje bíblico al confrontar los distintos testimonios de los textos antiguos. Ehrman afirma:

En resumen, mi estudio del Nuevo Testamento griego y mis investigaciones sobre los manuscritos que lo contienen me llevaron a replantear radicalmente mi entendimiento de lo que es la Biblia. Esto fue un cambio sísmico para mí. Antes de esto... mi fe se basaba completamente en una cierta visión de la Biblia como la palabra de Dios totalmente inspirada e infalible. Ahora ya no veía la Biblia de esa manera. La Biblia comenzó a parecerme un libro muy humano. Así como escribas humanos habían copiado y cambiado los textos de las Escrituras, también autores humanos habían escrito originalmente esos textos. Este era un libro humano de principio a fin... Es un cambio radical pasar de leer la Biblia como un plano infalible para nuestra fe, vida y futuro, a verla como un libro muy humano, con puntos de vista muy humanos, muchos de los cuales difieren entre sí y ninguno de los cuales proporciona una guía infalible sobre cómo debemos vivir. Este es el cambio de pensamiento que terminé haciendo, y al que ahora estoy completamente comprometido.

Aunque muchos estudiosos de la Biblia siguen plenamente comprometidos con la fe en la divinidad de Jesús, otros han visto las diferencias dentro del texto bíblico y entre los manuscritos antiguos como evidencia de que la identidad original de Jesús fue oscurecida o alterada por creyentes posteriores; estos eruditos han propuesto diversas teorías sobre esa identidad original, incluyendo que fue un simple reformador campesino, un filósofo cínico, o incluso un mago.

Como Nefi previó un tiempo en que se perderían verdades de la Biblia (véase 1 Nefi 13:26–27), la mayoría de los Santos de los Últimos Días no rechazaría por completo las afirmaciones de estos eruditos, reconociendo que el mensaje bíblico sobre Jesús puede estar al menos parcialmente incompleto, y que necesita apoyo y clarificación. El mensaje del Libro de Mormón fue diseñado por sus autores antiguos para proporcionar

precisamente ese tipo de apoyo, aclarando y reforzando el mensaje bíblico de Jesús como el Hijo divino de Dios (véase 1 Nefi 13:40–41). Los autores del Libro de Mormón vieron y anticiparon esa necesidad y diseñaron su mensaje “para convencer al judío y al gentil” en los últimos días.

El objetivo principal no era simplemente testificar que Jesús es el Mesías; era convencer al lector de la veracidad de ese testimonio. Bajo la dirección del Señor, los profetas del Libro de Mormón mantuvieron una visión clara de ese propósito, y de manera intencional y estratégica elaboraron su mensaje para dar a las audiencias futuras la mayor posibilidad posible de ser persuadidas por ese testimonio. Esta verdad se hace evidente al seguir el traspaso de las planchas de un autor a otro. El primer profeta-escritor del Libro de Mormón, Nefi, describe abiertamente sus objetivos al inicio de su relato: “Porque la plenitud de mi intención es persuadir a los hombres a que vengan al Dios de Abraham, y al Dios de Isaac, y al Dios de Jacob, y se salven” (1 Nefi 6:4, énfasis añadido). Después de declarar su intención, da instrucciones claras: “Por tanto, mandaré a mi descendencia que no ocupen estas planchas con cosas que no sean de valor para los hijos de los hombres” (1 Nefi 6:6). Este “mandamiento”—utilizar las planchas para persuadir a los hombres a venir a Cristo—tuvo un impacto directo en los escritos de quienes le seguirían. Este hilo conductor es explícito desde Nefi (véase 2 Nefi 33:4) hasta Jacob (véase Jacob 1:1–4, 7), Enós (véase Jacob 7:27), Amalekí (véase Omni 1:26), pasando por la recopilación centrada en Cristo de Mormón sobre las planchas “grandes” de Nefi, hasta las palabras finales de Moroni (véase Moroni 10:30, 32).

“Para convencer”: ¿Cómo?

Los autores del Libro de Mormón, como Nefi (véase 1 Nefi 6:6), Mormón (véase Helamán 3:14; Mormón 5:8; 3 Nefi 26:6), Moroni (véase Éter 15:53), y otros (véase Jarom 1:14; Jacob 3:13), muestran una sensibilidad especial respecto a las limitaciones de espacio en las planchas. Mormón repite en tres ocasiones distintas la idea de que “este libro no puede contener ni la centésima parte de lo que se hizo” (3 Nefi 5:8). En estas declaraciones, enfatizan que los conceptos que eligen incluir son de vital importancia, y que sus selecciones fueron hechas a través del filtro de sus propósitos generales. Con estas limitaciones especiales en mente, los conceptos que escogieron incluir respecto a Cristo adquieren una mayor relevancia, no como detalles incluidos por casualidad, sino como adiciones intencionales

dirigidas precisamente a aquellas áreas en las que la comprensión del Salvador por parte de su audiencia necesitaba ser fortalecida.

¿Cómo llevaron a cabo los distintos autores del Libro de Mormón su misión expresamente declarada de convencer y persuadir? El resto de este capítulo presentará ejemplos de cómo el Libro de Mormón convence a los lectores para que vengan a Cristo, organizados bajo siete subtítulos. Los subtítulos fueron concebidos mediante el análisis de la interacción entre tres variables: propósito, audiencia y texto.

1. Los autores afirman eventos bíblicos clave en la vida de Jesús, incluyendo el nacimiento virginal, su bautismo, sus milagros, su sacrificio expiatorio, su Crucifixión y su Resurrección.

Los profetas del Libro de Mormón dicen poco sobre las paráolas de Jesús o los detalles de su conflicto con los líderes judíos de su tiempo. La única repetición de enseñanzas de su ministerio mortal proviene directamente de Jesús mismo durante sus visitas en 3 Nefi 11–28, destacándose principalmente el Sermón del Monte (véase Mateo 5–8; 3 Nefi 12–14). Cuando los profetas del Libro de Mormón sí hablan del ministerio mortal de Cristo, optan por confirmar sus eventos centrales. Fieles al deseo de Nefi por la “claridad” (1 Nefi 13:29), los ejemplos que presentan no son ambiguos ni están abiertos a múltiples interpretaciones. Resultan de visiones (véase 1 Nefi 1:8; 1 Nefi 11) o de revelación directa, a menudo mediante enseñanzas de ángeles (véase 1 Nefi 19:8; 2 Nefi 6:9; Mosíah 4:1). Estas confirmaciones provienen principalmente de Nefi (véase 1 Nefi 11); Benjamín (véase Mosíah 3); Abinadí (véase Mosíah 15); Alma (véase Alma 7); y Jesús mismo (véase 3 Nefi 11); con eventos clave también afirmados por Lehi (véase 1 Nefi 1; 10); Jacob (véase 2 Nefi 9); Zenós, Zenoc y Neum (véase 1 Nefi 19:10); Amulek (véase Alma 34); y Samuel (véase Helamán 13).

El libro comienza con la visión de Lehi de “uno que descendía de en medio del cielo” (1 Nefi 1:9). Nefi, el rey Benjamín y Alma enseñan sobre el descenso de Jesús desde los cielos y sobre su nacimiento virginal a través de su madre mortal, María (véase 1 Nefi 11:13–21; Mosíah 3:8; Alma 7:10). Lehi también habla del ministerio de Juan el Bautista (véase 1 Nefi 10:7–8), quien bautizaría a Jesús “en Betábara, al otro lado del Jordán” (1 Nefi 10:9). Nefi escribe acerca de Juan (véase 1 Nefi 11:27), enseñando que realizaría

el bautismo de Jesús “con agua, para cumplir con toda justicia” (2 Nefi 31:5), y que el Espíritu Santo vendría como testigo confirmador “en forma de paloma” (1 Nefi 11:27; 2 Nefi 31:8). Tanto Lehi como Nefi dan testimonio del llamamiento y ministerio de los doce apóstoles (véase 1 Nefi 1:10; 11:29; 12:9). Abinadí afirma que Jesús realizó “muchos grandes milagros entre los hijos de los hombres” (Mosíah 15:6). Nefi habla sobre la sanación de los enfermos y la expulsión de demonios (véase 1 Nefi 11:31), y Benjamín añade que estos milagros incluirían “sanar a los enfermos, resucitar a los muertos, hacer que los cojos caminen, que los ciegos reciban la vista y que los sordos oigan, y curar toda clase de enfermedades. Y echará fuera demonios” (Mosíah 3:5–6).

Los profetas del Libro de Mormón testificaron del sufrimiento que experimentó Jesús, a fin de “socorrer” (Alma 7:12) a su pueblo, enseñando que él “se deja mofar, y azotar, y echar fuera, y ser desechado por su pueblo”, como lo había enseñado Isaías (Mosíah 15:5, explicando Isaías 53). El libro enfatiza la profundidad de su sufrimiento, incluyendo “tentaciones, y dolor corporal, hambre, sed y fatiga, aun más de lo que el hombre puede sufrir, a menos que sea para morir” (Mosíah 3:7; véase también Alma 7:11), confirmando el testimonio del Evangelio de Lucas (véase Lucas 22:44) de que “salió sangre de todos los poros” (Mosíah 3:7) debido a la intensidad de su angustia. Más significativamente, múltiples profetas del Libro de Mormón afirman la realidad del juicio de Jesús a manos de los líderes judíos, su crucifixión y muerte, y su resurrección de entre los muertos (véase 1 Nefi 10:11; 11:32–33; 19:10; Mosíah 3:9–10; 15:7; Alma 7:12; Helamán 14:15; 3 Nefi 11:11–15, entre otros). Tal afirmación es una de las formas en que los autores del Libro de Mormón procuran convencer a los lectores de que Jesús es el Cristo.

2. Los autores afirman, aclaran y fortalecen enseñanzas bíblicas clave respecto al papel e identidad de Cristo, incluyendo su divinidad, su mortalidad terrenal y su capacidad para comprenderlo todo a causa de su sufrimiento y su Expiación sustitutiva.

Aunque el testimonio del Libro de Mormón sobre los eventos clave de la vida de Jesús es importante como testimonio conjunto con la Biblia, su propósito principal al relatar estos eventos es testificar de la identidad de Cristo. El propósito fundamental de enseñar sobre el descenso de Jesús desde los cielos y su nacimiento milagroso es testificar que él es Dios (véase

Mosíah 13:28; Éter 3:14), el Hijo de Dios que nació en la mortalidad (véase 1 Nefi 11:7; Mosíah 3:8; 15:2; Alma 34:2–5; Helamán 3:28; 3 Nefi 20:31; Mormón 9:22; y muchos otros). Jesús no es solo el Hijo de Dios, por causa de su nacimiento mortal, sino también el Padre Eterno (véase 2 Nefi 19:6) por su concepción “por el poder de Dios” y su aceptación de la voluntad de su Padre (Mosíah 15:2–3; 3 Nefi 1:14), por su papel como Creador (véase Mosíah 3:8; 4:2), y por su capacidad, mediante la Expiación, de otorgar un renacimiento espiritual a la humanidad caída (véase Mosíah 5:7). Así, en este contexto, él es tanto el Padre como el Hijo (véase Mosíah 15:2–3; Mormón 9:12; Éter 3:14), a menudo referido como el Hijo de Dios, el Padre del cielo y de la tierra (véase Mosíah 3:8; Helamán 14:12; 16:18; Éter 4:7).

Los profetas del Libro de Mormón enfatizaron su sufrimiento mortal y su crucifixión con el fin de persuadir a sus lectores de que Jesús había expiado sus pecados. Los escritores subrayaron esto para que los lectores pudieran recibir perdón mediante la fe en su nombre y para que supieran que había alguien que podía comprender sus propios sufrimientos (véase Mosíah 15:7; Alma 7:11–12; 34:8–9). Reiteradamente señalaron la realidad de su resurrección para que sus lectores creyeran que él podía salvarlos de la muerte (véase 2 Nefi 9:5–6; Alma 40:2–3). Usaron con frecuencia títulos para Jesús que destacaban su función como aquel que rescataría a la humanidad, redimiéndola mediante la sangre de su sacrificio expiatorio. Títulos claros y enfáticos en el Libro de Mormón incluyen “Salvador” (12 veces), “Mesías” (32 veces), “Cordero de Dios” (35 veces), “Redentor” (41 veces), “Hijo de Dios” (51 veces) y el equivalente griego de Mesías, “Cristo” (385 veces). Su descripción de Jesucristo fue diseñada, al igual que el libro de Hebreos en el Nuevo Testamento, para producir asombro ante su majestad, reverencia por su sacrificio, paz y consuelo por su sufrimiento, y fe en su poder para salvar. No hay lugar en el Libro de Mormón para debate alguno sobre su identidad—él es el Hijo de Dios y Salvador del mundo, no un mago, un revolucionario campesino, un filósofo ni simplemente un gran maestro moral. Los profetas del Libro de Mormón conocieron la identidad de Jesús mediante visión y revelación. Su testimonio sería o creído o rechazado por los lectores futuros, pero no deja espacio para la malinterpretación.

3. Los autores hablan como testigos verdaderos e históricos—testigos que han visto a Jesús cara a cara o que han experimentado su poder milagroso en sus propias vidas.

Una parte importante del poder convincente de los profetas del Libro de Mormón es su proclamación personal y directa de que han experimentado la capacidad de Jesús para salvar y que se presentan como testigos personales de su realidad. Muchos de estos profetas vieron a Jesús cara a cara, confirmando los testimonios del Nuevo Testamento sobre la divinidad de Jesús y su resurrección. Ejemplos de profetas del Libro de Mormón y otras personas dentro del relato que tuvieron visiones personales de Cristo o que escucharon su voz incluyen a Lehi (véase 1 Nefi 1:9), Nefi (véase 1 Nefi 11:21; 2 Nefi 11:2), Jacob (véase 2 Nefi 11:3), Enós (véase Enós 1:10), Alma el Mayor (véase Mosíah 26:14), el rey Lamoni (véase Alma 19:13), Ammón (véase Alma 20:2), Alma el Joven (véase Alma 36:22), Samuel (véase Helamán 13:3), otros llamados Nefi (véase Helamán 10; 3 Nefi 1; 11), Mormón (véase Mormón 1:15; 3:14), más de 2,500 personas presentes durante la visita de Jesús (véase 3 Nefi 17:25), el hermano de Jared (véase Éter 3:20), y Moroni (véase Éter 12:39). Durante su discurso sobre la fe, Moroni anima a todos a creer que también pueden llegar a conocer a Cristo, enumerando numerosos testigos que lo han visto y prometiendo a los lectores que ese puede ser el resultado de su fe (véase Éter 12:7, 8, 12, 19–21, 31, 39).

No solo testifican que han visto o escuchado a Cristo, los profetas del Libro de Mormón también registran con frecuencia el cambio que se produjo en sus propias vidas o en las vidas de otros por medio de Jesucristo. Por ejemplo, Enós relató que sus pecados fueron barridos gracias a su fe en Jesucristo (véase Enós 1:5–8). Uno de los testimonios más conmovedores del Libro de Mormón es el de Alma el Joven, quien declaró:

Clamé en mi corazón: ¡Oh Jesús, tú Hijo de Dios, ten misericordia de mí, que estoy en la hiel de amargura y cercado por las cadenas eternas de la muerte!

Y ahora bien, he aquí, cuando pensé esto, ya no me acordé más de mis dolores; sí, ya no fui atormentado por el recuerdo de mis pecados.

¡Y oh, qué gozo, y qué luz tan maravillosa contemplé; sí, mi alma se llenó de un gozo tan exquisito como lo había sido mi dolor!

Sí, te digo, hijo mío, que no puede haber nada tan exquisito y tan amargo como lo fueron mis dolores. Sí, y otra vez te digo, hijo mío, que por otro lado, no puede haber nada tan exquisito y dulce como lo fue mi gozo.
(Alma 36:18–21)

El pueblo del rey Benjamín experimentó un poderoso cambio en su corazón (véase Mosíah 5:2), las cargas del pueblo de Alma el Mayor fueron aligeradas por Dios (véase Mosíah 24:13–15), Zeezrom tuvo una recuperación milagrosa y descubrió el gozo en Cristo (véase Alma 15:10–11), Ammón fue vencido por su gozo en Cristo (véase Alma 27:17–18), y el pueblo de Ammón declaró que Dios les había quitado su culpa (véase Alma 24:12).

Todas estas experiencias pueden considerarse como preparatorias para la escena más sublime del Libro de Mormón: la aparición del Salvador resucitado a su pueblo. Jesús les enseña, ora con ellos y sana a sus hijos. Los ama y les brinda experiencias inolvidables (véase 3 Nefi 11–28).

Estos testimonios de Cristo son proporcionados por personas reales que entendieron que su gozo provenía directamente de Cristo. Escriben con fervor y poder sobre sus experiencias, proporcionando evidencia persuasiva del gozo y la paz que se hallan en Jesucristo. Leer sus historias y vivencias personaliza el mensaje cristocéntrico del Libro de Mormón para sus lectores.

4. Los autores matizan su discurso según su audiencia, ya sea judía o gentil, para enfatizar puntos doctrinales, evidencias, acontecimientos futuros e invitaciones que serán particularmente importantes para ese grupo.

Los autores del Libro de Mormón escribieron deliberadamente para tres audiencias futuras—judíos, gentiles y “lamanitas”—y matizaron su mensaje de distintas maneras para centrarse en las necesidades variables de esos tres grupos (o de esos dos grupos, si los futuros “lamanitas”—en realidad una composición de descendientes lamanitas y nefitas—se consideran un subgrupo de los “judíos”). Como deseaban escribir para “todos los hombres” (2 Nefi 26:27–30), muchas de sus palabras dirigidas a cada grupo pueden aplicarse de forma general a todos, ofreciendo a todos una invitación a venir a Cristo. No obstante, el enfoque de su discurso a cada

grupo demuestra una comprensión de los tipos de evidencias e invitaciones que comunicarán con mayor eficacia a cada audiencia amplia.

A los judíos

Como primer autor del Libro de Mormón, Nefi muestra una conciencia de las necesidades de diferentes grupos desde el inicio de su registro. El relato del viaje de su familia a la tierra prometida se conecta con temas del éxodo que habrían sido particularmente familiares para su audiencia judía. Lamán y Lemuel no simplemente discrepan o se oponen al viaje; ellos “murmuran” contra los líderes designados del viaje (véase Éxodo 15:24; 1 Nefi 2:11–12; 3:5, 31; 4:4; 16:3; 17:17, 22, 49; 18:16; 2 Nefi 5:3). Son guiados por el desierto mediante la Liahona, paralela a la guía de Dios mediante la nube y la columna de fuego (véase Éxodo 13:21; 1 Nefi 16). En lugar de recibir maná del cielo y agua de la roca, su carne es endulzada en medio de sus aflicciones (véase Éxodo 16–17; 1 Nefi 17:2). Como Moisés, Nefi sube a un monte y baja con un modelo o plan (véase Éxodo 19; 1 Nefi 17:7–17). También hay un cruce milagroso de las aguas (véase Éxodo 14; 1 Nefi 18). Se dirigen hacia una tierra prometida (véase 1 Nefi 2:20). El discurso de Nefi hace referencia constante a Moisés y a los milagros realizados por su mano (véase 1 Nefi 4:1–5), conectando así con lectores judíos del futuro.

Nefi se enfoca casi exclusivamente en 2 Nefi en esfuerzos discursivos de persuasión respecto a la identidad de Cristo. En 2 Nefi 11, reitera su objetivo principal: “Mi alma se deleita en probar a mi pueblo que, salvo que Cristo venga, todos los hombres perecerán” (v. 6). Luego cita extensamente a Isaías con el fin de proporcionar un fundamento para sus esfuerzos. Esta larga cita del gran profeta judío prepara el camino para su discurso a sus “hermanos” (2 Nefi 25:20), los judíos.

Nefi inicia ese discurso (en 2 Nefi 25) declarando que ha vivido en Jerusalén y que comprende claramente a los judíos debido a ese trasfondo (véase 2 Nefi 25:1–6). Por lo tanto, puede dirigirles sus palabras con todo el peso de ese entendimiento. Describe la larga historia de persecución a la que ha estado sometido el pueblo judío “de generación en generación conforme a sus iniquidades” (v. 9), incluyendo la destrucción babilónica y el futuro retorno de los judíos a su tierra. Los judíos no reconocerán al verdadero Mesías a quien esperan con tanta ansia. Nefi describe quién es ese Mesías—el que será crucificado por ellos y luego resucitará de entre los

muertos (vv. 12–13). Luego prosigue a describir la destrucción romana de los judíos y su dispersión entre muchas naciones (v. 15).

Nefi, habiendo salido “de Jerusalén” (2 Nefi 25:5; 33:8), se identifica con las preocupaciones del pueblo judío futuro que se encuentra esparcido por el mundo, y entonces declara la solución: Dios procederá a realizar una obra maravillosa en los últimos días. El prodigo comenzará con la publicación de “sus palabras [el Libro de Mormón] para ellos... con el fin de convencerlos del verdadero Mesías, a quien rechazaron” (v. 18). Utiliza ejemplos mesiánicos con los que los judíos se identificarían—la historia de la serpiente de bronce y el agua que brotó de la roca por medio de Moisés—para testificar que “no se da ningún otro nombre bajo el cielo, salvo este, que es Jesucristo, de quien he hablado, por el cual el hombre pueda ser salvo” (v. 20). Después de todos sus esfuerzos por identificar quién es el Mesías a quien los judíos modernos deben adorar, esta es su declaración más directa: proporciona el nombre con el cual se reconocerá al Mesías en los últimos días: “Jesucristo” (v. 19), hablándoles a los judíos en un lenguaje que ellos podrían reconocer. Nefi no deja espacio para malentendidos sobre a quién se refiere.

Otros profetas del Libro de Mormón siguieron el modelo de Nefi para persuadir a los judíos, usando un lenguaje con el que ellos se identificarían. Relatan el cautiverio babilónico y el retorno de los judíos, su rechazo del Mesías y su posterior dispersión, y los llaman a creer en Cristo en los últimos días, identificándolo claramente como el Hijo de Dios crucificado (véanse, por ejemplo, las enseñanzas de Lehi en 1 Nefi 10:2–11 y las enseñanzas de Jacob en 2 Nefi 6–10). Además, se apoyan en historias del Antiguo Testamento como la serpiente de bronce (véase Alma 33:19–20; 37:46; Helamán 8:14–15) y el casi sacrificio de Isaac por parte de Abraham (véase Jacob 4:5), en la naturaleza mesiánica de los sacrificios de la ley de Moisés (véase Jacob 4:5; Mosíah 13:31; Alma 34:13; 3 Nefi 15:4–6), y en las enseñanzas de profetas del Antiguo Testamento como Isaías (véase 2 Nefi 7–8; Mosíah 13; 3 Nefi 22) para mostrar que sus propios profetas antiguos habían previsto la misión de Jesucristo, declarando que “todos los santos profetas” habían testificado de él (Jacob 4:4; Mosíah 15:11; Alma 30:44; 3 Nefi 1:26; 26:3).

El uso que hace Jacob de la alegoría del olivo de Zenós (véase Jacob 4–6) y el uso que hace Abinadí de Isaías 53 (véase Mosíah 12–15) representan

esfuerzos ejemplares por atraer a los judíos al mensaje del Libro de Mormón. Después de utilizar la alegoría del olivo para mostrar cómo los judíos, “después de haber rechazado el fundamento seguro, puedan edificar sobre él para que llegue a ser la cabeza del ángulo” (Jacob 4:17), Jacob concluye con un último esfuerzo persuasivo. Presenta el relato de Sherem, uno que se apegaba estrictamente a los preceptos de la ley de Moisés y que acusa a los cristianos nefitas de convertir “la ley de Moisés en la adoración de un ser del cual decís que ha de venir muchos cientos de años en el futuro” (Jacob 7:7), reflejando inquietudes similares a las judías. Al final, Sherem llega a convencerse de que Cristo vendrá y confiesa la verdad de Cristo ante el pueblo (véase Jacob 7:17). Abinadí demuestra, a partir de sus propias escrituras, que el Mesías sufriría los pecados de todos los hombres (véase Mosíah 14:6; Isaías 53:6) con el fin de salvar a “su descendencia” (Mosíah 14:10; Isaías 53:10).

A los gentiles

Después de dirigirse directamente a los judíos en 2 Nefi 25, Nefi vuelve a repetir las profecías sobre el futuro de los gentiles que ya había presentado en su visión (véase 1 Nefi 13–14). Nefi declara: “Y como hablé tocante a la convicción de los judíos de que Jesús es el Cristo verdadero, es necesario que también los gentiles se convenzan de que Jesús es el Cristo, el Dios Eterno” (2 Nefi 26:12). La diferencia matizada es crucial: los judíos necesitan convencerse de que Jesús es el Cristo; los gentiles necesitan convencerse de la verdadera identidad de Jesucristo, “el Dios Eterno”.

Nefi comienza relatando cómo los gentiles perseguirían a los descendientes de Lehi, y cómo los gentiles se envanecerían “en la soberbia de sus ojos para edificar muchas iglesias; no obstante, menosprecian el poder y los milagros de Dios, y predicán para sí mismos su propia sabiduría y su propio conocimiento, para enriquecerse y oprimir al pobre” (2 Nefi 26:20). El problema es la apostasía y maldad de los gentiles, y Nefi proclama nuevamente que la solución será la “maravilla y prodigo” que se iniciará con la aparición del Libro de Mormón (2 Nefi 27:26). Él anticipa todas las razones por las cuales los gentiles podrían rechazar el mensaje convincente del Libro de Mormón: la lealtad divisiva a sus propias denominaciones religiosas (véase 2 Nefi 28:3), la negación del Espíritu Santo (v. 4), la negación de milagros (v. 5), una mala comprensión de la misericordia y la justicia de Dios que les lleva a negar la necesidad del arrepentimiento (vv.

7–8), el orgullo (v. 9), falsos maestros (v. 9), falsas doctrinas (v. 9), y una lealtad excesiva a la Biblia que no permite la revelación adicional (véase 2 Nefi 29:4). Sus palabras están diseñadas para contrarrestar estas poderosas influencias y persuadir a los gentiles a abrir su corazón al mensaje milagroso y revelador del Libro de Mormón. Les habla directamente, clamando: “¡Oh, gentiles!” (v. 5).

De hecho, Nefi promete que los gentiles arrepentidos podrán ser contados entre la casa de Israel (v. 2). Luego termina su extenso y persuasivo discurso, hablando tanto de judíos como de gentiles. Muestra cómo, como preparación para el milenio de paz, la división importante no será entre judío y gentil, sino entre los justos y los impíos (v. 10). Nefi está trabajando para unir a ambos grupos en la fe en Cristo, para que puedan ser salvos en lugar de ser destruidos en la segunda venida.

Tanto Mormón (véase 3 Nefi 29) como Moroni (véase Mormón 8–9; Éter 12; Moroni 10) también se dirigen directamente a los gentiles, repitiendo los temas introducidos por Nefi, advirtiéndoles sobre su futura condición de orgullo y maldad, y prometiéndoles inclusión con la casa de Israel si se arrepienten (véase 3 Nefi 30:2).

5. Los autores revelan las debilidades y desafíos de cada audiencia, declarándolos con claridad de una forma que solo sería posible si Dios realmente les hubiera hablado, procurando generar confianza en esa audiencia respecto a que Dios existe y los conoce.

Como se ha mencionado, Nefi y otros profetas hablan con claridad a los judíos y a los gentiles sobre sus futuros pecados y su estado de ceguera espiritual, demostrando con valentía que los escritores conocían el corazón de sus lectores siglos antes de que alguno leyera sus palabras. Este énfasis en un conocimiento profético de cosas ocultas coincide con un método eficaz usado por Amulek, y posiblemente fue incluido en el Libro de Mormón con el propósito de exemplificar uno de sus métodos para persuadir y convencer. Cuando predica al endurecido Zeezrom, Amulek revela cosas acerca de él que solo podría haber sabido mediante revelación. Zeezrom queda impactado por esta evidencia de que Dios realmente existe y lo conoce (véase Alma 11:46; 12:3). El saber que sus pecados son reales y no están ocultos a Dios provoca una crisis de fe en

Zeezrom que lo lleva a ser sanado mediante la fe en Cristo (véase Alma 15:5–12).

Tanto Mormón (véase 3 Nefi 29–30) como los mensajes de Moroni a los gentiles demuestran una comprensión detallada de los desafíos que los gentiles enfrentarán. En el primero de tres discursos de despedida, Moroni revela las condiciones que existirán en el día en que salga a la luz el Libro de Mormón (véase Mormón 8:26–32). En ese día habrá combinaciones secretas asesinas (v. 27), y el pueblo estará lleno de todo tipo de pecados (v. 31). Presumiblemente dirigiéndose a una audiencia que será identificada como cristiana, Moroni predice que existirán muchas iglesias, algunas de ellas establecidas deliberadamente con fines de lucro (vv. 32–33). El pueblo “[contaminará] la santa iglesia de Dios” (vv. 36–38) e ignorará a los verdaderamente necesitados (v. 39). Tras dirigirse brevemente a un grupo que no cree en Cristo (véase Mormón 9:1–6)—posiblemente los judíos o los incrédulos gentiles—Moroni regresa a hablar a aquellos que creen en Jesús, pero niegan “las revelaciones de Dios”, afirmando que estas “han cesado”. También negarían los dones del Espíritu y los milagros de Dios (v. 7). Él los invita a arrepentirse y a creer en un Dios de milagros (v. 27).

Previene que algunos serán tentados a rechazar sus palabras por las imperfecciones que perciban en ellas (v. 31), una preocupación que repite con fuerza en su segundo discurso de despedida (véase Éter 12). En la despedida final de Moroni (véase Moroni 10), él ofrece una advertencia: que él—el profeta que conoce los deseos del corazón de sus lectores—los encontrará en el día del juicio (v. 34). La manifestación del conocimiento de cosas ocultas por parte de los profetas del Libro de Mormón puede ser—al menos en parte—un esfuerzo por alcanzar a una audiencia futura endurecida, cuyos pecados son expuestos por el libro de maneras milagrosas.

6. A través de los esfuerzos de los autores por registrar las escrituras, hablar a una audiencia futura y buscar revelación en su favor, construyen la confianza de esa audiencia en su amoroso mensaje sobre Cristo.

El sentimiento abrumador que prevalece a lo largo del Libro de Mormón es de lealtad a Dios y de profundo amor y preocupación por los que vivirán en los últimos días. En medio de los desafíos trascendentales de sus vidas diarias, los profetas del Libro de Mormón lucharon valientemente y con humildad por grabar escrituras que no serían utilizadas por su propio

pueblo. Conscientes profundamente de su debilidad mientras se esforzaban por grabar sus palabras en un suministro limitado de planchas de metal, confesaban abiertamente sus defectos (véase 2 Nefi 33:1; Éter 12:24), pero seguían adelante, proclamando su amor por una generación futura. Nefi escribió: “Tengo caridad por el judío... También tengo caridad por los gentiles” (2 Nefi 33:3, 8–9). Moroni confirma el amor de los profetas del Libro de Mormón por las generaciones futuras: “Y [Dios] conoce sus oraciones, pues fueron en favor de sus hermanos” (Mormón 8:24). El amor de Moroni es palpable en su discurso final de despedida, suplicando a un pueblo futuro: “Venid a Cristo y perfeccionaos en él” (Moroni 10:32). Aunque fueron firmes en su denuncia del pecado, comprendieron el principio que más tarde enseñaría José Smith: “Nada está tan bien calculado para inducir a los hombres a abandonar el pecado como el tomarlos de la mano y velar por ellos con ternura. Cuando las personas manifiestan la menor bondad y amor hacia mí, joh, qué poder ejerce sobre mi mente!”

“Venid a Cristo”

7. Los autores extienden invitaciones directas, una y otra vez eligiendo no dejar que el lector descance cómodamente, sino confrontándolo con la necesidad de aceptar o rechazar la invitación de “venir a Cristo”.

A lo largo de todo su registro, los profetas del Libro de Mormón no permiten que la obra sea vista simplemente como una curiosidad intelectual para el lector. Constantemente desafían al lector a prestar atención a su mensaje. La naturaleza milagrosa del Libro de Mormón impulsa a los lectores a tomar una decisión: aceptar que el mensaje del libro sobre Cristo es verdadero. Los escritores reconocieron que muchos rechazarían ese mensaje debido a futuras barreras de fe y a la incredulidad en los milagros, pero aun así extendieron su llamado desde más allá de la tumba, invitando a sus lectores no solo a creer en Cristo, sino a actuar conforme a su fe en Cristo. Este capítulo concluirá con algunas de sus llamadas persuasivas, presentadas con las palabras de los antiguos testigos del Libro de Mormón:

Nefi: “Escuchad estas palabras y creed en Cristo” (2 Nefi 33:10).

Amalekí: “Venid a Cristo, que es el Santo de Israel, y participad de su salvación y del poder de su redención. Sí, venid a él y ofrecedle vuestras

almas enteras como ofrenda, y perseverad en el ayuno y en la oración, y proseguid hasta el fin; y como vive el Señor, seréis salvos” (Omni 1:26).

Alma: “He aquí, os digo que el buen pastor os llama; sí, y en su propio nombre os llama, que es el nombre de Cristo... Venid y sed bautizados para arrepentimiento, a fin de que también vosotros participéis del fruto del árbol de la vida” (Alma 5:38, 62).

Mormón: “Escuchad las palabras de Jesucristo, el Hijo del Dios viviente” (3 Nefi 30:1).

Moroni: “Yo quisiera encomendaros a que busquéis a este Jesús de quien han escrito los profetas y apóstoles” (Éter 12:41). “Una vez más quisiera exhortarlos a que vengáis a Cristo... Sí, venid a Cristo y perfeccionaos en él” (Moroni 10:30, 32).

Jesucristo: “Levantaos, y venid... a mí” (3 Nefi 11:14).

Página tras página, el Libro de Mormón obra cuidadosa, persistente y hasta insistentemente hacia el objetivo que finalmente se expresa en la portada escrita por Moroni, mostrando que fue escrito “para convencer al judío y al gentil de que Jesús es el Cristo.”